VÍCTIMA. TESTIGO.
¿ASESINA?



NAOMI WILLIAMS

LA PACIENTE DEL ALA 9

UN GRAN THRILLER

NOVELA

NEWTON COMPTON EDITORES

Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, lugares y sucesos son fruto de la imaginación de la autora y se han utilizado con fines meramente ficticios. Cualquier parecido con personas reales, en vida o fallecidas, o sucesos es pura coincidencia.

Título original: *The Woman in Ward 9*

© 2025, Naomi Williams
© 2026, de la traducción por Xavier Beltrán Palomino
© 2026, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición en formato digital: junio de 2026

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)
www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN:979-13-87575-09-0
DL: B 4.761-2026

Composición: Grupo Ormo
Diseño de interiores: David Pablo
Imágenes de cubierta: © Trevillion
Conversión a formato digital: Ebuuky

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, *la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos*.

Naomi Williams

La paciente del ala 9

Traducción de Xavier Beltrán Palomino



Newton Compton Editores

Barcelona, 2026

Para Emma Warburton,
con todo mi cariño y agradecimiento
por décadas de risas inapropiadas.

Prólogo

Me despertó la sirena de la policía, o quizá fue el chasquido con el que rompieron la madera al echar abajo la puerta de mi casa. «Me despertó» es el verbo incorrecto. Me desveló ligeramente, más bien.

Parpadeé hasta estar semiconsciente y levanté la cabeza. El pelo se me pegaba a la cara y a los labios. Me aparté los mechones de la mejilla y me incorporé sobre los codos, confundida sin saber por qué estaba tumbada sobre unas baldosas frías y húmedas.

Desorientada, me puse de rodillas. A continuación, con la cabeza dándome vueltas, bajé la barbilla al pecho. Un miedo gélido me recorrió las venas al ver que tenía la parte delantera de la camiseta blanca manchada de rojo. Me dio un vuelco el estómago. Me entraron arcadas, pero no noté ningún dolor. Me palpé el cuerpo debajo de la camiseta. Nada de dolor. Esa sangre no era mía.

Me quedé sin aliento. No soportaba el roce del algodón húmedo encima de la piel. Tiré de la tela con dedos temblorosos mientras mis pensamientos tropezaban entre sí intentando recordar qué diantres había pasado. Pero no encontré nada más que un vacío aterrador.

Intenté levantarme, pero me temblequeaban demasiado las piernas como para soportar mi peso. Oí gritos detrás de mí. Al girarme, vi que la gente se acercaba y luego se detenía, totalmente inmóvil, con los ojos clavados en mí.

Y todo se volvió negro de nuevo.

Capítulo 1

Lunes

Esparcí sobre mi mesa de la sala de terapia los dosieres con anotaciones de casos psiquiátricos en busca de las etiquetas que correspondían al nombre de Laura Winters, mi nueva cliente. Eché un vistazo a la información del interior: la edad de la paciente, su estado civil, sus familiares más cercanos, su profesión, enfermedades previas y el motivo por el que la habían detenido. Mi trabajo consistía en añadir carne al archivo esquelético de Laura durante nuestras sesiones, la primera de las cuales iba a comenzar al cabo de unos pocos minutos.

En el anverso de la carpeta habían grapado una pequeña fotografía cuadrada de una mujer de pelo oscuro. Tenía más o menos mi edad y parecía bastante inofensiva, pero la experiencia me decía que un rostro de aspecto inocente no significaba gran cosa. La verdadera personalidad residía detrás de la máscara de piel y músculos. Escruté sus ojos y me pregunté qué secretos yacían exactamente tras esa mirada perdida. ¿Era el rostro de una testigo, de una víctima o de una asesina? Disponía de menos de una semana para averiguarlo. Con una presión tan acuciante, no era de extrañar que me estuviera creciendo un dolor de cabeza por la tensión.

Cogí el dosier y me pregunté de nuevo por qué me había seleccionado específicamente a mí y por qué había insistido en que era la única psicóloga con la que estaba dispuesta a hablar. Como ella misma fue psicóloga practicante antes de que la detuvieran, supuse que se debía a mi reputación: por lo menos a la parte buena, al nombre que me había ganado por mejorar el apoyo que se proporcionaba en los centros para mujeres. Era obvio que no se

había enterado del error que cometí el año anterior. Aparté a un lado ese pensamiento, levanté la vista hacia el reloj que estaba encima de la puerta y vi que se acercaba el momento de nuestra primera reunión.

Me giré para observar la salita asignada para las sesiones de terapia diarias. Me había decepcionado la atmósfera tan poco acogedora, con paredes desnudas y una ventana alta cubierta por una reja de alambre. La luz natural era más favorable para ayudar a que los pacientes se relajaran. El fluorescente que zumbaba en el centro del techo, y que arrojaba una iluminación un tanto dura, era lo más opuesto posible a la luz natural.

Había dos sofás bajos dispuestos en ángulo recto, uno recostado en la pared del fondo y el otro a la izquierda, ocupando demasiado espacio. Sobre una mesa de centro de pino, alguien había dejado una caja de pañuelos abierta, uno de los cuales se alzaba haciendo las veces de bandera blanca. La estancia me resultó anticuada, casi claustrofóbica. A saber cómo se sentiría ahí una persona con algún problema de salud mental, sobre todo porque me habían dicho que la puerta debía estar cerrada con llave en todo momento aunque yo fuera la única persona que ocupara la sala.

Pensé en el despacho espacioso que había alquilado en Londres, decorado con tranquilizadores tonos verdes. Mis clientes se sentaban en la cómoda butaca y todos sin excepción acariciaban el terciopelo turquesa al hablar, cuya suave tela recorrían con los dedos. Si alguien acariciara la tela rosa sintética que cubría los sofás de la estancia en la que me encontraba en esos momentos, probablemente provocaría tanta electricidad estática que comenzaría a arder.

Al visualizar mi despacho, me entraron ganas de volver a casa. Me dolía la cabeza por haber dormido en el raído colchón de la habitación que Heaton Place me había proporcionado durante el tratamiento de Laura. Cuando me removí en la silla, la suela de mis zapatos raspó la misma moqueta que recubría todas las plantas del centro, incluidos los dormitorios de los trabajadores del edificio anexo, donde me habían dado un cuarto. Era una construcción

antigua, y me había pasado horas en vela temblando de frío debajo de una manta finísima. El calor de esa moderna instalación de tratamientos resultaba agobiante. Me giré hacia el pequeño radiador que había detrás de la mesa y posé una mano en el metal, que aparté enseguida al quemarme la palma. Me arrodillé para buscar el dial de la temperatura, con la esperanza de que mi nueva paciente no llegara de pronto y no viera en primer lugar mi retaguardia. No vi más que tuberías de metal que llegaban hasta el suelo.

Me senté de nuevo ante la mesa y me levanté el pelo para que me pasara algo de aire por la nuca. El sudor se me acumulaba en la frente. Esas no eran maneras de comenzar un tratamiento. En teoría debería estar relajada y preparada, no sudada ni inquieta. Me maldije a mí misma por permitir que me picara la curiosidad que sentía por el caso de Laura. Podría haber rechazado el encargo. Podría haberles dicho que poner en pausa mi vida era un sacrificio demasiado grande, pero el secretismo que envolvía el caso era demasiado atractivo. Debo admitir que mi orgullo también desempeñó un papel. Era halagador que te eligieran entre una multitud, y era justamente la validación que necesitaba después de la investigación.

Al otro lado de la ventana sonó un ruido metálico que me sobresaltó, seguido por el rugido de alguna especie de motor. Era lo que me faltaba. Que unas máquinas pesadas se movieran en las inmediaciones no era el mejor escenario para una sesión de terapia. Volví a contemplar la austera estancia y me fijé en el efecto que tenía sobre mis emociones. Las paredes desnudas irradiaban desolación y los hundidos cojines del sofá desprendían impotencia. La diferencia con mi habitual entorno de trabajo, de lo más acogedor, reactivó la culpa que sentía por la vida privilegiada de la que gozábamos Connor y yo, sobre todo si se comparaba con las experiencias de algunas de las mujeres con las que trabajaba en los centros. Me iría muy bien pasar algo de tiempo en un entorno como ese, decidí. Me recordaría que debía apreciar mi libertad y mis comodidades domésticas. Ya echaba de menos a Connor. Por suerte,

al cabo de unos cuantos días, los dos volveríamos a la casa, a nuestro lugar en el mundo.

El rugido del exterior se detuvo y dejó la sala en un silencio antinatural. Cerré los ojos e intenté ignorar mi nervio ciático, que me molestaba. Necesitaba acordarme del motivo por el que estaba allí. Después de lo que le sucedió a mi hermana, me formé como psicóloga especialmente para ayudar a las mujeres que habían sufrido algún trauma. Sin duda, ese caso era traumático. A pesar de lo incómoda que estaba en aquella habitación, aceptar ese extraño caso era lo correcto y, cuanto antes ayudase a Laura a recordar lo que había ocurrido aquella noche, antes podría volver a casa. Asumiendo que pudiese ayudarla a lo largo de los seis días de tratamiento intensivo que nos habían facilitado, claro.

Abrí la carpeta con el nombre de Laura Winters escrito en una etiqueta blanca pegada a la fotografía. Haría cuanto estuviese en mi mano para ayudar a Laura a sumergirse en su subconsciente y a sacar los recuerdos que había enterrado bajo llave. Como en la escena no había nadie más ni cuerpo, la policía necesitaba urgentemente saber de quién era la sangre y dónde estaba esa persona en esos instantes; sobre todo si había alguna posibilidad de que siguiera con vida.

«Laura Winters». Pronuncié su nombre en voz alta en la silenciosa habitación. Lo repetí hasta que mis labios se acostumbraron a las letras y las dos palabras sonaron peculiares en mis oídos, una simple secuencia de sonidos sin ningún significado. El lenguaje era eso, pensé, un montón de sonidos para comunicar lo que discurre en nuestra cabeza.

O lo que queremos que la gente crea que discurre en nuestra cabeza.

También utilizamos el lenguaje para mentir. Por eso me habían pedido que me alejara de mi acogedor despacho y de mi cómoda casa; por eso me había alejado de mi querido esposo y de mi querida vida, para instalarme en aquel frío centro hasta que Laura Winters pudiera explicarme lo que pasó realmente aquella espantosa noche.

Aseguraba que no sabía por qué había perdido la memoria ni por qué la encontraron a solas, manchada con la sangre de otra persona. Tan solo estaba segura de una cosa: yo era la única psicóloga con la que podía –o quería– hablar.

Capítulo 2

Levanté la vista de la carpeta al oír cómo se abría la puerta de la sala. Una mujer con traje chaqueta me sonrió al dar un inseguro paso hacia el interior de la estancia.

–¿Eres Emma?

Se dirigió hacia mí, seguida por otras dos personas, un hombre musculoso con el pelo repeinado hacia atrás y una mujer regordeta, los dos con bata médica azul. A ambos les colgaba del cuello un cordel acompañado de una tarjeta de identificación rectangular plastificada con las palabras «Heaton Place» impresas en el anverso. Debía acordarme de pedir mi identificación. Todavía no me habían dado mi llavero y no me gustaba la sensación de estar atrapada en habitaciones cerradas con llave aunque fuese por mi propia seguridad.

Cerré el dosier y rodeé la mesa con la mano extendida.

–Sí, Emma Best. Encantada de conocerte.

–Soy Melanie –se presentó. Me dio la mano, que estaba muy fría, y acto seguido se la escondió tras la espalda–. Melanie Coldwell. Soy la psicóloga supervisora de Heaton Place. Es un placer.

Parecía muy joven para ser la jefa. Tenía unos ojos marrones muy grandes, un rostro delgado y élfico, y un corte de pelo oscuro a lo *pixie* que le daba aspecto de muchacha muy joven, no tanto de un miembro sénior de un equipo psiquiátrico. Supuse que debía de contar con la formación adecuada para ocupar ese puesto. Yo había llegado a supervisar a los dos psicólogos con los que compartía despacho en Londres, pero, a pesar de recibir numerosas peticiones cuando mi trabajo obtuvo cierta notoriedad, jamás acepté un

encargo con alguien ajeno a mi círculo profesional. No me gustaba decir que no, pero nunca me pareció que tuviera las habilidades necesarias. Algún día lo conseguiría, cuando tuviera tiempo.

Miré detrás de Melanie, hacia las dos personas con bata médica.

–Él es Aidan y ella es Julie, son nuestros ordenanzas. –Los dos levantaron una mano para saludarme y asintieron con la cabeza. Me fijé en el tatuaje de una calavera en el interior del antebrazo de Aidan, con una llave de esas antiguas entre las mandíbulas, en lugar de dientes. Me pareció de mal gusto, teniendo en cuenta dónde trabajaba–. Yo te acompañaré durante tus sesiones con Laura –añadió Melanie.

–Ah. –Apreté la mano a los lados. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que alguien me observó trabajar–. No sabía que me supervisarían durante las sesiones –dije, intentando despojar de mi voz la irritación que sentía.

No era ninguna aprendiza y preferiría que no tuvieran que ponerme nota del uno al diez. Harvey me había supervisado durante años. Nuestra relación se había estrechado a lo largo de la última década y era mi intención llamarlo por FaceTime para tratar con él cualquier tema que surgiera en la terapia. Que esa mujer me vigilara me pondría incómoda.

Melanie alzó una mano para detener mis protestas.

–No te preocupes. Estoy aquí solo para darte apoyo. Imagina que soy tu madrina, nada más. Ya que has sido lo bastante generosa como para dedicarnos tu tiempo, hemos pensado que merecías una compinche que te echara una mano.

–¿Una compinche? –Enarqué una ceja.

Era muy curioso que una practicante sénior eligiera esa palabra. Era probable que quisiera congraciarse conmigo porque, si me marchaba de allí, la dirección de Heaton Place se encontraría en una posición complicada.

Suspiré para mis adentros. Ese era el problema de trabajar con profesionales de la salud mental: una acababa cuestionándose todo lo que decían buscando algún fin oculto tras sus palabras.

Señalé hacia los sofás.

–¿Nos sentamos? –Melanie se encaminó hacia los asientos, pero los ordenanzas permanecieron en el centro de la sala, con las manos cogidas a la espalda. No era una estancia lo bastante grande como para albergar a tanta gente–. ¿Tienen que irse a…?

–A todos los pacientes del ala 9 se les asignan dos ordenanzas –me interrumpió Melanie cuando los dos echaron a caminar hacia la puerta–. Se quedarán fuera de la sala cada vez que nos reunamos. –La puerta se cerró con un clic tras ellos.

–No es lo habitual –dije, consciente de cómo el tosco sofá se hundía debajo de mí y de la tela raída de los cojines. Ni siquiera una unidad de salud mental de seguro privado como Heaton Place tenía dinero suficiente para malgastar con comodidades.

–La cuestión es que debemos mantenerlo en silencio hasta que obtengamos algunas respuestas, y por eso hay un equipo pequeño asignado en exclusiva a este caso. –Melanie miró hacia la puerta y luego me observó a mí con ojos serios–. Aquí nadie más que la dirección, Aidan, Julie y yo misma sabe lo que ocurrió o por qué está Laura en el centro. Para todos los demás, se la conoce como «la paciente X». La policía y los abogados han tomado la infrecuente decisión de aceptar guardar silencio durante seis días, con la esperanza de que Laura termine revelando quién acabó herido y dónde está ahora esa persona. En la escena había tantísima sangre que es improbable que alguien pudiera sobrevivir…, pero, mientras haya aunque sea una remota posibilidad, debemos hacer lo que esté en nuestra mano para que Laura recuerde lo que sucedió esa noche.

–Y el periodo de seis días es inamovible, ¿no?

–Sí, me temo que sí. –Melanie asintió–. Tenemos hasta el sábado. A partir de ese día, si no conseguimos lo que necesitamos, la trasladarán a un hospital penitenciario y a la policía no le quedará más remedio que interrogarla formalmente. Como su estado mental es precario, es el peor de los escenarios y espero de corazón que no lleguemos a ese extremo. Y luego está el posible circo mediático que se pueda desatar si no gestionamos bien este asunto. A todo el mundo le gustan los misterios, ¿verdad? No queremos que el caso

llegue a los medios de comunicación ni que la gente emita un veredicto antes de que hayamos podido descubrir la verdad.

–Entiendo. –Me cruzaron la mente imágenes de Connor gritándoles a los periodistas y fotógrafos que me esperaron en la calle, delante de nuestra casa, el año anterior.

Melanie clavó los ojos en la puerta y los desplazó hacia mí. Se mordisqueó una uña.

–Deduzco que en tu opinión Laura podría ser peligrosa, ¿no? –dije, con la intención de controlar mi creciente inquietud.

–¿Por qué lo dices? –Dejó las manos quietas.

–Por los dos ordenanzas, por las uñas que te muerdes. –Señalé su pulgar. La mujer separó las manos y se las cogió sobre el regazo–. Que me hayan traído hasta aquí tan rápido y con tanto secretismo. –Miré hacia la cámara que había encima de la puerta, redonda y negra con la pupila de un ojo–. La vigilancia constante.

–De eso se trata –repuso Melanie–. Todavía no tenemos ni idea. Podría ser una testigo o una víctima. O podría ser una asesina. Hasta que consiga recordar lo que ocurrió esa noche, no sabemos qué es ni de quién era la sangre que le manchaba la ropa. Por eso debemos tomar las precauciones razonables.

–Ya, es normal –dije–. He leído el dosier, pero me gustaría que me dieras tu opinión sobre Laura Winters. ¿Qué sabes de ella a estas alturas?

Melanie relajó los dedos y apoyó las palmas sobre los pantalones a medida.

–La policía la encontró sola, en su propia casa, después de que un vecino denunciara oír gritos. Estaba catatónica y cubierta de una sangre que no era suya. Le recubría las manos y la parte delantera de la ropa, pero, cuando la llevaron al hospital, vieron que no tenía heridas.

–¿Ni una sola?

–Ninguna. –Melanie alzó las manos y volvió a colocárselas sobre las rodillas–. Físicamente estaba bien, pero se encontraba en un estado de *shock*, totalmente paralizada.

Me levanté y regresé junto a la mesa para coger el dosier, mi libreta y mi bolígrafo.

–¿Le administraron algún estimulante para que recuperara la consciencia?

–No, se recuperó antes de que los doctores decidieran qué hacer, pero por lo visto no tiene ningún recuerdo de lo sucedido.

–¿Ninguno, ni siquiera un fragmento?

–Nada.

Barrí el informe mecanografiado con la vista y comprobé que toda esa información ya figuraba en el papel. Me senté y me giré de nuevo hacia Melanie.

–¿Cómo dirías que se encuentra en estos momentos?

Miró a su izquierda, y me la imaginé visualizando a la paciente y buscando las palabras correctas con las que describirla.

–Lúcida.

Escribí «lúcida» en la primera página de la libreta.

–Y nerviosa.

También lo anoté.

–Nerviosa. Vale. –Me di golpecitos en los dientes con el extremo del bolígrafo–. Creo que en su situación todos estaríamos nerviosos, ¿no? –Releí el último párrafo del informe–. Insiste en que solo quiere hablar conmigo. –Levanté la vista–. ¿Por qué crees que es así?

Las mejillas de Melanie se sonrojaron y la sangre ardiente me acudió al rostro. Debía de pensar que me interesaba recibir piropos. Ojalá supiese lo insegura que me sentía últimamente con respecto a mis propias habilidades.

Antes incluso de que se pusiera en tela de juicio mi profesionalidad, los años que había pasado trabajando con mujeres que habían mantenido relaciones de abuso habían influido en mi visión del mundo. Había estado más de diez años tratando a personas que sufrían trauma y estrés postraumático y, durante ese tiempo, había atisbado los entresijos sucios y dañados de la humanidad. A pesar de mis mejores esfuerzos, lo que veía en el

trabajo había alterado todas las áreas de mi vida y había logrado que me sintiera impotente, a veces hasta desesperanzada.

Melanie se inclinó hacia delante, apoyó los codos marcados en los muslos y juntó los dedos.

–Nos preguntamos si tenía algo que ver con tu especialidad. –Tamborileó con los índices–. Como bien sabes, ella también es psicóloga y debe de estar al corriente de la labor que has llevado a cabo. Mencionó tu nombre en concreto, pero no sabría decirte por qué.

Era otro motivo por el cual había dudado antes de aceptar el caso. Sufriera o no un episodio psicótico, la paciente y yo compartíamos profesión, algo que no hizo más que sumarse a la tensión que me palpitaba en la cabeza.

–He leído todos tus trabajos. –Melanie me sonrió–. Admiro muchísimo todo lo que has hecho para mejorar los centros de mujeres. Me sorprendería que Laura no lo hubiera leído todo también.

–Gracias. –La palabra «todo» resonó en mi mente. Al menos llevaba un año sin aparecer en los medios de comunicación. Quise retomar la conversación relacionada con el caso–. ¿Sabéis si Laura tiene pareja?

–Sabemos que vive sola, pero no nos ha comentado que salga con alguien. Su vecino aseguró haber visto al mismo hombre ir y venir varias veces, pero, cuando los doctores, la policía y su abogada la interrogaron, se negó a decir ni una palabra sobre él. Obviamente, lo están investigando, pero es algo que supone tiempo y recursos, el sistema es muy lento y están desesperados por obtener respuestas. Por eso todos estamos tan aliviados por que estés aquí.

–Nada de presión, pues. –Solté una breve risotada–. ¿Sabéis que no soy psicóloga criminal? Si de verdad creéis que pueda ser una asesina, quizá deberíais…

–La paciente fue muy específica. Solo permitirá que la trates tú.

Me recosté en el asiento y cerré la carpeta.

–Muy bien. –Aunque hubiera cometido un asesinato, razoné, eso no impedía que también fuera una víctima. La ayudaría si podía.

Ignoré una sensación parecida a diminutas descargas eléctricas que me hormigueaban justo debajo de la piel–. En ese caso, será mejor que empecemos.

Melanie asintió y se puso en pie.

–Voy a buscarla.

Capítulo 3

Sola de nuevo en la sala, hice un chequeo mental de mi cuerpo e intenté relajar los músculos que se me habían tensado en la parte baja de la espalda y en el cuello. Cogí aire durante cuatro segundos, lo retuve durante siete y lo expulsé durante ocho. A lo largo de mi carrera había conocido a muchas víctimas, a demasiadas, pero nunca había estado cara a cara con alguien que podría haber matado a alguien.

Solté una exhalación y renuncié a intentar acompasar mi respiración. Me pregunté si podría articular una razón por la que debía volver a Londres de inmediato. Me palmeé el bolsillo en busca del móvil y olvidé momentáneamente que lo había dejado sin querer en la mesa de recepción al entrar en Heaton Place y rellenar unos formularios interminables. Iría a recuperarlo después de la sesión. Noté lo vulnerable que me sentía sin el teléfono. Como la mayor parte de la gente a la que conocía, me había vuelto muy dependiente del móvil, y no tenerlo a mano hacía que me sintiera un tanto desnuda. Y había que sumarle que ya no podía fingir que me habían llamado con una emergencia por más que quisiese.

Me levanté el dobladillo de la camiseta y me la aparté del cuerpo para ondearla. Agradecí el aire que me envolvió el torso ardiente. Era totalmente normal estar nerviosa en esa situación, me recordé. Me obligué a rememorar por qué había aceptado ese encargo. Visualicé el rostro de Sarah, visualicé su sonrisa radiante, sus ganas de vivir y su determinación por pensar siempre lo mejor de los demás. Habría querido que yo hiciera todo lo posible por ayudar a una persona traumatizada.

Desde el pasillo me llegó el rumor de voces femeninas. La electricidad que me chisporroteaba bajo la piel se intensificó.

El cerrojo emitió un chasquido y Melanie cruzó el umbral, seguida por una mujer de pelo oscuro, hombros encorvados y miedo en los ojos. Supe al instante que ese día no iba a regresar a Londres.

Me levanté y me acerqué para tenderle la mano.

–Hola, Laura. –Ojalá me hubiera secado la palma sudada en los pantalones antes de ofrecérsela–. ¿Te parece bien si te llamo Laura? Soy Emma Best, tengo entendido que has pedido hablar conmigo, ¿no?

–Hola. –Me la estrechó–. Sí, sí, Laura va bien –dijo en voz baja.

–Siéntate, por favor.

La conduje hasta el sofá que se apoyaba en la pared izquierda. Me senté en el que estaba enfrente de la mesa y me giré hacia ella. Julie y Aidan salieron sigilosos de la habitación y cerraron la puerta tras ellos. Al mirar hacia el cristal, vi la oreja de Aidan en el margen inferior. No se habían alejado, pues.

Melanie se quedó junto a la mesa. Cuando me volví hacia ella, pasó la vista de mí a Laura, como una niña que llega tarde a una fiesta y se pregunta si debe sentarse a la mesa.

–Melanie es la psicóloga jefe del ala 9 –informé a Laura–. ¿Te importa que se quede durante nuestra sesión? –Esquivé los ojos de Melanie. Quería oír a Laura dar su consentimiento. Era lo más ético.

Mientras Laura miraba a Melanie, me fijé en lo mucho que se parecía a Sarah. La paciente tenía el pelo castaño oscuro, recogido en una coleta y ondulado, como las olas rebeldes que le habían caído a mi hermana sobre los hombros. Tenía los ojos de un azul más claro y sin el matiz verdoso que cambiaba el color de los de Sarah en función de la sombra que se aplicaba.

Cuando Laura se volvió hacia mí, tuve que esforzarme por no sobreponer la cara de Sarah en la suya. Parpadeé para expulsar la imagen. No era mi hermana. No era nuestra historia. Era una tragedia completamente distinta.

–Al venir hacia aquí, me ha explicado que estaría presente –replicó Laura–. No me importa.

Le temblaron los labios en las comisuras al esbozar una nerviosa sonrisa. Su ansiedad me calmó. Al verla barrer la sala austera con la mirada, supe que se sentía atrapada y que la sorprendía que yo demostrara cierto sentido de protección hacia ella. Me guardé la información en la cabeza para analizarla más tarde.

–Gracias. –Abrí la carpeta sobre la rodilla al tiempo que Melanie se quitaba la chaqueta y la dejaba sobre el respaldo de la silla. Esperé a que tomara asiento, sin envidiar la posición que ocupaba junto al radiador. Sacó un bolígrafo del bolsillo interior de la chaqueta y le quitó el tapón. Me giré hacia Laura–. En esta primera sesión, me gustaría saber unas cuantas cosas sobre ti, si te parece bien.

Supuse que estaría preparada para las preguntas triviales. Era probable que ella iniciara las sesiones con sus clientes del mismo modo. El problema era que ante todo debía hacerme una idea de lo que sabía acerca de la noche que la había llevado hasta allí.

Laura asintió.

–Antes de que empecemos, ¿podrías decirme por qué crees que estás en Heaton Place?

Desplazó la vista hasta Melanie y luego se contempló las manos, que se sujetaba en el regazo.

–No me acuerdo.

–Sé que no es fácil para ti, Laura –hablé con voz suave–, pero ¿podrías decirme lo último que recuerdas antes del…? –Me interrumpí torpemente. No había pensado cómo describir la escena horrible que había leído en sus notas–. ¿Antes del incidente?

Se retorció las manos poco a poco.

–Recuerdo volver a casa del trabajo en coche y meter la llave en la cerradura. Y ya está. No recuerdo nada más después de eso. Y de repente me desperté aquí.

No me costaba nada imaginarme lo aterrador que debía de haberle resultado.

–Lo estás haciendo muy bien –la felicité. ¿Había sonado condescendiente? Era algo que a menudo les decía a mis pacientes, pero por lo general no eran colegas de profesión–. ¿Y qué te han comentado sobre el periodo de tiempo que no recuerdas?

Se soltó las manos y levantó las palmas. Era un gesto de súplica, como si se estuviera entregando a la terapia. Lo interpreté como una buena señal.

–Me dijeron que, cuando la policía me encontró, estaba cubierta de sangre –le tembló la voz–, pero no me acuerdo. Los agentes y los doctores no dejan de preguntarme de quién era la sangre… Si lo supiera, se lo diría. –Me miró con ojos vidriosos–. De verdad que se lo diría, pero no lo sé.

–Entiendo –dije–. ¿Y sabes que intentaremos descubrir de quién era la sangre y si hay alguien que necesita atención médica?

Cerró los ojos con fuerza y asintió. Me alegró que supiera por qué estaba allí; estaba a punto de formularle una nueva pregunta cuando un grito hizo que nos girásemos todas hacia el pasillo. Sonó otro chillido, seguido por un golpe violento que me sobresaltó, y se me cayó la libreta del regazo al suelo.

La puerta se abrió y Julie y Aidan entraron en la sala antes de cerrarla a toda prisa.

–¿Qué pasa?

Mi pregunta quedó casi eclipsada por un aullido gutural que parecía proceder del otro lado de la pared. Intenté mirar hacia la ventana detrás de la melena corta y rubia de Julie. Unas siluetas oscuras pasaron por delante del cristal, acompañadas por gritos proferidos por varias personas.

–Nada por lo que debamos preocuparnos –me aseguró Melanie.

Con los nervios a flor de piel, oí a una mujer vociferando como si estuviera sufriendo una barbaridad.

–¿No deberíamos hacer algo? –insistí, observando a Aidan.

Unas serpientes tatuadas reptaban por su antebrazo musculoso desde las cuencas oculares de la calavera y desaparecían debajo de la manga azul de la bata, a la altura del codo. Permanecía inmóvil

junto a la puerta y de repente sonó un chasquido a menos de medio metro, como si una cabeza se hubiera estampado contra una pared.

–Me temo que este tipo de altercados no son infrecuentes –repuso Melanie. Los aullidos se transformaron en sollozos y se acallaron hasta ser unos jadeos desconsolados. La voz profunda habló bajito y al final se interrumpió–. Estamos en un centro de salud mental –prosiguió– y tratamos a gente con trastornos muy complejos. Algunos de nuestros pacientes son extremadamente peligrosos. Todos y cada uno de ellos tienen un equipo asignado en función de sus necesidades, y debemos seguir las indicaciones al pie de la letra. Así es como conseguimos que nuestros pacientes y nosotros mismos estemos a salvo. Acatamos los protocolos y ningún equipo interfiere con otro. Nos hemos formado para controlar situaciones como la que acabas de oír.

De pronto, estuve muy agradecida por contar con Aidan y Julie a mi lado dondequiera que fuese de Heaton Place. Me había parecido que tener a dos ordenanzas a modo de guardaespaldas era innecesario. Era evidente que no. Me giré para mirar hacia Laura. Se aferraba al dobladillo del jersey con las manos, con los nudillos blancos por la presión con la que sujetaba la tela. No me podía imaginar cómo debía de ser estar cautiva allí, con gente con un diagnóstico criminal de locura y considerada posiblemente peligrosa.

–¿Te encuentras bien? –le pregunté.

Laura asintió y levantó la vista con una sonrisa vacilante. Resultaba inconcebible que la mujer que estaba sentada delante de mí fuera tan amenazante como la persona que había aullado en el pasillo. La pobre sufría un trauma, nada más. En ese momento, no me cupo ninguna duda.

Capítulo 4

Recogí la libreta del suelo con la esperanza de que Laura no viera cómo me temblaban las manos. Lo que había pasado en el pasillo me había alterado. La situación distaba mucho de mi tranquila sala de terapia de Londres. Aidan abrió la puerta y Julie y él salieron. Me giré hacia la ligera brisa de aire fresco y, antes de que cerraran la puerta, reparé en una mancha rojiza de la pared del pasillo.

Me giré y le sonreí a Laura de una forma que esperaba que contradijera a mi acelerado corazón.

–En fin –dije–. Perdona por el jaleo. –Nada más decirlo, me resultó de lo más absurdo. ¿Por qué le pedía disculpas por el arrebato violento de otra persona?–. Tengo entendido que también eres psicóloga, ¿no? –añadí con una sonrisa.

–Sí. Llevo diez años ejerciendo.

«¿Qué preguntarías si estuvieras en mi lugar?», pensé, pero no llegué a verbalizarlo. Me sentí poco preparada. Cuando conocía a una nueva clienta de un centro de mujeres, por lo general disponía de una carpeta a rebosar de informes de la policía y de los asistentes sociales, o por lo menos sus propias notas detalladas. Recordé el fino dosier de Laura y deseé tener más cosas por las que guiarme. Me daba miedo que la paciente percibiera mis dudas y pensara que esa supuesta eminencia que había solicitado concretamente, especializada en trauma y en estrés postraumático, y que escribía artículos sobre la mejor manera de ayudar a mujeres que habían sufrido a manos de parejas abusivas, no tenía ni idea de cómo comenzar una sesión de terapia.

–Y creciste en Suffolk, ¿verdad? Es una zona preciosa del país.

–Sí. Es un sitio muy bonito.

Levantó los ojos para clavarlos en los míos y los bajó de nuevo hasta sus pantalones. Las dos llevábamos vaqueros y jersey. Normalmente no me ponía ropa tan informal para una sesión, pero me habían llamado con tanta urgencia que no presté demasiada atención a las prendas que metía en la maleta. Ojalá a Laura le sugiriera una falta de jerarquía y no tanto una falta de profesionalidad.

–Y estudiaste en Liverpool. Debió de ser un gran cambio.

Laura cruzó los tobillos. Flexionó y relajó los dedos bajo la fina tela de las zapatillas.

–Un poco distinto de Suffolk, sí. Pero me encantaba Liverpool. Fue… revelador.

–Ya me lo supongo. –Me imaginé a una Laura adolescente mudándose de un pueblo rural con cabañas de paja y setos al bullicio de las calles atestadas de Liverpool.

La primera vez que mi marido me llevó a la ciudad en la que nació, me impactó la energía pura que palpitaba por todas partes. Yo crecí en un barrio tranquilo de las afueras de Londres, así que creía conocer la vida urbana. Pero, si bien Londres te anima a mantener tus asuntos en secreto, Liverpool recibe con los brazos abiertos a la gente de fuera y exige intimidad a través de preguntas indiscretas y confesiones de lealtad.

–La he visitado varias veces –dije–. Debe de ser un lugar estupendo donde estudiar Psicología. La gente a la que conocí en Liverpool quería conocer toda mi vida y ardía en deseos de contarme los detalles de la suya.

–Son psicólogos natos –replicó Laura con una nueva sonrisa nerviosa–. Siempre en busca de historias.

Tal vez por eso Connor se marchó de la ciudad, pensé. Le gustaba más el anonimato y la privacidad. Llevaba tanto tiempo viviendo en Londres que su acento, que nunca había sido muy marcado, se había desvanecido por completo. Por aquel entonces, la gente creía que era de la capital. A mí me encantaba conocer cosas sobre él que la mayoría ignoraba. La intimidad de un matrimonio

bien avenido como el nuestro implicaba estar al corriente de las capas del otro, desde la superficie brillante desde la que permitimos que nos observe el mundo hasta las profundidades de nuestro ser, donde somos nosotros de verdad.

–¿Por qué te mudaste a Londres después de graduarte?

–Más gente, más problemas. Esperaba que me fuera mejor en una ciudad más grande. –Se encogió de hombros–. Quería ayudar a la gente. –Se le nublaron los ojos–. Es lo que queremos todos, ¿no? Empezamos siendo ingenuos y estando muy entusiasmados, convencidos de que vamos a dejar huella en el mundo… –Su voz se fue apagando.

Asentí y advertí una fuerte conexión que me unía a esa mujer. Era exactamente como me había sentido después de lo que le ocurrió a Sarah. Yo también quería dejar huella. Me recordé que no debía empatizar demasiado con la nueva paciente. Lección número uno de Psicología.

En la postura en la que estaba sentada Laura había cierta vulnerabilidad, con las manos metidas entre los muslos. Encorvaba los hombros hacia delante, protegiendo la parte más blanda de sí misma. Yo sabía que era ridículo, y hasta poco profesional, emitir un juicio tan rápido, pero, si esa mujer inquieta e inteligente que estaba sentada ante mí estaba involucrada en un asesinato, me quedaba claro que la provocación había tenido que ser extrema.

–¿Sigues viviendo en Londres?

–Sí. Me compré una casa adosada victoriana a poca distancia del hospital en el que trabajo.

Levantó un brazo y se tiró de la coleta para dividirse el cabello por la mitad y tensarlo para subir un poco más la goma con la que se lo recogía. Se pasó una mano temblorosa por la frente hasta la coronilla para alisarse el resto.

Cuando me miró, le vi los ojos un tanto humedecidos. La tristeza que percibí me recordó a la que irradiaban los ojos de mi madre tras la muerte de Sarah. Me clavé las uñas en la palma de las manos. Me recordé que debía concentrarme en la terapia en cuestión. Tenía que desenterrar los recuerdos de Laura de la noche en la que la

encontraron cubierta de sangre. Alguien más había estado con ella, eso resultaba indiscutible. Pero ¿quién y dónde estaba esa persona?

–¿Vives sola?

–Sí. –Volvió a colocarse las manos entre los muslos y a bajar la vista al suelo.

Supe que la pregunta la ponía incómoda, era evidente.

–Háblame de tu casa.

–Es mi refugio. –Alzó los ojos para mirarme–. Supongo que es una palabra rara que utilizar, pero, con nuestra profesión, es estupendo tener un sitio en el que te sientas totalmente a salvo, ¿verdad?

Asentí aun sin querer. Se me ocurrió que era la segunda vez que me incluía en sus respuestas y me pregunté si era algo estratégico, una manera de recordarme que no éramos tan distintas. En ese caso, debía andarme con mucho cuidado. Por cierto que fuera, no podía permitir que una paciente me aventajara.

–¿Cuál es tu habitación preferida?

–La cocina.

La observé con atención, con rostro impasible, mientras inspeccionaba el suyo en busca de alguna señal que indicara que recordaba lo que sucedió cuando estuvo por última vez en esa estancia. Parpadeó y se miró las manos, con la misma expresión.

–¿Te gusta cocinar?

–No suelo prepararme grandes platos. Pero cuando…

–Cuando… –la alenté. Esperé por si añadía algo más, pero la pausa se alargó. La voz de Aidan murmuró algo indistinguible desde el pasillo y Julie respondió con tono plano, pero en la sala el silencio se intensificó–. ¿Te gusta cocinar para los demás? –tanteé.

–Sí.

–¿Para alguien en particular?

Laura se irguió y, cuando levantó una mano, sus ojos claros reflejaron el sol que se colaba por la ventana de la pared de enfrente.

–Sí. Para Daniel.

Pronunció ese nombre con cierta suavidad, como si fuera algo precioso para ella. Una ofrenda. El nombre pareció transformarla. Todo rastro de ansiedad e inquietud se esfumó, sustituido por una sonrisa que le iluminaba el semblante.

–¿Quién es Daniel? –pregunté en voz baja, pues no quería delatar las ganas que tenía de saber cosas del hombre al que el vecino había visto yendo y viniendo de su casa. De reojo vi cómo Melanie cambiaba de postura.

–Mi pareja.

Así que sí tenía pareja, pero no había pedido hablar con él desde que la habían llevado hasta ese centro. No lo había mencionado ante la policía ni ante su abogada, pero parecía dispuesta a contarme más cosas a mí. Mi cabeza me preguntaba por qué, pero lo ignoré. Compuse una expresión neutral.

–¿Cómo os conocisteis?

Se descruzó los tobillos y se relajó en el sofá.

–En una fiesta. A la antigua. Había intentado las citas por internet, pero cuesta conocer a alguien a quien no puedes diagnosticar algo fácilmente en la primera cita que te lo borra de la lista, ¿no crees? Es lo malo de nuestra profesión. No apetece llevarse el trabajo a casa.

Me miraba con una sonrisa juguetona. Había vuelto a intentar equipararnos. Qué interesante. Se la devolví y me sentí un poco aliviada por estar casada ya. Se lo diría a Connor cuando hablase con él. Cualquier fastidio que me hubiera provocado la discusión que habíamos tenido un par de noches antes se había evaporado y me moría por poder rodearlo con los brazos y hacerle saber lo contenta que estaba por haberme casado con él. Y no solo porque no me apetecía nada volver al mercado de las citas. El panorama debía de ser ya bastante malo sin el conocimiento de líneas rojas que compartíamos Laura y yo.

–Se ofreció a invitarme a una copa y… No sé. –Puso cara nostálgica. Íbamos por buen camino. Los recuerdos eran lo que debía aflorar, sobre todo si su novio era importante en ese misterioso caso, y una corazonada me confirmaba que lo era–. No

buscaba tener una relación. De verdad que no –insistió–, pero fue encantador y persistente, y al final cedí. Gracias a Dios que cedí. Sinceramente, sé que suena un poco a película Disney, pero es lo mejor que me ha pasado en la vida.

–Háblame de Daniel.

–A ver, físicamente es alto, mide casi un metro noventa. –Sonrió–. Parecerá un estereotipo con patas, pero es que es alto, moreno y guapo. Tiene una belleza tradicional. Incluso la mandíbula afilada, como un personaje de dibujos animados.

Se llevó el índice a la barbilla, y la observé, embelesada, con ganas de oír más. Con ganas de no aparentar demasiado interés.

–¿Y cómo es su personalidad?

–Es amable. Detallista. Recuerda si menciono un restaurante que creo que pinta bien y reserva una mesa. Es atento, me llama y me manda mensajes para saber qué tal me va el día. Es algo que hace mucho, de hecho. Y es divertido. No me refiero a que suelte una broma tras otra, sino más bien comentarios divertidos e ingeniosos, ¿sabes?

Me miró a los ojos y asentí con la cabeza.

–Parece el hombre perfecto –dije a pesar de la inquietud que crecía por mi interior.

Ya había oído antes la historia de hombres que son demasiado buenos como para ser reales. Hombres que llaman y escriben con el pretexto de ser atentos hasta que la costumbre se convierte en algo mucho más siniestro. Mi instinto por encontrar rasgos potencialmente perturbadores estaba pulido, pero a lo mejor estaba sacando conclusiones precipitadas. Oí en mi cabeza la voz de Connor, que me recordaba no lanzarme a inculpar rápidamente a los hombres por culpa de mi trabajo. Tenía razón. No podía permitirme que ningún prejuicio nublara mis sesiones con Laura. Debía afrontarlas con mente abierta. Debía averiguar más cosas sobre el tal Daniel.

–Es que es perfecto –repuso, sosteniéndome la mirada.

–Sigue contándome cómo os conocisteis.

Laura continuó el relato. La dejé hablar y contuve la pregunta que me bullía en la punta de la lengua: «¿Dónde está Daniel ahora?».

Capítulo 5

El pasado

No había conseguido dejar de fumar. Y no era la primera vez que lo intentaba. Me reprendí para mis adentros al pisar con la bota la colilla del cigarrillo sobre la tierra húmeda. En parte por eso había hecho un cursillo para controlar el comportamiento habitual, para dejarlo por fin; y para exorcizar algunos de mis propios demonios. Resultó que mis demonios no eran fáciles de expulsar. Eran unos cabroncetes muy tenaces que se negaban a abandonarme por más que probase nuevos e inteligentes métodos de terapia.

Quizá se debía a que no eran solo mis demonios. Los compartía con toda mi familia. «Amar es compartir», mascullé entre dientes antes de soltar una amarga carcajada. Quizá no debería haberme bebido la tercera pinta de cerveza.

Apoyé la cabeza en la fachada del hotel y aspiré el aroma a lluvia recién caída al tiempo que intentaba recordar el nombre que recibía ese olor. Empezaba por pe, pero no dejaba de venirme a la cabeza la palabra «pterodáctilo», y no era esa. Definitivamente, tendría que haber parado de beber después de la segunda copa. Unos charcos poco profundos reflejaban la luz de las farolas del perímetro del aparcamiento y arrojaban rayos amarillentos al suelo, que resplandecían cuando la brisa ondulaba la superficie. Intenté hacer acopio de la energía necesaria para volver al interior. Esas fiestas de trabajo para hacer contactos eran agotadoras. A principios de mi formación en Psicología, me colgué la etiqueta de extrovertida introvertida. Visto con retrospectiva, supe lo autocomplacientes que éramos mis compañeros y yo al comenzar la carrera: siempre nos

localizábamos en nuestras investigaciones y lo observábamos todo bajo la lente de la obsesión.

A pesar de todo, seguía creyendo en la etiqueta de extrovertida introvertida. Me encantaban las situaciones sociales, pero había un punto en el que mi batería social se quedaba tan vacía que me entraban ganas de volver a casa. Y había llegado a ese punto. Recogí la colilla y miré alrededor de la fachada del hotel en busca de una papelera.

–Hay una papelera justo ahí –exclamó un hombre.

Sobresaltada, observé las sombras de las que procedía la voz y me alegré de que la entrada iluminada del hotel quedase detrás de mí. Si quienquiera que había hablado era una amenaza, podría entrar en el vestíbulo en cuestión de segundos.

Una silueta se alejó de la sombra del edificio y avanzó hacia mí. A medida que la luz le fue iluminando las facciones, le pude ver el rostro. Si era una amenaza, era una amenaza con una mandíbula afilada muy atractiva.

–¿Quieres que me encargue yo? –Me tendió una mano, y me quedé confundida durante unos instantes–. De la colilla, digo –me aclaró–. Si quieres, la tiro a la papelera.

Alargué el brazo cuando se aproximó, pero de pronto, al salir del trance en el que me había sumido al ver los andares relajados de ese hombre y su sonrisa, retiré la mano.

–No, gracias… No quieras tocarla. Ya voy yo… –Pasé por su lado en la dirección de la que procedía, esquivé un charco y, aliviada, vi una papelera de aluminio para colillas de cigarrillo. La metí dentro y me limpié la mano con la falda.

El desconocido me observaba con los labios curvados en una sonrisa torcida.

–Podría haberla tirado yo.

–¿Quién eres? –dije mientras se la devolvía–. ¿Una especie de caballero de brillante armadura que ayuda a las doncellas a dejas de sus malos hábitos? –¿De dónde diantres me había salido eso? Tuve que reunir toda mi fuerza de voluntad para no bajar los ojos y

mascullar una disculpa. Conseguí reprimirme y obtuve a cambio una carcajada sonora.

–¿Siempre respondes con indirectas tan cuestionables? –me preguntó.

–No. –Sonreí sintiéndome empoderada, sexi incluso–. Esa la reservaba especialmente para ti.

–Es un honor. –Agachó la cabeza en una especie de reverencia–. ¿Has venido por la fiesta de trabajo? –Se irguió y su sombra se proyectó, larga y esbelta, sobre la pared tras él. Asintió hacia el hotel.

–Sí, pero no sé yo si el mundo corporativo está hecho para mí –respondí.

–¿Qué vendes? –Frunció los labios como si quisiera controlar la risa.

–No vendo nada. –Empleé un tono indignante–. Estaba haciendo contactos. Y metiendo un pie en el agua.

–¿Y el agua corporativa no está hecha para ti?

–Está demasiado sucia –repuse.

–Así que vas a…

Hizo una pausa que yo no supe cómo llenar. Todavía no había decidido si seguir trabajando en la Seguridad Social o si abrir un despacho privado. Había albergado la esperanza de que esa fiesta pudiera proporcionarme un puesto como psicóloga interna, pero las personas a las que había conocido eran básicamente propietarias de negocios pequeños que ponían cara de espanto cuando les comentaba los beneficios de la psicología en las empresas.

–No lo sé.

–A lo mejor podría ayudarte a decidirte –se ofreció–. ¿Con un martini, tal vez?

–No te andas con tonterías. –Me crucé de brazos.

–La cobardía no sirve de nada…

–¿Siempre estás de coña? –me reí–. ¿Te dedicas a trepar hasta la ventana de la habitación de las mujeres por la noche y a dejarles

cajas de bombones en las almohadas como una especie de príncipe encantador?

–De hecho, lo contrario –repuso–. Yo detengo a la gente que trepa hasta la ventana de la habitación de una mujer por la noche.

–¿Eres policía? ¿Dónde está el uniforme?

–Lo siento, no llevo uniforme. –Bajó la barbilla hacia el pecho–. Ya no lo necesito. ¿Estás decepcionada? –Me miró por entre unas oscuras pestañas con una interrogación en los ojos.

–Un pelín. –Me encogí de hombros y solté un fuerte suspiro. Me alegró oír que se reía.

–Deja que te lo compense invitándote a una copa. –Dio un paso hacia mí.

Un taxi negro entró en el aparcamiento, con una intensa luz naranja en el techo. Levanté una mano sin mirarlo a él cuando las ruedas del coche atravesaron salpicando los charcos hacia nosotros.

Antes de abrir la puerta, hurgué en mi bolso y extraje una tarjeta de visita. Se la tendí.

–Ahora me voy a casa, pero, si quieres, me puedes llamar a este número.

Abrí la puerta del taxi y me subí. Cuando el vehículo se alejó, mantuve la vista clavada al frente. Después de ver cómo se desintegraba el matrimonio de mis padres, había decidido que jamás saldría con nadie; y ni siquiera una persona por la que había sentido una atracción inmediata, como el príncipe encantador de las sombras, iba a hacerme cambiar esa norma. Además, estaba demasiado ocupada decidiendo qué dirección debía tomar mi carrera como para valorar iniciar una relación.

Me permití echar un vistazo por la luna trasera del taxi justo cuando el hombre se metía mi tarjeta en la cartera. Se quedó inmóvil, con los ojos clavados en el coche, que viraba hacia la calle principal. Desde esa nueva perspectiva, su sombra pareció alargarse y estirarse hasta resultar gigantesca, casi monstruosa. Me recosté en el asiento, satisfecha por que él no hubiese tirado mi tarjeta. El estómago me dio un vuelco, atolondrado. Vale que no buscara una relación, pero eso no significaba que no pudiera pasarlo bien.

Capítulo 6

Me distrajo un movimiento que vi de reojo. Al otro lado de la hoja de cristal de la puerta, vi una mano que aferraba una esponja con la que limpiaba de un lado a otro la mancha de sangre de la pared. Unas cuantas pasadas y el color rojizo desapareció, como si los gritos y la piel abierta no hubieran sucedido nunca. Miré de nuevo a Laura, que estaba terminando de contar la historia de cómo conoció a Daniel, y me pregunté si su cocina había sido igual de fácil de limpiar o si la sangre seguía ahí, formando un endurecido caos marrón oscuro.

¿Era la sangre de él la que empapaba la ropa de Laura? Preguntárselo directamente sería inapropiado, aunque lo relajada que estaba en el asiento sugería que estaba mucho más cómoda que al principio de la sesión. Decidí optar por desenterrar recuerdos de su relación con Daniel por orden cronológico, con la esperanza de activar fragmentos de lo que sucedió en la cocina. Por aquel entonces, Daniel me parecía la persona que con mayor probabilidad había estado involucrada en el incidente, así que mi plan actual consistía en rememorarlo con la mayor claridad posible.

–¿Me podrías contar más cosas de los primeros días de vuestra relación? –le pregunté al tiempo que dejaba la libreta y el bolígrafo encima del cojín, a mi lado.

Procuraba no tomar demasiadas notas durante las sesiones. Gracias a la terapia que llevé a cabo con Harvey, conocía a la perfección la inquietud y los interrogantes que produce el hecho de que alguien escriba cosas sobre ti. En mi última sesión, mi psicólogo había tomado tantas notas que me removí en el asiento. Me comentó que me estaba aferrando a lo que había ocurrido el año

anterior y luego me preguntó si me estaba enfrentando a lo que sentía en esos instantes. Le respondí que ya había lidiado con ello y que estaba bien. Sabía que mentirle a mi supervisor era contraproducente, pero me merecía sentirme culpable. No estaba preparada para soltar esa parte. La siguiente sesión programada la pospuse. Y también la siguiente.

–¿Qué quieres saber exactamente?

Buena pregunta. La mía había sido imprecisa y Laura me pedía que fuera más concreta. Supe que iba a tener que esforzarme para obtener la información que me interesaba. No me importaba.

–¿Vuestra relación se desarrolló rápido?

Me sonrió y me dio la impresión de que había superado una prueba.

–Pues sí. Si te digo la verdad, él tenía más ganas que yo. Cuando llevas mucho tiempo estando sola, cuesta bajar las barreras.

–¿Barreras? –Contuve la urgencia de coger el bolígrafo. Como Laura era mi única paciente en ese centro, iba a gozar de la oportunidad de anotarlo todo después de la sesión sin la presión de saber que la siguiente paciente me aguardaba golpeando el suelo impaciente en la sala de espera–. ¿Por qué crees que erigiste barreras?

Bajó la vista hasta sus dedos. Me di cuenta de que llevaba las uñas largas y cuidadas, en forma de una almendra casi perfecta. Las cutículas eran suaves, como si recientemente se hubiera hecho la manicura. Me pregunté cuánto tardarían esas uñas en partirse y en despellejarse en el centro.

–No lo sé, las alzas y ya, ¿no?

Esperé. A pesar de los años que llevaba trabajando como psicóloga, me seguía costando soportar el silencio. Era algo de lo que Harvey y yo hablábamos a menudo. Pensé en lo que me diría en esos instantes. «Espera –me aconsejaría– y siente lo que está revelando el silencio». Ojalá estuviera allí conmigo, ojalá no hubiera cancelado nuestras dos últimas sesiones, incapaz de aguantar que garabateara con el bolígrafo al tomar notas, observándome con mirada cómplice desde detrás de las gafas.

El problema con el silencio era que siempre lo llenaban los pensamientos más indeseados. Me quedé callada, vi cómo Laura se tiraba de la costura de los vaqueros y me imaginé que estaba sopesando si entregarse a la terapia conmigo o no.

–Mis padres no fueron precisamente el modelo de una relación perfecta –añadió al final.

Había decidido abrir una puerta y era una muy importante: una oportunidad para hablar de su infancia. Mentalmente le di las gracias a Harvey y me prometí que, nada más salir de Heaton Place, iría a verlo. Su bolígrafo volaría por la página y yo lo soportaría porque era lo que hacían los buenos psicólogos.

–¿Viviste muchos conflictos cuando eras pequeña?

Laura recostó de nuevo la cabeza en el respaldo del sofá.

–Conflictos como tal no. Pero, bueno, no hace falta que tratemos eso –contestó–. Ya lo he trabajado con mi terapeuta. Está integrado. –Levantó la cabeza y me miró a los ojos. Con el uso del término «integrado» y el contacto visual pretendía retarme, estaba claro. Había abierto una puerta y la había cerrado a propósito. ¿Por qué?

–Te lo agradezco –repliqué.

Laura sabía que yo interpretaría su lenguaje no verbal, así como oiría todo lo que me dijera. Era una especie de juego del gato y el ratón. Nunca me había encontrado en una situación en la que la dinámica de poder confundiera mi proceso. No era que por lo general quisiera que mis pacientes sintieran que yo estaba al mando –pues eso era algo que podía causar una transferencia negativa en sí misma, ya que me podrían llegar a asociar con alguna figura de autoridad previa que enturbiara el vínculo–, sino que, sin contar con las sesiones de supervisión de colegas, casi siempre era la persona que sabía mejor cómo debía avanzar la terapia.

–Y es estupendo que lo hayas tratado, pero, como nuestra relación es nueva, seguro que entenderás que me resultaría muy útil que me contaras más cosas de ti.

–Perdona. –Cerró los ojos–. Claro, claro.

Capituló antes de lo que me había imaginado. Me quedé en silencio y sonreí para indicarle que me gustaría que prosiguiera.

–Cuando era pequeña, creía que mis padres tenían un matrimonio tradicional –movió la cabeza de un lado a otro–, nada más que la típica estructura familiar, aunque imperfecta. –Suspiró–. Pero la terapia me ha hecho comprender que lo que experimenté no fue… sano para mí.

Asentí para demostrarle que la estaba escuchando. Algunos recuerdos de mi propia infancia afloraron en mi consciencia. Oí a mi padre gritándole a mi madre en la planta de abajo mientras Sarah y yo estábamos en la cama, atemorizadas. Me permití analizar la escena durante unos segundos, me permití sentir el miedo y la vulnerabilidad; los brazos protectores de mi hermana me rodeaban y los acepté. Al poco, me obligué a volver al presente. Me recordé que esa sesión giraba en torno a Laura, no en torno a mí.

–Ahora sé que era el silencio lo que no era… normal –continuó diciendo–. Todo el mundo se andaba siempre con pies de plomo. Un racionamiento de palabras intencionado, un enfurruñamiento que podía llegar a durar días.

–¿Quién se enfurruñaba?

Laura se acarició entre las cejas con un dedo.

–Quién no se enfurruñaba, mejor dicho. Mi padre irritaba a mi madre y ella se iba a otra habitación mientras él resoplaba y bufaba en la cocina. Y luego era al revés. Mi infancia estuvo formada por una comida sigilosa tras otra, en las que yo intentaba romper la atmósfera de pasivo-agresividad con absurdas anécdotas de mi día a día en la escuela. Hasta que un día me rendí y me quedé sentada como ellos, comiendo lo más rápido posible para poder marcharme a mi dormitorio.

Me imaginé la escena que retrataba con tanta claridad que era como si fuese yo la que estaba sentada a la mesa. La empatía que sentía por ella hizo que palpitara el aire que nos separaba. Me hormigueaban los dedos por las ganas de coger la libreta y el boli, pero no era el momento de apuntar nada.

–Me parece a mí que era un entorno complicado en el que crecer.

Laura soltó todo el aire por la nariz.

–Incluso ahora siento la necesidad de minimizarlo, ¿sabes?, y decir: «Ah, pero si teníamos todo lo que nos hacía falta. Nos daban de comer, nos vestían y no pasábamos frío». Pero, cuando aprendí la pirámide de Maslow y la jerarquía de las necesidades, comprendí que en mi casa hubo muy poco amor y sentimiento de pertenencia, y eso hizo que todo lo demás fuera más difícil de conseguir. –Ladeó la cabeza–. Y las dos sabemos que no es la situación ideal, ¿verdad? En cualquier caso, no lo es en una familia funcional.

Asentí y deseé enormemente que nos hubiéramos conocido en otras circunstancias. Me apetecía hablar de la pirámide de Maslow ante una copa de vino. Maslow creía que, si no se satisfacen las necesidades de fisiología, seguridad, afiliación, reconocimiento y autorrealización, es muy difícil satisfacer necesidades mayores relacionadas con el amor propio y el crecimiento personal. Era algo en lo que pensaba mucho. La miré con rostro impertérrito mientras mi mente echaba a divagar y a pasar de meditar en cómo me sentía en esos instantes a por qué me encontraba allí, en aquella cálida salita, con esa mujer. ¿Me estaba presentando su pasado como miembro de una familia disfuncional a modo de pista? ¿Su relación con Daniel era tóxica?

–Lamento que vivieras eso.

–Gracias. Sabes mejor que la mayoría lo habitual que es.

Al principio, me quedé atónita al creer que conocía la historia de mis padres, pero al poco me di cuenta de que se refería a mi trabajo. Era el primer comentario con el que me revelaba que estaba al corriente de mi especialidad. Ardía en deseos de preguntarle si había insistido en verme a mí y a nadie más por mi trabajo con mujeres que habían sufrido maltrato, pero era demasiado directo y demasiado pronto. No quería que Laura pensara que había sacado conclusiones sobre su relación, en parte porque no debería haberlo hecho. No sin haber recabado más información.

–Pues sí. –Cogí el bolígrafo y le di vueltas con los dedos, como si tal cosa–. ¿Qué hizo Daniel para convencerte de que… valía la pena arriesgarse? ¿Cómo logró para que bajaras esas barreras? –De repente, me fijé en que había usado dos veces el verbo

«convencer». Era un error. Insinuaba que él había actuado de forma deliberada. En terapia, el lenguaje es muy importante. Debía andarme con más cuidado.

Para mi alivio, se le iluminaron los ojos.

–Qué no hizo, más bien. –Pasó la vista a la ventana situada a mi izquierda, con una breve sonrisa en los labios–. Fue de lo más encantador. Me envió flores, me mandó mensajes y notas de voz.

–¿Antes de que aceptaras tener una cita con él?

–Antes y después. Me preocupaba que solo le interesara el coqueteo. Me preparé por si…, ya sabes, por si era uno de esos hombres que solo persiguen a las mujeres que no les prestan atención, pero, después de haber salido unas cuantas veces –bajó la voz–, incluso después de que nos hubiésemos acostado, siguió siendo igual de atento.

–Seguro que fue estupendo.

–Debería haberlo sido –repuso, cruzándose de piernas–, pero hizo que me echara un poco atrás.

La palabra «debería» resultaba interesante.

–¿Por qué?

–Parecía demasiado ansioso.

Volvió a tirarse de la coleta, a dividirse el pelo y a tensar la goma para ceñírsela un poco más. Tomé nota mental para recordar que era algo que hacía Laura cuando estaba incómoda.

–¿Te sentías bombardeada por sus atenciones?

En la carrera, nos enseñaban a poner nombre a las emociones, a validar lo que decían los pacientes y a verbalizarlo para demostrarles que los comprendíamos. Sin embargo, en cuanto esas palabras salieron por mis labios, supe que había cometido un error. Laura irguió la espalda. El brillo de sus ojos se atenuó, sustituido por una mirada acerada.

–No fue así.

Apartó la vista hacia la cámara que estaba encima de la puerta. Fui consciente de que nos observaban, de que la había cagado mientras la gente lo presenciaba. Con la intención de avanzar, había

sacado una conclusión infundada. No todos los hombres atentos eran maltratadores. Ya lo sabía. Por el amor de Dios, si yo misma me había casado con un hombre considerado y cariñoso.

–Perdona –me disculpé. Ojalá hubiera podido retirar lo que acababa de decir. Pensé que estaba deduciendo lo que me insinuaba, pero vi que me había pasado de la raya y que había puesto palabras en su boca. La atmósfera de la sala se había alterado. Percibí cómo Laura se cerraba en banda y no supe cómo recular–. Es obvio que he malinterpretado lo que querías decir. ¿Me lo podrías aclarar?

Tragó saliva. Los músculos de su mandíbula se tensaron. Acto seguido, miró a Melanie.

–¿Podría volver a mi habitación ahora, por favor?

Reparé en las manecillas del reloj de la pared, que se movían y marcaban el poco tiempo del que disponía para ayudar a esa mujer.

–Laura, creo que sería muy útil…

–Me gustaría irme, por favor. –Ni siquiera me miró.

Noté cómo Melanie salía de detrás de la mesa, pero mantuve la vista clavada en Laura.

–A lo mejor podríamos…

–No –exclamó. girando la cabeza hacia mí. Tenía los ojos muy abiertos y asustados. ¿Le daba miedo yo o le daba miedo lo que la obligaba a afrontar? Me dio la sensación de que estábamos en el umbral de algo importante, pero supe que no debía presionarla más.

–Me gustaría volver a lo que me has dicho sobre tus padres. –Mis palabras salieron apresuradas.

–Estoy cansada –contestó Laura, con los ojos fijos en el suelo.

Toda esperanza de volver a ganármela se esfumó. La paciente debía procesar lo que había ocurrido en la sesión y meditar al respecto. Y yo también.

–Vale –dije–. Gracias por haberte reunido conmigo hoy.

Laura se levantó, agachó la vista y se dirigió hacia la puerta.

Yo también me puse en pie y vi cómo se alejaba con aquellas finas zapatillas, sintiéndome impotente e idiota.

–Me gustaría programar otra sesión contigo mañana, si te parece bien.

¿Qué haría si me decía que no? ¿Volver a casa? Antes de conocer a Laura, me lo habría tomado como la solución perfecta. Una sesión y luego la negativa de proseguir. Lo había intentado… ¿Qué más podía hacer?

Pero, para cuando hubo llegado hasta la puerta, supe que quería ayudarla a desenterrar lo que fuera que estaba atrapado en su cabeza. Había trabajado con suficientes mujeres que habían vivido un infierno como para creer que Laura Winters había sufrido algo tan traumático que le había provocado amnesia disociativa. Había hecho o no algo como resultado de sus experiencias, y quería ser la que liberase esos recuerdos.

Por supuesto, esperaba que la policía pudiera utilizar cualquier información obtenida, pero mi prioridad era ayudarla a curarse.

–¿Nos vemos en la sesión de mañana? –Tosí y fingí que una flema me tensaba la voz, no la urgencia de la pregunta. Laura dudó y asintió ligeramente con la cabeza antes de que Melanie la acompañara hasta el pasillo. Cuando la paciente salió y se reencontró con Aidan y Julie, llamé a Melanie para que esperase–. Esa cámara de ahí –dije, señalando el ojo negro de la puerta–. ¿Quién la monitoriza?

–Pues… los de seguridad. –Melanie levantó la vista.

–Creo que está poniendo nerviosa a Laura. –No añadí que a mí también me estaba incomodando–. La terapia es un proceso personal y privado. No me parece correcto que nos estén monitorizando.

Melanie miró tras de mí hacia Laura, que seguía en el pasillo.

–En un sitio como este, la seguridad es vital.

–Pero seguro que…

–A lo mejor ahora no la consideras necesaria, pero ¿qué pasará si confiesa haber cometido una atrocidad espantosa que te pone la piel de gallina?

–Seguro que no pueden controlar sus sesiones de terapia en busca de pruebas, ¿no? No es ético.

–No es algo que nos tomemos a la ligera –me aseguró Melanie–. Y no pienses que no sopesamos concienzudamente la ética de nuestros tratamientos, por favor, porque es así. Damos muchas vueltas antes de tomar una decisión. Pero en este caso seguro que lo ético es descubrir la verdad, ¿no te parece? Sobre todo porque sabemos que es posible que otra persona esté herida.

Por la forma en la que me miró a los ojos, deduje que quería que le contestara. Pero no supe qué decir. Me parecía moralmente incorrecto utilizar el tratamiento de esa manera. Además, ya estaba convencida de que Laura no era una peligrosa criminal.

–Aunque haya cometido un crimen, estoy segura de que fue en defensa propia.

–¿Estás segura? –repuso Melanie–. Espero que sea el caso. Ojalá fuera tan optimista como tú. Pero si hubieras visto lo que he visto yo en este centro… Si supieras que las personas criminalmente enajenadas se parecen a cualquier hijo de vecino, te alegraría que hubiese cámaras en todas las paredes. Te alegraría mucho, de hecho.

Capítulo 7

Levanté la vista de la libreta al oír cómo Melanie metía la llave en la cerradura. En el tiempo que habían tardado Aidan, Julie y ella en llevar a Laura hasta su habitación, yo había aprovechado para tomar notas de la sesión, preparada para analizarlas más tarde en mi cuarto.

–Oye, ¿tienes hambre? –me preguntó Melanie desde la puerta.

–Pues sí. –Esa mañana había desayunado en mi dormitorio, un típico plato institucional de cruasán de mantequilla y café con leche UHT, pero el cruasán se me había pegado al cielo del paladar y renuncié a comérmelo al cabo de un par de bocados. Esperé encontrar en la cafetería algo tentador con, por lo menos, cierto valor nutricional. Cerré la libreta y me la guardé, junto a las notas de Laura, en la bolsa de tela que había llevado para ese propósito–. ¿Hay alguna manera de apagar la calefacción? –añadí al notar cómo me ardía la espalda por culpa del radiador.

–Me temo que no –contestó Melanie–. En las salas no hay termostatos individuales, así que o se enciende o se apaga, no hay término medio.

–Jo, pues vaya. Y en las habitaciones del personal hace un frío que pela.

–¿Sí?

Me abrió la puerta para que la cruzara.

Melanie debía de tener mejor control de temperatura interna que yo si no se había dado cuenta del cambio de los viejos cuartos a aquella sauna. Al salir de la sala, eché un vistazo al panel metálico

que había junto a la puerta y recordé lo que había querido preguntarle.

–¿Cuándo estarán listas mi llave y mi identificación?

–Buena pregunta –repuso ella–. Después de comer iré a ver cómo va ese asunto.

–Gracias. Tengo que bajar a la recepción para recuperar el móvil, así que podría cogerlo yo, si te parece…

–No te preocupes. Después de comer tengo que ir directa a una reunión a la planta baja, aprovecharé para cogerte el móvil también.

–Genial. Gracias.

Procuré no observar las salas de tratamiento que dejábamos atrás, pero la gente del interior siempre atraía la atención de mis ojos. Melanie me había explicado que los paneles de cristal de las puertas eran una medida de seguridad, para que el personal siempre pudiera ver si había algún problema. Recordé la información de seguridad que me comentaron cuando llegué y deseé haberla escuchado con más atención. Poco a poco iba calando en mí lo importante que era la seguridad en Heaton Place.

Miré hacia la sala por la que pasábamos y, en ese preciso instante, la mujer del interior giró la cabeza hacia el cristal. Su rostro hinchado era un lienzo de vívidos colores: moratones de un amarillo, azul y lila que se mezclaban entre sí. Cuando me miró a la cara, el iris azul contrastó con el ojo completamente morado. Aparté la vista y la mantuve fija en la costura que recorría el centro de la chaqueta de Melanie conforme avanzábamos.

Llegamos hasta otra puerta, situada en el fondo del pasillo. Melanie levantó el llavero, en el que llevaba una especie de placa que colocó junto al panel. La puerta se abrió con un clic; al otro lado había un descansillo pintado de un blanco muy potente. Detrás de Melanie, bajé un tramo de escaleras, seguidas a pocos pasos por Aidan y Julie. Una vez abajo, atravesamos otras puertas que daban a una sala con mesas de formica de color gris y una zona donde servirse a lo largo de la pared del fondo.

El olor a comida frita sugería que no podría comerme las verduras que pretendía ingerir, pero, al inspeccionar más

concienzudamente la oferta, vi bandejas plateadas llenas de tomates troceados, pepinos, coles y ensalada de patata. Sonreí ante la mujer delgada con traje blanco, que me recordó a las batas de laboratorio que nos poníamos en la clase de Ciencias de la escuela. De repente, me vino una imagen en la que me encontraba de pie, temblando, mientras mi padre me preguntaba el resultado de un examen de Ciencias. Había quedado la segunda de la clase, no la primera. Recuerdo el escozor que sentí en el antebrazo cuando me pellizcó la piel entre el pulgar y el índice, hasta que no pude soportarlo más. Mi madre acudió en mi defensa, y todavía me parecía oír el bofetón que le dio él en la mejilla como castigo.

La mujer del mostrador me miró a la cara. El recuerdo debía de estar impreso en mi rostro, ya que apartó la vista enseguida y se giró hacia Melanie.

–¿Qué te pongo?

–¿Qué te apetece? –me preguntó Melanie.

–Una ensalada estaría estupendo, con una patata asada si hay.

Melanie asintió y se dirigió hacia Aidan.

–Lo mismo para mí. Hasta ahora. –Me cogió el codo con una mano y me guio hacia una salita lateral.

–¿No deberíamos esperar la comida? –Al volverme, vi a Julie señalando las bandejas plateadas y a la mujer delgada poner lechuga en un plato.

–No hace falta –me dijo Melanie–. Julie y Aidan nos la traerán.

–Pero ¿no la tengo que pagar? ¿Se me apunta lo que pida o…?

Llegamos a la salita lateral. En el interior habían colocado dos mesas con cuatro sillas alrededor. El espacio debía de hacer las veces de almacén, ya que había un montón de sillas de plástico en uno de los extremos y mesas con patas plegables de metal atadas entre sí contra dos de las paredes.

–Heaton Place se hará cargo de todos tus gastos. Forma parte del contrato. –Melanie se sentó y cogió la jarra que presidía el centro de la mesa. Sirvió agua en cuatro vasos y me tendió uno a mí. Esperé notar el frío del cristal, pero me encontré con la maleabilidad del plástico. Melanie barrió la sala con la mirada y curvó los labios–.

No es el entorno más salubre del mundo, ¿eh? Nos han asignado esta zona para comer, donde podemos tener algo de intimidad.

–Pero esta es la cafetería del personal, ¿no? –Miré hacia la sala principal, donde vi a unas cuantas personas. Todas llevaban un cordel azul alrededor del cuello–. Supongo que los demás serían discretos, ¿verdad? –Intercambié una mirada con un hombre vestido con una camisa blanca arrugada. Apartó los ojos y siguió comiendo con un ademán que me pareció forzado. Comprendí que a cada paciente individual se le adjudicaba un equipo de profesionales, pero en Heaton Place ¿ni siquiera el personal tenía permiso de mirarse unos a otros?

Melanie se encogió de hombros.

–Solo sigo las órdenes de arriba. Nos han dicho que mantengamos el caso en secreto y que no hablemos de la paciente X con nadie externo a nosotros cuatro.

Me parecía un tanto ridículo que se nos prohibiera mencionar el nombre de Laura fuera de la sala de terapia. No éramos espías.

–Estaba pensando en eso precisamente –dije, girándome de nuevo hacia Melanie–. Sé que es un caso confidencial, pero sigo necesitando mantener contacto regular con Harvey, mi supervisor. Ya sabes lo importante que es que contar con alguien a quien comentarle cualquier cosa.

Melanie bebió un trago de agua y dejó el vaso en la mesa sin miramientos.

–Me temo que no va a ser posible.

–Pero es que es mi supervisor –insistí–. Lo que digamos será totalmente confidencial.

–No forma parte de la lista autorizada. –Melanie negó con la cabeza–. Lo siento, Emma, pero no lo van a permitir.

Se interrumpió cuando Julie dejó una bandeja azul delante de mí.

–Gracias –le dije.

La comida del plato tenía aspecto soso. Las hojas de lechuga lucían partes marrones y la piel roja de los tomates se arrugaba como si fueran dedos que han pasado demasiado tiempo en el agua.

Vi el humo que desprendía la patata asada cortada por la mitad y un mal presentimiento se me instaló en el estómago. Cogí el cuchillo y el tenedor de plástico, los acerqué al plato y recé por que se me relajaran las tripas.

Aidan puso una bandeja delante de Melanie con la vista gacha. Me dio la sensación de que no le emocionaba ser el encargado de llevarnos los platos. Julie y él regresaron al puesto de comida.

–Ya sabes lo crucial que es la supervisión –añadí. Melanie era psicóloga. Seguro que lo entendía.

Abrió el paquetito rectangular de la mantequilla y utilizó el cuchillito blanco para retirarla del envoltorio. La puso encima de la patata. Vi cómo se derretía y el reguero amarillento que caía de la parte inferior y se deslizaba por la patata caliente y por la crujiente piel marrón antes de acumularse en el plato.

–Mientras estés aquí, yo seré tu supervisora –me informó al tiempo que pinchaba el centro de la patata con el tenedor y refrotaba la mantequilla amarilla con la carne.

Su propuesta no me convenció.

–Gracias, pero ya sabes lo vital que es hablar con alguien que te conoce. Con alguien que conoce tu pasado, tu estructura.

«Tus debilidades», pero eso no lo verbalicé. Harvey era mi salvavidas. Era quien veía cuándo me estaba empezando a llevar demasiado bien con una cliente. Me comprendía si le hablaba de mi contratransferencia y me advertía si me estaba adentrando en una respuesta emocional con la que corría el riesgo de empatizar demasiado, en lugar de utilizar esos sentimientos para comprender mejor a la paciente. Desde la investigación, había perdido muchísima confianza en mí misma y necesitaba que Harvey me ayudara a no perder la perspectiva en ese caso. Ya había evitado contarle demasiadas cosas que habían sucedido en mi vida.

–Lo siento. Es que no es posible. Haré lo que esté en mi mano para ayudarte como sea. –Melanie hablaba con voz firme. Dejó el cuchillo y el tenedor en la mesa–. ¿Hay algo de la sesión de esta mañana que quieras comentar?

Me imaginé los ojos cálidos e inteligentes de Harvey detrás de sus gafas, su frente fruncida cuando le contase el momento en el que Laura me recordó a Sarah. Lo visualicé pasándose una mano por la calva y tomándose unos segundos antes de preguntarme cómo me había hecho sentir eso. Si estuviera sentada delante de él en su acogedor despacho, sentada en su raída butaca de piel, le diría que me preocupaba no ser la persona adecuada para ese trabajo. Lo que Laura me había contado había provocado la irrupción de demasiados recuerdos de mi propia infancia. Le preguntaría cómo podía mantener separadas sus experiencias y las mías.

Pero Harvey no estaba allí. Yo no me encontraba en su cómodo despacho de Islington, sino en una dura silla de plástico de una salita lateral de la cafetería, mirando a los ojos a una mujer a la que apenas conocía.

–No –dije–. Creo que la sesión de esta mañana ha ido tan bien como cabía esperar.

–Estoy de acuerdo. –Melanie me sonrió e intentó pinchar una rodaja de pepino con la punta del tenedor–. Creo que eres la psicóloga ideal para este caso.

«No lo eres», dijo la voz de Harvey en mi cabeza. «Haz caso a tu instinto y márchate. Esto no terminará bien».

En ese instante, en mi mente la cara de Laura sustituyó la de Harvey. ¿Qué le pasaría a ella si me iba? Solo serían unos cuantos días y al acabar podría volver con mi marido y a mi vida. Seguro que tenía la experiencia suficiente como para poder llevar un caso sin Harvey.

–Eso espero –repuse mientras cortaba un tomate. Dejé quieto el cuchillo cuando un reguero de jugo rojizo hizo que me subiera bilis por la garganta.

Capítulo 8

Después de comer, los ojos me escocían, cansados. La terapia de primera hora había sido intensa. Se requería una dosis nada desdeñable de energía mental y emocional para interpretar a una nueva paciente, y eso, sumado a lo poco que había dormido, me dejaba agotada.

–¿Qué vas a hacer esta tarde? –le pregunté a Melanie cuando retiramos la silla de la mesa.

–Tenía la intención de avanzar con un libro de no ficción que quiero escribir cuando no esté trabajando en el caso –respondí, lo cual era cierto, aunque en realidad lo que me apetecía era echarme una siesta después de comer.

Los fines de semana, Connor y yo a veces dormitábamos un poco después de comer, acurrucados encima de las sábanas. «Míranos, parecemos abuelos –me había dicho el finde anterior–. ¿Significa que hemos envejecido antes de tiempo?». «A mí me da igual», le contesté mientras me arrimaba a su cuerpo.

Cuando me desperté, él se cambió de lado y se inclinó para darme un beso, pasarme las manos por el cuerpo y luego debajo de la ropa. Nuestras siestas siempre terminaban en una sesión de pausado sexo diurno, que en cierto modo no parecía propia de una pareja que ya no estuviese en la flor de la vida.

–Qué guay –me animó Melanie–. Yo me leería tu libro.

Sonreí e intenté no mostrarle lo halagada que me sentía.

–Gracias, pero no tengas demasiada prisa. Todavía estoy aprendiendo a enfrentarme a la página en blanco y, si te digo la

verdad, no sé si llegaré a empezarlo algún día. Pero así tendré algo que hacer cuando no esté con Laura ni repasando mis notas.

No añadí que me daba la impresión de estar subiéndome al carro. Por aquel entonces, todos los demás psicólogos escribían un libro, ¿y qué me hacía pensar que tenía algo valioso que añadir?

Melanie cogió un plátano de un estante antes de que nos marchásemos y me lo tendió.

–Debes coger fuerzas –me dijo.

–Gracias.

Acepté la fruta, avergonzada por que se hubiera preocupado por lo poco que había comido. Se suponía que yo era una profesional de la salud mental, no una paciente. Mi compañera no debería creerse en la obligación de cuidar de mí. Se me ocurrió que quizá hubiera preferido ser la terapeuta principal del caso de Laura y que tal vez estuviese resentida por que me hubieran pedido que ocupara su lugar. Una nueva presión por demostrar mi valía delante de ella se me clavó en el pecho. Un nuevo estrés que sumar a la lista.

–¿Te gusta trabajar en Heaton Place? –le pregunté cuando salimos de la cafetería, seguidas por Julie y Aidan.

–No está mal –se encogió de hombros–, pero tengo ganas de ascender.

La miré a los ojos e intenté no mostrar la sorpresa que me embargaba. Por su piel tersa y lisa, debía de ser por lo menos cinco años menor que yo, y era probable que ni siquiera hubiera cumplido los treinta. Ser psicóloga jefe en un lugar como ese a su edad ya era un hito bastante grande.

–Qué ambiciosa, eso está muy bien –le comenté–. ¿Alguna idea de a dónde te gustaría ir a continuación?

–He solicitado un puesto en Bethlem.

–Ah, en la ciudad y en la Seguridad Social. Bien hecho. –Me encantaba vivir en Londres y, aunque Bethlem estuviera en las afueras, era una zona que ofrecía muchas oportunidades profesionales y sociales para una joven como Melanie–. Conozco a un psiquiatra que trabaja allí, Marc Greaves. Podría llamarle y…

–No –me interrumpió Melanie de pronto–. No hace falta, gracias.

Me había dejado atónita.

–No me importa. Si puedo, me gustaría echarte un cable.

–De verdad que no es necesario. Es que me gusta conseguir cosas por mis propios medios. No me parecería correcto que le hablaras bien de mí. Aunque es un bonito gesto por tu parte, gracias. –Se le sonrojaron las mejillas y me arrepentí de haberle sugerido la llamada. Era evidente que Melanie era una mujer de principios férreos, y ese era un motivo por el que me caía mejor aún.

Sonreí y asentí. Seguro que era lo mejor, ya que, ahora que lo pensaba, era posible que no tuviese todavía el número de Marc. Habían pasado años desde la última vez que los vi a él o a su esposa, aunque nos habíamos llevado superbién. Se me daba fatal mantener las amistades. Decidí resolver esa cuestión cuando volviese a casa.

Al llegar a lo alto de las escaleras, el corazón me dio un vuelco y se me aceleró al acercarnos al pasillo de cristal que conectaba el alojamiento del personal con el centro de tratamiento. Esa mañana, lo había cruzado a regañadientes cuando me mostraron el camino hacia la sala de terapia, pero, ahora que sabía que se avecinaba, me daba vueltas la cabeza para encontrar una excusa que justificara no pasar de nuevo por allí.

Melanie seguía hablando, explicándome que los viejos barracones del Ejército se habían convertido en habitaciones y que la única manera de acceder por la moderna clínica de al lado por esa planta era por el pasillo de cristal. No quise confesarle el miedo que me daban las alturas, así que me detuve sin más y le dije:

–No me importa ir por las escaleras. De hecho, lo prefiero. Quiero mantenerme en forma.

–Te entiendo, pero deberíamos abrir y cerrar un sinfín de puertas de seguridad, luego recorrer la gravilla, entrar en la clínica y pasar por la recepción, y luego repetir el mismo camino hasta llegar a la misma planta. Tardaríamos veinte minutos, en lugar de dos.

Apreté los dientes y la seguí. Cuando nos aproximamos, me costó acompasar la respiración. Reproduje mentalmente la terapia cognitivo-conductual que había hecho para que mi nivel de ansiedad

pasara de una fobia a un miedo intenso. Me recordé lo lejos que había llegado. Unos años antes, habría sido incapaz de acercarme tanto a un túnel de cristal que se alzaba a unos cinco pisos del suelo. Me habría puesto a sudar, a temblar, a llorar y a hiperventilar hasta estar a punto de desmayarme.

Junto a Melanie, tan solo tenía la boca seca, el pulso desbocado y náuseas. Era una victoria. Sin embargo, al pasarme el plátano de una mano a la otra para secarme las manos en los pantalones, no me pareció victoria alguna.

Detrás de nosotros oímos un chasquido, como si se hubiera roto algo de cristal. Los cuatro nos giramos hacia las escaleras a medida que los gritos comenzaron a rebotar por las paredes.

–Vamos –me apremió Melanie, cogiéndome del codo y alejándome del ruido, que se interrumpió tan repentinamente como había empezado.

Le permití que me hiciese avanzar, inspirando por la nariz y espirando por la boca, y puse un pie sobre el cristal esmerilado. Gracias a Dios que quienquiera que había diseñado aquel pasadizo infernal había tenido la suficiente cabeza como para hacer que el suelo fuese opaco. Di otro paso y el resplandor cegador del sol primaveral de media tarde me hizo entornar los ojos. El calor acumulado en el túnel me empapó la piel, aunque podría haberse debido más bien a la reacción de mi cuerpo a la caída que al sol que se proyectaba sobre los barracones al otro lado del patio de gravilla.

–Oh –exclamó Aidan, que se había detenido y se tapaba los ojos con una mano–. Parece que al final van a demoler el viejo edificio. Pensaba que le encontrarían alguna utilidad y que harían pisos o algo. Yo podría haber vivido ahí. –Se giró hacia Julie–. Marnie y yo podríamos haber instalado nuestro nidito de amor. Podrías habernos hecho una visita. –Le guiñó un ojo a Julie, con el color azul casi translúcido por la luz que reflejaban. A Julie se le sonrojó la nuca y me pregunté si había leído algo entre líneas en el comentario de su compañero.

–Pues sí, eso de ahí es una bola de demolición –terció Melanie–. Ya le ha llegado la hora.

Me obligué a mirar por el patio cuadrado hacia los viejos barracones de piedra. Me parecía un edificio idéntico que el que albergaba las habitaciones del personal, de cinco plantas, con un campanario majestuoso y un reloj de fachada azul cuyas manecillas marcaban las doce y media. Las ventanas eran negras, como ojos inertes contra la piedra.

Quise moverme, alejarme y cruzar al otro lado del túnel, pero no quería mostrar mi punto débil. Solo cuando Aidan masculló: «Qué pena, joder», se giró y los demás avanzaron con él, levanté el talón y luego los dedos para disponerme a seguirlos. Al cabo de quince pasos, las suelas de mis zapatos rozaron la mullida moqueta del otro lado y pude relajar la mandíbula y respirar mejor. Algo húmedo y pegajoso me caía por la mano. Resulta que había aplastado el plátano con el puño y la pulpa clara brotaba de la piel hinchada. Lo escondí detrás de mí.

Mi habitación era la sexta del pasillo. Melanie utilizó su identificación para abrir la puerta.

Me giré para mirarla desde el umbral.

–¿Seguro que no prefieres que vaya yo a por el carné y la llave? –le dije–. ¿Y a por mi móvil?

–No, ahora mismo iré –me aseguró–. Pero cuando tengas el móvil no podrás entrar en internet con él.

–¿A qué te refieres?

–Aquí no está permitido el uso de dispositivos inteligentes… Bueno, permitido sí, pero hay wifi y datos bloqueados, como una especie de campo de fuerza alrededor de Heaton Place. –Se encogió de hombros–. En realidad, no sé ni cómo funciona. Lo único que sé es que la única manera de acceder a internet es por el ethernet de los ordenadores situados en las zonas seguras. Tu móvil no podrá entrar en la red mientras estés aquí, pero puedes usarlo para llamar y mandar mensajes de texto.

–¿Ni siquiera el personal puede acceder a internet? –Comprendía la norma para los pacientes, pero seguro que los trabajadores tenían permiso para entrar en la red.

–Me temo que con sus propios dispositivos no. Recuerda que aquí tratamos un montón de casos problemáticos. Algunos reciben una sentencia antes incluso de llegar al juicio. Antes de que se reforzara la prohibición, hubo filtraciones a tiempo real que, la verdad sea dicha, solo podía haberlas hecho algún trabajador, así que… –Señaló hacia una hoja DIN A4 plastificada que estaba encima de la mesa–. Ahí tienes detalladas todas las medidas de seguridad. Léelas, y espero que pronto veas que son de cajón. –Exhaló aire por la nariz–. Un delincuente peligroso puede hacer mucho daño con acceso a internet. E incluso puede hacer mucho daño a gente por tener acceso a internet. Si nadie dispone de un dispositivo portátil con wifi, por lo menos evitamos ese peligro. La mayoría de las normas pretenden garantizar nuestra seguridad, Emma. Las medidas son más fáciles de asimilar si las interpretas desde ese punto de vista.

–Vale. Ahora les echaré un ojo –dije, derrotada. Por culpa del plátano machacado que me resbalaba por los dedos, estaba desesperada por entrar en mi cuarto y lavarme las manos. Un trocito cayó al suelo–. Pero sí que necesito llamar a mi marido. –Podría vivir sin perder el tiempo en las redes sociales, puede que incluso me gustase descansar de internet y estar alejada de cualquier mala noticia, pero seguía sintiéndome culpable por la discusión que habíamos tenido y, como Connor se había ido de viaje por trabajo, por lo menos necesitaba saber que estaba bien.

–No hay problema. Ahora bajo a por todo. –Me sonrió–. Sé que hay muchas cosas que no son ideales. De verdad que agradecemos todos los sacrificios que estás haciendo para echarnos una mano con este caso.

Le devolví la sonrisa y entré en la habitación caminando hacia atrás, con la esperanza de que no me tuviese por un bicho raro. Seguro que había percibido el olor del plátano y había decidido ayudarme a salvar las apariencias, puesto que se inclinó hacia delante y tiró del pomo de la puerta.

–Ya te abro yo –se ofreció. Me dedicó una sonrisa indulgente hasta que la puerta se cerró entre nosotras, dejándome a mí con

una necesidad tan grande de hablar con Connor que era una especie de atracción magnética.

Capítulo 9

Me encontraba tumbada en la cama, medio dormida, cuando alguien llamó a la puerta y me despertó del todo. Me incorporé y me pasé los dedos por el pelo con la intención de ocultar el hecho de que había estado dormitando cuando debía leer o trabajar. Por lo general, no era tan poco profesional. No estaba acostumbrada a ese cansancio.

–Adelante.

La puerta se abrió y Melanie asomó la cabeza por la obertura.

–Te he traído la identificación.

–Gracias. –Al dirigirme hacia ella, me fijé en una gota marrón que manchaba la moqueta cerca de la puerta. Me reprendí por haberme olvidado de limpiar el trozo de plátano que se me había caído. Aidan y Julie estaban en el pasillo, a pocos centímetros el uno del otro, sumidos en una intensa conversación. Los saludé con una mano. Asintieron y sonrieron, y se alejaron un poco. Retomaron la charla, pero con frases de sonido falso, como cuando unos actores murmuran: «Ruibarbo, ruibarbo» en el fondo de una escena–. Pasa, pasa. –Abrí la puerta para que entrara Melanie.

Me siguió hasta la habitación y dejó la puerta entornada. Todavía me llegaba la voz ronca de Aidan.

–¿Qué les pasa a esos dos? –susurré.

–¿A Aidan y a Julie? –repuso Melanie en voz baja–. ¿A qué te refieres?

Al verla fruncir el ceño, no me cupo ninguna duda de que me había imaginado cosas.

–No me hagas ni caso –reculé–. Creo que ser psicóloga a veces te vuelve un poco loca, ¿no crees? Siempre estoy interpretando pistas, ¿sabes?, y viendo cosas que hacen que me cuestione… –Negué con la cabeza–. No siempre hay algo transcurriendo por debajo de la superficie, ¿verdad? Mi marido siempre me recuerda que de vez en cuando hay que tomarse las cosas al pie de la letra.

Desplacé la silla, que se encontraba bajo la mesa que hacía de escritorio, y le hice señas a Melanie para que tomara asiento. Yo me senté en el borde de la cama, delante de ella, deseando que hubiera otra silla. Por alguna razón, hablar con ella desde la cama hacía que me sintiera vulnerable. Supuse que se debía a la intimidad de invitar a alguien a entrar en el lugar donde dormía o a la resaca de saber que todos estamos más indefensos cuando estamos inconscientes.

–¿Qué tal el libro? –me preguntó, asintiendo hacia *El arte de escribir no ficción*, que estaba sin abrir en la mesita de noche.

–Bien, sí. Interesante –contesté.

–Estupendo. –Se metió una mano en el bolsillo interior de la chaqueta y extrajo una tarjeta rectangular plastificada atada a un cordel azul, que al poco me tendió–. Aquí tienes.

–Genial. Gracias. –Se la cogí y leí mi nombre escrito con letras negritas, seguido de las palabras «Psicóloga principal». Debajo habían impreso un largo número de identificación. Eché un vistazo a la fotografía que había en el margen derecho–. Por Dios, ¡qué foto más horrible! –me reí, pero para mis adentros me avergonzaba la versión pálida de ojos como platos que vi en la fotografía cuadrada.

–La cámara que utilizan en la recepción para los carnés no saca bien a nadie, ¿eh? –me dijo Melanie–. La mía era tan espantosa que me quejé y me quejé hasta que me la cambiaron. –Extrajo un carné plastificado idéntico. Si en mi foto yo aparecía cenicienta y sin sonreír, la suya era a color, con los ojos marrones y ese traje chaqueta azul que le daba aspecto inteligente y profesional–. Si te quedaras mucho más tiempo aquí, te aconsejaría que te hicieras otra, pero no creo que para unos días merezca la pena.

Melanie creía de corazón que podría abrir la memoria de Laura en cuestión de cinco días. Esperé que llevase razón. Si la terapia no

funcionaba, las autoridades deberían encargarse de la nueva fase del proceso y no me gustaba pensar en qué situación se encontraría Laura entonces.

–Da igual. –Me encogí de hombros y me pasé el cordel por el cuello, levantándome el pelo–. No he venido a un concurso de belleza, ¿a que no? –Me imaginé lo que me diría Connor de la foto. Mi marido tenía un lado vanidoso que jamás admitiría ante nadie. Seguro que se debía a ser la persona más atractiva de cualquier sitio, aunque puede que yo no fuese del todo imparcial al respecto. Fuese cual fuese la razón, dudaba de que Connor permitirse que le colgaran del cuello una fotografía tan poco favorecedora. Acaricié con un dedo el dispositivo metálico circular que estaba unido al carné–. ¿Sirve para abrir las puertas internas y externas?

–Exacto. ¿Has leído las normas de seguridad? –Cogió la hoja plastificada.

–Sí. Si te digo la verdad, me han sorprendido. –Le arrebaté el plastiquito y leí–: «Tened presente que ha habido algunos errores en el nuevo sistema de programación y que puede que los dispositivos activados en la última semana deban reprogramarse. Nos estamos esforzando para resolver el problema, pero aseguraos de que ninguna persona con un dispositivo de los nuevos pasea a solas por el edificio». –Levanté la vista–. No es lo más ideal, ¿eh?

–Es una manera de decirlo. Pero, de todas formas, siempre insisto en que mi equipo vaya en grupo. Así es más seguro y, si no te funciona la llave, uno de nosotros puede ayudarte. Es una de las ventajas de contar con un grupo pequeño de profesionales en un caso. Siempre hay alguien que te cubra las espaldas.

Del pasillo nos llegó una carcajada. Sonaba demasiado pueril para proceder de Julie, más bien como si alguien estuviese coqueteando, pero enseguida contestó la voz grave de Aidan, y luego la de Julie, así que deduje que él le había dicho algo para arrancarle una risilla. Pensé en cuánto tiempo había pasado sin oír una risotada. En Heaton Place no había demasiados motivos por los que sonreír. Melanie se puso las manos sobre las rodillas y se levantó.

–Antes de que te vayas –le dije–, ¿y mi móvil?

–Ah –exclamó–, verás.

Apreté los dientes. Sabía que debería haber bajado yo a la recepción.

–¿Hay algún problema?

Melanie frunció los labios por encima de sus dientes pequeños y perfectos para hacer una mueca.

–Lo he buscado por todas partes, pero…

–Lo dejé en el mostrador de la recepción. Estoy segurísima. –Cierto calor me subió por el cuello–. Como me lo hayan robado…

Melanie levantó una mano para detenerme.

–No te lo han robado. No te preocupes… Al no poder encontrarlo, le he preguntado a todo el mundo y resulta que Gail se lo ha llevado a casa sin querer.

–¿Cómo?

–Gail. Era la que estaba en la recepción cuando viniste. Por lo visto, acababa el turno y cogió tu móvil pensándose que era el suyo. No se dio cuenta de que tenía dos teléfonos en el bolso hasta que llegó a casa. Esta mañana ha llamado y ha dejado un mensaje para avisar. No sabía de quién era el móvil, de lo contrario alguien habría venido a comentártelo.

Visualicé mi fondo de pantalla, en el que aparecía Connor sonriendo. A no ser que nos conocieras, no había nada que indicase que era mi móvil.

–¿No puede traerlo hoy? –Era un fastidio, pero por lo menos no había desaparecido del todo.

–Ese es el segundo problema.

No me apetecía oír ningún otro problema. Solo quería llamar a Connor.

–Está de vacaciones hasta el viernes.

Parpadeé lentamente. El viernes era el penúltimo día programado para el tratamiento de Laura.

–Lo siento, pero, como se ha equivocado ella, me temo que tendrá que interrumpir sus vacaciones y traérmelo. Debo llamar a mi

marido.

–Es que está de viaje. Se ha ido a la isla de Wight a visitar a su familia política. No podrá traer el móvil hasta el viernes.

–La madre que me parió –estallé, sin que me importara sonar poco profesional. Estaba cansada y harta, y quería oír la voz de Connor.

–Lo sé. Lo siento. –Melanie se palpó los bolsillos de la chaqueta–. No sé si te sirve de consuelo, pero en el despacho he encontrado un viejo móvil. –Extrajo un teléfono gris que sin duda distaba mucho del elegante iPhone con el que había ido hasta allí–. Puedes usarlo.

–¿Qué?

–Sé que es un modelo viejo, pero como tampoco puedes usar internet… Con él podrás llamar y mandar mensajes. –Me lo tendió.

El móvil se parecía al primer modelo que tuve. Mi madre me lo compró después de lo que le había pasado a Sarah para que siempre pudiese llamarla si corría peligro o si me sumía en pensamientos siniestros. Su paranoia era comprensible, pero no pude evitar pensar que había hecho mella en mí también. Me costaba mucho confiar en la gente, sobre todo en los hombres. Acepté el móvil de Melanie e intenté no pensar en que mi madre había comenzado a llamarme casi cada hora cuando su ansiedad llegaba al peor nivel. Giré el teléfono y me pregunté si todos los trabajadores de salud mental se apuntaban a la profesión con la esperanza de aprender a sanar a sus seres queridos o a sí mismos.

–Es superantiguo.

Pulsé el botón lateral para encenderlo. La pantallita se iluminó con un conocido brillo verde y una parte de mí esperó ver cómo aparecía el número de nuestro viejo teléfono fijo en números negros. Recité el número mentalmente al instante. Mi madre ya no tenía fijo porque se había mudado a otro piso. De hecho, yo ni siquiera había intentado memorizar su nuevo número de móvil ni el de nadie, tan solo el de Connor. Todos estaban guardados en mi agenda de contactos, a la que podía acceder con un veloz movimiento de dedo.

–No me resuelve el problema –insistí–. Solo me sé de me moria el número de mi marido. –Connor era la primera persona a la que quería llamar, pero quería poder llamar a cualquiera.

–Si debes llamar a otra persona, siempre puedes ir a Administración. ¿A lo mejor Sonia podría buscarte los números? Aunque primero tendrás que ganártela; si lo consigues, me avisas de cómo lo has hecho, ¿vale? Esa mujer me aterra. –Melanie me dedicó una sonrisa de disculpa que hizo que me sintiese culpable por haberme desahogado con ella. No era culpa suya que la idiota de Gail se hubiera llevado mi puñetero móvil y se hubiese ido a la isla de Wight de las narices–. Si te digo la verdad, siempre que estoy aquí doy gracias por descansar un poco de los grupos de WhatsApp y de las notificaciones de las redes sociales.

–Sí, eso sí –repuse, y me obligué a sonar más resignada de lo que me sentía. No me consideraba una persona adicta al móvil, pero, ahora que no lo tenía al alcance, me hormigueaban los dedos por las ganas de leer la aplicación de noticias o de entrar en las redes sociales. No recordaba cuándo había empezado a recurrir a una pantalla para llenar cualquier minuto libre. No era precisamente un hábito saludable. No me haría daño romperlo–. Me lo tomaré como una desintoxicación digital.

–Ese es el espíritu. –Se encaminó hacia la puerta–. Esta noche me toca turno hasta tarde. ¿Te vengo a buscar antes de cenar? Podemos bajar juntas.

–Pues… –Ante la idea de volver a cruzar el puente de cristal, me dio un vuelco el corazón en el pecho.

–¿O quieres que le pida a alguien que te suba una bandeja si prefieres seguir leyendo? –Asintió hacia el libro de mi mesita de noche.

–No quiero molestar a nadie.

–No es ninguna molestia. Yo que tú, aprovecharía todo el tiempo libre que tengas.

–Si no te importa, sería estupendo, gracias. Si no aprendo a escribir el libro, no lo haré nunca. Antes de que te marches –señalé

hacia la cámara del rincón en el que el techo se unía a la pared de la puerta–, no está encendida, ¿verdad?

–No, seguro que no. –Melanie se la quedó observando.

–Menos mal –exclamé, y me imaginé a un fornido guardia de seguridad viéndome meterme en la cama con mi pijama gris–. ¿Por qué hay cámaras hasta en las habitaciones de los trabajadores?

–A veces utilizamos esta planta.

–¿Para albergar pacientes? –No me enorgullecía sentir un estremecimiento de incomodidad, pero, después de haber oído gritos y golpes delante de la sala de terapia, no me hacía mucha gracia dormir en el mismo pasillo que alguien que estuviese… en crisis.

–Solo los que consideramos inofensivos. Nadie que tengamos por un peligro para el personal o para sí mismos.

–Vale –dije, sin estar del todo tranquila.

–Y Julie y Aidan ocupan cada uno una habitación al lado de la tuya, así que estás perfectamente a salvo.

Me la quedé contemplando sin saber cómo responder. ¿Era porque les convenía así o era un lugar lo bastante peligroso como para que dos ordenanzas se instalasen a ambos lados de mi cuarto?

–Pues me alegro. Gracias. –Miré de nuevo hacia la cámara y tomé una nota mental para desvestirme en el cuarto de baño a partir de entonces.

Cuando Melanie se marchó, los ojos doloridos me recordaron lo agotada que estaba. Tener al fin una forma de ponerme en contacto con Connor y pensar que dispondría del resto de la tarde y noche para mí misma sin deber bajar a la cafetería y mantener conversaciones triviales logró que se rebajara la tensión que me anquilosaba los músculos. Aunque aquella no era una habitación para relajarse. El único mobiliario era una cama, una cómoda que hacía de mesita de noche, una mesa y una silla, además de un estrecho armario a la izquierda de la puerta. Me había alojado en hostales más lujosos.

Abrí el armario y me alegró encontrar una almohada extra en la parte de arriba. La ahuequé junto a la de la cama y conseguí

instalarme en una posición cómoda, semirreclinada, lista para hablar con Connor. Como se había ido de viaje de trabajo y mi llegada a Heaton Place había sido tan apresurada, tan solo le había mandado un breve mensaje para informarle de dónde me encontraba. No me había referido a la discusión y, al marcar su número y esperar oír su voz, planeé lo que le diría para enderezar la situación. Le diría que comprendía por qué estaba molesto cuando me daba por aceptar a otra cliente cuya familia estaba vinculada con el crimen organizado.

–¿Quién la va a apoyar si no? –le había soltado–. No me puedo negar a tratarla por quién es la persona que la está maltratando.

–Siempre antepones a las mujeres con las que trabajas a nosotros –me había replicado. Cuando intenté contradecirlo, añadió–: El marido de Shannon Bray tiene contactos, ¿sabes? Puede que ahora esté entre rejas, pero ¿crees que un hombre capaz de secuestrar a su propio hijo y de atacar a la policía con un machete olvidará así como así a la mujer que ayudó a su esposa a arrebatarle al hijo?

–Yo no he ayudado a arrebatárselo –protesté.

En realidad, era el motivo por el que había pasado muchas noches en vela desde el secuestro. Una mujer y un niño habían vivido un infierno, y todo porque al volver a casa después de unas sesiones muy intensas me había quedado dormida en el sofá. Para cuando activé el engranaje para meter a Shannon y a Kai en un centro protegido, ya era demasiado tarde. Su esposo maltratador se había llevado a su hijo, se dictó una orden de busca y mi profesionalidad se puso en tela de juicio en el acto. A pesar de que la investigación dictaminó que estaba libre de cualquier culpa, no pude quitarme de encima la sensación de que el caos lo había provocado yo. Estaba decidida a no volver a cometer jamás un error parecido.

–Prácticamente sí –insistió Connor–. Por lo menos, así es como lo verá él: que urdiste un plan con ella para robarle a su hijo. Y su red de contactos seguirá en activo, esté o no en la cárcel, sobre todo por aquí. Es como si estuvieras poniéndote en peligro adrede.

Ahora que me había calmado, entendí a qué se refería. Esperaba que no rechazase mis disculpas por haber tomado la decisión de ocuparme del caso de Laura. Tal vez Connor pensaba que me había enfadado tanto como para dejarlo todo y acudir a Heaton Place. Entre la cagada con la primera sesión con Laura, el espeluznante túnel de cristal y la desaparición de mi móvil, hasta a mí me costaba no llegar a la misma conclusión.

Se me llenó la piel de escalofríos. Retiré la fina colcha y me metí debajo, con el móvil apoyado en el oído. La línea dio tono sin parar. Maldije el hecho de que mi marido no hubiera activado un buzón de voz. Detestaba escuchar los mensajes y siempre decía que, si la llamada era importante, la persona en cuestión volvería a llamarlo.

Pulsé el botón rojo, me aparté el teléfono del oído y comprobé que hubiese marcado correctamente el número. Era el suyo. Lo volví a intentar. Nada. Suspiré. Cuando se marchaba de viaje de trabajo, ocurría mucho. A menudo tenía el día lleno de reuniones, seguidas por cenas con contactos importantes, y era imposible hablar con él. Colgué y recordé de pronto que el móvil desde el que lo llamaba aparecería en su pantalla como un número desconocido. Normal que no me lo cogiera. Connor pensaría que era alguien que quería exigirle algo en un falso accidente de coche o que quería venderle ventanas de cristal reforzado.

Más me valía mandarle un mensaje y decirle que era yo. Las teclas eran diminutas y costaba escribir, y me frustró ver solo unas cuantas palabras de mi mensaje en la pantalla.

> Soy Em. Sigo por ahí, pero volveré el sábado.
> Es un caso atípico. Te lo contaré todo
> cuando te vea. Espero que te vaya bien el
> viaje. Me puedes contactar aquí. Te quiero.

Lo cerré y abrí las notas del caso de Laura para repasar lo que había obtenido en la sesión de ese día. No dejé de pasar la vista hasta el móvil, situado en la extraña mesita de noche, y deseé que sonara. Procuré concentrarme con el dosier del caso, pero el cansancio me nublaba la vista. Me rendí y cerré los ojos.

Me estaba quedando dormida cuando el golpeteo metálico que sonaba en el rincón de la estancia me hizo abrirlos. Me incorporé, con el corazón desbocándoseme conforme se aceleraba el ruido, que finalmente se redujo hasta una suave cadencia. Recordé los viejos radiadores de hierro ubicados a la derecha de la mesa y me tumbé sobre el colchón, con el cuerpo derrotado por la fatiga.

Un día leí que, cuando el corazón dejaba de latir, la gravedad hacía que la sangre se acumulara en la parte inferior del cuerpo. Encima del fino colchón, intenté dormirme de nuevo, pero mi cerebro proyectó la imagen de una sangre espesa y coagulada que me abandonaba el rostro y me caía hasta la parte trasera del cráneo, se agolpaba en mi culo y en las piernas por detrás. En un estado de semiinconsciencia, mi mente transformó mi rostro pálido en el de Sarah y vi, con agónica claridad, cómo la sangre le abandonaba el cuerpo maltrecho para derramarse sobre el suelo de hormigón.

Capítulo 10

Martes

Cuando Melanie, Aidan y Julie se fueron a buscar a Laura para la terapia de la mañana, me senté en el mismo sofá que en nuestra primera sesión. La consistencia era importante. Por eso me frustraba tanto que las sesiones fueran a horas irregulares. Cuando pregunté por qué no podíamos vernos todos los días a la misma hora, Melanie me dijo que era porque debíamos encajar las sesiones en las horas en las que la sala no estuviera reservada previamente. Me pareció absurdo. Solo disponíamos de cinco días para desentrañar la memoria de Laura. Seguro que desde Dirección podrían haber organizado las cosas con más eficiencia, ¿no?

Ojalá hubiera llevado el móvil conmigo en lugar de dejarlo en mi cuarto como muestra de profesionalidad. Siempre me aseguraba de que durante las sesiones de terapia quedaba fuera de mi vista y no quería que se me marcara en el bolsillo. Todos habíamos pasado el tiempo suficiente siendo escuchados a medias por personas que tenían un ojo clavado en la pantalla de un móvil. Quería que mis clientas estuvieran convencidas de que contaban con toda mi atención. Dicho esto, Connor no me había cogido el teléfono cuando lo llamé esa mañana y sentí hormigueos en los dedos por las ganas de mandarle otro mensaje, por si el anterior no le hubiese llegado.

Al cabo de diez minutos, desde el pasillo me llegaron voces susurradas. Con cierto esfuerzo, esbocé una sonrisa cuando apareció Laura. Lucía unas ojeras moradas que me recordaron a la sombra de ojos que se ponía mi madre cuando éramos pequeñas. Cuando tenía unos seis años, un día Sarah y yo llevamos su bolsa de maquillaje hasta nuestra habitación e intentamos pintarrajearnos la una a la

otra. Recordé haberme reído al notar la suave caricia sobre los párpados y luego los gritos que profirió mi padre cuando nos encontró «pintadas como dos putas». No volvimos a jugar con el maquillaje de mi madre nunca más.

–Hola –la saludé–. ¿Cómo te encuentras hoy?

–No he dormido bien. –Laura se sentó enfrente de mí y se frotó la comisura de un ojo, que se acabó dejando rojo.

Vi de soslayo el azul del traje de Melanie, que se quitaba la chaqueta y tomaba asiento ante la mesa. Me pregunté cómo era posible que no se fundiera, tan cerca del radiador. A mí el calor ya me estaba provocando un ligero mareo. Pasé la vista hasta el panel de cristal de la puerta y atisbé la oreja de Aidan, que me confirmaba que todo el mundo ocupaba la misma posición que el día anterior.

–¿Hay algo en particular que te impida dormir?

–Aquí hay mucho ruido –repuso, echando por tierra cualquier esperanza que hubiera albergado yo acerca de un sueño realista que pudiera ayudarme a hurgar en su subconsciente. Era lo que sucedería en una película, pensé. La noche anterior, yo misma había experimentado una secuencia de sueños perturbadores, todos relacionados con el caso de Laura. Desperté con imágenes de cuchillos y sangre impresas en mi cerebro. También hubo una extraña imagen cinematográfica en la que Connor y mi padre hacían una especie de baile ritual que desembocaba en el momento en el que se unían hasta ser la misma persona. Qué inquietante. Había elegido a Connor específicamente porque no se parecía en nada a mi padre. Era inevitable, supuse, que algo tan misterioso como lo que había ocurrido aquel día en la cocina de Laura, sumado a la presión de tener que descubrir la verdad, causase que mi propio subconsciente hiciera horas extras. Combinado con la cama incómoda, los sueños me habían dejado más exhausta todavía de lo que había estado el día anterior.

Al planear la segunda sesión, había decidido volver a lo básico. Era dolorosamente consciente de que habíamos gastado uno de los seis días y no podía permitirme cometer el mismo error. A fin de evitarlo, debía aprender más cosas sobre Laura, su estructura

mental, qué pensaba de sí misma y del mundo. De ese modo, tal vez pudiera averiguar la mejor manera de ayudarla a acceder a los recuerdos que había perdido.

–Si te parece bien, me gustaría que hablásemos de tu infancia.

Laura asintió.

En sus notas, había leído que tenía una hermana.

–Tienes una hermana, ¿no es así?

–Sí, se llama Nicole. –Laura sonrió.

–Pensar en ella te hace sonreír. ¿Es mayor o menor que tú?

Su sonrisa se ensanchó y me inundó una punzada de envidia. Yo también solía iluminarme al pensar en Sarah. Acepté la sensación y la expulsé a un lado para concentrarme en los ojos azules de Laura.

–Dos años menor que yo.

–¿Os lleváis bien?

–Sí, siempre nos hemos llevado muy bien.

Intenté recordar lo que decía en el dosier de Laura sobre Nicole. Si su hermana había ido a visitarla al centro, seguro que lo habían apuntado. Quizá tuviera información que nos fuese de ayuda.

–Lleva unos cuantos años ya trabajando en Dubái, así que últimamente no la he visto demasiado –me informó Laura.

Ah.

–Debes de echarla de menos. –El dolor de no poder ver nunca más a Sarah me creó escozor en los ojos. Estaba empatizando demasiado con la paciente. Debía aferrarme a la realidad.

–Sí.

–Y mencionaste que tus padres tenían una relación, ¿crees que era difícil?

–Es una manera de describirla.

–¿De qué otra manera la describirías?

–Era una relación pasivoagresiva. –Se metió las manos entre los muslos y encorvó los hombros hacia delante. Parecía que intentara ser más pequeña. Advertí el sentimiento de protección que nació en mi interior.

–¿Te preguntabas por qué tus padres seguían juntos, en una relación poco saludable?

Me interesaba mucho su respuesta. Me costaba asimilar que mi madre se hubiera quedado en un matrimonio tóxico. Cuando comprendí que el comportamiento de mi padre era deliberadamente cruel, me embargó el resentimiento por que mi madre hubiera tomado la decisión de normalizar una relación abusiva por no marcharse y llevarnos a Sarah y a mí consigo. Pero eso fue antes de enterarme de la naturaleza depredadora de los hombres maltratadores, de la meticulosidad con la que eligen a sus víctimas, analizando las cualidades de bondad y generosidad antes de ir a por su presa.

Asimilar completamente que las mujeres que caían presas de los hombres abusivos no eran en absoluto responsables de los maltratos que sufrían, por más que fueran casos repetidos, había sido un punto de inflexión en mi carrera. Cuando me enteré de que los maltratadores ponen en la diana a propósito a mujeres amables, y a menudo vulnerables, a las que seducen con malas intenciones hasta que incluso sus pensamientos y el lenguaje que utilizan pasan a ser los del propio maltratador, me embarqué en la misión de ayudar a las mujeres a verlo. Por aquel entonces, ya era demasiado tarde para Sarah, así que empecé con mi madre. Nos ayudó a arreglar nuestra relación. Durante un tiempo, nos llevamos muy bien, hasta que la vida se interpuso.

–No me enorgullece pensar que mi madre era débil por quedarse con él –dijo Laura–. Aunque fuera mi padre quien provocaba la mayoría de los problemas, yo lo admiraba y pensaba que era el fuerte.

Asentí.

–Es comprensible. –Me percaté de que había usado la palabra «fuerte». Laura había aprendido de pequeña que en una relación había una dinámica de poder. Una persona era la fuerte y la otra, la débil. No pude evitar pensar en qué papel había adoptado en su relación con Daniel–. ¿Y qué opinas ahora?

–Ahora sé que no es tan sencillo. –Soltó un suspiro–. Nunca lo es, ¿verdad? Cuando dos personas pasan muchísimo tiempo juntas, los patrones de comportamiento se desarrollan poco a poco, a veces de forma imperceptible. A menudo la gente no tiene ni idea de que está en una relación disfuncional. Por lo menos, esa es mi experiencia.

Su experiencia era exactamente lo que me interesaba oír. Esperaba que activase recuerdos mucho más recientes. Me quedé en silencio al percibir que Laura tenía más cosas que decir.

–Y cuando se divorciaron, por ejemplo –prosiguió al tiempo que se quitaba las manos de entre los muslos con un gesto que se me antojó significativo–, debería haberme alegrado por mi madre, por los dos. Era lo correcto. Fueron infelices desde que tuve uso de razón y de pronto se les ofrecía la posibilidad de ser felices o solos o con otras personas, pero… me impactó de una forma que no había anticipado.

–¿Sentiste que te desestabilizaba?

–Sí. Supongo que era el fin de…, no sé… Aunque ya me había ido de casa cuando se separaron, hasta ese momento había podido fingir que había disfrutado de una infancia feliz y que procedía de un hogar estable, ¿sabes?

Asentí.

–Vivíamos en un pueblo pintoresco, montábamos a caballo, aprendí a tocar el piano y demás. Éramos como el resto del mundo aunque de puertas para adentro hubiera cierta atmósfera.

–¿Podrías describir esa atmósfera?

Recordé el latido de ansiedad que sentía en la casa donde crecí. Si describía el entorno en el que se crio, tal vez podría reconocer semejanzas con su propia relación o convencerme a mí de lo contrario. Debía escucharla con la mente abierta.

–Seguro que sabes a lo que me refiero. –Me miró fijamente.

Parpadeé. ¿Me había leído la mente?

Continuó antes de que se me hubiera ocurrido una respuesta a esa pregunta–:

Has trabajado con suficientes víctimas de maltrato como para comprender qué se siente al vivir en una atmósfera de miedo constante a que algo se tuerza.

Poco a poco, solté todo el aire que retenía en los pulmones. Laura se refería a mi trabajo, claro.

–Siento que tuvieras que vivir eso. Supongo que para Nicole también fue difícil.

–También le pareció duro, sí.

–¿Te daba la sensación de que debías mejorar las cosas por ella, ya que eras la hermana mayor?

¿Cuán intensa era su necesidad de proteger?

Advertí un cambio en Laura. Tensó los músculos de la mandíbula y al poco los relajó. No me respondió.

–¿Has hablado con ella de esa atmósfera? ¿La habéis comentado desde que se separaron vuestros padres?

Laura se subió la coleta. Esperé.

–No es fácil cuando no podemos proteger a las personas a las que queremos, ¿verdad? –repuso al final–. A mi hermana la quiero muchísimo.

Hablaba en voz baja y percibí una profunda tristeza en su tono. A pesar de querer indagar por esa vía, me preocupaba que se cerrase en banda si los sentimientos comenzaban a abrumarla. Decidí cambiar de dirección.

–Me has comentado las barreras que erigiste antes de conocer a Daniel. ¿Dirías que la relación y el divorcio de tus padres son la razón que explica esas barreras?

Laura levantó la vista hacia la ventana enrejada. No supe si el brillo que resplandecía en sus ojos era un reflejo del cielo primaveral o si se debía a pensar en ese hombre, al que por lo visto veneraba.

–Supongo que sí. Él quería una conexión profunda, saberlo todo de mí, y fue muy intenso. Me pareció apresurado. No estaba acostumbrada a hablar tanto de mí. Nunca se me ha dado bien abrirme a la gente. –Bajó la vista y soltó una breve risilla–. Es irónico, teniendo en cuenta en qué consiste nuestro trabajo, ¿eh?

Pero, si creces en una casa donde todo lo desagradable se mantiene en el interior y te enseñan a actuar para el mundo exterior, te acostumbras a guardarte este tipo de cosas.

Me pareció que volvía a perder a Laura.

–¿Cómo consiguió conquistarte del todo?

Sonrió y negó con la cabeza.

–Daniel supo que me estaba frenando. Tiene una gran intuición. Es como si viese dentro de las personas y viese qué teclas debe tocar. –Se cogió un mechón de la coleta y se lo retorció alrededor del índice de un modo que resultó coqueto aun sin querer. El gesto podría haber sido una respuesta a los recuerdos a los que estaba accediendo, pero se me antojó algo artificial, como si pretendiese decirme algo con ello. ¿Transmitirme cierta ingenuidad pueril, quizá?–. No es que no sintiera cosas por él muy pronto, porque sí –continuó–. Ese era el problema, creo. Los sentimientos me asustaron. Me había convencido de que no era de las que tenían una relación.

–¿Crees que fue un mecanismo de defensa?

–Es posible. Pero Daniel fue muy persistente. No le gusta aceptar un no como respuesta. Aunque no fue solo por eso. Me convenció de que de verdad se preocupaba por mí. Y de que todo lo que hacía era por mí.

Me pareció un tanto extraño que usara el verbo «convencer». A lo mejor le estaba dando más importancia de la que tenía, pero para mí ese verbo implicaba un acto deliberado. Implicaba engaño.

Capítulo 11

El pasado

Junto a la puerta trasera, había un dosel de lona para proteger a los fumadores de la llovizna otoñal, pero el dueño no había instalado ninguna estufa en el patio. Me estaba pelando de frío al ver cómo unas enormes gotas de lluvia se deslizaban por el borde de la lona hasta salpicar en el suelo. Pegué una calada al cigarrillo y disfruté del resplandor anaranjado y del crujido satisfactorio de la llama. El gratificante ardor de la última calada me quemó la garganta y a continuación pisé el cigarrillo y lo tiré a la papelera. Me apresuré a regresar al calor del bar, con escozor en las mejillas por el aire penetrante.

Él estaba sentado solo en la mesa. Enseguida me sentí culpable por haber dejado a mi novio con la única compañía del móvil para poder fumarme un pitillo. Esbocé una sonrisa de disculpa en el rostro cuando levantó la vista. La palabra «novio» sonaba graciosa incluso después de dos meses. Me incliné para darle un beso al tomar asiento.

–¿Todo bien?

–Ahora que has vuelto, sí. –Me dio un ligero golpecito.

–Dios, lo siento, es de muy mala educación dejarte plantado. Es un hábito muy sucio. –Abrí el paquete de cigarrillos–. Mira, solo me queda uno. –Observé con mala cara el círculo blanco de la punta, detestando ser tan dependiente de esa maldita adicción–. Por lo menos no me voy a pasar la noche entera ahí fuera.

–¿Quieres que te vaya a comprar más? –se ofreció. Irguió la espalda, giró la cabeza y barrió el local con la mirada–. ¿En los bares

todavía hay máquinas de tabaco? Supongo que no los venden en la barra como antes, ¿no?

Me sonrojé, pasmada por su amabilidad. Los cigarrillos eran carísimos, así que estaba siendo muy generoso conmigo.

–Lo dudo, hace años que no veo una máquina de tabaco. No te preocupes, no pasa nada.

–Si quieres, me acerco al quiosco. –Alargó un brazo hacia el abrigo y me ruboricé, halagada.

–No. De verdad que no hace falta. –Le sujeté una mano para impedírselo–. Es un bonito detalle por tu parte, pero… –Hice una pausa y, acto seguido, tomé una decisión–. En realidad, necesito dejarlo. A lo mejor ha llegado el momento de intentarlo.

Se quedó quieto y me miró a los ojos.

–Si quieres dejarlo, haré lo que pueda para ayudarte. –Rodeó la jarra de cerveza con una mano y se inclinó sobre la mesa marcada–. Me preocupas mucho.

Se me cayó el alma a los pies. Hacer que alguien se preocupara por ti no era sexi. Tu abuela debía preocuparse por ti, no el buenorro al que te tiras. Mi cerebro viajó al instante hacia la mañana en la que me desperté antes que él. Me había pasado siglos contemplando su bello rostro y todavía me costaba creer que me hubiera elegido a mí entre todas las mujeres del mundo. Sinceramente, no entendía por qué. Estaba segura de que algún día se despertaría y se daría cuenta de que yo no merecía todos los esfuerzos que hacía por ponerme contenta.

Debió de notar que lo observaba, ya que se despertó y esbozó una sonrisa lánguida antes de rodar por la cama y tumbarme de espaldas. Se había empalmado y echamos un polvo lento e intenso. Me miró a los ojos al correrse, y esa expresión seguía grabada a fuego en mi mente, con los labios separados en una mueca de placer.

En el bar, apretaba la mandíbula, y me odié a mí misma por hacer que se inquietase.

–No quiero que te preocupes por mí –le dije.

–Es normal preocuparse por las personas que te importan –repuso mientras me pasaba una mano por el muslo. Me imaginé que la subía, oculta bajo la mesa del bar. Se detuvo–. ¿Tú no te preocupas por mí?

Bajé la vista.

–Tú no tienes ningún hábito sucio. –Levanté los ojos hasta su cara–. Que yo sepa.

Sonrió y subió un centímetro los dedos por mi muslo.

–¿Sucio, dices?

–Sucio.

Se inclinó y me besó. Y entonces recordé que yo apestaba. Olía a cenizas. De repente, fui sumamente consciente de mi olor rancio y de mi boca asquerosa. Me aparté.

–¿Tienes algún chicle? –Intenté reírme, pero sonó falso incluso para mí.

–¿Qué pasa? –Frunció el ceño.

–Que me huele el aliento a tabaco.

–En ese momento, no estaba pensando en eso. –Me sonrió.

–Ya, claro. ¿En qué estabas pensando? –Las palabras me sonaron a flirteo, pero ya no tenía ganas de ligereza ni de coqueteo. Me sentía mugrienta. Cogí la cerveza y bebí un buen trago para llenarme la boca con otro olor.

–En ti. Resulta que me paso el día pensando en ti –añadió mientras se removía en el asiento para situárseme cara a cara–. Incluso cuando estoy en el curro.

–¿No es negativo para la seguridad nacional que el cerebro de un agente de contraterrorismo divague de esa manera? –Le sonreí mientras batía las pestañas con la esperanza de recuperar la vivacidad.

–Sí. Muy negativo. Eres un peligro para el bienestar de la nación.

No se me ocurrió ninguna réplica ingeniosa. Me giré para observarlo e intenté no exhalar en su dirección.

–De veras que quiero dejar de fumar –le aseguré–. Lo he intentado varias veces…

–Me encanta que quieras dejarlo, porque me preocupa –dijo, y una expresión sincera sustituyó su sonrisa– que te esté haciendo daño o que te lo haga algún día. Y no podría soportarlo.

Me miró fijamente y me vi obligada a soltar el aire con normalidad, incapaz de apartar la vista.

–Porque me he enamorado de ti –me anunció.

Por entusiasmada que me pusiera en el momento, me distancié un poco los días posteriores a la declaración de amor. Me diagnostiqué como una persona cobarde con fobia al compromiso. Tenía buenos motivos para no querer una relación seria, me repetí. Crecer en una familia como la mía haría que cualquiera fuese escéptico con el amor. Mi padre siempre le decía a mi madre que la quería, a menudo mientras ella lloraba. El amor se demuestra con hechos, no con palabras.

Cuando Gaby, mi mejor amiga, vino a verme y le enseñé el enorme ramo de flores que me había enviado él, se quedó boquiabierta.

–Joder, tía. Le gustas muchísimo.

Cogió la tarjeta, que estaba apoyada en un jacinto.

–«Con todo mi amor, siempre tuyo». –Soltó el aire entre los labios–. Este no es de los que hacen las cosas a medias, ¿eh?

La palabra «este» sugería que había habido otros, pero no. Había pasado mucho tiempo y sin duda nunca había experimentado esa intensidad.

–Pues no –convine, arrebatándole la tarjeta y volviendo a ponerla entre las flores lilas. El olor dulzón me siguió hasta el sofá. Me recosté entre los cojines–. Es de esos que o todo o nada. –Lo dije impostando acento de dobladora de películas con la esperanza de añadirle un poco de humor, ya que me sentía avergonzada por la carga romántica. Los hombres de mi edad no solían ir por ahí regalando bombones y flores, o por lo menos eso me decía mi experiencia. Y esperaba que él viese que había cometido un error. En cualquier momento descubriría que yo era la de siempre, no la persona a la que había puesto en un pedestal demasiado alto siendo

lo normalita que era–. Me preocupa que sea demasiado intenso –añadí–. Es mucho, ¿no?

–¿Y no sientes nada? –Mi amiga enarcó una ceja–. ¿Es porque es un adefesio? –Se sentó a mi lado y me dio un codazo en las costillas riéndose–. ¿Te lo estás repensando porque no quieres que te vean por ahí con alguien clavado a Danny DeVito?

–No. De hecho, está muy bueno. –Me lo imaginé y una oleada de placer me prendió la barriga–. Y es atento y considerado. –Cogí el vaso de vino de la mesa de centro y bebí un sorbo. Al pensar en él, me había subido la temperatura.

–¿Es malísimo en la cama, entonces?

Fingí abrir la boca de par en par por la sorpresa, pero no pude contener una carcajada.

–No es malísimo en la cama. –Sostuve la copa de vino delante de mi cara para esconderme antes de hacer otra afirmación–. Más bien al contrario, en realidad.

Gaby soltó un gritito.

–Ahora entiendo que hayas dado un paso atrás. –Se rio–. Nadie necesita toda esa mierda.

–Muy bien, so sarcástica. –Puse los ojos en blanco–. Es que es…

–¿Problemas del primer mundo?

–Cierra el pico. –Me recosté en el sofá e intenté averiguar qué sentía exactamente por ese tío que al parecer se había enamorado de mí hasta las trancas–. Como he dicho, es demasiado. Nada más. Me asusta que… –Dejé la frase a medias. Nunca le había contado a nadie la historia de mi familia ni cómo había afectado a mi perspectiva hacia las relaciones. Ni siquiera a mis mejores amigas. Para el mundo exterior, todo había sucedido de manera normal y yo le había seguido la corriente. Salvar las apariencias se había convertido en mi segunda naturaleza–. Me preocupa que quiera más de lo que puedo darle. No quiero una relación. Es una norma mía.

–Pues es una norma absurda. Tienes muchísimo amor que dar, tía. Eres la persona más amable a la que conozco. Te mereces a alguien que te priorice para variar, en lugar de ser tú la que siempre

cuida de los demás. –Arrugó los labios. Gaby no hablaba a menudo en serio y me conmovieron sus palabras.

–Ya sabes que quiero concentrarme en mi carrera. –Esa era la excusa que llevaba años arguyendo, y todo el mundo al que conocía era lo bastante feminista como para no ponerla en cuestión.

–Lo entiendo, pero ya te has hecho un nombre, así que puedes relajarte. A lo mejor no sepas qué dirección quieres tomar a continuación, pero si tienes opciones es porque se te da de puta madre tu trabajo.

Sonreí. Era cierto, y no me avergonzaba admitirlo. Estaba orgullosa de mi carrera. Tenía una buena reputación y, como había comentado Gaby, varias opciones. La excusa de la carrera no iba a sostenerse durante mucho más tiempo.

–Y él también se centra en su trabajo, así que supongo que lo entiendo. Trabaja en Contraterrorismo, ¿te lo había dicho?

Levanté las cejas y la voz porque claro que se lo había dicho. El hombre que se había enamorado de mí protegía al país. Era algo importante y casi glamuroso.

Gaby se rio.

–Puede que me lo hayas dicho una o dos veces. –Cogió la copa de vino y me miró por encima del borde del cristal–. ¿Qué daño te puede hacer darle una oportunidad? –me preguntó–. Obviamente, no lo conozco, así que si es un cardo o un baboso…

–No es ni un cardo ni un baboso.

–Pues déjate de gilipolleces y dale una oportunidad al tío.

Mi móvil dio un brinco al ponerse a vibrar sobre la mesa de centro de cristal. Lo cogí.

–Hablando del rey de Roma –exclamé.

–¿Te ha propuesto matrimonio? –Gaby me sonrió y yo bebí un trago de vino.

–No –respondí después de leer el mensaje–, pero se le ha ocurrido una idea muy loca.

Se lo enseñé. Mi amiga se mordió el labio inferior, con los ojos brillantes por la emoción.

–Tía, tienes que hacerlo.

–¿En serio?

–Venga. –Señaló las flores–. No todos los días aparece un buenorro con un buen trabajo que te bombardea con regalos y que te invita a una cita como esa. –Se puso seria de pronto–. Sé que tienes ciertas reservas, pero eres psicóloga, y una psicóloga cojonuda. Vas a poder ver si hay algo raro en él. –Hizo una pausa–. Y es agente. La policía ya lo ha analizado por ti. ¿Qué es lo que te frena?

–Me anima a dejar de fumar. –Fue lo único que se me ocurrió, además de que parecía demasiado bueno para ser real, pero eso no podía decirlo sin sonar ridícula.

–Muy bien –replicó–. Quieres dejar de fumar, ¿no?

No le faltaba razón. Por mucho que detestara admitirlo, en la última semana me había sentido mejor por haber fumado mucho menos. Recordé nuestras citas. Había sido de lo más atento, divertido y amable. El problema era yo, en realidad.

–Es verdad –dije–. No hay nada raro en él. Es perfecto.

–En ese caso, ¿a qué estás esperando? –Le dio un golpecito a mi móvil–. Contéstale.

Capítulo 12

Los recuerdos de Laura transformaron completamente su comportamiento. Resultaba positivo. El trabajo que estábamos haciendo con su memoria sería más sencillo si se sentía relajada. Se tranquilizó en el sofá y se le nublaron los ojos con momentos que le curvaban la comisura de los labios. Su nostalgia me hizo acordarme de la sensación de enamorarse tantísimo de una persona como para perder un poco la cabeza.

Buena parte de los psicólogos a los que conozco coinciden en que el amor es lo que motiva la mayoría de las acciones humanas. Las buenas y malas experiencias me confirmaban que, cuando el hecho de ser amado se te presentaba de un modo distorsionado como le había ocurrido a Laura, y a tan temprana edad, la persona en cuestión terminaba con serias dudas para entregar el corazón.

Mientras proseguía con su narración, deduje que, cuando amaba a alguien, lo hacía con todo su ser. La manera en la que hablaba de Nicole me demostró que era capaz de sentir un amor colosal. Sospeché que era de esas personas cuyo cariño costaba mucho ganarse, pero que después eran fuertes y leales. Cuando Daniel se convirtió en su pareja, imaginé que Laura pasó a estar dispuesta a hacer cualquier cosa por él.

Sin previo aviso, recordé un experimento terrorífico que había leído en una novela. El texto describía cómo, en una investigación científica en la que se usaban monos y sus bebés, el suelo de la jaula de los monos se calentaba hasta irradiar un calor insoportable. Al principio, las madres intentaron escapar trepando por las paredes, pero en todos los casos, cuando ya no pudieron seguir sentadas ni de pie, y cuando concluyeron que no había escapatoria posible, las

madres al final simplemente optaban por situarse encima de sus hijos.

Recordé el estómago revuelto que me dejaron las imágenes que brotaron en mi cabeza al leer esas palabras. Busqué en internet si el experimento se había llevado a cabo de verdad, pero encontré más historias de crueldad animal que eran peores incluso que las visiones de bebés monos aullando que mi cerebro reproducía sin parar, y cerré el explorador antes de descubrirlo.

Cuando esa noche se lo comenté a Connor en la cama, me dijo:

–No creo que los monos hicieran eso.

–¿No crees que la supervivencia lo derrota todo, incluso al amor maternal?

Me miró con tanta intensidad que me dio la impresión de que hurgaba en mi alma.

–No, no lo creo. –Se me arrimó y me atrajo contra su cuerpo cálido. Apoyé la cabeza en su cuello. Su nuez de Adán me rozó la mejilla al seguir hablando–. Moriría por ti, Emma. –Me besó en la coronilla antes de añadir–: Y también mataría por ti.

Observé el rostro de Laura y me pregunté lo lejos que estaba dispuesta a ir por amor, pero conforme pasaba el tiempo me costaba más y más concentrarme porque me estaba creciendo cierta incomodidad en la vejiga que no dejaba de reclamar mi atención. La ignoré tanto como me fue posible, humillada por tener que interrumpir la sesión. Al final, cuando ya no podía pensar en nada más que en la tensión de la pelvis, supe que hacer una pausa en la terapia era mi única opción.

–Tomémonos unos minutos de descanso –anuncié, y me giré hacia Melanie–. Voy un segundo al lavabo.

Me levanté y esquivé los ojos de Melanie. Mi compañera llegó junto a la puerta antes que yo y puso la llave sobre el metal. Seguro que pensaba que era poco profesional por tener que ir al baño en medio de una sesión, ya que era exactamente lo que pensaba yo.

–Julie, ¿podrías acompañar a Emma al lavabo, por favor? –dijo al abrir la puerta.

–No pasa nada –tercié–. Solo dime dónde está…

–Vamos siempre en grupo, ¿recuerdas? –Melanie enarcó una ceja y de repente sentí que me reprendía.

Julie señaló hacia el pasillo y eché a caminar. Dos hombres se acercaban en dirección contraria, uno mayor con bata y el otro con chándal, cuyos pantalones holgados le bailoteaban sobre las delgadas caderas. Tras recordar que los distintos equipos procuraban guardar intimidad, agaché la vista y me rasguñé el brazo con la pared al mantenerme en el lado derecho del pasadizo.

Cuando los dos desconocidos llegaron junto a nosotras, una ráfaga de olor corporal me inundó las fosas nasales. Levanté la vista y vi que al hombre del chándal le caía el pelo grasiento sobre el rostro al mirarme a los ojos. Esbozó una sonrisa torcida con los labios resecos y agrietados. Giré la cabeza, pero, al hacerlo, él alargó una mano y cogió el cordel que me rodeaba el cuello. Tiró de mi carné y me arrastró hacia él. El hedor de su cuerpo sin duchar se intensificó cuando mi rostro quedó cerca del suyo. Un fuerte dolor me atravesó el cuello, y luego otro cuando Julie le arrebató la tarjeta de la mano. Hubo un forcejeo y luego se oyó un gruñido y una exhalación cuando el hombre mayor empujó al del chándal contra la pared.

Julie me sujetó por los hombros y me giró hacia el cuarto de baño. Me dio un ligero empujón en la espalda y comencé a andar. Demasiado aturdida como para mediar palabra, avancé como en trance para alejarme de los gruñidos susurrados que se alzaban tras de mí y del ruido de los pasos, que se debilitaban conforme los hombres se alejaban.

–¿Estás bien? –me preguntó Julie cuando en el pasillo se hizo el silencio.

–Sí –mentí–. Creo que sí.

Vi el cartel que identificaba el lavabo de señoras y accioné el pomo con manos temblorosas. Entré a toda prisa en el cubículo, me bajé los pantalones y las bragas, y me senté para vaciar la vejiga al fin. Tenía una mancha oscura en la ropa interior. Suerte que no había llegado a más. Me había asustado tanto por lo que había ocurrido en el pasillo que bien podría haberme hecho pis encima.

Repasé el incidente mentalmente y puse nombre a los sentimientos que había experimentado: sorpresa, terror, repulsa. La peste del hombre me seguía inundando la nariz, mezclada con el amoníaco de mi orina. Sentí la necesidad de llamar a Connor y de llorar al teléfono, pero, como había dejado el móvil en mi cuarto, no era una opción.

Cuando salí del cubículo, Julie me recibió con una semisonrisa de empatía.

–¿Seguro que estás bien? Debes de haberte llevado un buen susto.

Por su forma de hablar, era como si no hubiera estado allí o, por lo menos, como si no se hubiera espantado lo más mínimo. No me podía imaginar que una agresión como esa pudiera dejar a alguien indiferente. Había ocurrido muy deprisa. Me quedé con la sensación de lo rápido que había pasado y con la inquietante conclusión de que, en un entorno como Heaton Place, cualquier situación podía tomar derroteros desagradables en un santiamén.

Me lavé las manos y me miré en la plancha metálica reflectante que había en la pared, en lugar del espejo. Por todas partes había señales de peligro. Hasta en la pared de un cuarto de baño había un recordatorio de que un cristal podía romperse y usarse como arma. Vi muescas en la brillante superficie que deformaron mi reflejo; puse los ojos como platos y curvé los labios para esbozar una mueca torcida. En el cuello me había salido una marca rojiza allá donde el cordel me había cortado la piel. Me toqué la roncha con un dedo y vi el reflejo de Julie, situada tras de mí.

–Se te ha irritado la piel –me dijo.

Me giré para mirarla a la cara y acepté las toallitas de papel que me ofrecía.

–¿Estos incidentes ocurren a menudo? –pregunté mientras me secaba las manos.

–¿Qué quieres que te diga?

Me acerqué a la papelera y tiré las toallitas. Me imaginé la cara que pondría Connor cuando volviese a casa y me viera las marcas del cuello. Mi marido tenía razón con los peligros a los que me

enfrentaba. En cuanto terminase aquel caso, iba a evaluar mi profesión. Cuatro días más y pensaba cambiar de vida para siempre.

Capítulo 13

A Laura la acompañaron fuera de la sala mientras Melanie revoloteaba a mi alrededor y Julie y yo rellenábamos el informe del incidente.

–¿Seguro que estás bien para seguir con la sesión de hoy? –me preguntó Melanie, con los ojos entornados por la preocupación.

La verdad es que no sabía si lo estaba, pero el tiempo se nos agotaba y me daba la impresión de que por fin me acercaba a hablar con Laura abiertamente de sus sentimientos hacia Daniel. Supuse que era el primer paso para averiguar qué había ocurrido la noche en la que la encontraron. Estaba afectada, pero, si volvía a mi habitación, a lo mejor me daba por obsesionarme con el incidente del pasillo y por no volver a salir de mi cuarto hasta que pudiera irme a casa. Seguir adelante me parecía una mejor idea.

–Sí, sigamos con la sesión.

Cuando Laura se sentó de nuevo delante de mí, reparó en las marcas de mi cuello.

–Por Dios, ¿qué te ha pasado?

–Nada de lo que debas preocuparte –contesté–. Me gustaría seguir por donde lo habíamos dejado, cuando hablábamos de los primeros días de tu relación con Daniel.

–¿Seguro que estás bien?

Contuve las ganas de apartarme el pelo del cuello. De vuelta en el calor de la sala, el sudor hacía que me escociera la piel rasguñada.

–Sí, gracias. A ver, conque tu amiga te animó a seguir viendo a Daniel a pesar de tus reservas, ¿no?

–Sí, pero… –Se removió en el asiento. Esperé. Al final, continuó–: No era solo que fuera reacia a volverme vulnerable al comprometerme con una relación, ¿sabes? Estaba trabajando en un caso que me hizo superconsciente de lo feas que pueden ponerse las cosas cuando termina una relación.

Asentí. Esa línea de conversación me ponía en una situación peliaguda. Quería preguntarle a qué se refería, pero seguro que la confidencialidad entre terapeuta y paciente todavía valía aunque la psicóloga en cuestión estuviese detenida, ¿no?

–Sé que no puedes hablar de detalles concretos de un caso, pero ¿me puedes contar por qué te afectó tanto?

Subió un pie con zapatilla a la silla y enlazó las manos detrás de la rodilla, mirando por la ventana. Era una postura que me resultaba extrañamente relajada.

–Fue por lo destrozado que estaba el hombre al que estaba tratando –me dijo–. Se había separado de su mujer por petición de ella y le había arrebatado a su hijo. Él no era ningún santo y tenía antecedentes criminales, pero insistió en que no merecía que lo separaran de su hijo. La pérdida que experimentaba era parecida al duelo. Cuando se presentó para la primera sesión, apenas se mantenía de una pieza.

–Para que me quede claro, ¿era la pérdida de contacto con su hijo lo que le afectaba negativamente? –Me cruzaron los ojos imágenes de las noticias en las que Kai Bray miraba con la cara llena de lágrimas por la ventana de la caravana al ver cómo desarmaban a su padre y luego la policía se lo llevaba–. ¿No haber perdido a su pareja? –No podía predecir hacia dónde derivaría la cosa, y eso, sumado al recuerdo del año anterior, me tensó los músculos del cuello.

–Sí, exacto. Sentí una atípica conexión con ese paciente. Sentí su desazón, ¿sabes a qué me refiero?

Asentí.

–Pero también me afectó sobre todo porque yo ya había cumplido los treinta. –Alzó y bajó los hombros–. Supongo que pensé que, si empezaba una relación a mi edad y se volvía estable, tener

hijos sería el siguiente paso natural. Así es como funciona la cosa, ¿no?

No contesté a la pregunta. Quizá me introducía la idea de tener hijos porque era una fuente de conflicto en su relación. Podría haber sido un foco de tensión. La observé atentamente por si detectaba alguna señal de que estaba recordando algo estresante.

–¿Daniel te dijo que quería tener hijos?

–No de entrada. –Se estrujó la rodilla–. Después de que lo nuestro se volviera estable, me dijo que había estado en una relación larga con una mujer que había querido hijos.

–Pero ¿él no quiso?

–Por lo visto, con ella no.

En su voz entreví un tono ligeramente petulante que me pareció insensible. La miré intentando componer una expresión neutra y me pregunté si estaba empezando a salir su verdadera personalidad. Quizá no era el alma afable que me había creído.

–Pero ¿contigo sí quería?

–Lo hablamos, pero a mí me daba miedo. –Bajó la pierna al suelo–. Después de crecer en una familia como la mía, quería que todo fuera perfecto antes de traer a un niño a este mundo.

–¿No pensabas que vuestra relación fuera perfecta? –Noté cómo me inclinaba hacia delante y corregí la postura. No debía mostrarme demasiado interesada.

–Ya sabía cómo afecta a un niño el divorcio de sus padres. Y el dolor que vi en el hombre al que trataba… Era una auténtica agonía emocional. Me aterraba sentir algo parecido. Él estaba en tal estado que no sabía cómo iba a reaccionar.

Había regresado al hombre al que trataba, así que seguí con esa conversación, aunque a regañadientes.

–¿Te dio la impresión de que podría hacerse daño?

–Sí, esa posibilidad me pasó por la cabeza, pero hablaba más sobre lo que podría hacer para recuperar a su hijo. No estaba siendo racional. Me preocupaba que hiciese cualquier cosa para ver al crío.

No apartó los ojos de mi rostro. Una gota de sudor me bajó por la espalda.

–¿Cuándo trataste a ese hombre? –le pregunté. Entrelacé los dedos en el regazo y noté cómo el corazón me martilleaba las costillas al esperar que respondiera.

–¿Por qué? –Laura bajó un pelín los párpados.

Su pregunta me pilló por sorpresa. Y entonces caí en la cuenta de que la mía era la extraña. ¿Qué diferencia marcaba cuándo hubiese tratado a un hombre que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para pasar tiempo con su hijo? ¿En qué sentido eso hacía que la terapia de Laura avanzara?

–Tienes razón. Da igual cuándo fuese. –De reojo vi que Melanie se inclinaba sobre su libreta y tomaba nota–. Lo que quería preguntarte era si consiguió resolver sus problemas.

–¿Te refieres a si le concedieron permisos de visita?

Resulta que no me había referido en absoluto a eso. Por mucho que me estuviese esforzando en impedir que mi cerebro tomara ese sendero, sabía qué le había querido preguntar: ¿trataste a Jimmy Bray justo cuando yo estaba trabajando con su esposa? ¿Sabes hasta dónde llegó y qué papel tuve yo en lo ocurrido? ¿Estás jugando conmigo y, si es así, por qué?

–Sí. ¿Se los concedieron?

–No lo sé. Dejó de presentarse a sus sesiones y no me contestó a los correos ni a las llamadas, así que supongo que no lo sabré nunca. Lo que sí sé es que ver lo abatido que estaba me puso más nerviosa todavía ante la perspectiva de iniciar una relación, incluso con Daniel. Daniel me dijo que él era una apuesta segura. Había cometido todos sus errores en su relación anterior y me prometió que había aprendido la lección. –Hizo una pausa–. Pero la confianza tarda mucho tiempo en construirse, ¿verdad?

Junté los dedos delante de mi cara intentando enmascarar el hecho de que estaba respirando hondo. Claro que ella no había tratado a Jimmy Bray. Me estaba dejando llevar por la paranoia. Pero había otra cosa que me carcomía. La manera en la que me miraba Laura al hablar era muy intensa. Cogí otra bocanada de aire.

–Entiendo –dije–. ¿Hubo alguna otra cosa en particular que te hiciese confiar definitivamente en Daniel?

–Orquestó una auténtica búsqueda del tesoro solo para mí –me informó–. Ese fue el día que lo cambió todo.

Capítulo 14

El pasado

El día de la búsqueda del tesoro, la primera pista me llegó por un mensaje de texto: «Donde nos conocimos». Era fácil de descifrar. Me fui hasta la entrada del hotel y miré alrededor en busca de la siguiente pista. Pregunté si me habían dejado algo en la recepción y me puse roja cuando la altiva recepcionista me preguntó si era una huésped y tuve que contestar que no. Noté sus ojos clavados en mí al registrar las escaleras y las macetas de delante de la fachada, mascullando entre dientes que esa búsqueda del tesoro era una chorrada. El viento me azotaba la piel a través de la fina chaqueta que llevaba y deseé haberme puesto algo más grueso. El cielo se había vuelto gris en el tiempo que me pasé frente al hotel, seguro que en breve iba a llover. Quizá había llegado el momento de rendirse.

Al imaginarme los labios de él curvándose hacia abajo cuando le contase que sus esfuerzos no habían servido de nada, quise darle una última oportunidad. Reproduje mentalmente la noche en la que nos conocimos y reseguí mis pasos hasta el lado del edificio, donde se encontraba la papelera plateada.

La primera noche que salimos por ahí, le pregunté qué hacía esa noche merodeando entre las sombras.

–Vigilando a uno de los empresarios de la fiesta –me había respondido–. Tiene vínculos con una red de crimen organizado que financia una célula terrorista.

Se me pusieron los pelos como escarpias.

–Vaya. ¿Quién es?

Se rodeó lentamente un dedo con un mechón de mi pelo. El gesto me pareció demasiado íntimo para una primera cita y, para mi sorpresa, erótico cuando acarició los cabellos con el pulgar.

–Si te lo dijera, tendría que matarte.

Tiró del pelo y me atrajo hacia sí, y el dolor que sentí por sorpresa en el cráneo se vio atenuado por la suavidad de sus labios sobre los míos.

Un tanto mareada por el beso, al final me aparté y me desenrollé el pelo de su dedo.

–Eres el rey de los tópicos, ¿verdad?

–El príncipe encantador, el rey de los tópicos, a su servicio –dijo, haciendo una reverencia. Acto seguido, se inclinó y volvió a besarme, y me sumí en una nube de euforia.

El recuerdo añadió una gloriosa dosis de dopamina que casi me hizo levitar al ver un trozo de paquete de cigarrillos pegado a la papelera. Lo cogí y le di la vuelta, donde reconocí su letra en el dorso. «El primer banquete real».

Negué con la cabeza, pero no pude evitar sonreír. Me lo imaginé riéndose al rememorarnos tambaleándonos hacia la tienda de kebabs al final de nuestra segunda cita, los dos achispados por la cerveza y por las carcajadas. Bromeó diciéndome que sabía cómo tratar a las chicas y yo le dije, no sin cierto entusiasmo, que no era una chica, sino una mujer adulta que no necesitaba que nadie la tratara.

Me pasó una mano por el pelo y me sujetó la cabeza antes de atraerme hacia sí. Después de besarme, me dijo:

–No es patriarcal querer que te sientas especial. Haces que me sienta más vivo que nunca. Quiero darte las gracias. ¿Y qué mejor manera de hacerlo que con un kebab?

Las primeras gotas de lluvia tamborilearon sobre mi chaqueta cuando llegué al local Uskudar Kebab House, pero, después de haber experimentado la emoción de la yincana, no estaba dispuesta a que ese sitio me quitara las ganas de seguir. Me pregunté si así era como se sentía él al trabajar en una investigación. Me recorrió una punzada de entusiasmo al ver un sobre con mi nombre colgando del

buzón, siendo objeto del azote del viento. Miré a mi alrededor antes de cogerlo, asustada por si alguien pensaba que era una ladrona de correo.

El sobre estaba húmedo y se abrió sin problemas. Dentro estaba la siguiente pista, de nuevo relacionada con la realeza. Sin duda, le gustaba que le hiciera coñas refiriéndome a él como a un príncipe. Se me ocurrió que podría ser un indicio de narcisismo, pero me quité la chaqueta de psicóloga y decidí que no era más que el indicio de que le gustaba que lo tomaran por un caballero. Y le gustaba estar conmigo. Si era totalmente sincera conmigo misma, a mí también me gustaba estar con él. Encajábamos muy bien. Teníamos química y él hacía que me sintiera bien con mi propio ser. En la poca experiencia que tenía, no era habitual que un hombre tratara a una mujer con tanto respeto que rayaba en la reverencia. ¿Por qué demonios me resistía a lo mejor que me había pasado en varios años?

La última parada de la búsqueda del tesoro fue el bar en el que me dijo que me quería. Cuando me acerqué, tomé la decisión consciente de dejar de oponerme a mis sentimientos. Ese hombre maravilloso había urdido una verdadera yincana solo para mí. Me había dicho que me quería y me lo demostraba cada vez que nos veíamos. Era atento y detallista, incluso cuando no estábamos juntos, ya que me mandaba mensajes varias veces al día y me enviaba regalos muy considerados.

Cuando abrí la puerta del bar, él estaba junto a la barra dándome la espalda. No supe si fue ver sus hombros anchos o el hecho de que por fin me alejaba del viento penetrante, pero todo mi cuerpo se llenó de calor. Como si hubiera percibido mi llegada, se giró hacia mí y su preciosa sonrisa, así como la alegría que le iluminó el rostro al verme, confirmó lo que ya sabía: había bajado todas las barreras.

–Veo que me has encontrado, ¿eh? –me dijo al acercarse y levantarme del suelo para hacerme girar en un lento círculo.

–Te quiero –le susurré al oído. Se detuvo estrechándome fuerte la cintura con los brazos. Me sostuvo en el aire, con la cabeza

recostada en mi cuello. Noté cómo le subían y le bajaban las costillas al respirar.

–Quiero recordar este momento el resto de mi vida –contestó.

Alzó la cabeza y me bajó al suelo antes de darme un beso tan sumamente tierno que me embelesó. Yo no era una doncella de las que se dejaban embelesar por un hombre, me recordó mi cerebro. Sin embargo, rechacé ese pensamiento y me concentré en la suavidad de sus labios.

–Idos a una habitación de hotel –exclamó una voz ronca desde la barra.

Nos separamos, sonriéndonos el uno al otro con cierta timidez.

–Hablando de habitaciones –dijo al tiempo que me conducía hasta una mesa donde había dejado su parca sobre el respaldo de una silla–. Tengo tu premio por haber resuelto con éxito la búsqueda del tesoro.

Se metió una mano en el bolsillo del abrigo y extrajo un llavero rojo con una llave reluciente.

–¿Qué es eso?

–Una llave.

–Eso ya lo sé, pero… –Me interrumpí cuando caí en la cuenta–. No será de…

–De mi piso, sí. –Me levantó una mano y me puso la llave en la palma antes de cerrarme los dedos alrededor del frío metal. Me quedé mirando el rectángulo rojo que colgaba de mi puño, sin habla. Se me acumuló humedad en la base del cuello, debajo del pelo–. Como mi compañero de piso deja sus calzoncillos sucios en el suelo del cuarto de baño y nunca limpia la pasta de dientes del lavabo, entenderé que no quieras usarla a menudo, pero quería tener este detalle contigo, ¿sabes? –Se encogió de hombros y me miró entre sus oscuras pestañas.

Todavía no había conseguido formular una respuesta, pero no pareció darse cuenta.

–Creo que este momento se merece una copa de algo espumoso, ¿no crees? –añadió. Se puso en pie y sacó la cartera del bolsillo interior del abrigo. Su placa de policía cayó sobre el sucio

suelo de madera con un golpe seco. Se agachó para cogerla–. Y después podemos ir a un cerrajero y hacer una copia de tu llave.

Me quedé sin aliento y debió de ver algo en mi expresión, ya que se detuvo.

–Te parece bien, ¿no? –me dijo–. Me refiero a si es lo que quieres.

Vi tanta esperanza en sus ojos… Decirle que no habría sido como darle una patada a un gatito.

–Pues claro –le aseguré.

Saqué mi propio llavero del bolso y me dispuse a abrir las anillas de metal para meter su llave junto a la mía. El extremo afilado se me clavó debajo de la uña y se me hundió en la carne. Ignoré el escozor y junté las llaves mientras le dedicaba una sonrisa.

La piel desgarrada de debajo de la uña seguía escociéndome una hora más tarde cuando, cogidos de la mano, presenciamos cómo la máquina del cerrajero chirriaba y chisporroteaba al moldear la llave que le daría acceso a mi casa.

Capítulo 15

Escuché a Laura con una creciente inquietud. Una parte de su historia me resultaba escalofriantemente familiar. Si bien era probable que los grandes gestos románticos no fueran demasiado infrecuentes, seguro que preparar una búsqueda del tesoro para alguien sí era inusual, ¿no? Fue lo que me hizo Connor para nuestro primer aniversario de boda. Como había pasado tan poco tiempo de la conversación sobre el hombre que se parecía demasiado a Jimmy Bray, esa nueva coincidencia me dejó descolocada.

Cuando Laura terminó la narración, noté una ardiente sensación sobre la piel. ¿Por qué le habían asignado esa sala, donde hacía un calor insufrible? Había vuelto a retorcerse un mechón de pelo.

–¿Quién dijo que el romanticismo había muerto?

Mientras escribía mis notas, para ganar tiempo hasta que encontrara la manera de responder, repasé mentalmente una lista de amigas y excompañeras con la intención de recordar si la pareja de alguna de ellas también les había regalado una especie de yincana por la ciudad. No se me ocurrió el nombre de ninguna. Había visto algo similar en una película, pero el final había sido tan trágico que no era plausible que hubiese inspirado a dos hombres diferentes a elaborar algo tan parecido y romántico.

–¿Podría beber un vaso de agua? –dije, girando la cabeza hacia Melanie, que estaba garabateando en una libreta sobre la mesa. Necesitaba más tiempo para procesarlo. Me volví de nuevo hacia Laura–. ¿Quieres beber algo? Aquí hace calor, ¿no? –Me miraba con expresión inquisitiva–. Yo tengo calor –insistí–. ¿Tú no?

Estaba nerviosa y molesta conmigo misma por no poder esconderlo bien. Tragué saliva con dificultad y decidí controlarme mejor. Ya había cortado el flujo de la sesión en dos ocasiones, y no era una práctica aceptable. Me habían hecho ir hasta allí como profesional para ayudar a Laura y en eso era en lo que debía concentrarme, no en unir los puntos inconexos que mi exagerada imaginación me presentaba.

–Le pediré a uno de los ordenanzas que traiga agua.

Melanie cerró la libreta y se encaminó hacia la puerta, a cuyo cristal llamó suavemente para llamar la atención de Aidan. Él la abrió y Melanie le dijo algo en voz baja. Aidan desapareció mientras Melanie se apoyaba en el marco de la puerta y esperaba. Por fin entró un poco de aire más fresco en la sala.

Si no estuviera resuelta a comportarme con más calma, habría sentido la tentación de unirme a Melanie junto a la puerta para aspirar aire más frío. Me estaba costando dejar de visualizar la cara triunfal que puso Connor cuando llegué al final de la búsqueda que había urdido para mí. Esa noche, nos acurrucamos en el rincón más alejado del bar, cerca de la chimenea, y alardeamos de haber alcanzado nuestro primer hito. «Por muchos más, señora Best, esposa mía», me había dicho Connor cuando rozó mi copa de champán con la suya. «Brindemos por nuestro aniversario».

Lo besé y luego apoyé la cabeza en su hombro. Me llegaba el olor del fuego turboso de la chimenea y sentía las burbujas de champán en la lengua. Me moría por poder hablar con Connor acerca de las cosas tan raras que me pasaban por la cabeza.

Necesitaba apoderarme de mis pensamientos. Que Daniel también hubiese creado una yincana era una coincidencia, nada más. Me recordé que los protagonistas no éramos Connor y yo. Eran Laura y Daniel. Fingí rascarme un picor y me sequé el sudor de la frente.

–¿Todavía te prepara grandes gestos románticos como ese? –le pregunté.

Me había insinuado que su relación no era perfecta, así que mi objetivo era saber más cosas del estado actual de la pareja, con la

esperanza de que así fuera más probable que pudiera desenterrar sus recuerdos. Ahora que había calado en mí la ridícula idea de que Laura tal vez conocía más detalles de mi vida, no tan solo de mi carrera, ardía en deseos de resolver el caso cuanto antes, por el bien de las dos.

–Sí, a veces. –Advertí menos convicción en su tono y un desplome de su energía.

–¿Me podrías dar ejemplos?

Laura soltó el mechón de pelo y colocó las manos detrás de la cabeza para separarse y tensarse la coleta.

–Hace unos cuantos meses me organizó un finde sorpresa por ahí.

–Suena bonito.

–Lo fue. –Se pasó las manos sobre los vaqueros, desde lo alto del muslo hasta la rodilla, y repitió el gesto.

Hice una pausa. Ese gesto y el hecho de que hubiera bajado la vista sugerían que no había sido el fin de semana perfecto.

–Quizá me equivoco, pero detecto ciertas dudas. ¿Hubo algo que…? –Me detuve al oír voces en el pasillo. Cuando me giré, vi a Aidan llevando una bandeja con una jarra de agua y vasos. La dejó encima de la mesa. Las dos observamos cómo servía tres vasos, cogía dos y nos los acercaba.

–Aquí tenéis.

Los puso sobre la mesa. Lo miré a los ojos y enseguida aparté la vista. No podía evitar sentir que ese tío desprendía un aire depredador, aunque no había ninguna prueba que respaldara esa impresión. Cogí el vaso y volvió a sorprenderme el calor del plástico en lugar del frío del cristal; me recordé que estábamos en un centro de alta seguridad que albergaba a personas a quienes no les podían confiar objetos afilados. Después de lo que había ocurrido en el pasillo, ¿acaso sorprendería a alguien que estuviera muy alerta, buscando peligros donde no los había?

Sonreí a Aidan, decidida a mantener a raya la irritación de respuesta emocional.

–Gracias. –Bebí un sorbo y puse el vaso en la mesa, junto a los pañuelos. Esperé a que se marchara. Ojalá hubiera podido pedirle que dejara la puerta abierta, pero a esas alturas ya había aprendido que habría sido una insensatez en unas instalaciones como esas. Melanie tomó asiento detrás de la mesa y proseguí–: ¿Cómo fue el fin de semana?

Laura cogió el vaso con las dos manos y se quedó contemplando el agua.

–Fue precioso. Superbonito. –Me quedé callada–.

Cuando llegamos allí.

–¿Hubo algún problema antes de llegar?

Bebió un sorbo y su trago fue el único ruido que sonó en toda la habitación. Permití que el silencio se alargara.

–No un problema exactamente. Es que… Bueno, ese finde era la despedida de soltera de una amiga, así que no fue el mejor momento para irse. Daniel y yo tuvimos una discusión por eso.

–¿Sobre qué aspecto concreto?

–Estaba segura de que le había comentado que la despedida era ese finde. Estaba convencida, pero él insistió en que no se lo había dicho.

–Debió de ser frustrante.

–Pues sí. –Le temblaron las comisuras de la boca, como si estuviera molesta.

Esperé unos instantes antes de hacerle otra pregunta.

–Tengo la sensación de que la discusión no se solucionó del todo. ¿Me parece que piensas que lo hizo adrede?

–¿Qué? –Arrugó la nariz–. No.

–¿Fue otro error sincero?

–Sí. –Bebió otro trago–. Discutimos porque le pedí que lo cancelara, pero se había gastado mucho dinero y no podía cancelarlo sin perderlo todo. Había utilizado la web de Booking, ¿sabes? A veces obtienes un mejor precio si optas por la opción que no te permite cancelar. Le dije que debería haberme comentado las fechas antes.

–¿Y qué te respondió a eso?

–Pues sabía que había sido un idiota. –Hizo pucheros con los labios–. No dejó de repetirme que lo sentía, que había intentado prepararme una bonita sorpresa y que le había salido el tiro por la culata. Me dijo que entendía por qué yo prefería pasar el tiempo con mis amigas que con él porque siempre la cagaba. Se puso muy triste, de hecho.

–¿Triste?

–Lloró. –Puso una mueca–. Es horrible ver llorar a un hombre como él. Saber que era culpa mía fue aún peor.

–¿Por qué dices que fue tu culpa? –le pregunté en voz baja.

Cuando Laura cambió de postura, derramó unas cuantas gotas de agua del vaso sobre sus pantalones. Se pasó una mano por la mancha de humedad mientras hablaba.

–Debería haberme asegurado de que apuntaba el finde de la despedida en el móvil. Sé lo ocupado que está. Aunque se lo hubiera dicho –levantó brevemente los ojos–, y creo que se lo dije, debería haberme asegurado de que lo anotaba. No puedo pretender que recuerde todo lo que hago yo, además de todas sus cosas. No es razonable, ¿verdad?

Alzó la vista de nuevo y me dio la impresión de que la pregunta era para mí. El problema era que a mí no me parecía irrazonable que le pidiera a Daniel que recordase una fecha que le había comentado. Y, aunque lo fuese, no decirle nada a ella antes de hacer una reserva para los dos en la que no devolvían el dinero era un tanto presuntuoso.

–¿Te perdiste el fin de semana de la despedida porque se quedó triste?

–A ver, no solo por eso. Lo hablamos. Obviamente, me dijo que no le importaba que fuese a la despedida. Y que no quería que me perdiera cosas.

El modo en el que me miró a la cara me confirmó que estaba esperando ver mi reacción. Seguí impávida e intenté no mostrarle que, en mi opinión, era una manipulación de libro, una línea roja dibujada en negrita. Puede que esté predispuesta a pensar así, pero

estaba segura de que esa vez mi dictamen contaba con pruebas suficientes.

–Pero a la de la despedida, a la futura novia, no le debía nada, ¿sabes a qué me refiero? –prosiguió.

Asentí y me pregunté qué creía deberle a Daniel.

–A ver, en el cole fuimos muy buenas amigas, pero tampoco es que la viese demasiado a menudo ya. –Dio vueltas al agua del vaso, y con cada círculo el agua se acercó más al borde–. Así que sopesé lo que me importaba él y lo que me importaba ella y la decisión fue evidente. Lo elegí a él.

Laura dejó de mover el vaso y el agua se revolvió antes de quedarse quieta.

–Porque era el amor de mi vida –añadió, mirándome fijamente a los ojos.

Era el amor de su vida. «Era».

Capítulo 16

El pasado

Llegué ante la puerta de mi casa y me maldije por haber dejado la luz del recibidor abierta al irme al trabajo por la mañana. Habría jurado que la había apagado. El cristal esmerilado de la parte superior desprendía un brillo rojizo y amarillento, y, a pesar de la irritación que sentía hacia mí misma, debía admitir que era precioso que te recibiera esa luz. Me alegraba estar en casa. El trabajo en la Seguridad Social que había aceptado hacía poco estaba siendo de lo más extenuante.

Me alegraba ver que los problemas de salud mental se iban desestigmatizando poco a poco y que cada vez más gente buscaba ayuda, pero ojalá el presupuesto de nuestro departamento se hubiera incrementado de acuerdo con la demanda. Estábamos muy cortos de personal, y había visto a un paciente tras otro desde el minuto en el que había llegado por la mañana. Era inevitable que escuchar los problemas de otras personas, sin hacer una pausa para analizar cómo me sentía, hiciera mella en mí. De no haber sido porque le había cambiado a Gaby ya dos veces el día de vernos, habría estado encantada de quedarme en casa e irme a dormir pronto.

Cuando giré la llave en la cerradura y empujé la puerta, me detuve, sorprendida por el ruido de música a todo trapo que sonaba de la parte trasera de la casa. Inmóvil en el recibidor, con la mano todavía en el pomo de la puerta por si debía echar a correr para huir de un intruso, reconocí la canción *Dog Days Are Over* de Florence and the Machine y bajé la mano. No era ningún ladrón, pues. Cerré la puerta con el culo y caminé poco a poco hacia la cocina.

Yo le había dado una llave, así que no podía enfadarme con él por haberla utilizado. Pero siempre me avisaba antes de ir a mi casa. Cada vez pasaba más tiempo allí y secretamente comencé a valorar la idea de pedirle que viviéramos juntos. Había algo muy pero que muy reconfortante en saber que te esperaba alguien en casa, sobre todo cuando esa persona era un hombre maravilloso que solía llenar la nevera y siempre colgaba las toallas mojadas en el radiador. La verdad sea dicha, había hecho muchas más cosas. Además de ser un compañero de espacio de lo más fácil de llevar, era considerado y amable, y siempre me anteponía a mí. Desde que estábamos juntos, me daba la impresión de que mi confianza en los hombres revivía poco a poco con cada nuevo gesto cortés de él.

Llegué a la puerta de la cocina y se me derritió el corazón al verlo mover los pies mientras cantaba y cortaba cebollas en la encimera, junto al fregadero.

–Hola –lo saludé.

Se giró y se llevó la mano del cuchillo encima del pecho.

–Por Dios, por poco me provocas un ataque al corazón. ¿Eres una ninja o qué?

Me reí.

–No sabía que ibas a venir esta noche. He…

–Estoy preparando curri verde tailandés. Se me ha ocurrido que te iría la mar de bien un buen plato nutritivo preparado por otra persona, ya que trabajas a destajo –gritó–. Un momento. –Cogió el móvil de la mesa y pulsó el botón lateral. El volumen de la música se bajó y deduje que debía de haber conectado el móvil a mi Alexa. No recordé haberle dado la contraseña, pero supongo que lo había hecho.

–Un detalle muy bonito –dije–, pero esta noche he quedado con Gaby para cenar. Te lo dije.

Recordaba haberle enviado un mensaje después de que Gaby y yo acordáramos el nuevo plan. Ya le había cancelado en el último momento porque él nos había comprado entradas de última hora que no eran reembolsables.

–Dios. –Se quedó boquiabierto–. Es verdad, lo siento. –Se giró hacia la tabla de cortar y puso cara de lamento–. Debo de haberlo olvidado. ¿Seguro que me lo dijiste?

–Segurísimo. –Llegué hasta su lado y vi un montón de verduras recién cortadas. El olor a citronela me detuvo–. Madre mía, ¿lo estás preparando de cero?

Me dio un besito en los labios y levantó la tapa del cubo de la basura.

–No hay para tanto. –Cogió la tabla de cortar y se dirigió hacia el cubo.

–No lo tires –dije, horrorizada por el desperdicio.

Se detuvo con la tabla en el aire y frunció el ceño, como si estuviera confundido.

–Pero ¿no vas a salir?

–Sí, pero no tires toda esa comida… Podemos comerlo mañana o algo.

Dejó la tabla en la encimera y soltó un suspiro de resignación.

–No, al día siguiente nunca sabe igual. No pasa nada. Seguro que es lo mejor. Hoy sería una compañía pésima. No estoy de demasiado buen humor.

Al llegar, no me había parecido que estuviera de malhumor.

–¿Qué pasa?

–Ah. Nada. No te preocupes. ¿No tienes que arreglarte? ¿Quieres que te lleve o coges tu coche? –me preguntó con voz inexpresiva. La alegría de cuando había entrado en la cocina había desaparecido.

Miré mi reloj. Podía dedicarle diez minutos.

–Vamos. –Me giré y vi una botella de vino que ya estaba abierta en la mesa, con dos copas al lado. Se había esforzado una barbaridad. Nos serví media copa a los dos y se la llevé con un amago de sonrisa–. ¿Qué pasa?

–No es nada, en serio –repuso mientras se sentaba–. No quiero cargarte con mis problemas. No quiero que pienses que solo estoy contigo porque eres una psicóloga de primera.

–Ja. Gracias, pero creo que estás exagerando un poco. –A pesar de mis protestas, el piropo me encantó–. ¿Qué ocurre, señor?

Se secó las manos en los vaqueros y se encogió de hombros.

–Es que… a veces el pasado vuelve de pronto, ¿verdad? –Me lanzó una rápida mirada y se observó las manos–. No pasa nada, de verdad. Ya tienes suficientes emociones que procesar después de haberte pasado el día visitando a pacientes. No vas a querer volver a casa y tener que enfrentarte a más de lo mismo.

Se dispuso a levantarse, pero lo detuve.

–Por favor –dije–. Cuéntamelo.

–Vale. –Contempló las verduras cortadas–. Es que… Verás, cuando me he puesto a cortarlas, me ha venido un recuerdo de cuando era más joven. Mi madre parecía estar siempre en la cocina. He intentado pensar si mi padre llegó a cocinarle alguna vez y… –Se pasó una mano por la cara–. No lo habría hecho jamás. Ni en un millón de años. Incluso cuando estaba enferma la trataba como si fuera su criada.

–Ya veo.

Le cogí la mano y le di un apretón. A lo largo de los últimos meses, nos habíamos contado retazos de nuestro pasado; nuestra infancia era una de las cosas que nos habían conectado.

En realidad, era la primea persona a quien le había confesado mis secretos, y el hecho de que él hubiera tenido una familia complicada me hizo sentir una sinergia que jamás había experimentado con nadie.

Me miró con su típica intensidad.

–Quiero ser distinto –musitó–. No quiero parecerme en nada a él.

–Ya lo sé.

Me acerqué y lo rodeé con los brazos. Le tembló la espalda bajo mi mano y lo estreché fuerte, envuelta por el olor de su piel, mezclado con el de la citronela y el del ajo.

–Por eso prepararte estas cosas me parece tan importante –añadió sobre mi cuello–. Estoy desesperado por demostrarme a mí

mismo que soy digno de ti.

–Pues claro que eres digno –le aseguré–. Más que digno. –Era extraño que hubiese elegido esa palabra. La idea de que me tuviera en tan alta estima hizo que me sintiera un poco más alta.

Levantó una mano y me miró con los ojos vidriosos.

–Lo siento. Te pasas el día arreglando mentes y, al llegar a casa, te encuentras con este caos. No te iría nada mal prescindir de todo esto.

–Para nada. Tampoco es que tú tengas un trabajo sencillo, ¿no? Salvas al mundo de los malos. –Me gané una sonrisa. Le tendí la copa–. Bebe un poco de medicina.

–¿Por prescripción facultativa? –Alzó la copa, pero se detuvo–. De hecho, no debería beber si voy a volver a casa conduciendo. No salvaré al mundo de los malos malísimos si me echan del trabajo por conducir bebido. –Una lágrima le cayó de la comisura de los ojos y le recorrió la nariz. Se la enjugó con el dorso de la mano y negó con la cabeza. Cerró los ojos como si intentara controlar sus emociones–. Lo siento –dijo–. En el trabajo tengo que mantener la compostura siempre. Por mucho que digan en los periódicos, en la policía metropolitana sigue imperando el ser un macho. No se permite ningún tipo de debilidad. –Sorbió con la nariz y me miró a los ojos–. Espero que no lo interpretes como una debilidad. Me parece que contigo puedo ser totalmente sincero y vulnerable, ¿sabes?

–Lo sé. Y claro que quiero que te abras por completo conmigo sobre cualquier cosa. –Me halagaba que pudiera enseñarme su lado más tierno. Y no podía pedirle que se fuese sintiéndose así. Sería de desalmados, sobre todo después de que hubiese planeado una cena especial tan solo para demostrar que no era como su padre–. Quédate. Ya quedaré otro día con Gaby. No pasa nada.

–No hace falta.

Oír su voz entrecortada me confirmó que estaba haciendo lo correcto.

–Que no pasa nada.

Cuando me besó, saboreé el tanino del vino en sus labios. Me dio las gracias sin hablar y se fue a seguir cortando cebolla.

Subí las escaleras hasta mi habitación para mandarle un mensaje a Gaby. Debería llamarla, pero la vergüenza que me daba cancelarle por tercera vez y con tan poca antelación me volvió una cobarde.

«¡¡¿¿Otra vez??!!», me contestó al instante. Vi puntos suspensivos en la pantalla. «¿Cuándo fue la última vez que quedaste con algún amigo? Besos».

Qué pregunta tan extraña. La sopesé mientras la canción *Kiss with a Fist* hacía retumbar el suelo desde la cocina.

Capítulo 17

Después de la sesión con Laura, en la cafetería repasé lo que le diría a Harvey si estuviera en una sesión de supervisión con él. Supe que mis respuestas de la sesión de ese día habían sido en ocasiones emocionales, no tanto clínicas. Cuando Laura me habló del hombre que no tenía permiso para ver a su hijo, me pregunté seriamente si estaba jugando conmigo. Supe que no estaba siendo del todo racional con ella. Y si algo tiene que ser una psicóloga es racional.

Por otro lado, la coincidencia de la búsqueda del tesoro me había descolocado completamente. Era de lo más normal que cualquier similitud entre mis experiencias y las de Laura provocara en mí una reacción empática, pero hasta el momento creía haber asimilado con éxito los sentimientos y haberlos descartado o usado para ayudarme a comprender mejor a Laura. Ahora que me ponía a analizar mis respuestas, vi que habían sido extremas. Nunca había necesitado más pasar una hora con mi supervisor.

Julie dejó una bandeja de comida en la mesa, delante de mí, con una afable sonrisa.

–Aquí tienes, cielo.

La miré a los ojos, un tanto confundida por la familiaridad.

Julie se rascó la nuca y le crujió el pelo corto bajo las uñas.

–Perdona, quería decir Emma. Llamo «cielo» a todo el mundo. Es una costumbre horrible. Y cero profesional. Lo siento.

–No pasa nada –dije. Vi cierta ternura en sus ojos, en parte maternal, como si comprendiera que estaba en conflicto y deseara lo mejor para mí. No era mucho mayor que yo, pero daba la sensación de que estaba acostumbrada a cuidar a la gente. Calculé que debía

de tener unos cuarenta y cinco, aunque sospechaba que intentaba enmascarar su edad con el pelo teñido de platino recogido en una coleta por encima de una zona al rape. Esa interacción con ella fue la más humana que había visto en varios días y me llenó los ojos de lágrimas. Por Dios, qué cansada estaba. Quería ver a Connor. Necesitaba un abrazo–. Tiene muy buena pinta, gracias.

No era verdad. La patata asada llevaba demasiada cantidad del chile vegetal que había pedido y, ahora que las tenía enfrente, las alubias parecían balas rojizas y se derramaban por el plato, donde el aceite anaranjado se separaba de la salsa marrón grumosa. Pinché un pimiento rojo y me obligué a masticarlo.

Delante de mí, Melanie engullía la comida. La envidié y me imaginé cómo sería ser una persona cuyas ansiedades no siempre afectan a su apetito. Medité por qué estaba tan inquieta en la cafetería; probablemente fuera el lugar más seguro de todo el centro. Sin embargo, al mirar hacia la salita lateral y hacia la cafetería principal, donde la gente con cordeles azules comía en un silencio sepulcral, lo comprendí. Heaton Place era un lugar lúgubre. Desde el alojamiento desangelado y las salas de tratamiento austeras hasta el comedor sin alma, por más que no hubiera cerca de mí ningún paciente que pudiese tirar de mi collar, se me antojaba un sitio donde a la gente se la retenía, no se la curaba.

De repente, caí en la cuenta de que, desde que había llegado, me había sentido como si formara parte de uno de esos absurdos programas de telerrealidad. Una especie de *El show de Truman*, pero dirigido a gente que se deleitaba con las desgracias ajenas. Esa idea me hizo sonreír para mis adentros. Era como si me hubieran arrancado de mi vida y me hubieran soltado en ese extraño plató, con una misión secreta que debía llevar a cabo en tiempo récord para ganar el premio. El buen humor desapareció cuando recordé que no sería yo quien ganaría el premio. Sería Laura la que ganaría o perdería. Si yo no completaba la misión, la vida que conocía mi paciente iba a terminar. Sí, pensé, había razones de sobra por las que podía cerrarse un estómago ansioso.

–La historia de la búsqueda del tesoro ha sido interesante –le dije a Melanie–. Me ha recordado a… –Me detuve. Mi compañera se había quedado con el tenedor de plástico a medio camino de la boca y me estaba mirando tan fijamente que me ponía de los nervios.

–Sigue, sigue –me animó, dejando el cubierto en el plato.

–Bueno, me ha recordado, como si en nuestra profesión necesitáramos el recordatorio, que las relaciones son bestias complejas. Me parece un gesto muy bonito, pero me da la impresión de que hay algo más en juego. –Algo me decía que no debía contarle que Connor me había preparado lo mismo. La vi con los ojos entornados, cuyas arrugas se acercaban al nacimiento del pelo. Me pareció que estaba tremendamente interesada en lo que iba a decirle. No quería que me analizara. Si pretendiese ir a terapia, sería con Harvey–. ¿Qué crees que pasaba entre la paciente X y Daniel? –Me resultó absurdo llamarla así. Nadie estaba lo bastante cerca como para oírnos.

Melanie pinchó la patata y la movió para arrancar un trozo de carne blanca antes de hundirla en la salsa y llevársela a la boca. Entrecerró los ojos al masticar, meditando largamente mi pregunta.

–No lo sé. ¿Tú qué opinas? –Quizá no había meditado tanto.

–Que llorase y que se culpara a sí mismo después del error me ha sonado más a manipulación que a remordimientos –contesté.

–Interesante. –Comió otro bocado–. En ese caso, ¿qué piensas? ¿Era un maltratador?

«Maltratador». Esa palabra tenía una gran carga de significado. ¿Sospechaba que el novio de Laura era cruel por costumbre?

–Podría ser –repuse. Me metí el tenedor lleno de comida en la boca y mastiqué. La carne de una alubia me cubrió la lengua. Me costó Dios y ayuda tragar–. ¿Podrías pedir que me dejaran hablar con la persona a cargo de su detención?

–Claro. –Melanie se quedó quieta–. ¿Te puedo preguntar por qué?

Parecía nerviosa. Levanté una mano para tranquilizarla.

–No quiero quejarme de nada, no te preocupes. Es que de verdad que me gustaría hablar con Harvey, mi supervisor.

–Volveré a pedirlo –me confirmó.

–¿Ya lo has pedido? Creía…

–Sí, ayer lo mencioné. Estoy de acuerdo contigo, creo que sería una buena idea. O sea, es una práctica habitual, ¿no?

Podría haberle dado un beso en los morros. Me aliviaba mucho contar con su apoyo.

–¿Qué te dijeron?

Melanie apretó los labios y arrugó la nariz.

–Pues básicamente que debería estar supervisándote mejor.

–Ah. –Se me cayó el alma a los pies–. No pretendía complicarte las cosas. Lo siento. No se me había ocurrido que era lo que pensarían los de arriba.

Recordé que me había comentado que había solicitado otro empleo y esperé que lo ocurrido no afectara a sus referencias.

Se encogió de hombros, pero no me miró a los ojos.

–No pasa nada, en serio. Como ya he dicho, creo que deberían dejarte hablar con alguien en quien confíes.

–No es que no confíe en ti –me apresuré a aclarar, consternada por que esa generosa mujer estuviera dudando de sí misma por mi culpa–. Es que… –¿Qué? ¿Confiaba más en Harvey? Pues claro, pero el problema real era que quería que alguien de fuera de esa extraordinaria situación me dijera si estaba siendo una paranoica con las cosas que Laura me había dicho, y que se repetían en bucle en mi mente–. Es que estoy acostumbrada a trabajar con Harvey.

–Lo entiendo. –Dejó el cuchillo y el tenedor y extendió los dedos sobre la mesa–. Y ojalá los de Dirección también lo entendieran. Me soltaron un rollo para decirme que habían pensado que estaba preparada para el reto, pero que quizá se habían equivocado, blablablá. –Meneó la cabeza para aligerar la confesión, pero sabía que acababa de poner a mi compañera en una situación muy difícil.

–¿Quieres que hable yo con ellos? –me ofrecí–. Así podré decirles que estoy más que encantada de trabajar contigo.

–No –contestó–. No hace falta, tranquila.

Recordé que me había dicho que quería demostrar su valía y me dio miedo volver a pasarme de la raya. Debería parecerme más a esa joven autosuficiente. Empezaba a ver por qué tenía tan buena carrera; no esperaba que los demás la impulsaran, sino que cogía el toro por los cuernos. En ese momento, decidí ponerme los pantalones de mujer adulta y confiar en mí para variar. Se me ocurrió que llevaba demasiado tiempo dependiendo de los demás: de Harvey en el curro y de Connor en casa. Había llegado la hora de dar un paso al frente y tomar mis propias decisiones.

–No hay ningún problema. Esperaré a volver a casa para hablar con Harvey.

–¿Seguro?

–Segurísimo.

Seguía sin acostumbrarme a que la gente llevase la comida por mí, así que, cuando Melanie y yo nos levantamos para marcharnos y Julie se acercó a recoger mi bandeja, extendí una mano para detenerla.

–No hace falta que lo hagas.

–No te preocupes –repuso. Observó la comida que había dejado en el plato–. Ojalá hubieras comido un poco más. –De nuevo, advertí cierta ternura en su rostro.

–Quizá más tarde.

–Si vas a cenar en tu cuarto, te subiré un pudin extra.

Me guiñó un ojo y se fue con Aidan a tirar la comida a la basura y a dejar las bandejas antes de seguirnos a Melanie y a mí por las escaleras que subían hasta el pasillo de cristal. Cenaría en mi habitación si así me ahorraba cruzar nuevamente ese horrible túnel, sin duda.

–¿Me podrías hacer un favor? –le pregunté a Melanie, ignorando el sudor que empezaba a bajarme por la espalda cuanto más subíamos.

–¿Cuál?

–Quería investigar un poco sobre la memoria y el trauma para asegurarme de que estoy usando el enfoque adecuado. No

disponemos de mucho tiempo y quiero comprobar si hay alguna nueva técnica que pueda emplear.

–Buena idea, aunque a mí me ha impresionado el trabajo que has hecho hasta ahora con la paciente.

Aunque se lo agradecía, el cumplido no eliminó la sensación de que siempre cabía la posibilidad de estar cometiendo un error. Ya la había cagado antes y estaba más cansada ese día que cuando me había quedado dormida antes de mandar los papeles para trasladar de inmediato a Shannon Bray y a su hijo a un centro seguro.

–Gracias, pero ninguna investigación cae en saco roto, ¿no? A lo mejor me resulta útil para el libro que pretendo escribir, al menos. En otras circunstancias, podría utilizar los textos que tengo en casa y al Doctor Google.

–El majo del Doctor Google. –Me sonrió.

–¿Aquí tenéis recursos o podría hacer una investigación por internet con uno de los ordenadores?

–Buena idea. Le preguntaré a Sonia cuándo le iría bien. –Miró tras de sí y bajó la voz–. Es una tirana que no veas. Maneja su despacho como si fuese un régimen militar.

A diferencia de Gail, de recepción, pensé con amarga ironía, que no sabe distinguir un dichoso móvil de otro. Acabábamos de llegar delante de la puerta acristalada del pasillo. Entorné los ojos ante la luz cegadora que atravesaba el cristal. Melanie avanzó sobre el suelo transparente como si fuese una extensión natural de la moqueta. Me obligué a imitarla.

La sangre me acudió a los oídos cuando puse un pie delante del otro. Me felicité por haber llegado a la mitad sin hiperventilar, pero de repente un chasquido me perforó los tímpanos. El ruido me hizo perder el equilibrio y caí de costado. Alargué una mano para no desplomarme en el suelo mientras en mi cabeza se rompían los cristales a mi alrededor, hasta el punto de que no me cabía duda de que estaba a punto de precipitarme hacia una muerte segura.

Toqué con la palma una superficie tan fría que me quemó. Sonó otro chasquido. Me tambaleé. De golpe, noté que alguien me cogía, unos brazos firmes que me rodeaban la cintura.

–No pasa nada –dijo una voz grave–. Estás bien.

Me incorporé, con la respiración fuertemente entrecortada. Al girarme, vi a Aidan, su silueta iluminada por la luz deslumbrante del cielo, con los ojos muy abiertos. Me llegó el olor a rancio del humo de cigarrillo de su aliento. Me sujetaba fuerte, con las manos debajo de la cintura. Me eché hacia atrás. Él levantó los brazos y me mostró las palmas hacia arriba, como si lo hubiera acusado de algo en silencio. El tatuaje de la calavera con la llave por dientes parecía salido de una película de terror. Vio que lo observaba y bajó los brazos.

–Ha sido la bola de demolición. Nada más. –Se volvió y señaló hacia el otro lado del patio, donde una esfera colgaba del brazo articulado de una grúa mediante una gruesa cadena.

–¿Estás bien? –Melanie me escrutó el rostro.

–El ruido me ha asustado –repliqué. Me pasé una mano temblorosa por el pelo e intenté recuperar algo de compostura–. Estoy bien. Un tanto asustadiza. Me pasa cuando estoy cansada.

Mi compañera me miró a los ojos durante unos segundos antes de apartar la vista y acercarse más al cristal.

–Veo que ya han empezado a demolerlo.

Seguí su mirada y vi que en la parte izquierda de los barracones de enfrente faltaba un pedazo del tejado, como si una criatura gigantesca le hubiera pegado un mordisco a la piedra. La imagen se desenfocó y se enfocó. Noté un nudo en el estómago.

–¿Podemos…?

Empecé a dirigirme al extremo del túnel, desesperada por pisar suelo firme.

–¿De verdad estás bien? –insistió Melanie cuando solté una larga exhalación al llegar al otro lado.

–Sí. Cansada, como te digo.

Qué ganas tenía de estar a solas en mi habitación. Quizá no pudiese hablar con Harvey, pero por lo menos podría llamar a Connor. Ansiaba oír su voz y que me dijera que me echaba de menos y que no podía esperar a que volviese a casa con él.

Nunca había sentido tanto alivio al oír un clic cuando se activó el cerrojo de mi habitación y se abrió la puerta. Me despedí y la cerré tras de mí. Enseguida crucé el cuarto y cogí el móvil de la mesa.

Esperaba ver una respuesta al mensaje que le mandé a Connor, pero en la pantallita no aparecía nada. Pulsé el botón para acceder a la bandeja de entrada. Nada. La indignación se enfrentó a las lágrimas que se me acumulaban en los ojos. No me podía creer que no me hubiese contestado. Valoré momentáneamente la posibilidad de soltar el móvil a modo de protesta. Podría retomar el capítulo que había comenzado a leer sobre cómo organizar la estructura de un libro de no ficción, a ver cómo le sentaba a él que guardara silencio. Pero esa idea desapareció en el acto. No quería pensar en el libro que planeaba escribir. Quería oír la voz de mi marido.

Marqué su número. La línea dio tono. Cambié de postura y me removí de nuevo, incapaz de quedarme quieta al imaginarme a Connor decidiendo no coger el móvil porque seguía enfadado conmigo. Él no era así. Nunca dejábamos una discusión sin resolver. No éramos de esos. Con una punzada de adrenalina, comprendí que, si rechazaba la idea de que decidía no responder al teléfono, entonces la sustituía la inquietud de que no pudiese cogerlo por algún motivo. Colgué y volví a marcar su número. El teléfono sonó y sonó y sonó.

Capítulo 18

Miércoles

Me estaba secando después de darme una ducha cuando alguien llamó a la puerta. Me envolví con la toalla, salí del cuarto de baño y llegué al dormitorio con escalofríos en los brazos. Odiaba que en esa parte de Heaton Place todavía hubiera los viejos radiadores originales. No solo eran ineficientes, sino que proferían chasquidos y chirridos de día y de noche, y a menudo me despertaban de un sueño que ya de por sí era ligero. Los del edificio moderno calentaban demasiado, pero por lo menos eran silenciosos.

Abrí la puerta un par de centímetros y miré por la rendija. Melanie se encontraba en el pasillo con un traje negro y camisa blanca con puntitos negros.

–Dios, ¿llego tarde? –me sobresalté–. Creía que la sesión de hoy era después de comer. –Me estremecí cuando me cayó agua del pelo mojado a los hombros y se me deslizó por la espada como si de unos dedos helados se tratara. No podía dirigir una terapia con el pelo mojado.

–Sí, sí –me dijo Melanie con una mano tendida y una sonrisa–. No te asustes.

–Buf. –Intenté restarle importancia riéndome, pero la adrenalina ya se había segregado a borbotones y me debilitaba las rodillas. Detestaba llegar tarde y temía que alguien me tomase como una persona poco fiable. Era demasiado abierta, eso ya lo sabía, pero, por mucho que lo intentase, no había conseguido erradicar el rasgo complaciente de mi personalidad. Supuse que era lo que ocurría cuando se crece en una zona de guerra doméstica–. Me has preocupado durante unos segundos.

Me dio una bolsa de tela con el emblema de la unidad impreso.

–Un regalo para ti.

Incómoda y consciente de mi desnudez, me arrimé la toalla al pecho y alargué la otra mano para aceptar la bolsa.

–¿Qué es esto?

–La temible Sonia me ha dicho que solo podía asignarte un ordenador a las ocho de la mañana. Y, como sabía lo cansada que estabas, no quería hacerte madrugar tanto, así que he hecho un poco de investigación para ti.

Una vez más, me inundaba la gratitud que sentía por aquella maravillosa mujer. Apreté los codos para que no se me escurriera la toalla, abrí la bolsa y eché un vistazo a las páginas DIN A4.

–Gracias. Eres muy amable.

No le comenté que a las ocho llevaba ya tres horas despierta. Había intentado, sin éxito, concentrarme en un capítulo de mi libro sobre la creación de obras de no ficción, pero no me entraba nada. Debía de haber releído la misma página una decena de veces. A pesar de llamarlo cada hora, Connor todavía no se había puesto en contacto conmigo y no conseguí que mi mente se centrase en ninguna otra cuestión. Quizá leer para descubrir cómo avanzar con el caso de Laura me distraería de mirar el móvil cada dos por tres.

–No hay de qué –me dijo–. Disfruta de la lectura. Vendré a buscarte un poco antes de las dos. Julie te traerá algo de comer sobre las doce.

–Genial, pues nos vemos luego. Gracias otra vez. Eres un sol.

Lancé la bolsa sobre la cama, miré de nuevo el móvil y me fui al cuarto de baño para terminar de secarme. Ojalá hubiera cerrado la puerta para que el vapor y el calor se concentraran en la habitación diminuta.

Una hora más tarde, había leído casi todo lo que Melanie me había imprimido. Me reconfortó que lo que ya sabía sobre la neurociencia del estrés postraumático fuese correcto y que durante un trauma la amígdala debilita la capacidad del hipocampo para acceder a los recuerdos. Se puede perder la conexión, así que cualquier recuerdo consciente creado a menudo está muy

fragmentado. Laura quizá nunca fuese capaz de proporcionar un relato coherente sobre lo que ocurrió ese día.

Seguí leyendo y cualquier esperanza que hubiese albergado de poder hacer algo para ayudar a Laura disminuyó. Si los recuerdos no estaban ahí, ni siquiera meses de terapia la ayudarían a recuperarlos. Estaba a punto de admitir la derrota cuando el último artículo hizo que me sentase en la cama y reuniese la poca concentración que me quedaba. El texto explicaba que las víctimas de un trauma pueden tener memoria implícita de las emociones que experimentaron y que esos recuerdos pueden llegar a ser activados por algo que emocionalmente devuelve al paciente a la situación que le provocó el trauma en cuestión.

Tenía todo el sentido del mundo. Era la dirección que había empezado a tomar cuando le pregunté sobre Daniel. Estaba más segura que nunca de que su relación no era tan idílica como la había descrito ella al principio. Era lo que casi había afirmado antes de irse por la tangente. Me pregunté si el momento de hablar de su paciente fue una estratagema deliberada no para hacerme saber que estaba al corriente de mi error, sino para alejarse de sus incómodos sentimientos hacia Daniel. Hice una pausa y me recordé que él tal vez no tuviera nada que ver con la situación de Laura. Si no lo tenía presente durante las sesiones, corría el riesgo de guiarla por ese camino. Concluí que mi labor consistía en lograr que accediese a los recuerdos de otras veces que se había sentido en peligro, pero sin resultar demasiado evidente.

Abrí la libreta y comencé a garabatear preguntas. Volvería a remontarme a su infancia. Seguro que la atmósfera que me había comentado había desencadenado algunos sentimientos idénticos, si no me faltaba razón en cuanto a su relación. Mientras escribía, me fui convenciendo de la idoneidad de esa nueva vía de interrogatorio, pero no porque cuanto menos hablásemos de Daniel menores fueran las posibilidades de trazar paralelismos con mi vida con Connor.

El sueño de la noche anterior había estado plagado de pesadillas inquietantes en las que salíamos los dos. Seguro que se debía a que no conseguía ponerme en contacto con él, pero, si lograba evitar

que Laura entrase en mi subconsciente más de lo que entraba yo en el suyo, me lo tomaría como una victoria.

Al principio de la sesión de esa tarde, Laura entró en la sala con andares que distaban mucho de sus pasos nerviosos del lunes.

–Hola, Laura. ¿Cómo te encuentras hoy? –le pregunté. Tenía los ojos brillantes. Era obvio que había dormido mejor que el día anterior. Me alegré de que por lo menos una de las dos descansara.

–Bien, gracias. –Se sentó en la silla de siempre y se cruzó de piernas–. ¿Qué tal tú?

Laura enfatizó el «tú» y, durante un segundo, me dio la impresión de que ya estaba intentando apropiarse del control de la sesión. Deseé momentáneamente que invirtiéramos los roles, por lo menos en el sentido de la terapia. A pesar de mi reticencia habitual, sentía una necesidad casi abrumadora por contarle que estaba muy cansada, que no había podido comer un plato entero desde que había llegado, que unas espantosas escenas de conflicto asolaban mis sueños. Quería confesarle que todavía no había podido hablar con mi marido y que empezaba a preocuparme cada vez más por su silencio absoluto –y por la razón que lo explicaba–.

–Bien también, gracias. –Cerré la libreta y me crucé de piernas, imitándola–. Me gustaría empezar la sesión de hoy con un juego de lo mejor y lo peor.

–¿Lo mejor y lo peor? –Me miró arqueando una ceja.

–Sí. –No me sorprendía que no hubiese oído hablar nunca de esa estrategia, ya que me la había inventado yo esa misma mañana. En realidad, tan solo quería acceder a sus peores recuerdos con la esperanza de que activaran algo de la noche en la que la detuvieron. Ya habíamos llegado a la mitad del tiempo del que disponíamos y necesitaba resultados, en especial porque quería volver a casa con mi marido. Pero esa estrategia podía provocar cierto agobio y hacernos recular, así que introduje un elemento de equilibrio–. ¿Podrías contarme cuál es tu mejor recuerdo de infancia?

–Ah, vale. –Pasó la vista hasta la ventana que quedaba encima de mí–. Mmm, qué pregunta tan complicada.

–¿Complicada?

–Sí. Es interesante. –Vi que entornaba los ojos, así que se estaba analizando a sí misma conforme hablaba–. Porque todos los buenos recuerdos cuentan con… lo que podríamos denominar un accesorio.

–¿Un accesorio?

–Mis mejores recuerdos son de cuando me hacía un ovillo con mi hermana. –Sonrió y se cruzó de brazos–. Ya sabes, cuando las dos ocupáis una cama individual y no hay suficiente espacio, así que os acurrucáis, encajáis el culo con la cadera y la cara con el cuello y tal.

Asentí. Era como si Laura ya estuviera un paso por delante de mí, mezclando ya lo bueno y lo malo. Sabía exactamente a qué se refería. Mientras la oía hablar, me llegó el olor del pelo de Sarah y noté la suavidad de la piel de su cuello junto a mi mejilla. Tragué saliva a duras penas y me concentré en el movimiento de los labios de Laura, que seguía hablando.

–Y nos quedábamos así acurrucadas, riéndonos. Yo quitaba el brazo de debajo de ella porque se me había quedado dormido, ella me pedía que le apartara el pelo de la boca, y luego… –Se acarició la barbilla con una mano–. Luego lo oíamos.

–¿El qué oíais? –La sala había vuelto a calentarse demasiado. Miré hacia la reja de la ventana y deseé que hubiera alguna manera de abrirla.

–El silencio –repuso en voz baja. Su sonrisa desapareció, sustituida por un profundo fruncimiento de ceño. Lucía los ojos apagados y supe que había viajado al pasado, a la cama que compartía con su hermana. Lo supe porque era donde estaba yo también, con la mía–. Suena raro describir el silencio como un ruido, ¿verdad?

A mí no me parecía tan raro. Recordaba silencios tan estruendosos que solo el zumbido que sonaba en mis oídos era capaz de eclipsarlos.

–Y después se alzaba un murmullo de voces, como un trueno de comienzos de una tormenta –prosiguió–. Nicole y yo dejábamos de hacer el tonto. Odiaba que se quedara inmóvil. Intentaba hacerle cosquillas, hacerle pucheros en la mejilla o algo, pero siempre me

apartaba y levantaba la cabeza de la almohada para escuchar. –Cerró los ojos–. Suena ridículo, pero a menudo deseé que hubiera gritos o aullidos, pero tan solo había ese silencio tan extraño, como la calma siniestra que antecede al restallido de un trueno.

–¿No te inspiraba calma?

–Se parecía a la amenaza de una tempestad, ¿sabes a qué me refiero? El aire estaba cargado y pesado, con electricidad que chisporroteaba.

En terapia, las metáforas eran comunes. Era una manera de poner una pizca de distancia emocional entre la experiencia traumática y uno mismo. Si una paciente usaba una, yo siempre intentaba seguirle la corriente.

–¿Querías proteger a Nicole de la amenaza de la tormenta?

–Sí. Pero no podía.

Noté los brazos de Sarah a mi alrededor. Cuando se desataba una tormenta en casa, era estrepitosa, con relámpagos y truenos que zarandeaban las paredes. Sarah colocaba mi cabeza en su pecho y me tapaba los oídos. Me mecía y emitía ruidos reconfortantes. Yo notaba la costura de su camisón, que se arrimaba a mis mojadas mejillas.

–Lamento que tus mejores recuerdos estén conectados con los peores. Debe de ser muy duro.

–Ah, pero es que esos no son los peores –dijo Laura. Se recostó en la silla y apartó la vista–. Los hubo mucho peores.

Capítulo 19

Al prepararme para la revelación que Laura estuviera a punto de hacerme, fui consciente del zumbido del fluorescente del techo. Estaba lista para encajar un secreto oscuro de su infancia. La forma en la que lo había abordado me hacía pensar que iba a contarme algún abuso sexual. Había oído suficientes relatos parecidos de mujeres que habían padecido a manos de sus parejas. En algunos casos, un pariente varón les había arruinado la infancia, y las experiencias que me confesaron seguían viviendo en mi interior, como capas de alquitrán en los pulmones de un fumador. Con el paso de los años, su sufrimiento se había acumulado dentro de mí, obstruyéndome las vías respiratorias hasta que, en ocasiones, incluso me costaba respirar.

Laura se inclinó hacia delante.

–Necesito contarte otra cosa –comentó en voz baja–. Está ocurriendo algo raro. Haces que vea las cosas de forma distinta y estoy empezando a cuestionármelo todo.

Había anticipado un montón de posibilidades, pero no había esperado que Laura me echara nada en cara. Recalibré mis pensamientos, digerí la palabra «haces» y me pregunté si en cierto modo estaba resentida conmigo. No era infrecuente que un paciente se enfadase con su terapeuta por alentarlo a proseguir y a enfrentarse a sentimientos dolorosos. Nunca me gustaba que sucediese. Supe que en mí había cierta necesidad por caerle bien a todo el mundo, sobre todo a las mujeres que tenía delante ese día. En cualquier otra situación, seríamos compañeras de trabajo, colegas, quizá hasta amigas. Me recordé que caerle bien a Laura no debería figurar en mi lista de prioridades.

–¿Qué es lo que ves de forma distinta?

–Pues mi infancia, por ejemplo, y la pasivo-agresividad, en particular con el comportamiento de mi padre. He hecho terapia, he pasado horas analizando qué efecto había tenido en mi vida, pero ahora, hablando contigo, las cosas se emborronan.

–¿Se emborronan?

–Sí. Por ejemplo, he comenzado a recordar algunas veces en las que mi padre volvía a casa del trabajo de mala gaita y todo lo que hacíamos estaba mal. Él nos hacía sentir que estaría mejor si no fuera por nuestro desorden, nuestro ruido o –levantó las manos y se las posó sobre las piernas– cualquier otra cosa de la que pudiera culparnos. Era muy manipulador. Terminábamos disculpándonos por cosas que no habíamos hecho, pero en realidad el problema era él, no nosotras.

–Vale. ¿Por qué dices que eso emborrona las cosas?

–Ayer, cuando me preguntaste si Daniel había reservado un finde fuera a propósito porque yo tenía que ir a la despedida de una amiga, me puse a pensar… en la manipulación.

Laura había retomado el tema de Daniel. Debía de haber un motivo para ello. Tuve que esforzarme para hablar con voz serena.

–¿En qué momento en particular estabas pensando?

–A ver, no pasó una sola vez. –Se levantó la coleta–. Pasó en varias ocasiones.

–¿Olvidó tus planes o…? –Era la hora: iba a contarme algo vital. Lo noté en los hormigueos que me recorrían la piel.

–De eso se trata. Siempre le di el beneficio de la duda. Quiero decir que he salido con suficientes hombres como para saber que no todos compran entradas para el teatro, preparan la cena ni reservan en un restaurante romántico, así que el hecho de que algunas veces los planes con los que me sorprendía se solaparan con planes que ya había hecho yo me parecía un pequeño precio que pagar por todas las cosas buenas. Opté por pensar que no eran más que coincidencias, errores sin malicia.

–¿Y ahora piensas diferente?

–Las coincidencias se pueden analizar siguiendo una ecuación estadística, ¿verdad?

Quería que Laura fuera más concreta. Me daba la impresión de que iba a divagar.

–Sigue, sigue.

–Está la paradoja del cumpleaños, que demuestra que, si en una habitación hay veintitrés personas, hay un cincuenta por ciento de posibilidades de que dos de esas personas hayan nacido el mismo día.

Parpadeé. ¿Intentaba decir que creía en Daniel o que no?

–Ajá.

–Por lo tanto, las coincidencias son mucho más probables de lo que parece. A ver, en un año hay trescientos sesenta y cinco días, ¿no? ¿Cómo va a haber el cincuenta por ciento de probabilidad si solo hay veintitrés personas?

Las matemáticas fueron la parte de la carrera de Psicología más complicada para mí y, sumadas al cansancio mental, me costaba seguirle el hilo.

–¿Quieres decir que, a pesar de que parezca una gran coincidencia, no lo es?

–Es lo que empecé a pensar, pero anoche hice los cálculos mentalmente.

Más matemáticas. Estupendo. Un bostezo se abrió paso por mi interior. El esfuerzo que tuve que hacer para contenerlo me anegó los ojos.

–Verás, para cuando fuimos novios propiamente dichos, mi círculo social ya era bastante pequeño, así que las probabilidades de que hubiera hecho un plan y que él organizase algo ese mismo día eran diminutas. Podía pasar una vez, quizá hasta dos, pero a él no le hacía gracia que quedase con otra gente, por lo que solo hacía planes una vez al mes.

–Dices que no le hacía gracia que quedases con otra gente. ¿A qué te refieres?

Las preguntas de mi libreta quedaron sin formular, pero me vi obligada a seguir por la senda por la que me estaba conduciendo, convencida de que daría frutos si era más específica.

Laura levantó las manos a los lados como si hubiese un montón de ejemplos entre los que elegir.

–Se enfurruñaba si salía sin él. Protestaba porque mis amigas me robaban demasiado tiempo. Se quejaba de que yo prefería pasar tiempo con otra gente que con él. Se enfadaba si miraba el móvil al recibir un mensaje. –Frunció los labios–. Siempre lo adornaba con palabras bonitas y le daba la vuelta a la tortilla para que no pudiese replicarle sin parecer desdeñosa ni cruel.

Ahí estaba la verdad sobre su relación. Por fin llegábamos a alguna parte.

–¿Cómo lo hacía?

–Me decía que, como me quería tantísimo, no aguantaba compartirme con nadie. Se preocupaba por mí. No soportaba pensar que pudiera pasarme algo malo. Son cosas que en realidad gusta oír, ¿no? Hasta que son las cosas que te impiden ver a tus amigas o hasta a tu propia madre.

Había oído tantas historias de mujeres con las que habían utilizado tácticas parecidas que me entraron ganas de echarme a llorar. Ojalá pudiera decirle a Laura que lo que me estaba describiendo era un patrón reconocido de control y coacción, pero quise que lo admitiera ella.

–¿Y te diste cuenta anoche?

Laura hizo un mohín con los labios.

–Anoche se asentaron esos pensamientos –repuso al cabo de un rato–. Se hicieron tangibles, en lugar de ser solo una sensación, pero, si te digo la verdad, hace mucho tiempo que sé en el fondo que algo iba mal.

La sangre me latía en los oídos. Era un gigantesco paso adelante, el punto de partida desde el que descubrir qué había provocado que esa noche la encontraran cubierta de sangre. No me cabía ninguna duda. Me quedé inmóvil para intentar comprender lo que estaba sintiendo ella. Se puso las manos en el regazo, con el

rostro serio, el pecho subiendo y bajando con ritmo constante. Aguardé a que el aire se espesara por la emoción, pero el espacio que nos separaba no palpitaba como esperaba. La luz entraba por la ventana e iluminaba los pañuelos de la mesa, pero Laura no alargó un brazo para coger uno y enjugarse las lágrimas. No había lágrimas. No detecté ningún cambio en ella.

Las mujeres con las que trabajaba se desmoronaban a menudo cuando digerían su situación desde otra perspectiva. Hablar de eso era como abrir el corazón de par en par y sangrar mientras revivían los peores instantes de su vida. Era habitual que lloraran, que estallasen de rabia, que se autoflagelasen por haber permitido que ellas y en ocasiones sus hijos padecieran a manos de un hombre controlador. Siempre me resultaba sumamente triste oírlo.

Pero Laura estaba tranquila. Atenta.

Me percaté de que la única persona a quien parecía costarle contener las desbocadas emociones era yo.

Transcurrieron varios segundos.

–Siento que te sintieras aislada y manipulada –dije. Me arriesgué a retroceder al afirmar sin miramientos lo que estaba describiéndome, pero se nos agotaba el tiempo y debía aprovechar el impulso para seguir avanzando–. ¿Crees que ese tipo de comportamiento se agravó?

Se encogió de hombros, un gesto que se me antojó incongruente.

–Depende de a qué te refieras.

Guardé silencio. Laura ladeó la cabeza y miró hacia la ventana. El reflejo de la verja creó un patrón en zigzag en la superficie de su ojo.

–Al cabo de un tiempo, él empezó a salir sin decirme a dónde iba ni cuándo volvería. Tampoco me devolvía las llamadas ni me contestaba a los mensajes, cosas así. Al final regresaba y me decía lo mucho que me había echado de menos y que no soportaba estar sin mí. Cuando le comenté cuánto me fastidiaba no poder ponerme en contacto con él, las disculpas se transformaron en acusaciones. Me respondió que era posesiva y exigente, que intentaba controlarlo.

Insistió e insistió hasta que me caló su punto de vista. Era una mujer agobiante, y ese no es un rasgo demasiado atractivo, ¿a que no?

El sonido del tono de llamada que había oído muy a menudo en los últimos tres días se reprodujo en mi mente. A pesar de que mi situación era totalmente distinta, no me costó nada imaginarme cómo debió de sentirse Laura.

–¿Eras una mujer agobiante o una mujer que pedía que la trataran con el debido respeto? ¿Tú qué crees?

–Debí de agobiarlo mucho, porque un día, después de decirle cuatro frescas, desapareció. Puf –separó las manos delante de sí–, se esfumó.

–¿Daniel desapareció? –Sentí tensión en el cuero cabelludo. Si era verdad, quizá había tomado una dirección completamente errónea en la terapia. Ya estábamos a miércoles por la tarde, así que la mitad del tiempo asignado se había evaporado–. ¿Del todo?

–Durante cinco días –contestó, por lo visto ajena a la fuerte exhalación que solté–. Pero durante ese tiempo no tuve ni idea de dónde estaba. No sabía si estaba vivo o muerto. Fue un calvario. A lo mejor debería haber sido más fuerte y haber insistido en que me tratara con más consideración, pero al final, cuando ocurrió con más regularidad, me acostumbré a que desconectara por completo.

–Me parece una forma un tanto difícil de vivir –dije. No haber podido ponerme en contacto con Connor durante tres días me estaba consumiendo los pensamientos.

–Sí –profirió una amarga risotada–, seguro que piensas que era una idiota por seguir con él.

–Nunca pensaría que fueras una idiota. –Me pareció importante asegurarme de que Laura lo sabía. Si era la víctima de un maltratador, el culpable era él, no ella. Del maltrato, por lo menos. Me tocaría guardarme el dictamen final hasta descubrir lo que había sucedido como consecuencia de ese comportamiento.

–Si te soy sincera, yo no lo tengo tan claro. –Juntó los dedos y se contempló los pulgares–. Sospeché que me estaba poniendo los cuernos –añadió–. Empecé a pensar que, cuando no estaba

conmigo, estaba con otra mujer. ¿Por qué si no se negaba a cogerme el teléfono al marcharse? Tú estás casada, ¿verdad?

Asintió hacia el anillo de plata que llevaba en la mano izquierda. Contuve las ganas de darle vueltas, de notar su solidez.

–Estoy casada, sí.

–Si no pudieras hablar con tu marido durante días sin fin, sospecharías que o está haciendo algo que no quiere que sepas o que le ha ocurrido algo malo, ¿no?

Me miró a los ojos con las cejas arqueadas. Una vez más, tuve el desagradable presentimiento de que Laura elegía sus palabras para asestarme un golpe. El instinto me dijo que sabía que no había podido ponerme en contacto con Connor. De hecho, el cosquilleo bajo la piel me confirmó que sabía hasta por qué. Respiré hondo. Ese proceso mental no era racional. Debía evitar que mi cerebro uniera puntos que no existían o, de lo contrario, no sería capaz de hacer mi trabajo. Y mi trabajo consistía en ayudar a Laura.

–No se trata de mí –dije con la mayor calma posible–. He venido aquí a ayudarte a recuperar los recuerdos perdidos.

–Y quiero recuperarlos tanto como tú –me respondió. La mirada fija que me lanzó me confirmó que era cierto.

Después de la sesión, de vuelta en mi habitación, fui de un lado a otro con el móvil en la oreja. El tono de llamada incesante casi eclipsó el eco de las palabras de Laura, que no dejaban de repetirse en mi cabeza: «Sospecharías que le ha ocurrido algo malo, ¿no?». Pese a mis intensos esfuerzos por controlar los pensamientos, el volumen de su voz subía cada vez que pulsaba el botón de rellamada.

Capítulo 20

Jueves

Un crujido me despertó, seguido de una insoportable presión que me apretaba los dientes del fondo. El rechino me mandó punzadas de dolor por la mandíbula. Mis muelas se desmenuzaron. Me quedé paralizada, y horrorizada, cuando mis dientes se desintegraron y primero pasaron a ser huesos puntiagudos y, después, polvo en la boca.

Un golpe me hizo abrir los ojos, con el terror de la pesadilla todavía inundándome. El crujido sonó de nuevo. Me pasé la lengua por los dientes, con el corazón desbocado. Estaban todos ahí, sólidos y duros en mi boca seca. El alivio me duró poco, hasta que me analicé el resto del cuerpo y descubrí que estaba igual de agotada que el día anterior. Más incluso, si cabe. Cerré los ojos de nuevo y unas cuantas lágrimas de extenuación se deslizaron por las comisuras hasta las mejillas. Respiré lentamente, me recompuse y mascullé un gruñido. Me encontraba en Heaton Place, en una cama incómoda, en una pésima habitación, por cuarto día consecutivo.

Me obligué a levantar el cuerpo fatigado de la cama y me estremecí cuando el frío de la estancia me acarició la piel; di un par de pasos hacia la ventana para ver qué era lo que hacía el ruido. La pelusilla de la moqueta me hizo cosquillas en la planta de los pies. Me pregunté cuántos otros trabajadores se habían despertado en esa habitación antes que yo y si ponían en tela de juicio sus decisiones vitales, tal como estaba haciendo yo en esos instantes. La luz se filtraba por entre el estor enrollable azul e iluminaba la piedra pintada de la pared. Vi varias grietas en la pintura. Hundí una uña en

una de ellas y arranqué un trozo, que dejó al descubierto más sucia pintura blanca debajo.

El cordel del estor estaba clavado a la pared con lo que parecían unas grapas gigantes. La cuerdecilla se estremeció en mi mano y profirió un clic al levantarse para permitir que entrara la luz de un día lluvioso. Sonó otro chasquido y luego una secuencia de golpes. Mi habitación se hallaba en el rincón del patio y desde la ventana tan solo veía el muro alto a la izquierda y un lado de los barracones de delante, que seguían intactos, por lo que podía ver.

Me situé en la esquina de la ventana y mi aliento empañó el cristal. Las gotas de lluvia desdibujaban el edificio de piedra y la gravilla del suelo. Oí el grave gruñido de un motor. Me erguí y busqué la manera de abrir la ventana para verlo mejor. Se trataba de una vieja ventana de guillotina que habían reforzado con una segunda hoja de cristal grueso. Por lo general, cuando había un segundo cristal, había un mecanismo deslizante, pero no pude encontrar la manera de apartar la hoja para acceder a la ventana de guillotina. El cerrojo metálico y las cuerdas que servían para levantar la mitad inferior de la vieja ventana se rieron de mí desde el otro lado de la barrera transparente.

–Típico de este puñetero sitio –siseé–. Todo lo que resulta útil está detrás de otra capa y con acceso imposible.

Me reí ante la metáfora. En resumidas cuentas, eso era psicoterapia. Valoré la posibilidad de tomar notas de la observación para mi libro, pero la mera idea de coger un bolígrafo y activar mi cerebro el tiempo suficiente para registrar el comentario me provocaba un bostezo que me tensaba la mandíbula. Me había pasado horas intentando absorber la información del libro de la especie de mesita de noche y seguía sin saber por dónde empezar. Si era incapaz de leer un libro, ¿qué esperanzas podía albergar para escribir uno? En ese momento, no quería ser psicóloga y mucho menos escribir al respecto. Ojalá fuese cajera de un Tesco.

En el interior de la habitación sonó un chasquido que me sobresaltó. No era más que el viejo radiador situado junto a la mesa, que cobraba vida entre toses. Me acerqué y apoyé una mano sobre

el metal pintado. Estaba tibio, como mucho, no lo bastante caliente como para cambiar un poco la fría temperatura del cuarto.

Me tumbé nuevamente en la cama y me tapé con la manta en busca del lugar sobre el colchón que había abandonado unos minutos antes, con la esperanza de encontrar cierto calorcillo. Cogí el móvil de la mesita de noche y deseé haber recibido un mensaje de Connor. Estaba convencida de que las extrañas pesadillas que estaba teniendo se debían a la creciente preocupación que sentía por no haber obtenido ninguna respuesta suya. Sin embargo, no había ningún mensaje. Ninguna llamada perdida. Nada. Las palabras de Laura del día anterior regresaron a mí y permití que el pensamiento que había procurado ignorar asomara la cabeza, como un clavo que rasguña la piel hasta perforarla: a lo mejor Connor estaba ignorando mis llamadas y mis mensajes adrede. Tenía que haber pasado algo que le impedía contestarme. El rostro furioso de Jimmy Bray se iluminó en mi cabeza. Lo eché de mi cerebro. Estaba siendo ridícula. El tío estaba entre rejas, y, si quisiera vengarse de mí, no habría esperado hasta entonces ni habría ido a por Connor, ¿verdad que no?

La posibilidad de que Laura conociese a Jimmy Bray afloró de nuevo. Y el comentario que había hecho de que Daniel estaba con otra mujer… ¿Pretendía insinuar que Connor me engañaba? Se me entrecortó la respiración cuando el cerebro enseguida me presentó imágenes de Connor desnudo, acariciando el cuerpo de otra.

Negué con la cabeza. La presión por desenterrar los recuerdos de Laura me estaba afectando, nada más. El tiempo se agotaba y lo que ocurriese en los próximos tres días iba a alterar el transcurso de la vida de una mujer. Yo no podía cagarla, así que debía mantener la cabeza en su sitio. Mis pensamientos no eran más que eso, simples pensamientos. Nada de lo que me sugería mi mente era real. Lo que sí era real era que había progresado bastante con Laura, y a eso me tenía que aferrar.

Intenté rescatar lo poco que quedaba de mi cerebro racional y repasé los días mentalmente. Connor se había ido a Copenhague el día que yo llegué a Heaton Place y pensaba regresar ese mismo

jueves. Me arrepentí de que hubiésemos decidido quitar el teléfono fijo en casa. «

Los dos tenemos móvil –había comentado Connor–. Es malgastar el dinero».

Me había parecido una decisión lógica, pero no me estaba respondiendo al móvil de las narices y, si en casa tuviésemos fijo, por lo menos podría dejarle un mensaje para decirle dónde estaba e insistir en que me llamase. La necesidad de hablar con él latía en mi interior, una sensación primitiva, como la sed.

Hacía días que no dormía bien y me quedaba sin tiempo para averiguar qué había ocurrido el día en el que encontraron a Laura cubierta de sangre. Estaba convencida de que lo único que podría hacer que me sintiera más tranquila era hablar con Connor. Si pudiese contactar con él, sabría que estaba a salvo, y mi marido sabía exactamente qué decirme para calmar mi mente. Era un experto en ponerme los pies en el suelo cuando se me iba la cabeza; me serenaría y conseguiría dar sentido a las curiosas coincidencias que me carcomían. Intenté llamarlo de nuevo, acurrucada en posición fetal, y esperé. Me cayeron lágrimas de frustración y desesperación por las mejillas, que me mojaron el auricular y el pelo, cuando el tono siguió sonando sin cesar.

Capítulo 21

Melanie llamó a mi puerta diez minutos antes de la hora a la que estaba programada la sesión. Metí el móvil en la bolsa de tela. A la mierda la profesionalidad. Quería tenerlo a mano. Esperé que no se diera cuenta de que tenía los ojos hinchados de llorar.

–¿Estás bien? –me preguntó.

Esperar que una psicóloga no interpretara el estado de la habitación era absurdo, claro.

–Sí, ¿y tú?

Asintió, con expresión poco convencida. Ojalá me hubiese llevado la bolsa de maquillaje hasta el centro. No podía ocultar mis emociones, pero por lo menos podría intentar esconderlas con potingues. En el trabajo, casi siempre solía ponerme como mínimo un poco de base, rímel y lápiz de labios de color neutro, pero con las prisas por marcharme no había metido nada de eso en la maleta. Melanie tan solo lucía una pizca de sombra de ojos gris y pintalabios rosa claro, y ni Julie ni Laura llevaban nada de maquillaje, que yo supiera.

–¿Preparada?

–Todo lo que llegaré a estar.

–Coge las llaves y nos vamos.

–Ah, sí, claro. –Me puse una mano sobre el pecho, donde solía colgar la tarjeta de identificación, y miré tras de mí hacia la estancia. No recordaba haberla visto esa mañana–. Dame unos segundos. –Me dirigí al armarito que hacía las veces de mesita de noche. Encima no había nada, tan solo mi libro y un vaso de plástico con un poco de agua. Me agaché para mirar debajo de la cama. Allí no había

nada. Eché un ojo detrás de la mesa, pero ya sabía que no estaría ahí porque recordaba haberla dejado cerca de la cama, estaba convencida–. No está aquí –dije, frotándome la piel todavía enrojecida del cuello donde me había arañado el cordel.

–¿A qué te refieres? –me preguntó Melanie, con voz claramente preocupada.

Levanté el extremo de la fina manta y la doblé por la mitad.

–No encuentro la llave ni la tarjeta. No están donde las dejé.

Retiré la manta del todo, pero debajo no había nada más que la arrugada sábana blanca.

–¿No estarán en el cuarto de baño? –propuso Melanie desde la puerta.

–No creo –repuse con creciente inquietud–. Iré a ver.

Dejé la bolsa de tela en el suelo y me encaminé hacia el cuartito de baño. Barrí con la mirada la superficie del lavabo y la cisterna del váter. Incluso aparté la endeble cortina y miré dentro del minúsculo cubículo de la ducha.

–No están aquí –dije, con la garganta atenazada por el pánico–. No pueden haber desaparecido.

–¿Podría ser que se te cayera por el camino al volver aquí de la sesión de ayer? –Los labios de Melanie formaban una línea seria.

Me llevé de nuevo una mano al pecho e imaginé lo que podría haber hecho con el cordel.

–No lo creo. –Procuré visualizarme quitándome el cordel y dejándolo junto a la cama. Estaba segura de haberlo hecho. Fui hasta el armarito e intenté apartarlo para mirar detrás, pero estaba anclado al suelo con apliques metálicos atornillados a la moqueta–. Seguro que lo dejé aquí.

–Estamos en un centro seguro de salud mental –dijo Melanie–. Esas llaves son un arma en las manos equivocadas.

¿Creía que yo no lo sabía, después de lo que había ocurrido en el pasillo? Me puse de rodillas y volví a peinar la moqueta.

–Lo siento, pero estoy convencida de habérmelo quitado anoche y haberlo dejado junto a la cama.

–¿Y seguro que no está ahí?

–No, lo siento. –Me levanté, derrotada.

–Muy bien –dijo, con un tono que me dejó claro que no estaba nada bien–. Voy a tener que retrasar la sesión e ir a avisar a los de Dirección.

–Te acompaño –me ofrecí. Era lo correcto. Lo había perdido yo. Me tocaba a mí pedir mis propias disculpas.

–No –se negó–. Hasta que se desactiven las llaves, todo el mundo debe quedarse en su habitación.

Un escalofrío me recorrió entera. Los golpes y los gemidos a menudo me intranquilizaban cuando me tumbaba en la cama por la noche. La idea de que alguien inestable, quizá incluso alguien que había cometido algún crimen, pudiera haber cogido una llave y una tarjeta por las que yo me había preocupado tan poco como para perderlas era aterradora. Miré por toda la habitación y la posibilidad de que me encerraran ahí me formó un nudo en el pecho. Preferiría ir con Melanie a disculparme en persona que quedarme a solas.

–Lo siento mucho –repetí.

Melanie asintió con la cabeza.

–Volveré cuanto antes.

Cerró la puerta y el cerrojo con un clic.

Me senté en la cama, con las manos unidas detrás de las rodillas, intentando rememorar cuándo había tenido el cordel por última vez. Y entonces me acordé: fue antes de intentar llamar de nuevo a Connor la noche anterior. En mi mente se iluminó con toda claridad una imagen en la que me quitaba el pelo de debajo del grueso cordel y lo dejaba junto al vaso de plástico de la mesita de noche. Me levanté, corrí hasta la puerta y sujeté el pomo con la esperanza de alcanzar a Melanie antes de que llegase al final del pasillo. Tiré de la manecilla arriba y abajo, pero la puerta no se movió.

Se me secó la boca. El frío pomo se bamboleaba, pero la puerta no se inmutaba. No sabía qué me daba más miedo, si el hecho de que alguien hubiera entrado en mi habitación y me hubiese robado el cordel mientras dormía o el hecho de que estuviese encerrada en mi cuarto sin forma alguna de huir.

Capítulo 22

De repente, sonó un aullido. El corazón me dio un vuelco. Intenté abrir la puerta otra vez, pero seguía cerrada. La alarma procedía del pasillo, pero el altavoz debía de estar cerca de mi habitación, ya que el sonido agudo me perforó los tímpanos. Me cubrí los oídos con las manos y me apreté fuerte con las palmas.

Se debía a la identificación perdida, no me cabía ninguna duda. Pero no se había perdido. Me la habían robado, y todo el centro estaba confinado y era imposible que pudiera contarle a Melanie lo que había ocurrido en realidad. Me acerqué a la ventana, pero no vi nada a través de las gotas de lluvia, tan solo la pared y el lateral de los barracones de delante. Levanté la vista hacia las nubes hinchadas, pero no dejaba de bajar los ojos a la puerta. Aunque no podía salir, ¿podría entrar alguien? ¿Alguien con la llave que me había robado?

Clavé la mirada en la silla de la mesa. ¿Debería apoyarla contra el pomo como hacía cuando ocupaba yo sola una habitación de hotel? Desde que era pequeña, mi madre me inculcó que una mujer que está sola en un hotel está automáticamente en peligro. Por culpa de su ansiedad, yo siempre había insistido mucho en que el personal supiera en todo momento cuándo una mujer se alojaba por su cuenta. Otros huéspedes podían vigilar qué mujeres pedían una mesa para uno al bajar a comer, qué planta pulsaban en el ascensor, en qué habitación se metían. Siempre me fijaba una barbaridad en las personas con las que me cruzaba en los pasillos de un hotel, cuyas miradas notaba clavadas en mí cuando entraba en mi habitación. Cuando alguien llamaba a la puerta, echaba un ojo por la

mirilla, nerviosa y con el corazón acelerado. Llegué al punto de evitar alojarme por ahí sin mi marido.

Me bajé las manos de la cabeza y el chirrido de la alarma me hizo encogerme. Cogí la silla y la calcé contra la puerta para que el pomo no se moviese, pero no me sentí más segura. Alguien había entrado en mi cuarto. ¿Quién?

Mi imaginación conjuró retratos horripilantes de hombres de ojos desorbitados que me observaban dormir, después me robaban la identificación y planeaban lo que harían la próxima vez que irrumpieran de noche en mi habitación. A lo mejor alguien había entrado mientras me duchaba. A lo mejor había avanzado hasta el cuarto de baño de puntillas y me había contemplado frotarme el cuerpo desnudo.

De repente, el sonido se detuvo y en mis oídos se repitió en forma de ligero eco. Presté atención a los ruidos del pasillo, pero no detecté más que el chasquido del radiador y el tamborileo de la lluvia contra la ventana. Tras comprobar que la silla estuviera bien colocada en su sitio, me llevé el vaso de plástico al baño y lo llené de agua del grifo. Con manos temblorosas, me lo acerqué a los labios áridos.

Al oír un golpe en la puerta, di tal brinco que el agua se salió del vaso y cayó sobre el suelo de linóleo.

–¿Quién es? –musité mientras dejaba el vaso y me dirigía con cautela hacia la puerta.

–Soy yo. –Era la voz de Melanie.

Aparté la silla.

–Adelante.

–Desastre evitado –me anunció–. Buf.

–Alguien ha entrado en mi habitación y me ha robado la llave –dije al mismo tiempo.

–¿Cómo dices?

–Recuerdo haberme quitado el collar y haberlo dejado junto a la cama. –Señalé hacia la mesita de noche–. Anoche lo dejé ahí. Lo he recordado cuando te has ido. Alguien debe de haber entrado en mi cuarto y habérselo llevado.

Melanie negó con la cabeza.

–Eso no puede ser. –Metió una mano en el bolsillo interior de la chaqueta y extrajo el cordelito azul. Mi identificación colgaba delante de mis narices–. Porque uno de los ordenanzas lo encontró cerca de la sala de terapia y lo entregó. –Lo movió de un lado a otro como si fuera el reloj de un hipnotista–. Mira –dijo mientras lo dejaba quieto–. Es el tuyo. Ojalá hubiera ido a preguntar si alguien lo había encontrado antes de haber decretado el confinamiento. Podría habernos ahorrado a todos esa estrepitosa sirena.

Se lo arrebaté y sostuve el rectángulo plastificado en la temblorosa palma. En él figuraban mi nombre y esa horrible fotografía de mi rostro.

–Me lo han robado de la habitación –insistí–. Entre anoche y esta mañana.

–Emma, un ordenanza lo ha encontrado y lo ha devuelto. Ya está. No ha sido nada más que eso.

–¿Qué ordenanza?

–No lo he preguntado. –Melanie arrugó la nariz–. ¿Acaso importa?

Necesitaba que me tomara en serio.

–Estoy segura al cien por cien de que anoche me lo quité y lo dejé junto a la cama.

–No quiero ponerte las cosas difíciles, pero no es lo que me has dicho antes –repuso Melanie–. Has ido de aquí para allá por el cuarto intentando recordar dónde lo habías visto por última vez.

–Sí, pero luego me he acordado.

¿De verdad? Creía que sí, pero era posible que me hubiera acordado de otro momento en el que me lo quité. Los recuerdos eran escurridizos. Yo lo sabía mejor que la mayoría. Cada vez que guardamos un recuerdo, se vuelve a formar y es posible que se altere un poco. ¿Podía afirmar con absoluta certeza que anoche dejé la llave y la tarjeta cerca de la cama? ¿Podía afirmarlo bajo juramento? Estaba agotada. Mis pensamientos se iban desordenando, pero no estaba dispuesta a admitirlo delante de Melanie.

–Sé que no es ideal haber confinado todo el centro –añadió Melanie al tiempo que abría la puerta–, pero solo han sido unos minutos y la responsable seré yo, porque era mi equipo, no tú.

–Dios, cuánto lo siento. –El calor me coloreó las mejillas–. Espero que no afecte a tus referencias. –No me podía creer que la hubiese puesto en esa posición.

–Seguro que un punto negativo no me matará –me contestó–. Pero en el futuro no la pierdas de vista.

Asentí y pasé los dedos por la lisa tarjeta plastificada. Seguía sin comprender cómo podía haberla perdido sin haberla cogido yo misma. ¿Por qué la habría cogido? No tenía sentido.

–¿Por qué no vamos a la sesión y dejamos el tema aparcado? –me propuso Melanie–. Sé que por desgracia no nos queda mucho tiempo. El inspector que está a cargo del caso ha llamado esta mañana para conocer el estado del proceso. Supongo que no debería decírtelo, pero me da que la policía y la prensa revolotean como buitres, sin que los veamos, a la espera de poder darse un banquete.

La imagen se reprodujo en mi mente como la escena de una película. Vi a Laura con los brazos y las piernas extendidas en forma de estrella, con el vientre rebanado y las entrañas desparramándose sobre la tierra chamuscada a sus pies. Oí el batir de unas alas gigantescas y un chillido cuando el pico afilado de un buitre arrancó un intestino y se lo llevó rumbo al cielo a medida que más pájaros caían en picado, hasta que una multitud de alas negras impidió el paso de la luz del sol.

Meneé la cabeza para expulsar la imagen y me puse el collar, no sin antes levantarme el pelo por encima del cordel.

–Es una presión insoportable. ¿Quieres que hable yo con ellos? –me ofrecí. No sabía qué podía añadir, pero se me ocurrió que debía mostrarme dispuesta, ya que era la persona a la que habían llamado para coordinar el tratamiento. No me parecía justo que Melanie fuera la encargada de eludir las preguntas.

–Ah, gracias, pero les he dicho que ayer hicimos un descubrimiento. En mi opinión, que Laura admitiese que Daniel era

coactivo y manipulador marcó un antes y un después.

–Estoy de acuerdo –dije–. Nos quedan tres días para descubrir lo que pasó esa noche.

Melanie inspiró por entre sus labios, casi cerrados, y asintió.

–Esperemos que sea suficiente.

Cogí la bolsa de tela y la seguí hasta el pasillo, donde nos esperaban Julie y Aidan. Estaban más apartados que de costumbre y percibí cierta atmósfera entre ambos, pero, después de lo sucedido en la última media hora, no podía malgastar energía pensando en la pareja.

Al acercarnos al pasadizo de cristal, me fijé más en el ruido que hacíamos al avanzar sobre la moqueta. Los pasos de Julie y de Aidan emulaban el ritmo frenético de mi mente, que se intensificó cuando la luz del túnel iluminó el final del pasillo.

Las ganas de bostezar me tensaron la base del cuello. Abrí la boca para coger más oxígeno, pero no experimenté la satisfacción que solía acompañar el final de un bostezo a pleno pulmón. Lo volví a intentar. No aspiraba suficiente aire.

Me daba vueltas la cabeza. Di un paso hacia el extremo helado del túnel. ¿Cómo era posible que irradiase tantísima luz cuando todo el cristal estaba mojado por la lluvia? Las gotas se movían no solo hacia abajo, sino también hacia el lado, como insectos vaporosos que reptasen por el exterior intentando encontrar la manera de entrar. Probé a llenarme los pulmones nuevamente, boqueando en busca de aire, pero fui del todo incapaz de llevármelo hasta el diafragma.

Busqué en mi cerebro una estrategia que me tranquilizara. «Elige algo externo en lo que concentrarte, algo estático», me aconsejó la voz de Harvey. Me giré para contemplar el patio y los barracones. Pero no había nada inmóvil. El agua emborronaba el edificio. Intenté ver más allá de las gotas de lluvia para concentrarme en la piedra sólida, en el edificio que había sido un refugio para los soldados, y que llevaba décadas y siglos en pie, pero aparecía distorsionado, vivo y en movimiento.

Me obligué a seguir caminando, expulsando los pensamientos sobre el abismo que había a mis pies. Un paso. Otro paso. Mi visión se alteró y me nubló la concentración. Miré de nuevo, intentando ajustar la vista, y vi que los barracones no estaban solo distorsionados por la lluvia del cristal, sino que les faltaba la mitad. El costado derecho del edificio se erigía orgulloso y firme, pero lo único que quedaba de la parte izquierda era una cicatriz escarpada de piedras protuberantes y una confusión de varas metálicas.

El campanario se alzaba entre los escombros como la cabeza de un cuerpo cercenado por la mitad, cuya esfera seguía marcando la misma hora, como si estuviese demasiado atónita como para moverse siquiera.

Capítulo 23

El alivio que sentí cuando Melanie abrió la puerta de la sala de terapia fue palpable. Me contuve hasta que Aidan, Julie y ella se fueron a buscar a Laura; nada más oír el satisfactorio clic del cerrojo de la puerta, me desplomé en la silla y apoyé la cabeza en la mesa. Por una vez, agradecía el calor que brotaba tras de mí. Tenía los dedos blancos por el frío, y la sensación helada me caló hasta lo más hondo de mi ser. Estaba totalmente despojada de energía. Había esperado que cruzar el pasillo de cristal fuese volviéndose más fácil, pero, en lugar de insensibilizarme, mi ansiedad se ponía tanto por las nubes que comenzaba a resultar insoportable.

Yo misma me había diagnosticado ansiedad poco después de que Sarah se suicidara. No fue ninguna sorpresa que mis mecanismos de supervivencia se vieran superados cuando mi hermana, la única persona que me había querido y protegido durante toda mi vida, saltara de un puente hacia una autopista concurrida. Cuando llevó por primera vez a casa al hombre que más tarde pasó a ser su maltratador, a mi madre y a mí nos sorprendió que su nuevo novio fuera más de diez años mayor que ella.

–No me habías dicho que era viejo –le dije cuando él se hubo marchado.

–No es viejo, tiene treinta años. –Se rio y me dio un codazo en el pecho–. Crees que es viejo porque eres una inmadura. Y, de todas formas, es encantador y divertido, y me quiere.

A pesar de lo colada que estaba mi hermana, a todos nos sorprendió que decidiese no ir a la universidad después de aprobar los exámenes, sino mudarse con él al cabo de un par de meses.

Unas cuantas semanas más tarde, dejó de visitarnos y luego dejó de cogernos el teléfono cuando la llamábamos.

Fue su novio quien denunció su desaparición cuando Sarah no volvió a casa una noche. Se presentó como un novio cariñoso y consternado que se moría de preocupación. Nos engañó a todos hasta que la policía acudió a nuestro domicilio y nos contó cómo murió mi hermana. Acto seguido, se hizo la autopsia y el forense descubrió el catálogo de viejas heridas: costillas rotas con anterioridad y quemaduras de cigarrillos en el interior de los muslos.

Me dio por investigar un poco a su novio y enseguida encontré detalles de anteriores acusaciones contra él. Sarah no podía testificar, así que la policía nos dijo que no había nada que hacer. Cuando la injusticia comenzó a sobrepasarme, decidí no concentrarme en él ni un segundo más. De hecho, me embarqué en la misión de hacer cuanto estuviese en mi mano para ayudar a las mujeres que estaban en relaciones abusivas. De haber sabido lo que Sarah estaba viviendo, quizá hubiese podido ayudarla. Como ya era demasiado tarde para mi hermana, le prometí que haría lo imposible por otras en situación parecida.

Empecé en mi propia casa. No fue fácil. Mi padre no me perdonó que lo confrontara. Me culpó a mí por el abandono de mi madre y me dijo que yo la había puesto en su contra con mis radicales ideas feministas. Procuré no dar demasiada importancia a las crueles acusaciones que me dedicó. En un momento dado, le dije que, si él no hubiera hecho que para nosotras un comportamiento controlador fuera normal, Sarah no lo habría aceptado en su propia relación de pareja. Nunca se me borrará de la mente la cara de asco que puso antes de dar media vuelta y marcharse. Cuando murió, me inundaron sentimientos un tanto complicados. ¿Cómo pude sentirme tan abandonada si sabía cómo era él y lo que nos había hecho a mi madre y a todas? Aunque por aquel entonces ya se habían divorciado, mi madre se encargó de organizar el funeral. Me dijo que comprendía que me ausentara.

Tras la investigación que quiso esclarecer la muerte de Sarah, mi miedo a las alturas empeoró tanto que afectó a mi día a día.

Imaginaba peligros por todas partes. La imagen de todo lo que podría salir mal era una especie de película que se reproducía constantemente en mi cerebro. A regañadientes, al final se lo confesé a Harvey y trabajamos mucho en mi ansiedad generalizada. Pensaba que se me daba bien controlarla, pero Harvey me ayudó a ver que mi mente había intentado reprimir cualquier angustia mental concentrándose en una zona específica, y esa zona eran las alturas.

Tenía razón, por supuesto. Yo ya había tratado a clientas que estaban la mar de bien hasta que veían una paloma o un botón. Empatizaba completamente con ellas porque por lo general no tenía ningún síntoma hasta que debía enfrentarme a las alturas. En realidad, no me extraña nada, ya que noche tras noche veía en sueños a Sarah saltar hacia la muerte.

La terapia cognitivo-conductual que hicimos Harvey y yo disminuyó la ansiedad al punto de que la catalogué como un miedo y no tanto como una fobia, hasta que ocurrió lo de Kai Bray. Pero recientemente la ansiedad había vuelto a aparecer, infectando mis pensamientos, mi sueño, mi cuerpo y mis funciones vitales. Asimismo, las imágenes que me cruzaban la cabeza se estaban descontrolando, incluso estando despierta.

Con la mejilla arrimada a la dura superficie de la mesa, se me ocurrió que no estaba en condiciones de llevar la batuta del caso de Laura. Quizá debería decirle a Melanie que lo estaba pasando regular. Pero, entonces, sería la psicóloga cuya salud mental le impidió trabajar. ¿Cómo afectaría eso a mi consulta privada? ¿Qué le pasaría a mi carrera? ¿Y qué le sucedería a Laura? Sabía que había una posibilidad de que le hubiese hecho daño a alguien, quizá hasta matarlo, y se me agotaba el tiempo para descubrir exactamente de qué se trataba. Ese era el motivo por el que me habían llevado hasta allí, pero también albergaba la intensa sospecha de que Laura podía ser la víctima de un maltratador. Le debía a Sarah llegar hasta el final. El proceso terminaría al cabo de dos días. A la semana siguiente, podría pedir cita con Harvey y quizá empezar a tomar algo para reducir mis niveles de ansiedad. Connor y yo podríamos irnos

de vacaciones. Necesitaba avanzar paso a paso hasta que terminase con aquel encargo.

Tan solo tuve unos cuantos minutos para recomponerme. Hice unos cuantos ejercicios de respiración y posturas de estiramiento con la intención de aliviar la tensión que me agarrotaba la base del cuello y los hombros. Antes de guardar la bolsa de tela debajo de la mesa, eché un nuevo vistazo al móvil. La pantalla estaba en blanco.

–¿Dónde estás, Connor? –le dije al teléfono entre dientes antes de meterlo en la bolsa.

Me senté donde siempre, en el sofá delante de la mesa, y dejé la libreta y el bolígrafo en el asiento a mi lado. Conté los segundos durante los que inspiraba y espiraba hasta que oí pasos en el pasillo. La coronilla de Melanie apareció en la hoja de cristal cuando se inclinó para abrir la puerta. Laura entró en la sala relajada y arreglada. Tenía las mejillas sonrojadas, como si acabara de volver de un lugar frío.

–Hola –la saludé, procurando que mi voz sonara firme–. ¿Cómo estás hoy? –Le sonreí–. Tienes buen aspecto.

Laura miró a Melanie, pero esta le daba la espalda al dirigirse hacia la mesa. La paciente se giró hacia mí.

–Gracias. –Se pasó una mano por la reluciente coleta–. Aquí sería fácil renunciar a hacer cualquier esfuerzo, pero en un sitio como este hay que hacer todo lo posible por animarte, ¿verdad?

Me pareció un tanto extraño su comentario. Estuve tentada de preguntarle si se acordaba de por qué estaba detenida. Si yo me encontrase encerrada en ese centro porque me habían hallado cubierta de la sangre de otra persona y fuese incapaz de saber cómo o por qué, supongo que sería necesario algo más que ropa limpia y pelo brillante para subirme el ánimo.

Me reprendí para mis adentros. Aquella no era una respuesta empática. Lo mínimo que cualquier paciente debería esperar de mí era una consideración incondicionalmente positiva. Laura tomó asiento y se inclinó hacia delante, con las manos entrelazadas ante sí.

–He estado pensando en la sesión de ayer –comentó.

El pulso se me aceleró. Era lo que necesitaba oír, más detalles sobre los maltratos. Esos retazos podrían activar recuerdos de lo que había ocurrido la noche de marras, y mi trabajo ahí habría terminado.

–Dime.

–Me da la sensación de que fui injusta con Daniel y que te llevaste una impresión equivocada de él.

No. No podía recular. Apreté los puños en mi regazo.

–¿Injusta en qué sentido?

Laura relajó y flexionó los dedos, como si estuviese calentando para una pelea.

–Creo que lo describí como una especie de monstruo… y no lo es. –Hizo una pausa–. A ver, no es perfecto, pero nadie lo es, ¿a que no?

–No, nadie es perfecto.

–Y cuando estábamos juntos nos lo pasábamos bien, sobre todo cuando estábamos solos, que era la mayor parte de las veces. Y es amable cuando no estoy en plan…

Un chasquido ensordecedor del exterior me hizo girar la cabeza hacia la ventana. Detrás de la rejilla, el cristal estaba cubierto de regueros de lluvia. Mantuve los ojos clavados en la ventana durante unos segundos para intentar calmar los nervios a flor de piel. Me volví hacia Laura y vi que ella estaba la mar de tranquila.

–La demolición no es precisamente el ruido de fondo ideal para una terapia, ¿eh?

–Prefiero algo más ambiental –contestó con una sonrisa.

–Estabas a punto de contarme veces en las que Daniel es amable.

–Sí. Por ejemplo, cuando hace dos meses me llevó a Berlín.

–Perdona, ¿dices que hace dos meses fuiste a Berlín? –Me subió calor por el cuello.

–Sí, la primera semana de febrero. Daniel tenía que ir por trabajo, así que me cogí unos días libres y me fui con él.

Dos meses antes. Ocho semanas. Precisamente cuando mi marido fue a trabajar a la capital alemana.

–Siempre he querido ir a Berlín. ¿Pudiste visitar muchas cosas de la ciudad?

Noté que Melanie levantaba la vista. Seguro que le extrañaba que estuviese haciendo preguntas sobre destinos turísticos, en lugar de hurgar en el subconsciente de Laura. Me dio igual.

–Sí. Cuando no trabajaba, hicimos una de esas visitas guiadas a pie. Fue fascinante. Fuimos a la Puerta de Brandemburgo, al Reichstag, al monumento a los judíos asesinados. Dios, eso fue horripilante. La East Side Gallery fue espectacular, pero ahí fuimos al día siguiente porque está un poco apartada.

El miedo me hundió las zarpas con cada lugar que enumeró Laura.

–¿Dónde os alojasteis?

Miró a la izquierda y frunció los labios antes de responder.

–En un hotel llamado Catalonia Berlin Mitte. Estaba hacia el este, no muy lejos de Alexanderplatz. Es muy chulo, con ladrillo visto y mesas de aluminio. En las paredes de arriba había unos grafitis maravillosos.

Todos los músculos de mi cuerpo se tensaron. Podría ser una coincidencia que Connor también se hubiera alojado en el Catalonia Berlin dos meses atrás, pero no me lo pareció. Primero Laura hablaba de un hombre que se asemejaba mucho a Jimmy Bray, luego de la búsqueda del tesoro, de que Daniel desaparecía y no contestaba a las llamadas, y justo acababa de narrarme el itinerario idéntico que mi marido había hecho mientras se alojaba en el mismo hotel. Pensé que era un ataque deliberado, como un goteo de información planeado con esmero para darme a entender que Laura conocía todos los detalles de mi vida… y de la de Connor. ¿Por qué? Un poco de bilis me subió por la garganta, me llegó hasta la campanilla y me provocó un ataque de tos. Me levanté por miedo a empezar a vomitar.

–Perdón –exclamé–. Tengo que ir al baño. Perdón. –Me daba lo mismo si era poco profesional interrumpir la sesión. Necesitaba salir

de la sala de inmediato.

–Emma. –Melanie se puso en pie de un brinco detrás de la mesa–. ¿Te encuentras bien?

Intenté tragarme el líquido amargo y tosí de nuevo.

–Estoy bien. –Me dirigí hacia la puerta y preparé la identificación para abrir el cerrojo–. Perdón –mascullé–. Es que necesito un minuto. –Tiré de la puerta, pero seguía cerrada. Acerqué de nuevo la llave al sensor, con sudor causándome picor en la cabeza.

–Déjame a mí –se ofreció Melanie. Di un paso atrás para que pudiese probarlo ella. La puerta se abrió al instante. Aidan y Julie pasaron la vista de Melanie a mí–. ¿Podrías acompañar a Emma al lavabo, Julie, por favor?

–Pues claro. –Julie me miró con rostro preocupado–. Ven conmigo, cielo.

Me cogió del codo y me llevó por el pasillo en dirección a los servicios. Se me emborronó la visión, los colores mezclados parecían cernerse sobre mí desde las paredes. Sentí alivio cuando Julie me abrió la puerta para que pudiese entrar a toda prisa, dejando atrás los lavamanos para meterme en un cubículo. Bajé la tapa del váter y me senté; me aparté el pelo de los hombros y agradecí notar aire fresco en el cuello.

Las Crocs de Julie crujieron sobre el suelo de linóleo del cuarto de baño. Ojalá se hubiese quedado en el pasillo. Quería sujetarme las manos con la cabeza y gemir. Quería mecerme adelante y atrás, y sollozar, y sobre todo quería chillar a pleno pulmón: «¿Qué coño está pasando?».

Porque estaba pasando algo. No era solo que mi ansiedad me hiciera ver conexiones donde no las había. No estaba adivinando nada ni siendo catastrofista. Seguro que incluso una mente racional, libre de las presiones que me rodeaban, también habría coincidido en que aquello distaba mucho de ser una posible coincidencia. No había ninguna probabilidad estadística que situase a la mujer de la sala de terapia en la misma ciudad que Connor y en el mismo tiempo, en el mismo hotel, haciendo precisamente la misma visita guiada en la misma secuencia que él me había descrito al volver a

casa. Y, aunque existiera alguna probabilidad, en el fondo, muy en el fondo de mi subconsciente, un presentimiento me decía que había algo raro en el encargo de Heaton Place que había aceptado voluntariamente.

¿Por qué, de todos los psicólogos del país –muchos de los cuales darían cualquier cosa para poder tratar ese caso–, había insistido en verme a mí? ¿Quién diantres era Laura Winters, me pregunté mientras el miedo me reptaba por la piel, y a qué estaba jugando conmigo?

Capítulo 24

–¿Te encuentras bien, Emma? –La voz de Julie retumbó por el cuarto de baño.

Me bajé el pelo sobre los hombros y cogí un poco de papel higiénico para secarme el sudor que se me había acumulado en la frente.

–Sí, estoy bien –dije–. Tardaré un rato.

Me puse en pie y levanté la tapa del váter para lanzar el papel dentro antes de tirar de la cadena. Respiré hondo y descorrí el pestillo.

Cuando salí del cubículo, Julie estaba apoyada en un lavabo, con las manos sobre las anchas caderas.

–¿Seguro que estás bien?

–Sí, sí. No te preocupes.

Me acerqué al lavabo más cerca de la ventana y abrí el agua fría. Me puse un poco de jabón con olor a limón en las manos y me las lavé. Me aparté un poco de Julie con la esperanza de que no me viera sujetarme las muñecas bajo el agua helada. El escozor gélido sobre la piel era algo tangible en lo que podía concentrarme. Necesitaba que me ayudase a salir de mi cerebro, lejos del caos de mis pensamientos y de vuelta al baño.

Cerré el grifo y miré alrededor. Vi que Julie me tendía retazos de papel azulado. Le sonreí y los acepté, y me obligué a reparar en el roce de la textura áspera sobre la piel. El olor químico y polvoriento de las toallitas de papel enseguida me transportó a la escuela primaria. Se me apareció una escena en la que estaba en los lavabos de la escuela con un grupo de amigas mías. Debíamos de tener unos

ocho o nueve años y hacía poco que la hermana mayor de una nos había hablado de las güijas y de cosas sobrenaturales.

Un mediodía lluvioso, un día bastante parecido a aquel, logramos que una de nuestras compañeras se tumbara en el suelo junto a la puerta e intentamos levantarla usando tan solo un dedo cada una. Y funcionó. Con tan solo un dedo, seis preadolescentes elevaron a una chica unos diez centímetros del suelo. Esa escena me reconfortó, como si en cierto modo me recordase que en todo momento ocurren cosas extrañas; nos limitamos a ignorarlas o a meterlas con calzador en el contorno de la lógica para sentirnos a salvo en nuestras propias estructuras mentales.

–Cuando eras joven, ¿llegaste a probar ese juego en el que unas cuantas personas intentaban levantar a otra con solo un dedo?

Julie separó los labios en una sonrisa de sorpresa.

–Pues la verdad es que sí. –Se le iluminaron los ojos–. Pero lo había olvidado del todo. Me apuesto lo que quieras a que todas las chicas lo prueban alguna que otra vez. –Se rio–. Es raro. En mi cabeza funcionó, pero no puede ser, ¿verdad? Quiero decir que es imposible, ¿no?

–Yo también recuerdo ver que funcionase. –Me encogí de hombros.

–Se lo voy a preguntar a Marnie cuando vuelva a hablar con ella, a ver si lo hizo cuando iba al cole.

–¿Es tu hija?

Me acordé de que Aidan había mencionado antes a una tal Marnie y me pregunté qué conexión habría. No quería ser una cotilla. Miré por el cuarto de baño y observé el suelo de linóleo con trozos de toallitas azules bajo los lavabos y salpicaduras de pintura donde las baldosas se unían con el zócalo. Contemplé la ventana con la misma intensidad con la que había examinado la de mi habitación y luego la sucesión de lavabos, en concreto el que acababa de usar, en cuyo grifo cromado colgaba una gotita de agua, y constaté que podía respirar con mayor facilidad. Notaba menos tensión en el pecho. El hormigueo del cerebro se atenuó.

–Mmm, sí. –Julie se miró las Crocs azules. Entre los agujeros de las zapatillas, vi sus calcetines blancos un tanto agrisados. Percibí que, al mencionar a su familia, Julie creía haber rebasado alguna especie de barrera profesional, así que no la presioné.

Seguí concentrándome en los detalles diminutos de la estancia para aferrarme al presente. El recuerdo de juventud fue una suerte de regalo que me ofrecía el cerebro en el momento preciso para asimilar que no todo puede explicarse. En términos científicos, también sabía que nuestra mente consciente es tan solo una parte minúscula del todo. La insinuación pseudocientífica de que solo usamos el diez por ciento de nuestro cerebro era un mito, pero me creía los estudios que afirmaban que, de los casi cien mil millones de neuronas que tenemos, el noventa y cinco por ciento de ellas operan de manera subconsciente. Mis visiones y mis pensamientos conscientes, los que se estaban descontrolando, no eran más que la punta del iceberg, y sabía que intentar guiarlos era como intentar guiar un kayak por un océano revuelto.

Después de secarme la poca agua que me quedaba en las manos, me dije que mi cerebro consciente y racional había perdido el control. Encontraba conexiones e interpretaba cosas que no necesariamente existían. Pero, por mucho que lo intentase, no podía ignorar la lista de coincidencias. Y, si mi subconsciente quería decirme algo, a lo mejor debía escucharlo.

–¿Te sientes mejor? –me preguntó Julie con alegría.

Me la imaginé con Marnie. Seguro que era una madre encantadora, firme pero justa. Visualicé una versión más joven de Julie, rubia, robusta y siempre preparada con un arrumaco y una sonrisa.

La necesidad de estrecharla entre los brazos me pilló por sorpresa.

–Mucho mejor, gracias…, pero sigo un poco mareada. Creo que voy a tener que posponer el resto de la sesión.

–No sé si… –Julie torció los labios–. No creo que…

Era tan consciente como el resto del equipo del tiempo limitado que nos quedaba, pero también era consciente de lo que había que

tener para ser una buena psicóloga y, en esos instantes, mi cabeza no estaba en el sitio correcto para la labor. Solamente se me ocurrió una solución para remediarlo.

–No te preocupes, volveré a la terapia y se lo explicaré a Laura. Es importante que sepa que no estoy bien, que no estoy dispuesta a abandonarla sin más.

En terapia, parar una sesión o incluso posponerla podía provocar problemas. Si un paciente ya ha batallado con el abandono y resulta que el terapeuta se marcha sin dar razones válidas o claras –y por más que a veces sí dé buenos motivos–, la alianza entre terapeuta y paciente puede dañarse. Aunque no me pareció que Laura tuviera problemas en ese sentido.

Seguía sin tener ni idea de qué pensar de Laura. Después de las revelaciones de esa mañana, quería tiempo para asimilar mis pensamientos y controlar mi desbocada ansiedad. A fin de conseguirlo, necesitaba volver a casa y ver a mi marido en carne y hueso.

Capítulo 25

A pesar de la limitación temporal, ahora que había tomado la decisión de ir a casa y ver a Connor antes de proseguir con Laura, avancé con un nuevo objetivo en mente. Seguí a Julie por el pasillo de regreso a la sala de terapia y esa vez reparé en los cuadros vívidos que colgaban de las paredes.

–¿Arte terapéutico? –comenté tras observar un cuadro tras otro con potentes trazos de color rojo y negro.

–Sí –dijo Julie, caminando delante de mí con los hombros curvados por la tensión. Esperé a que añadiera algo más, pero guardó silencio e incrementó tanto el ritmo que tuve que dar grandes zancadas para no quedarme rezagada.

Di un brinco cuando a mi izquierda sonó un chasquido y me arrimé a la pared. Algo parecido a una nieve caliente me acribilló las mejillas. Al girarme, vi la pata de una silla entre los restos del panel de cristal de la puerta de una sala de terapia. Detrás del trozo de madera astillado, dos ordenanzas sujetaban a una joven que debía de tener edad para ir al instituto. La escena pareció desarrollarse a cámara lenta: un hombre le cogió los brazos y se los situó por encima de la cabeza mientras el otro le aferraba los tobillos. La colocaron en el suelo mientras ella intentaba zafarse a base de puntapiés. Los ordenanzas giraron la cabeza cuando la muchacha les escupió en la cara.

Julie me cogió del brazo.

–Vamos. –Me acompañó unas cuantas puertas más allá antes de detenerse y examinarme. Alargó una mano y me sacó algo del pelo,

cerca de la oreja–. Vas a tener que comprobar que no te queda nada de cristal en el pelo.

Me llevé una mano a la mejilla, convencida de que encontraría esquirlas de cristal perforándome la carne.

–¿Tengo algún trozo en la cara?

Se me acercó y me escrutó la piel. Su aliento cálido olía a café.

–Creo que no –dijo. La cercanía me resultó demasiado íntima y exhalé todo el aire de los pulmones cuando dio un paso atrás–. Es superdivertido estar aquí, ¿eh?

Miré atrás al oír una puerta que esparcía cristales por el suelo. La joven salió, con aspecto más diminuto todavía al estar flanqueada por los dos ordenanzas. Jamás habría pensado que era lo bastante fuerte como para estampar una silla contra una ventana. En ocasiones, las apariencias engañan.

El corazón todavía me latía desbocado para cuando nos aproximamos a la sala de terapia. Aidan recostaba un hombro en la pared y nos daba la espalda. Su voz grave de bajo reverberaba por el pasillo, pero fui incapaz de descifrar lo que decía. Julie carraspeó. Él se giró al oírlo, apoyó la espalda en la pared y me miró de arriba abajo con ese gesto tan inquietante. Melanie estaba en el otro lado de la puerta. La expresión demudada que lucía se transformó en una sonrisa cuando se dirigió a mí.

–¿Estás bien?

–En realidad, no –repuse–. ¿Has visto lo que ha pasado ahí?

–Lo hemos oído. –Melanie asintió–. No te ha pillado a ti, ¿no?

–¿Más allá de tener que quitarme cristales del pelo, quieres decir? –Le hice señas para que se acercara. Vino hacia mí con expresión preocupada–. Tengo que acortar la sesión de hoy –la informé.

La necesidad de contarle qué era lo que me inquietaba fue casi abrumadora, pero no había más que sospechas que confesar. Me daba la fuerte sensación de que sería yo quien parecería sufrir una crisis de salud mental si le explicaba lo que estaba sucediendo en mi cabeza.

–¿Te encuentras mal? ¿Quieres que te vaya a buscar algo?

Negué con la cabeza.

–Estoy agotada y un poco alterada. –Me di cuenta de que lo ocurrido en el pasillo podía servirme como excusa–. Sé que no es ideal cancelar una sesión, sobre todo porque no nos queda demasiado tiempo, pero que me hayan llovido cristales encima me ha dejado un poco inquieta y necesito estar despejada para comprender lo que siente Laura. Lo siento, sé que no es…, pero me parece que esta mañana no estoy en condiciones de hacerlo. ¿A lo mejor podemos compensarlo mañana y hacer dos sesiones? Ahora se lo digo. No es justo que me esté esperando en la sala. Seguro que se pregunta qué pasa.

–Hoy es jueves –dijo Melanie con los labios apretados–. Solo tenemos hasta el sábado.

–Estoy al corriente, pero, como ya he dicho, mañana podemos ganar tiempo. ¿Podrías consultar cuándo está disponible la sala? –Pasé por delante de ella, ignorando la cara cansada de mi compañera, y entré en la habitación. Laura estaba sentada donde la había dejado. Levantó la vista, con los ojos como platos y una expresión que interpreté como inocencia fingida. La inquietud regresó a mis entrañas al verla–. Lo siento mucho, Laura, pero esta mañana voy a tener que acortar nuestra sesión.

Laura pasó la vista hacia Melanie, que estaba junto al umbral, y luego me miró a los ojos.

–Ah, vale. ¿Estás…?

–No me siento demasiado bien. No es nada de lo que preocuparse, seguro que mañana vuelvo recuperada del todo. –Hablé con tono rotundo y profesional para no dejar margen para más preguntas–. Ahora te acompañarán hasta tu cuarto, nos veremos de nuevo cuando esté libre la sala por la mañana.

En aquel instante, me pregunté si a Laura le habían comentado que solo disponíamos de dos días más de terapia para recordar lo que ocurrió aquella noche en su cocina, si sabía que los buitres revoloteaban a su alrededor, preparándose para bajar en picado. Endurecí el corazón y decidí que no era problema mío. Mi salud mental debía ser mi principal prioridad, y la única manera de

protegerla era hablando con Connor cara a cara. Cuando le contase todas las cosas que me había revelado Laura y que me intranquilizaban, me daría una explicación. Era lo que hacía siempre: enderezar las cosas y enseñarme en qué me había equivocado.

Laura se levantó y metió las manos en los bolsillos delanteros de los vaqueros.

–Espero que te sientas mejor pronto. –Esbozó una débil sonrisa y fue hasta la puerta. En cuanto la alcanzó, se giró–. Espero que no sea por nada que haya dicho yo. –Antes de que le pudiese contestar, dio media vuelta y salió de la sala, seguida de Melanie. Oí cómo se cerraba la puerta con llave.

¿Qué narices había querido decir con eso? Me desplomé en la silla que había detrás de la mesa. Para mi fastidio, el escritorio estaba vacío. Quería ver las notas de Melanie, ver cómo interpretaba las palabras de Laura. La certeza de que la paciente estaba jugando conmigo regresó con impulso. Me puse en pie y me fui hasta el sofá, de donde recogí la libreta, que estaba sobre un cojín. Estaba segura de haber dejado el bolígrafo encima, pero no estaba ahí. Me arrodillé en el suelo y agaché la cabeza para mirar debajo del sofá. El boli estaba junto a la pata de madera.

Al recuperarlo, se me ocurrió una idea espeluznante. Melanie y Aidan estaban en el pasillo cuando Julie y yo regresábamos del cuarto de baño. Laura había estado sola en la sala. Con un nuevo hormigueo royéndome el cerebro, abrí la libreta que había usado desde que empecé a tratar a Laura. La primera página estaba llena de mi letra, con frases completamente coherentes y bien separadas. Me subieron ardientes jugos gástricos por la garganta al ver las palabras que había escrito con letra mayúscula y descuidada: «¿¿¿Berlín???». Debajo, con letra apena legible, había añadido: «¡¡¡Está jugando conmigo!!!».

Cualquiera que leyese esas páginas estaría convencido de que quienquiera que las hubiese escrito no estaba mentalmente en un buen lugar. Y Laura no era una persona cualquiera: era psicóloga. Era la que me había llevado hasta allí, lejos de mi casa y de mi marido, de ese marido con el que me estaba resultando imposible

hablar. De pronto, la sala se me antojó una especie de infierno. Gracias a Dios que había tomado la decisión de volver a casa. Me moría por largarme de Heaton Place cuanto antes.

Capítulo 26

Todavía estaba contemplando los garabatos de mi libreta cuando el ruido que hizo la puerta de la sala al abrirse me hizo levantar la vista. El clic metálico del cerrojo interno que clavaba la puerta al marco antes me ponía nerviosa, pero empezaba a resultarme reconfortante. Con qué rapidez había asumido el estado de una persona recluida. Era otra razón estupenda para huir de Heaton Place. Vi a Julie junto a la puerta.

–¿Estás bien, cielo? Te veo pálida.

Sin duda, había dejado atrás las dudas por tratarme de forma demasiado familiar y la amabilidad que le teñía la voz hizo que me fallaran las rodillas.

–No me encuentro demasiado bien, la verdad –contesté. Cogí la libreta y el bolígrafo y me acerqué al escritorio para recoger la bolsa de tela–. Si te soy sincera, me iría bien dormir una noche en mi propia cama.

–Ya me imagino –replicó–. Yo trabajo en el centro una semana sí y una no, y siempre tardo un par de noches en acostumbrarme al fino colchón. Me compré un sobrecolchón para el mío, que ayuda un poco. ¿Quieres que pregunte a ver si te puedo conseguir uno?

Arqueó las cejas y se giró al oír un carraspeo deliberado al otro lado de la puerta. Debía de ser Aidan, que revoloteaba por ahí sigiloso, como de costumbre. Julie se volvió y, cuando me miró a los ojos, la vi roja como un tomate.

–Pero no estarás aquí el tiempo suficiente como para necesitar uno, ¿no?

–Cierto.

Cogí la bolsa de tela de debajo de la mesa. El algodón blanquecino se deformó. La levanté, sorprendida por su ligereza. La sujeté entre las manos y palpé la tela. El miedo me nubló la vista, como una película atascada en un proyector. Estaba vacía. El móvil había desaparecido. La abrí y metí una mano en el interior. No noté nada más que áspero algodón. Me puse de rodillas y barrí el suelo de debajo de la mesa con la mano.

–¿Qué pasa? –me preguntó Julie, que entró en la sala y se agachó para ver qué estaba haciendo.

–Mi móvil…, el móvil que me dio Melanie. No está en la bolsa. –El sudor me perló la piel. ¿Por qué diantres hacía tantísimo calor en ese edificio?

–¿Qué ocurre? –Aidan apareció en el umbral de la puerta.

–Ha perdido el móvil –le dijo Julie.

–No, no lo he perdido –protesté–. Lo he traído dentro de la bolsa. Recuerdo haberle echado un vistazo antes de que entrase Laura. –Le di la vuelta a la tela–. Pero ya no está aquí.

–¿No lo llevas en el bolsillo? –inquirió Julie.

Me levanté y me palmoteé los pantalones, convencida de que ni en sueños habría olvidado sacar el móvil de la bolsa.

–No. Sé que estaba en la bolsa.

Aidan se aproximó al sofá en el que me había sentado y levantó los cojines uno a uno, y acto seguido se tumbó en el suelo. La dentadura en forma de llave de la calavera que llevaba tatuada en el antebrazo se estiró hasta formar una sonrisa burlona. Se puso en pie al poco.

–Aquí no está.

–Estaba en la bolsa –repetí.

–¿Estás segura? –me dijo Julie en voz baja.

–Que sí, joder. –Julie se sobresaltó, pero yo no estaba de humor para pedir disculpas–. Alguien me lo ha cogido.

No me refería a una persona cualquiera, sino a Laura. Cuando todos salieron de la sala, Laura me había robado el móvil. Mi cerebro me presentó una imagen de ella tecleando con el teléfono y

sonriendo al leer los mensajes de texto que le mandé a Connor, cada vez más desesperados.

–Aquí no se puede perder de vista un móvil –terció Aidan–. Es una de las normas. –El desdén de su voz hizo que me preguntase si hablaba igual con el resto del personal. Lo añadí a la lista de cosas que comentar cuando me marchase de Heaton Place para siempre.

Con repugnante claridad, de pronto estaba absolutamente convencida de que Laura me había robado el móvil para poder llamar a Connor. La visualicé poniéndose el auricular en el oído y sonriendo al oír la voz de mi marido. ¿Por qué mi imaginación le permitía contestarle a ella y no a mí?

–¿Tienes coche aquí? –le pregunté a Julie.

–¿Coche? ¿Por qué? –Su labio superior se retiró un poco, dejando a la vista encías de un rosa grisáceo.

–Me gustaría que me llevases a la estación más cercana. Necesito volver a Londres.

Aidan se reunió con nosotras ante la mesa y se cruzó de brazos.

–No tenemos coche. Aquí no. –El hedor a tabaco de su aliento atravesó la mesa.

–¿Podríais llamarme a un taxi, entonces? –Los dos me miraron sumamente perplejos–. ¿Por favor?

–No podemos marcar el número de ningún taxi –dijo Aidan, pasando los fríos ojos de Julie a mí–. Son las normas, ¿verdad? Te acompañaremos a tu habitación y luego le pediremos a Melanie que vaya a verte. No podemos…, no tenemos permiso para llamar a un taxi.

Me contuve para no poner los ojos en blanco. ¿Desde cuándo llamar a un taxi escapaba a las competencias de una persona? Al ver el rostro preocupado de Julie, me arrepentí de haber hablado con tanta brusquedad. Al fin y al cabo, eran dos ordenanzas. Su sueldo debía de ser poco más que el salario mínimo y sus turnos de trabajo parecían horribles.

¿Cómo conseguía alguien tener vida privada si trabajaba una semana sí y una no? ¿Cómo conseguían mantener una relación fuera

de esas cuatro paredes? A mí ya me costaba bastante cuando Connor se iba de viaje profesional unos cuantos días.

Al pensar en Connor, se me formó un nudo muy tenso en el estómago. Metí la libreta y el bolígrafo en la bolsa y me encaminé hacia la puerta.

–Vale. Decidle a Melanie que necesito coger un tren hacia Londres, por favor. Es urgente, comentádselo. Me tengo que ir ya.

Capítulo 27

Cuando subí las escaleras hacia mi habitación, por mi cabeza desfilaban muchísimas preguntas. Inspiré todo el aire que me permitieron los pulmones antes de avanzar por el pasadizo de cristal, aceptando el mareo y las náuseas, apretando los dientes y diciéndome que era algo momentáneo que en breve se terminaría. A través del sucio cristal, vi que la grúa se había desplazado hacia el otro lado de los barracones del patio, donde unas feas marcas en la gravilla mostraban su trayectoria. La bola de demolición colgaba siniestra y el contenido de mi estómago se movió de un lado a otro siguiendo su bailoteo.

Unos dispersos matorrales se esparcían por entre los escombros del desaparecido lado izquierdo del edificio, que dejaban a la vista una calle de un solo carril que se alejaba serpenteante hasta desembocar en una avenida más ancha y atestada de vehículos. El deseo de estar en uno de esos coches, alejándome de ese lugar anquilosante, con ventanas cerradas y espantosos pasillos, me provocó cierto mareo.

Llevaba un tiempo interminable atrapada allí. Así era como me sentía, como si estuviese atascada en el centro, presa de un bucle tóxico en el que intentaba ayudar a Laura y ella procuraba boicotearme. La promesa que había hecho tras la muerte de Sarah regresó a mí. Pero ¿y si Laura no era una víctima de maltrato? ¿Y si era una asesina que intentaba encubrir su crimen? La mayor parte de lo que me había dicho me había generado más preguntas que respuestas. Y algunas de esas preguntas debía formulárselas a Connor. Esa idea avivó mi determinación por volver a Londres esa misma tarde.

De nuevo en mi habitación, me eché agua fría a la cara. Levanté la cabeza y en el espejo vi el fantasma de una mujer. Unos profundos semicírculos, lilas como los moratones, me decoraban debajo de los ojos y una pálida piel se aferraba a mis pómulos marcados. Detrás de mis ojos apareció una imagen de Sarah, tumbada en el féretro de la funeraria. Los maquilladores se habían esforzado por darle el aspecto más presentable posible, pero en su frente había un surco visible y tenía la piel cerosa y las mejillas rosadas con un tono que ella jamás habría elegido, y en su rostro no vi nada más que muerte, falta de vida.

La saliva me inundó la boca. Me incliné sobre el lavabo y pensé que vomitaría al recordar que mi hermana se había ido para siempre. En aquella sala, de papel floral en las paredes y suave música clásica sonando por un altavoz del techo, me había embargado la necesidad de levantarle un párpado para ver si conseguía atisbar un amago de la chica que me abrazaba cuando las tormentas zarandeaban nuestra casa.

Alguien llamó a la puerta y me sobresalté. Me sequé a toda prisa la cara con la toalla. Cuando salí del cuarto de baño, Melanie asomaba la cabeza por la puerta de mi dormitorio.

–¿Te encuentras bien? Estás muy roja –me dijo.

Alcé la toalla, que seguía sujetando con una mano.

–Acabo de lavarme la cara. –No quise perder el tiempo con tonterías–. Necesito volver a Londres. Hoy mismo –añadí, por si no había comprendido el apremio.

–¿Ha ocurrido algo?

La lista de extrañas consecuencias traqueteaba dentro de mi cabeza. ¿Debía comentárselo? No. Iría a ver a Connor, mi marido me lo aclararía todo y Melanie no tendría por qué saber nada de eso hasta que yo pudiese ofrecerle unas buenas explicaciones. Qué ganas tenía de dejar de pensar que me estaba volviendo loca y de retomar mi trabajo. O quizá no. Quizá debería alejarme para siempre de ese caso. Intenté recordar si había firmado un contrato antes de aceptar el encargo.

–No, nada concreto, pero necesito hablar con mi marido cuanto antes.

Melanie empujó la puerta y entró en mi habitación.

–Solo faltan dos días, Emma. ¿Seguro que no puedes esperar a que…?

Tal vez para ella dos días fueran un periodo muy corto, pero mis inquietantes pensamientos hacían que los segundos parecieran horas.

–No. –Colgué la toalla en el respaldo de la silla–. Necesito que alguien me lleve ya a la estación, por favor. ¿Tienes coche aquí? Si pudieras llevarme, te estaría muy agradecida. Si no, ¿me podrías llamar a un taxi?

Melanie dudó antes de contestar:

–El tratamiento de Laura es importante. Requiere consistencia.

–Lo entiendo, y te prometo que volveré tan pronto como haya podido hablar con mi marido. –Algo me dijo que debía asegurárselo, ya fuese verdad o mentira–. Es que primero tengo que hablar con él.

Se le relajó el rostro al oír que no pensaba dejarla en la estacada.

–Vale. Como la sesión se ha acortado, ahora estoy libre, así que puedo llevarte.

–Genial. Gracias. ¿Sabes con qué frecuencia pasan los trenes?

–Me refiero a que te llevaré a Londres.

Me quedé quieta y la miré a los ojos.

–No hace falta que me lleves hasta allí.

–No me importa –repuso con una sonrisa–. Si sirve para que luego retomemos el tratamiento, me lo tomo como si fuera parte de mi trabajo. Tengo que hacer unos cuantos recados, así que me pondré a ello mientras tú hablas con tu marido. Si queremos ahorrarnos el tráfico, más vale que nos marchemos pronto.

Sopesé mis opciones: que me llevase a la estación, desde donde coger un tren y luego el metro o un autobús, o ir hasta casa sentada en un bonito coche. Si me iba en tren, por lo menos dispondría de tiempo a solas para pensar. Pero estaba agotada. Miré por la

ventana. Las nubes oscuras prometían más lluvia. La primavera inglesa ofrecía lo que mejor se le daba: una tristeza absoluta.

–Si tan segura estás, pues gracias.

–Solo tengo que terminar un par de cosas por aquí, pero no debería tardar más de quince minutos. Y estaré lista para que nos marchemos, ¿vale?

Quería irme de inmediato, pero asentí. La puerta se cerró y me senté en la cama a esperar.

Cuando nos dirigimos a pie hacia el aparcamiento situado detrás del centro, recibí con alegría el viento frío sobre la cara. Melanie se detuvo delante de un viejo Audi A1 y pulsó el mando. Los faros se encendieron y oí un chasquido conforme se bajaba el seguro de las puertas. Melanie abrió la del copiloto y se inclinó hacia delante para coger un puñado de envoltorios y vasos vacíos de café para llevar. Sacudió las migas del asiento con la otra mano.

–Perdona que esté hecho un desastre –se disculpó al tiempo que rodeaba el coche y abría el maletero.

Escuché cómo lanzaba dentro la basura y lo cerraba de golpe; a continuación, se subió a mi lado y giró la llave en el contacto.

Pulsó un botón del salpicadero, donde apareció una consola.

–¿Cuál es tu código postal? –me preguntó.

Se lo dije y vi cómo giraba una rueda y apretaba números y letras en el navegador. Mientras movía el dedo, pensé en el coche. Ese modelo no encajaba con la imagen mental de Melanie que me había creado. Estaba acostumbrada a imaginármela a cargo, pero era joven para ser psicóloga supervisora. Recuerdo haberlo pensado cuando la conocí. A pesar de su edad, siempre me había parecido una tía profesional y centrada, así que había esperado que fuese de esas mujeres que ordenaban todas y cada una de las áreas de su vida. Sinceramente, esperaba que tuviese un coche más nuevo y más limpio. Y más prestigioso. Era obvio que mi compañera tenía otras prioridades. Su carrera, quizá.

La presión que sentía en el pecho se atenuó una pizca cuando salimos del aparcamiento. Por primera vez en varios días, pude

respirar hondo. Melanie condujo lentamente por el camino irregular que discurría por detrás de Heaton Place. Levanté la vista hacia los viejos barracones de piedra que albergaban mi habitación y luego pasé los ojos hasta el pasadizo de cristal que conducía al moderno centro de tratamiento de al lado. Al pasar por delante, me pareció ver movimiento en el túnel transparente. Me removí en el asiento y vi a dos personas con bata azul. Esas siluetas pertenecían a Julie y a Aidan, pensé. Una tercera persona apareció tras ellos. Se me aceleró el corazón cuando la silueta se detuvo y se quedó observando el coche.

Era Laura, no me cupo ninguna duda. Pero ¿por qué iba detrás de los dos ordenanzas que debían vigilarla? Entorné los ojos para verlo más claramente, pero, con cada curva que tomaban los neumáticos del coche, la silueta que me observaba se fue haciendo más pequeña, hasta que no vi más que un punto oscuro bajo el cielo amenazante.

Capítulo 28

Del sistema de calefacción del coche salía un aire calentito y reconfortante, y Melanie tarareó una melodía que reconocí.

–¿Es Beth Orton? –le pregunté.

–Sí, me encanta este disco. Mi madre me lo ponía cuando nos íbamos a Cornwall a pasar las vacaciones de verano.

Melanie sonrió como respuesta a los recuerdos que le discurrían por la cabeza. Debajo de una piedra de mi cerebro brotó el verano en el que me fui con mi familia a St. Just. Nos vi a Sarah y a mí aferrándonos una a la otra en los asientos traseros del Ford Focus de mi padre mientras le suplicábamos que diera media vuelta y recogiera a nuestra madre. La había echado del coche y la había dejado en el margen de una carretera de la campiña por haberle tirado una gota de café en los pantalones al servirle una taza del termo. Mi desesperación de infancia seguía siendo de lo más accesible, dolorosa como una herida por curar. Me acordaba del olor a coche nuevo y del alivio que me inundó cuando las grandes manos de mi padre giraron el volante para virar con el coche. Y luego vi a mi madre, temblando con un vestidito veraniego junto a la hierba, llorando en silencio. Cuando subió al coche, mi padre fingió que había sido una broma y le dijo a mi madre que debería haberlo sabido y que dejara de ser tan aguafiestas. Recordé la sonrisa que nos dedicó a Sarah y a mí, que nos hizo reír y sumarnos a la burla porque ella era incapaz de encajar una broma.

Para cuando llegamos a la autopista A20, el calor del coche y el retumbo del motor me tentaban a quedarme dormida, pero me costaba estar quieta por las ganas de ver a Connor y llegar al fondo del asunto.

–Estás muy nerviosa –me dijo Melanie cuando me tensé al ver las luces traseras rojas de los coches de delante y apreté con el pie un pedal imaginario por enésima vez–. ¿Seguro que te encuentras bien?

–Sí, perdona. –Retiré la pierna.

Para sorpresa de nadie, había atasco delante del túnel de Blackwall. Avanzábamos a paso de tortuga y cada vuelta que daban los neumáticos se sumaba a mis deseos de llegar a casa.

–Te veo inquieta. –Melanie me miró cuando nos volvimos a detener por culpa del tráfico–. Sabes que me puedes contar si te pasa algo, ¿eh?

–Ya lo sé, gracias –contesté.

Vi más adelante la entrada del viejo túnel, cuyos ladrillos amarillos y rojos estaban oscurecidos por unas horribles grúas grises con carteles iluminados que informaban de restricción de velocidad, que nos pedían avanzar a treinta kilómetros por hora. Ya me habría gustado a mí ir a esa velocidad. A mi izquierda, un coche puso el intermitente para situarse en nuestro carril y acercó el morro a la parte delantera del de Melanie. Ella suspiró y apretó el freno para permitir que nos adelantara. Incluso en mi estado alterado, me resultó interesante que dejase pasar a otros dos coches cuando apenas habíamos podido avanzar.

Había atravesado el túnel de Blackwall cientos de veces y siempre había pensado que la respuesta de la gente a ese tramo concreto de la carretera decía mucho de su personalidad. Yo era de esas conductoras que reducían el ritmo y dejaban pasar a quienes ponían el intermitente sin abrirse paso a la fuerza. Si me sentía acosada, si alguien hacía lo que estaba haciendo el del coche de al lado, un todoterreno gigantesco que se aproximó demasiado a nuestra carrocería, avanzaba con terquedad y me arrimaba al maletero del coche de delante para que le resultara imposible colarse.

Connor nunca dejaba pasar a nadie. Por lo visto, que alguien intentase adelantarlo lo interpretaba como una afrenta a su masculinidad. El todoterreno nos rebasó y luego puso los cuatro

intermitentes como para darle las gracias a Melanie. En ese preciso instante, pensé que a ese ritmo no llegaríamos a la entrada del túnel hasta medianoche. Apreté los puños para no pedirle que se dejara de tonterías y que apretara de una puñetera vez. Puse en tela de juicio su idoneidad como supervisora. Si era tan fácil de intimidar y de acosar, me costaba comprender que ocupase un puesto de responsabilidad.

Al final salimos al otro lado del túnel y el tráfico fluyó con más estabilidad hasta que giramos a la izquierda en Bow Road, dejamos atrás el bar Blind Beggar y nos detuvimos en el semáforo junto a la estación del metro de Mile End. Se me revolvió el estómago enseguida cuando se puso verde y pasamos por delante de la pizzería y el local de kebabs que Connor y yo veíamos al volver a casa de cenar por ahí. Cruzamos el puente y, por fin, Melanie se dirigió hacia Copperfield Road.

Cuando vi a lo lejos nuestra casa moderna, ubicada al final de una hilera de terrazas victorianas, se me desbocó el pulso. Casi me dio miedo bajar del coche cuando Melanie aparcó delante. Tan solo habían pasado días desde que estuve allí, pero se me antojaba una eternidad.

–¿Quieres que te acompañe? –se ofreció Melanie mientras apagaba el motor.

–No, gracias.

Observé las barandillas negras con tachones dorados y la puerta de entrada, y al poco abrí la del coche y me apeé. Me quedé paralizada al darme cuenta de que no llevaba las llaves. Qué idiota era. Sin móvil, sin llaves. La adultez se me escurría de las manos. Pulsé el timbre con un dedo, muy pero que muy preparada para que Connor abriese la puerta. Casi notaba sus brazos a mi alrededor, su olor sobre mi piel al recostar la cabeza en su cuello. Se me anegaron los ojos en lágrimas al saber que había vuelto a salvo de su viaje y que yo estaba a salvo con él.

Esperé. Connor no apareció. Volví a llamar al timbre y luego a la puerta con el puño, con la esperanza de que Melanie no viera mis lágrimas al darme la vuelta y lanzarle una tensa sonrisa. Sin

embargo, la puerta siguió sin abrirse. Golpeé una vez más la madera con los nudillos antes de rendirme y abrir la pestaña del buzón con teclado que habíamos instalado para el servicio de limpieza, medio oculto detrás del laurel que se alzaba junto a la puerta. Me temblaron los dedos al introducir el código y tuve que volver a intentarlo. Percibí los ojos de Melanie clavados en mi espalda cuando al fin cogí las llaves de la cajita y separé la de la puerta principal para meterla en la cerradura.

La puerta se abrió. En el pasillo, el olor del ambientador de jazmín que puse al lado del radiador me pareció demasiado intenso. Era un olor equivocado. Debería llegarme el del café o de una tostada quemada. Debería llegarme el del champú y el gel. Debería llegarme un olor que me confirmase que Connor estaba esperándome en casa.

–Connor –lo llamé al entrar en el vestíbulo. Me recibió un silencio sepulcral. Por todo el suelo de madera había sobres desparramados–. ¡Connor! –grité al asomarme al salón. Estaba tal como lo había dejado yo. El libro que había leído la semana anterior estaba abierto, en precario equilibrio sobre el reposabrazos de la silla–. Connor –volví a gritar, con el pánico subiéndome por la garganta y quebrándome la voz–. ¿Dónde estás?

Corrí a la cocina, situada en la parte trasera de la casa, desesperada por encontrar su silueta recortada contra la ventana, poniendo rebanadas de pan en un plato para prepararse un sándwich, pero en el fondo sabía que no estaría ahí. Y, en efecto, así era. La cocina estaba fría y vacía, y olía a lejía y a útiles de limpieza, no a comida.

Noté que había alguien detrás de mí y, cuando me giré, vi que Melanie se encontraba en el umbral de la puerta de la cocina, con el ceño fruncido y los labios curvados hacia abajo.

–Emma, ¿estás…?

–No está aquí –la interrumpí, llorando ya sin reparo–. Debería haber aterrizado hace horas, pero no está aquí.

–¿No sabes dónde está Connor? –me preguntó con suavidad–. ¿Eso es lo que te preocupa tanto?

–No me ha cogido el teléfono, pero pensaba que lo habría perdido o algo. –Barrí la estancia con la mirada. Se veía muy limpia, muy vacía–. Y estaba convencida de que lo vería aquí.

–¿Creías que, si volvías aquí, lo verías? –Melanie pasó la vista por la cocina.

Solté un sollozo al darme cuenta de que solo una parte de mí creía que estaría ahí. Lo había esperado, más que creído.

–Me preocupa… –dije, aferrándome a la encimera– que le haya pasado algo a Connor. Algo horrible y espantoso.

Capítulo 29

–Respira, Emma.

Melanie me puso una mano en la espalda cuando me incliné hacia delante, apretando las rodillas e intentando que me entrara aire en los pulmones. La retiró y eché de menos el calor que desprendía. Seguí encorvada, viendo cómo mis lágrimas caían sobre las baldosas del suelo.

–¿Por qué no me cuentas por qué estás así? ¿Qué pasa? –me preguntó al cabo de un minuto–. Por lo visto, creías que tu marido estaría aquí. ¿Es así?

Asentí.

–¿Tienes alguna idea de dónde puede estar?

Me erguí y me entró un repentino mareo.

–No lo sé.

Miré por la estancia, todavía con la esperanza de encontrar alguna prueba de que Connor había estado en casa. Me acerqué a la papelera del rincón. Era la que se abría automáticamente al detectar movimiento, y la tapa se alzó con un chasquido cuando pasé una mano por delante. La bolsa negra del interior parecía vacía. Metí una mano por si encontraba el billete del vuelo o algo que me confirmara que mi marido había aterrizado y había vuelto a casa. La bolsa crujió cuando hurgué dentro. No contenía nada de nada.

–¿Qué haces?

–No lo sé –repetí–. Necesito ver si… No sé dónde está Connor.

Mi casa me resultaba extraña. Era mi cocina, pero en cierto modo tenía algo raro. Como un rompecabezas cortado con una hoja defectuosa, no encajaba ninguna pieza.

–¿Quieres que prepare un poco de té?

Casi me reí ante la absurdidad de la pregunta. Así era como los extranjeros creían que nos comportábamos los ingleses en momentos de crisis: nos sentábamos con una buena taza de té y esperábamos a que todo se arreglase.

–No quiero té. Quiero saber dónde está mi marido.

Como si no me hubiera oído, Melanie empezó a llenar el hervidor. El agua del grifo emulaba el rumor que fluía en mi cerebro.

–¿Qué te dijo cuando hablaste con él? –se interesó Melanie al encender el fuego del hervidor.

–¿Cuándo?

–En Heaton Place. Por eso querías el móvil. Ibas a llamarlo, ¿no?

Me parecía otra vida. Recordé haberme sentado en el fino colchón y marcar una y otra vez el número de Connor.

–No llegué a hablar con él.

–¿Le mandaste algún mensaje?

«Pues claro que le mandé algún mensaje, joder», quise gritarle.

–Sí. No me contestó. Es muy impropio de él. Es de esos que siempre están en contacto. Le gusta saber dónde estoy, a qué hora vuelvo a casa, ese tipo de cosas. Nunca desaparecería. No lo haría jamás.

–¿Le dejaste un mensaje en el contestador?

Melanie abrió y cerró armarios hasta que encontró el tarro de las bolsitas de té. El arraigado sentimiento de que debería ayudarla casi hizo que me levantase. A fin de cuentas, era mi cocina, pero no quería una maldita taza de té y, además, mis extremidades eran de plomo.

–No tiene buzón de voz. No le gusta que puedan hackearse con relativa facilidad. Dice que cualquiera le devolverá la llamada si es importante. –Las lágrimas empañaban mis palabras–. Pero lo he llamado varias veces y no me lo ha cogido.

Melanie me miró a los ojos antes de coger dos tazas del armario que estaba encima del hervidor y meter una bolsita en cada una. El

rugido del hervidor al bullir llenó la estancia antes de que pasara a burbujear.

–Veo que es algo que te altera bastante –dijo Melanie, sirviendo agua humeante en las tazas.

Hablaba con voz tranquila y medida, y quise soltarle que no probase conmigo sus mierdas de psicóloga. No necesitaba que me dijera cómo me sentía. Ya sabía qué palabras describían lo que transcurría en mi interior: estaba confundida, frustrada, asustada. El ruido de succión de la nevera al abrirse me distrajo de los tortuosos pensamientos y vi cómo Melanie abría un tetrabrik de leche y olisqueaba la botella. Debió de oler bien, ya que sirvió un poco en cada taza.

La leche no se había agriado. Qué poco tiempo había pasado desde que Connor y yo estuvimos ahí, en esa cocina, juntos. Esa certeza me clavó agujas ardientes en el cerebro. Por mucho que lo intentase, era incapaz de comprender lo que estaba sucediendo, pero lo que sí sabía era que todo había empezado en cuanto me llamaron desde Heaton Place para tratar a Laura Winters. El pensamiento creció tanto que brotó de mi cabeza.

–Creo que tiene algo que ver con Laura.

Melanie se giró. La cucharilla con la que removía el té se quedó paralizada en sus dedos, goteando un líquido marrón claro.

–¿Cómo?

–Es imposible que dijera todo eso sin querer. Hay demasiadas…, no sé cómo llamarlo… Demasiadas insinuaciones.

–¿A qué te refieres con eso? –Melanie frunció el ceño y siguió removiendo el té–. ¿Insinuaciones de qué?

Me senté a la mesita en la que Connor y yo solíamos comer. Observé la silla que ocupaba él y se me cayó el alma a los pies.

–El año pasado cometí un error en un caso –admití–. Y creo que Laura lo sabe.

–Todos cometemos errores –dijo Melanie–. Somos humanos.

–No. Fue un error colosal. Acabó provocando que un hombre secuestrara a su hijo y amenazara a la policía con un machete. Seguro que lo viste en las noticias. Era Jimmy Bray.

Melanie dejó la cucharilla en la encimera, junto a las tazas. Dejaría una marca. Connor detestaba la suciedad.

–Ah, sí. Sé de qué caso hablas. ¿Fuiste tú la psicóloga que no entregó los papeles a tiempo?

–Sí. –La vergüenza me golpeó de nuevo. Ese pobre niño vio a su padre blandiendo un cuchillo gigantesco ante la policía y luego cómo se lo llevaban a rastras–. Y creo que Laura lo sabía y lo usaba para…

¿Para qué? ¿Para desestabilizarme? ¿Para que me sintiera insegura?

–Apareció en las noticias nacionales, Emma. Mucha gente debe de estar al corriente del caso. Y, aunque Laura supiera que fuiste tú, ¿qué beneficio obtendría con la información?

No lo sabía. Ese era el problema.

–No es solo eso. –Me pasé una mano por la cara–. Creo que conoce a Connor. Había llegado a la inquietante conclusión de que lo conocía muy pero que muy bien.

–¿A tu marido, dices? –La voz de Melanie irradiaba incredulidad.

–En la primera sesión, cuando Laura describió a Daniel, era como si estuviera describiendo a Connor.

–¿Alto, moreno y guapo? –Melanie puso una taza delante de mí y se sentó en la silla de Connor al tiempo que rodeaba su té con las manos–. No es una coincidencia enorme, ¿no crees?

Quise gritarle que se levantase. ¿Quién se creía que era para entrar en mi casa, husmear entre mis armarios y sentarse en la silla de mi marido?

–Connor fue a Berlín por trabajo justo cuando Laura también estuvo allí.

Melanie entornó los ojos.

–Entiendo que parezca una coincidencia, pero yo un día me encontré a mi profesor de Historia en una playa de Marbella, así que…, en fin. Y Berlín es una ciudad enorme, seguro que mucha…

–Se alojaron en el mismo hotel.

–Ah. –Bebió un sorbo de té.

Me incliné hacia delante y la miré directamente a los ojos.

–Creo que Laura tiene intenciones ocultas. ¿Sabes por qué se negó a que la tratara alguien que no fuera yo?

Negó con la cabeza y contempló su taza antes de soplar un poco sobre el té humeante. Una cuantas burbujas marrones estallaron cerca del borde de la taza.

–Solo sé que pensaba que podrías ayudarla.

Me clavé las uñas en las palmas. Necesitaba respuestas, no vagos clichés.

–Pero ¿por qué yo en particular? Si ese tal Daniel es un maltratador, hay psicólogos mucho más eminentes en ese campo.

–No subestimes tu reputación.

Aparté la vista, irritada por su respuesta. Sabía que mi reputación no me hacía merecedora de ser la única persona capaz de tratar una amnesia disociativa. Si era lo que tenía Laura, claro. Comenzaba a albergar serias dudas al respecto.

–Connor visitó los mismos lugares de Berlín en el mismo orden que Laura me describió.

–Igual que cientos de personas, seguro. Es una ruta turística.

Quise añadir lo de que Daniel no quiso tener hijos con su anterior pareja, pero no era lo bastante específico como para que Melanie lo viese coherente. Ahora que me acordaba, volvía a carcomerme. Me convencí de que Laura me estaba diciendo que la anterior pareja de Daniel era yo.

–No. Me puso en el blanco de la diana y me ha enviado mensajes a lo largo de nuestras sesiones para transmitirme que ella… –Me detuve. Sonaba igual que los seguidores de teorías conspiratorias que llamaban a los programas de radio para que la gente abriera los ojos y viese que el sistema los engañaba. Pero creía a pies juntillas que había una conspiración hecha por una persona al menos.

–¿Qué me quieres decir exactamente, Emma?

–Que Laura sabía que yo no podría ponerme en contacto con Connor. No sé cómo, pero lo sabía y me provocó con eso. Luego me dijo que Daniel la engañaba, pero creo que en realidad me estaba diciendo que… –Solté una exhalación temblorosa. Sonase o no a

locura, creía de verdad lo que estaba a punto de confesar–. Sospecho que Laura está teniendo una aventura con mi marido.

La incredulidad que demudó el rostro de Melanie me hizo flaquear momentáneamente.

–¿Qué? –Se rio nerviosa–. Ay, Emma, venga ya. ¿En serio? Seguro que ves lo absurdo que es.

–Pero es que no lo es, ¿no te parece? No creo que las coincidencias puedan explicarlo todo. Lo digo en serio, Melanie. Creo que Laura está teniendo una aventura con Connor y que está jugando conmigo.

–¿Por qué? ¿Por qué diablos iba a hacer eso? –Melanie se recostó en la silla de Connor y abrió los brazos de par en par–. Es imposible que pienses que estaba viéndose con tu marido –añadió–. ¿Y por qué iba a jugar contigo? No tiene ningún sentido.

–No lo sé –contesté, más convencida que nunca de que, por improbable que sonase, Laura sabía exactamente lo que hacía.

–¿Qué móvil podría tener?

Una oleada de miedo me recorrió todo el cuerpo. A Laura la habían encontrado cubierta de sangre de alguien. Yo no conseguía ponerme en contacto con Connor. Había demasiadas cosas que los vinculaban. Una alarma me atravesó las venas al comprender por primera vez lo que me estaba aterrando de verdad: temía que la sangre que hallaron encima de Laura fuera la de mi marido.

Capítulo 30

Melanie me miraba por encima de la mesa de la cocina como si creyese que me había vuelto loca. De ninguna manera pensaba elaborar ningún otro pensamiento con ella, y menos todavía el que me causaba unos fuegos artificiales insoportables en mi cerebro.

–Es un poco rebuscado… –Se detuvo y empezó a hablar de nuevo–. No saques conclusiones. Han sido unos días duros. Estás cansada. No piensas con claridad.

Sabía que estaba pensando con más claridad en esos instantes que el primer día que pasé en Heaton Place.

–Vale. ¿Cómo explicas la desaparición de Connor?

Levantó los hombros y la tela de su chaqueta crujió ligeramente.

–Pero ¿está desaparecido de verdad?

–Él nunca me dejaría así de preocupada –le aseguré.

En una situación parecida a esa, a Connor no le costaba nada insistir en que siempre me encontrase donde le decía. Le gustaba tener la sartén por el mango. Aunque yo no le hacía preguntas. Y empezaba a pensar que quizá debería haberlo hecho.

Melanie se sacó el móvil del bolsillo interior de la chaqueta.

–¿Por qué no pruebas a llamarlo otra vez?

Me maldije por haber dejado el teléfono en la recepción nada más llegar a Heaton Place. Melanie desbloqueó el suyo y me lo pasó. Marqué el número de Connor y pulsé el botón de llamar. Me llevé el móvil al oído y oí el tono que daba. Melanie se mordió la uña del pulgar con rostro esperanzado. El teléfono siguió sonando. Con las entrañas revueltas, puse el altavoz y lo coloqué en la mesa, entre las dos. El ruido metálico reverberó por la cocina. Me crucé de brazos,

sin dejar de desear que la voz de Connor interrumpiera el tono monótono, pero sabía en el fondo de mi ser que no sucedería.

–Dijiste que volvía hoy. –Melanie tocó la pantalla para poner fin a la llamada. El eco del ruido seguía sonando en mis oídos–. A lo mejor se ha retrasado su vuelo. Podría ser que estuviera volando todavía. Y que tenga el móvil en modo avión.

Me incorporé. Podría ser.

–No sé el número del vuelo, pero iba de Copenhague a Stansted y debía aterrizar a primera hora de la mañana.

Melanie cogió el móvil y comenzó a teclear en la pantalla.

–Esta mañana solo había un vuelo de Copenhague a Stansted. –Vi cómo movía el dedo de la uña mordida por el teléfono. Se desanimó en el acto–. Por lo visto, aterrizó a tiempo.

–Entonces, ¿dónde está? –Miré por mi cocina vacía, con el agujero del centro de mi ser llenándose de desesperación–. Debería haber vuelto hace horas.

–A lo mejor ha perdido el vuelo –propuso Melanie.

–¿Podrías comprobarlo?

–Hay un número al que llamar –me dijo, observando la pantalla.

Asentí. Me habría ofrecido a llamar yo misma, pero no podía garantizar que mi voz sonara comprensible por culpa de las lágrimas que, para mi vergüenza, se habían reanudado. Melanie pulsó la pantalla y se llevó el móvil al oído.

–Hola, buenas –dijo al poco–. Quería saber si me pueden ayudar. Estoy buscando a un pasajero que debería haber llegado esta mañana. –Dio el número de vuelo y esperó. Me miró y luego contempló la mesa. Una voz amortiguada sonaba apenas audible al otro lado de la línea–. No, lo entiendo, pero ¿podría por lo menos decirme si algún pasajero perdió el vuelo? –Arrugó la nariz–. Vale, sí, pero… Vale, ¿y podría decirme si el avión iba lleno? ¿Todos los que tenían billete subieron a bordo?

El tiempo se alteró y se deformó, llevándose consigo mi equilibrio mental. Me acerqué a trompicones a la caja de pañuelos del alféizar de la ventana, saqué uno y me sobresalté cuando una araña pasó del pañuelo a la caja. Cayó de espaldas y agitó las patas en el aire,

como un perro jugando a hacerse el muerto. Me giré al oír la voz de Melanie.

–Vale. Lo entiendo. –Asintió, como si la persona con la que hablaba pudiera verla–. Sí, gracias. Muchas gracias, adiós. –Colgó y se volvió hacia mí–. No ha querido darme detalles, pero sí me ha dicho que no ha habido nada raro en el vuelo de Copenhague a Stansted. No sé si significa que todos los que debían embarcar lo han hecho, pero tampoco sabemos si alguien canceló el billete o si… –Dejó la frase a medias.

Extraje otro pañuelo de la caja, sin importarme que un nido de arañas se hubiera alojado en el interior, y me soné la nariz.

–Llámalo otra vez. Por favor –le supliqué.

Melanie marcó el número de Connor y dejó sonar el teléfono. Apoyé la espalda en el fregadero, consciente de cómo el corazón me bombeaba sangre caliente por todo el cuerpo, que notaba por todas partes hasta la punta de los dedos.

Al cabo de un buen rato, colgó.

–Bebe un poco –me indicó.

Nada ni nadie podría convencerme de que me sentara en una silla y bebiera té si no tenía ni idea de dónde estaba Connor.

–¿Y si no se marchó? Como has dicho, a lo mejor canceló el billete.

Esa posibilidad fue un rayo de luz. Salí corriendo de la cocina, recorrí el pasillo y subí las escaleras. Dejé atrás el despachito del descansillo y la habitación de invitados y entré en nuestro dormitorio. Frené en seco en el umbral. La manta de color beis con estampado geométrico estaba muy lisa en la cama. Connor siempre dejaba su lado abierto; al despertarse, se levantaba y daba comienzo a su día sin pensar dos veces en el aspecto de la habitación ni, más concretamente, en quién dejaría las cosas limpias y ordenadas como a él le gustaba. Era yo quien siempre hacía la cama.

¿Cuándo fue la última vez que durmió en nuestro cuarto?

Habíamos pedido que nos construyeran dos armarios parecidos a casetas de playa, cada uno con un montón de cajones. Me dirigí al

suyo y abrí la puerta. Corrí las perchas de un lado a otro y busqué si sus prendas favoritas estaban ahí. Al tocar una de sus camisas de algodón, combinada con el olor intenso a geranio y a cuero de su loción de afeitado, me entraron ganas de meterme dentro del armario y envolverme con su ropa.

–¿Alguna pista?

Me encogí al oír la voz de Melanie. No quería que estuviese en mi habitación. Me pareció una intrusión. Solté la manga y seguí hurgando en el armario. Toda su ropa seguía ahí dentro, pensé. Los dos pares de vaqueros Diesel estaban uno encima del otro en el estante, como de costumbre. Todo estaba como siempre. Y, al mismo tiempo, no lo estaba.

–No.

Pasé por delante de Melanie para ir hacia la habitación de invitados y me agaché para mirar debajo de la cama. Se me cerró la tráquea al ver el maletín negro que se llevaba para los viajes de trabajo encima de la moqueta y al lado de las dos maletas grandes que llenábamos al irnos de vacaciones. Parpadeé y volví a mirar. El maletín seguía ahí.

Si Connor no había llegado a subirse al avión, ¿dónde diantres se había metido?

Capítulo 31

Cuando me levanté, se me nubló la mente. Me senté en la cama de invitados, con una mano en la estructura de hierro. Intenté canalizar la voz de Harvey diciéndome que me concentrase en algo sólido. Cerré los ojos y me concentré en la esfera que se alzaba en el extremo de la estructura, así como en la superficie fría y lisa del metal pintado.

«Connor no se fue a Copenhague –no dejaba de chillarme el cerebro–. ¿Por qué me ha mentido? ¿Dónde está ahora?».

–Emma.

Al abrir los ojos, vi a Melanie delante de mí con cara confundida.

–Su maletín está debajo de la cama –le dije–. No se marchó a Copenhague.

Se mordisqueó la uña del pulgar con los dientes delanteros.

–A lo mejor deberíamos volver al…

–Tenemos que llamar a los hospitales.

Me puse en pie, impulsada por una nueva urgencia. La única explicación racional era que Connor hubiese tenido un accidente. Sentí vergüenza de mí misma. Había estado tan ocupada tratando a Laura que había olvidado completamente cuidar de mi propio marido. Quizá estuviese en coma o sentado en una cama de hospital sintiéndose abandonado y solo.

En mi mente apareció un recuerdo de mi madre con bata de hospital y el pelo, que por lo general llevaba recogido en un moño, colgándole a ambos lados del rostro demacrado. Mi padre había pedido que la internaran después de la muerte de Sarah, confundiendo la pena descomunal con locura. Quizá fuesen lo

mismo. Mi madre lo abandonó después de recibir el alta. Él también lo achacó a sus desvaríos y me culpó a mí por llenarle la cabeza de pájaros, aunque seguramente fue lo más cuerdo que hubiera hecho nunca. La echaba de menos. Por muchas cosas que dijera Connor de ella, seguía siendo mi madre.

–¿Dónde tienes el móvil?

–En la cocina, pero ¿no crees que…?

No esperé a que terminara la frase. Bajé las escaleras de dos en dos, consciente de los pasos livianos que me seguían. Cogí el teléfono de la mesa de la cocina. Estaba bloqueado. Se lo lancé.

–¿Podrías buscar el número… –cerré los ojos e intenté pensar en los nombres de todos los hospitales locales– del Hospital Real de Londres, el Queen Elizabeth…? Prueba también el de Whipps Cross y el de Guy's.

Cogió el móvil y asintió, pero advertí que era reacia a hacerlo. Aunque quise arrebatárselo y llamar yo misma, cuando se lo di me temblaba la mano y sabía que no sería capaz de controlar la voz al hablar.

–Su nombre completo es Connor Joseph Best y nació el 3 de enero de 1988.

Pulsó por la pantalla y esperé, con la esperanza desvaneciéndose con cada nueva llamada que hacía. En ningún sitio había ingresado un tal Connor Best.

–Mira –me dijo después de colgar la última llamada–, sinceramente, creo que lo mejor será que volvamos a Heaton Place.

–No puedo –protesté–. No puedo volver hasta que sepa dónde está mi marido. No pienso volver –añadí. Vi que apretaba los labios y se tragaba lo que fuese que quería contestarme.

Melanie observó el cuarto como si buscase algún tipo de inspiración.

–¿Y sus amigos o compañeros de trabajo? A lo mejor saben algo.

Intenté pensar en los amigos de Connor. Siempre había mantenido separada su vida social y su vida doméstica, y afirmaba que le gustaba tenerme solo para él, que el tiempo que pasábamos

juntos era precioso y que no quería desperdiciar noches por ahí con gente por quien no sentía un afecto mutuo.

–Si no sabes su número, podemos intentar localizarlos en las redes sociales –me animó Melanie.

–Muy bien, vale. Están Billy y Josh. Queda con ellos a menudo, y luego está George, del trabajo.

–Vale, empecemos por Billy. –Melanie pulsó el icono de Facebook en la pantalla–. ¿Crees que aparecerá como Billy o como William? ¿Cuál es su apellido?

No se me ocurrió ningún apellido. No conocía a ninguno de esos hombres.

–No lo sé.

Me ardieron las mejillas por la humillación de no poder pronunciar el nombre de los mejores amigos de mi marido.

Melanie siguió hablando a toda prisa, como si hubiera percibido que estaba mortificada.

–¿A lo mejor podríamos llamar a tus amigas para saber si se han enterado de algo?

Mis amigas. Repasé mi lista de contactos interna e intenté recordar cuándo fue la última vez que quedé o hablé con una de mis amigas. Había pasado demasiado tiempo. No me sabía ningún número de memoria y no serviría de nada contactar con ellas en las redes sociales para preguntarles por Connor. No se interesaba demasiado por la gente que le presentaba. Mis amigas no sabrían dónde estaba. Puede que incluso hubieran olvidado que existíamos.

Mi cerebro regresó a la sala de terapia, donde me senté con Laura. Mi paciente aseguró que Daniel le había puesto problemas para que siguiera en contacto con sus amigas, que las había acusado de tenerle manía y que según él los estaban separando. Le había resultado más sencillo cancelar planes para ponerlo contento. Me tocaba admitir que había presenciado el mismo comportamiento en Connor.

¿Me había pasado años ayudando a otras personas a reconocer indicios de maltrato y abuso en sus relaciones mientras ignoraba los indicios de la mía?

Capítulo 32

Me obligué a expulsar de mi cerebro los nuevos e inquietantes pensamientos acerca del verdadero estado de mi matrimonio. Tenía que averiguar dónde estaba Connor, y todo lo demás debería esperar. Estaba analizando mi hogar más bien como si fuera la escena de un crimen, un lugar que debía inspeccionar en busca de pruebas. Al recorrer el pasillo y entrar en el salón, lo examiné todo para encontrar pistas que me ayudasen a descubrir dónde podría estar mi marido. Eché un vistazo a mi salita de terapia, pero sabía que él no se habría aventurado a entrar. De todos modos, la estancia ya estaba bastante en desuso. Cuando Connor se mudó a mi casa, se mostró cada vez más incómodo con que visitase a pacientes allí. De ahí que recientemente solo trabajase con mujeres de centros de apoyo o en un despacho de Bethnal Green Road que compartía con más gente.

Por razones que era incapaz de precisar, tampoco quería que Melanie entrase en mi despacho. Cuando todo se hubiera aclarado y Heaton Place fuese un recuerdo lejano, quería que esa habitación volviese a ser mi refugio, ajena al siniestro episodio. A lo mejor recuperaba la idea de visitar a pacientes en casa cuando viera a Connor. «Si es que veo a Connor», me corrigió mi mente, aumentando una pizca el miedo que me embargaba.

Cogí el libro que había dejado abierto en el reposabrazos de la silla, lo cerré y lo estampé contra la mesita de centro. Perder la página por la que iba era el menor de mis problemas. Melanie se acercó a la mesa y le echó un ojo.

–¿Es una de esas viejas máquinas de arcade? –me preguntó.

–Sí.

Miré hacia el centro de cristal oscuro con botones y palancas a ambos lados y sentí la misma aversión que me inundó cuando Connor la compró por una fortuna sin consultármelo. Mi mente clavó otra chincheta en el mapa de nuestra relación. Iba a tener que examinarlo más tarde.

–Qué chulada.

No estaba de humor para hablar de interiorismo.

–Necesito hablar con alguien de su despacho –anuncié. Darme cuenta de que no podía llamar a ningún amigo ni amiga seguía escociéndome–. Sabrán si ha pasado por allí.

Melanie se sentó en la butaca y preparó el móvil.

–¿Tienes un número directo?

–No –contesté. Tendí una mano para cogerle el teléfono–. Pero puedo encontrarlo.

Las dos nos quedamos observando mis dedos temblorosos.

–Estás alterada. Déjame a mí –se ofreció.

Agradecida, le dije qué debía buscar y se pasó unos segundos en ello antes de marcar el número. Se llevó el teléfono al oído, pero yo volví a alargar una mano.

–¿Puedo?

Aunque a regañadientes, me lo pasó. Me senté en el sofá de piel, cogí el móvil y deseé que se interrumpiera el tono de llamada.

–Hola –contestó al final una mujer.

–Hola. –Cerré los ojos e intenté hablar con voz firme–. ¿Podrías pasarme con Connor Best, por favor? –Lo único que podía hacer ya era cruzar los dedos.

–Lo siento, pero ahora mismo Connor no está en el despacho. ¿Quiere dejarle un mensaje?

–Soy Emma, su mujer –dije, temblando–. ¿Podrías decirme cuándo se espera que regrese? Debo hablar con él de inmediato y no consigo localizarlo. –No quise admitir que no me estaba cogiendo el teléfono.

–Ah, hola, Emma. –Su voz nasal me resultó familiar. Supuse que, a lo largo de los años, debía de haber hablado muchas veces con

ella. Aquella reconfortante idea me llenó los ojos de lágrimas–. Creo que no tiene ninguna reunión programada. Ahora que lo dices, no recuerdo haberlo visto por el despacho.

–¿Me harías un favor? ¿Podrías preguntar a la gente si alguien lo ha visto y luego devolverme la llamada?

–Sin problemas –dijo con amabilidad–. Dame diez minutos. ¿Te llamo a este mismo número?

–Sí, por favor. Gracias.

Melanie me miraba, expectante.

–¿Alguna novedad?

–Va a preguntar por el despacho y me llamará luego.

Dejé el móvil encima de la mesa de las narices. El chasquido que hizo la funda contra el cristal fue el único ruido en toda la sala.

Los minutos fueron pasando, lentos. Observé la casa de ladrillo amarillo de enfrente. Entablé amistad con Bukola y Nigel cuando vivieron allí. Los invité un día para tomar algo y, cuando se marcharon, Connor se quejó de que bebían mucho y de que su conversación era aburrida, detalle que me sorprendió. Creí que nos lo habíamos pasado bien. No volví a invitarlos. Se mudaron al poco y los nuevos inquilinos llevaban poco en la casa. De hecho, no conocía a ningún vecino. Deduje que en Londres era habitual. Así era vivir con Connor en Londres, me sugirió mi propia mente.

Contemplé el teléfono. Tan solo habían transcurrido dos minutos. ¿Cómo era posible? A mí me había parecido por lo menos una hora. Un adolescente pasó por delante de la ventana montando en bici. Seguro que había quedado con amigos en el parque, al final de la calle, rumié, o buscaba a alguna chica que caminase sola por el camino de sirga del parque. Una cosa o la otra. ¿Cuándo se habían vuelto tan lúgubres mis pensamientos? Sabía cuándo. Fue después de que mi madre identificara el cadáver de Sarah y supiésemos que el mundo podía llegar a ser tan cruel como cualquier pesadilla. Connor decía que mi perspectiva estaba sesgada por cómo había muerto Sarah y el motivo por el que en mi opinión se había suicidado. Me dijo que sospechaba de cualquiera que tuviese pene. Argumentó que siempre buscaba lo peor de la gente y que esperaba

que los hombres demostraran inocencia antes de confiar en ellos. Quizá tenía razón. O quizá la tenía yo.

Oí los ruiditos que hizo Melanie al morderse las uñas. De reojo vi que bajaba el pulgar y se acariciaba la uña con un dedo. No debió de quedar satisfecha, ya que se lo acercó de nuevo a los labios y retomó el mordisqueo. Me pregunté por qué no dejaba de hacerlo. Lo reconocí como un comportamiento de autoconsuelo. Si fuera una persona neurodivergente, se consideraría un autoestímulo, pero yo no había conocido a casi nadie, neurotípicos incluidos, que no tuviera alguna peculiaridad de conducta repetida. Al fin y al cabo, todos tenemos ansiedades que hay que calmar. Son las cosas que nos hacen arrancarnos padrastros o darnos palmadas en el bolsillo para comprobar que no hemos perdido el móvil. Para la mayoría de nosotros, esas preocupaciones no son más que una pérdida de energía mental. No sirven de nada. Pero cuando murió Sarah mi peor miedo se había hecho realidad. Y ese día estaba aterrorizada por si le había ocurrido algo igual de horripilante a Connor.

Las dos dimos un brinco cuando el móvil se puso a sonar y a vibrar encima del cristal. Lo cogí y respondí a la llamada.

–Hola.

–Hola, ¿hablo con Emma?

–Sí. –Contuve la respiración.

–He preguntado por aquí, pero me temo que nadie ha visto a Connor.

Me mordí el labio para detener las lágrimas.

–Vale. ¿Le ha comentado a alguien a dónde iba?

–Nadie me ha dicho nada, lo siento. Creo que todos pensaban que estaba de vacaciones.

–Vale. Muy bien. Gracias por llamarme. –Colgué la llamada, pues no quería que la recepcionista oyera los sollozos que ya era incapaz de contener–. Nadie sabe dónde está –balbucí–. No tiene sentido.

Melanie siguió mordisqueándose la uña.

–A lo mejor deberíamos volver a Heaton Place –me dijo al final.

La sugerencia me pareció absurda. No podía aceptar sin más que mi marido hubiese desaparecido de la faz de la Tierra y volver a un centro dejado de la mano de Dios como si no pasara nada.

–Necesito ir a su despacho –exclamé. Era la única cosa sensata que hacer. Era evidente que la mujer del teléfono no había hablado con la gente adecuada. Debía encontrar a George. Él sabría dónde estaba mi marido. Estuve a punto de darme un bofetón por no haberle pedido a la recepcionista que hablase con George, el amigo de Connor–. Está a una media hora en coche de aquí.

Miré a Melanie y esperé verla prepararse para marcharse conmigo, pero seguía sentada inmóvil.

–No creo que sea buena idea –murmuró.

–¿Qué? –Pues claro que era una buena idea. Era la única idea que tenía.

–Piénsalo. Connor no te coge el teléfono. No te ha dicho a dónde iba.

–Pues por eso precisamente. Él nunca…

–¿Quieres que todos sus compañeros de trabajo te vean así? ¿Es lo que querría él?

Ladeó la cabeza y me vi a través de sus ojos. Me llevé los dedos a las mejillas mojadas. Hacía días que no dormía bien, tenía los ojos rojos e hinchados y era incapaz de evitar que me brotaran las emociones. Connor se sentiría humillado si aparecía esa versión de mí a exponer nuestros problemas personales delante de todo el mundo. Mi marido daba mucha importancia a su reputación profesional y siempre había querido guardar las apariencias.

–Pero es que no sé dónde está. –Mi voz sonó débil y rota–. Creo que deberíamos llamar a la policía –añadí–. ¿Crees que deberíamos llamar a la policía? –Ya no sabía si era capaz de tomar buenas decisiones.

–¿Y decir qué?

–Que ha desaparecido. –Levanté las manos.

–Es un hombre adulto. –Melanie arrugó la nariz–. Perdona que te lo pregunte, pero ¿es posible que tuviera la intención de esfumarse?

–¿Qué?

–Lo siento, Emma, pero se te debe de haber pasado por la cabeza la posibilidad de que haya tomado la decisión consciente de desvanecerse, ¿no?

–No, no lo creo. No me creo ni durante un segundo que estuviera dispuesto a hacerme pasar por esto.

–¿Eso piensas de verdad en el fondo de tu ser? –Se inclinó hacia delante y me miró fijamente–. Es obvio que lo consideras capaz de tener una aventura, incluso has comentado que pensabas que estaba viéndose con Laura.

Advertí un tono de incredulidad en su voz que me dio ganas de chillar.

–En respuesta a lo que decía Laura, no porque esté emparanoiada con mi marido.

–Analízalo desde tu enfoque de psicóloga. –Su voz deliberadamente suave me hizo apretar los dientes para no gimotear–. ¿Podría ser que tu subconsciente supiese que estaba liado con otra? A lo mejor ese miedo, además de no poder ponerte en contacto con él, te ha hecho mezclar tu complicada relación con Connor y tu relación profesional con Laura.

–No –me negué–. No es lo que está pasando. No se puede explicar lo ocurrido con una contratransferencia. Y, además, aunque Connor tuviese un lío, nunca sería tan malvado como para desaparecer sin dejar rastro. No me dejaría preguntándome desesperadamente dónde está. –Me enjugué las mejillas con la manga–. No es un hombre cruel.

–¿Seguro? –dijo Melanie mientras se recostaba.

Su pregunta quedó flotando en el aire.

Capítulo 33

Después de una extenuante conversación, dejé de mala gana que Melanie me convenciera para volver al coche. Regresar a Heaton Place iba en contra de mi instinto, pero no sabía qué otra cosa hacer. Al día siguiente llegaría Gail con mi móvil, y encontrar en él un mensaje de Connor era la única esperanza que me quedaba. Melanie y yo acordamos que, si no había ni rastro de mi marido y seguía siendo incapaz de contactar con él, denunciaría la desaparición a la policía. Tener un plan me tranquilizó mínimamente.

Melanie llamó a Heaton Place para avisar de que íbamos hacia allí, luego se subió al coche a mi lado y encendió el motor. Fuimos en silencio; el trayecto de vuelta me resultó más largo que el de ida de la mañana. Con la cabeza recostada en la ventanilla, vi cómo se apagaba la luz de la tarde; al cabo de poco, los árboles que flanqueaban el camino no eran más que sombras, cuyas ramas espinosas se alargaban como dedos embrujados que quisieran tocar el vehículo.

Al final giramos hacia el camino que daba al centro. Me erguí al ver las luces azules que centelleaban en el patio, cerca de la recepción. Noté cómo Melanie se tensaba a mi lado.

–¿Qué crees que pasa?

–No lo sé –contestó–. Podría ser que han admitido a un nuevo paciente o que ha habido algún tipo de altercado.

Entrecerré los ojos para observar, pero las luces azules eran intermitentes y tan solo me permitieron atisbar los coches de policía y una furgoneta grande.

–Parece que hay una ambulancia o algo.

–Muchos de nuestros pacientes llegan en ambulancia y escoltados por la policía.

–¿Así fue como llegó Laura? –le pregunté. Me imaginé lo terrorífico que debía de ser encontrarse en medio de un brote psicótico y tener que lidiar con todos esos desconocidos, esas luces desorientadoras y tanto ruido.

–Sí, así fue como trajeron a la pobre. –Me miró a los ojos, con el rostro iluminado por la escalofriante luz azul, antes de sumirse en la oscuridad–. Seguro que es una experiencia aterradora.

Cuando nos acercamos al edificio, la gravilla crujió bajo los neumáticos. Una sombra enorme se cernía a mi izquierda, como si se alzara por los aires y planeara por encima del coche.

–¿Qué es eso?

Melanie inclinó la cabeza para mirar por la ventanilla del copiloto.

–El campanario, creo. El resto ya deben de haberlo demolido.

Observé los restos oscuros de los viejos barracones y sentí una curiosa empatía por lo que quedaba en pie. A continuación, contemplé Heaton Place. Había luces tenues encendidas en algunas ventanas. La única parte iluminada por completo era la recepción, y la luz se esfumó cuando rodeamos el edificio rumbo al aparcamiento de trabajadores. Tras bajar del coche, Melanie se encaminó hacia la entrada de personal y sacó la llave que llevaba en el cordel azul.

–Melanie –dije. Me detuve y me coloqué las manos sobre las caderas, sorprendida ante lo mucho que se me marcaban los huesos. No en vano llevaba varios días sin comer como Dios manda–. Necesito hablar con Laura.

–Ahora no. –Se giró hacia mí–. Están pasando demasiadas cosas. Habrá que esperar a mañana por la mañana.

–No –protesté–. Ahora. Me da igual lo que esté pasando, necesito respuestas.

–Tengo tantas ganas como tú de resolver esto, créeme. Nos quedan cuarenta y ocho horas para ayudar a Laura. ¡Cuarenta y ocho horas! –Su sombría silueta extendió los brazos–. No sé cómo va a terminar la cosa y todo me resulta sumamente estresante, pero

ahora no es el momento. Es tarde y está claro que ha ocurrido algo. Déjalo correr hasta mañana.

Apreté los puños y me clavé los nudillos en los muslos.

–Voy a ir a ver a Laura –dije, caminando delante de ella–. Tengo demasiadas preguntas en la cabeza. Estoy demasiado cansada como para pasarme otra noche intentando resolverlo todo. –En realidad, me estaba costando poner un pie delante del otro. Hacía días que no comía una ración decente y estaba agotada. Me sonaba un constante zumbido en los oídos y me latía apresurado el corazón. Alargué una mano hacia la puerta del personal y acerqué mi llave al panel metálico. Empujé la puerta, pero seguía estando cerrada. Lo volví a intentar, pero al final solté la identificación, que me rebotó en el pecho–. ¿Por qué esta mierda no funciona nunca? –Golpeé el marco con el puño.

Melanie suspiró y pasó la llave por el panel. La puerta se abrió. Tiró del pomo, pero me impidió pasar. La luz de las escaleras se encendió y la transformó en una silueta.

–No puedes ir a ver a Laura ahora. En este estado no.

–Apártate, por favor –le dije, dispuesta a empujarla si era preciso. Estaba hasta el gorro de que me impidiesen avanzar cada dos por tres.

–No. –Se cruzó de brazos y separó un poco las piernas–. No te pienso permitir ver a mi paciente hasta que te hayas calmado.

–Creía que era mi paciente –repliqué. No quería enfrentarme a Melanie. Me caía bien y la respetaba, pero estaba al límite de la tolerancia.

–Es la paciente de las dos, pero yo soy miembro permanente del personal y la psicóloga supervisora.

–Muévete, por favor –insistí–. Ya basta. Voy a ir a ver a Laura ahora, con tu permiso o sin él. –Melanie agachó la cabeza y se hizo a un lado para permitirme pasar. Empecé a subir el primer tramo de escaleras. Mi propósito flaqueó cuando me di cuenta de que no sabía cuál era la habitación de Laura–. Te agradecería que me llevaras ahora hasta su cuarto.

Me giré al oír llanto. Melanie estaba a los pies de las escaleras, tapándose la cara con una mano.

–¿Qué pasa?

Nunca la había visto tan afectada. Siempre se había mostrado serena y pragmática.

–Si te llevo ahora, de noche, a ver a una paciente, en el estado en el que estás, me despedirán.

–Asumiré las consecuencias de mis acciones –dije, con agujas de culpa sumándose a mi dolor de cabeza–. Les diré que no te di más opción. –No le estaba dando más opción. No sería mentira.

–Les dará igual. –Negó con la cabeza–. Nos echarán a las dos por no respetar el protocolo.

–¿Seguro que visitar a una paciente se aleja tanto de nuestras funciones? –Las normas de ese sitio eran exasperantes.

–No es solo eso. –Se frotó la frente y apoyó la cabeza en la pared. La luz con sensor de movimiento se apagó y nos dejó a oscuras–. No le he dicho a nadie que nos marchábamos de Heaton Place.

–Pero si has llamado para avisar de que volvíamos. –No entendía nada.

–He llamado a Julie.

–¿A Julie? –Seguía sin comprenderlo–. ¿Qué problema hay?

Sorbió con la nariz. El ruido que hizo al mordisquearse una uña me crispó.

–Hay un proceso que seguir. Aquí siempre hay un proceso y suele ser largo. Como querías irte tan rápido, no me he molestado en pedir la autorización de dos miembros del personal para salir, por lo que le he pedido a Julie si Aidan y ella podían estar atentos y andarse por las ramas si alguien preguntaba dónde estábamos. En el centro siempre debe haber una cantidad concreta de trabajadores. Es el protocolo de seguridad, pero, como tenías tantas ganas de ir a Londres, no he pedido el permiso oficial ni he esperado la respuesta de Dirección. No he firmado para dejar constancia de que nos íbamos, que ya daría pie a un despido justificado. Solo les he pedido a Aidan y a Julie que nos cubrieran.

Volvió a sorberse la nariz. El agotamiento hacía que me pesara demasiado la cabeza. Estaba harta de protocolos, pero hasta yo debía admitir que no pedir autorización cuando había una ratio que cumplir en un centro como ese era una tontería bastante grande. Pero Melanie lo había hecho por mí.

–¿Alguien sabe que nos hemos ido?

–No. –La luz regresó cuando negó con la cabeza–. Solo Aidan y Julie.

–No se lo dirán a nadie, ¿verdad? Ahora que hemos vuelto, ¿por qué no puedo ver a Laura?

–El centro está lleno de cámaras. Si contravenimos otra regla, nos pillan e investigan un poco, no tardarán en descubrir que hemos pasado buena parte del día fuera de aquí.

Levanté la vista hacia la esfera negra que había en lo alto del pasillo. Si alguien nos estaba vigilando, quizá ya sabía exactamente cuándo habíamos entrado y salido. Melanie siguió mi mirada antes de taparse de nuevo la cara con una mano.

–No me puedo creer que haya sido tan irresponsable. He trabajado muchísimo para conseguir este puesto. Podría ser el fin de mi carrera.

–Eh –exclamé por encima de su llanto–. No pasa nada. –Solté un suspiro de resignación–. Esperaré hasta mañana para ver a Laura. Tienes razón: ahora estoy demasiado cansada y alterada.

–Gracias. –Bajó la mano y se me acercó–. ¿Y no le dirás nada a nadie si alguien pregunta si nos hemos marchado? –Echó a caminar a toda prisa delante de mí–. Cuando ocurre algo, a veces van puerta por puerta a hacer preguntas.

–¿Incluso a las del personal? –Me costaba seguirle el ritmo.

–Sí, a todas partes.

–Vale –dije. Me dio la sensación de que las mentiras se estaban acumulando con demasiada rapidez como para analizarlas con la atención que probablemente pedían.

Capítulo 34

Cuando llegamos al siguiente tramo de escaleras, Melanie abrió la puerta con la llave y siguió andando. Caminaba con un objetivo, por lo visto recuperada ya del todo del reciente episodio de emoción.

Sin aliento, llegamos hasta mi pasillo. Aidan estaba recostado en la puerta de su habitación, mirando la pantalla de un móvil. Se lo metió en el bolsillo al vernos.

–Jugaba al Animal Crossing –dijo con cierta timidez–. Me he enganchado.

–Pensaba que aquí dentro no había internet –comenté, un tanto malhumorada por no tener mi propio móvil.

–No es un juego de internet, ¿no? –terció Melanie.

–Qué va. –Aidan se miró las zapatillas blancas–. Es una aplicación.

Melanie se sacó el móvil del bolsillo de la chaqueta.

–Y me acabo de acordar de que tengo que poner el mío en modo avión. –Se dispuso a abrir la configuración y a ponerlo en modo avión.

–Pero, si internet está bloqueado, ¿por qué debes desactivar el wifi?

–Por protocolo –dijo Melanie–. Para asegurarnos y tal. En este sitio hay un montón de reglas puñeteras. –Negó con la cabeza como si fuera ridículo.

Aidan se acercó a la puerta de Julie y llamó. Ella salió de su cuarto y se le unió, pasando la vista de él a Melanie y luego a mí.

–Me alegro de que hayáis vuelto. –Se cruzó de brazos–. ¿Todo bien?

No supe si se dirigía a Melanie o a mí, ya que no paraba de desplazar la vista de la una a la otra.

–Todo bien –respondió Melanie–. Gracias por cubrirnos. Perdona que te pusiera en esa tesitura. No volveremos a hacerlo, ¿a que no?

Me miró fijamente a mí.

–No, lo siento –me sentí obligada a decir–. Y gracias. –Aunque tampoco es que conscientemente infringiese las normas o pidiera a nadie que me cubriera.

–El inspector jefe Okoro merodea por aquí –murmuró Aidan en voz baja.

Agucé el oído. Si un inspector jefe estaba involucrado, lo más probable era que fuese una investigación de asesinato. ¿Qué estaba pasando cuatro pisos más abajo? Tal vez fuese lo mejor que Melanie nos hubiera llevado directas hacia nuestra planta.

–Mierda –exclamó Melanie–. ¿Ya ha llegado a este piso?

–No, pero está investigando y subiendo plantas, así que es una suerte que volvierais justo cuando habéis vuelto.

–¿A qué se refiere? –pregunté, puesto que no me gustó el tono ansioso del grupo.

–No estoy segura, pero prefiero que no me pillen infringiendo normas para no enturbiar las aguas. Si queremos que parezca que nos hemos pasado el día aquí, más nos vale ir donde estaríamos a esta hora –dijo Melanie–. Os dejo aquí y me bajo a la cafetería. Es donde se espera que esté. Si quieres…

–Me quedo en mi cuarto –anuncié. Yo no tenía que estar en ningún sitio porque no era una trabajadora de ese maldito centro. El dolor de cabeza ya era un retumbo doloroso y tan solo me apetecía tumbarme a oscuras.

Julie situó la llave junto al panel de mi puerta.

–Abierta, cielo. Más tarde te subo algo para comer.

Melanie titubeó.

–Perdona por tantas mentiras –me dijo. En su expresión vi algo que me confirmó que lo lamentaba de verdad.

–No te preocupes –respondí, contenta de poder meterme en mi habitación y cerrar la puerta tras de mí.

Me estiré en la cama, incapaz de aliviar la tensión de la espalda y de los hombros, por muchos ejercicios de respiración que hiciera. Oía con demasiada claridad todos los ruidos del centro. Puertas que se abrían y que se cerraban, y que chirriaban en mi palpitante cabeza. Una mujer estaba llorando, y sonó tan cerca que bien podría haber procedido del interior de mi habitación.

Presté atención por si oía pasos y, cuando se aproximaron quince minutos más tarde, seguidos de un fuerte golpe en mi puerta, ya estaba preparada. Compuse una expresión que esperaba que resultara relajada y abrí la puerta. Al otro lado había un hombre con perilla negra. Se presentó como Sam Okoro, el inspector jefe. Pensé en la cara sincera y en las uñas mordidas de Melanie y supe que haría todo lo posible por ahorrarle problemas.

–¿Emma Best? –preguntó.

–Sí.

–Siento molestarla. Nos han llamado hace un rato para avisar de un altercado y estoy comprobando que todo sea… lo que debe ser.

–Sí. –Sonreí–. Todo bien, gracias.

–¿Hoy no ha habido nada fuera de lo ordinario? –dijo mientras se toqueteaba el cordel que le rodeaba el cuello. Llevaba el logo de Heaton Place y una identificación con la palabra «Visitante»–. Ha estado aquí todo el día, ¿no?

–Todo el día –afirmé–. No ha habido nada raro que denunciar.

Asintió lentamente.

–Gracias, Emma. –Se puso de lado como si fuese a marcharse y yo comencé a cerrar la puerta, pero giró la cabeza en mi dirección–. ¿Está del todo segura?

–Creo que recordaría haberme ido –insistí con forzada alegría.

Cuando nos deseamos buenas noches, y después de que cerrase la puerta, me tumbé en la cama con una nueva inquietud.

El reflejo de las luces azules destellaba en la piedra pintada que había debajo de la persiana cerrada. Vi cómo parpadeaban; los

pensamientos se sucedían en mi cerebro con tanta rapidez que no podía aferrarme a ninguno. Al poco, las puertas se cerraron y las luces se fueron alejando poco a poco. La habitación quedó a oscuras. Estaba muy cansada, pero no pude cerrar los ojos. Algo me dijo que no debería. Seguía sin tener ni idea de dónde estaba Connor y me daba la impresión de que, al mentirle a la policía, acababa de empeorar las cosas cien veces.

Capítulo 35

Viernes

A la mañana siguiente, cuando una luz débil se coló entre las persianas, me quedé observando la pintura blanca descascarillada, convencida de que apenas había podido cerrar los ojos. Dormir era ya algo que solo hacían los demás. La gente que no había cometido errores descomunales que podían volverse en su contra, la gente que sabía dónde estaban sus seres queridos, la gente que no creía que la reclusa de un centro de alta seguridad estaba jugando con ella. La presión de obtener la verdad de Laura antes de que fuese demasiado tarde me comprimía el pecho. La policía y los abogados querían respuestas, pero a mí me parecía que yo las anhelaba más si cabe.

Pestañeé y los párpados secos me rasparon los ojos. Intenté borrar las imágenes que había visualizado en unas pesadillas horribles y vívidas, pero no podía quitarme de encima la escena que había creado mi cerebro, en la que Laura era una serpiente que primero rodeaba a Connor y después a mí. Me tumbé de espaldas y vi la luz que se derramaba por el techo mal enyesado al tiempo que urdía un plan para llegar al fondo de lo que estaba sucediendo. Ese día, Laura no iba a dirigir la sesión. Lo haría yo.

A las ocho y media, seguí a Melanie hasta el pasadizo de cristal en un estado que, si se tratara de una de mis pacientes, describirá como fuga disociativa. El sudor me cubrió la piel tan pronto como toqué con un pie el suelo de cristal. Las nubes bajas amenazaban con engullir el edificio; las más oscuras flotaban siniestras por encima de nosotros y enviaron las más ligeras y brumosas a hacer el trabajo sucio. Procuré concentrarme en los barracones de delante,

pero ya no quedaba nada en pie, a excepción del campanario. Estaba envuelto en una neblina grisácea, con los lados escarpados allá donde le habían arrancado el resto del edificio.

Puse un pie delante del otro y escuché las suelas de las zapatillas de Aidan y las Crocs de Julie crujiendo tras de mí. El cerebro me proyectó una imagen del cristal rompiéndose y todos cayéndonos por los aires. Vi a Aidan agitando los brazos y oí a Julie gritando desesperada el nombre de su hija.

–¿Estás bien? –Melanie se giró hacia mí.

–Sí.

Tres pasos más y llegaríamos a la moqueta. Y podría respirar de nuevo. Supuse que la sesión del día se había programado tan temprano porque debía compensar el tiempo robado a la del día anterior, pero me parecía sumamente inconveniente. Estaba agotada y debía estar al cien por cien para poder enfrentarme a Laura.

–Después de la sesión, voy a ir directa a buscar mi móvil –anuncié.

–¿Estás segura de que Gail vuelve hoy?

Me detuve.

–Fuiste tú la que dijo que volvería el viernes. –Extendí los brazos–. Hoy es viernes.

–Ah, ¿eso dije? –Melanie siguió caminando–. Pues esperemos que venga hoy. Pero recuerda que no es un trabajo de nueve a cinco, así que puede que no esté aquí todavía si llega tarde.

Gruñí para mis adentros y me dispuse a seguirla mientras me recordaba que tan solo debía estar un día más en ese sitio. Regresaría al mundo real, donde con un poco de suerte podría hacer cosas que nadie desbaratara cada dos por tres.

Al acercarme a la sala de terapia, pensé en cómo se había torcido el equilibrio de poder en esa sesión terapéutica. Tenía la intención de nivelarlo. Una vez dentro, me senté en el sofá delante de la mesa y peiné con la mirada la sala que había acabado convirtiéndose en una especie de cárcel. La cara de un hombre apareció en el cristal de la puerta. Tenía la mandíbula floja y la boca abierta ante un tramo de piel hinchada que transformaba su barbilla

y su cuello en una masa pálida. Miró al interior de la estancia, pero sus ojos lucían el brillo inerte de las personas que están muy sedadas. Se echó hacia delante y desapareció de la puerta, su rostro sustituido por la cabeza de los ordenanzas, que pasaron a toda prisa. Experimenté una punzada de empatía por el prisionero. Levanté la vista hacia la reja que había encima de la ventana y me di cuenta de que me sentía tan atrapada como él, igual de prisionera que Laura. Rumié que eso debería hacerme conectar más con lo que estaba viviendo mi paciente, pero no era así.

El fluorescente del techo titiló. Emitió un zumbido y se apagó, dejando la estancia iluminada por la luz espeluznante que entraba por la ventana. Zumbó de nuevo y se encendió, alumbrando las moscas muertas que había dentro del revestimiento. Aparté los ojos del montón de restos de insectos y abrí la libreta, preparada para la batalla.

En el pasillo sonaron voces bajas. Mantuve la cabeza agachada, intentando concentrarme en mis notas. Las palabras se distorsionaban y se combaban en la página. Qué cansada estaba, madre mía. Clavaba la vista en las letras bailarinas cuando el cerrojo se abrió con un clic y noté a gente entrando en la sala. No estaba de humor para iniciar la sesión con una sonrisa acogedora. Se me habían terminado las sonrisas.

Un resoplido me sorprendió. Al levantar la vista, vi a Laura de pie delante de la puerta cerrada, con un pañuelo sobre la nariz.

–Hola, Laura.

No me contestó, sino que se dirigió hacia su asiento habitual. Al sentarse, cerró los ojos y respiró hondo.

–He recordado algo.

Gracias a Dios. Las lágrimas me escocieron detrás de los ojos. Si Laura había recordado lo que había ocurrido, por fin todo podía empezar a cobrar sentido.

–No de la noche en cuestión, sino de antes.

Me puse rígida, con la sensación de que alguien me había ofrecido la llave de mi celda y luego me la había quitado de malos modos.

–Dime.
–Es sobre Daniel. Sobre sus maltratos.

Capítulo 36

El pasado

Cuando volví a casa, la luz del recibidor estaba encendida e iluminaba el cristal esmerilado. Tensé los hombros. Los estiré antes de meter la llave en la cerradura y preparé una sonrisa. Debería estar agradecida. Si no lo tuviese a él, mi vida sería muy solitaria, me recordé. Últimamente, me había dejado llevar por mi parte introvertida, y por aquel entonces no quedaba con nadie.

–Cariño, estoy en casa –canturreé en el recibidor.

Respiré por la nariz e intenté detectar si ya había empezado a cocinar. Solía cocinar cuando llegaba antes que yo, pero en esos días trabajaba muchas horas con el móvil y me tocaba a mí preparar la comida para ambos. Me costaba protestar que me gustaría repartir de forma más equitativa las tareas domésticas porque él trabajaba en asuntos de seguridad internacional. Un día le pregunté cómo iba a ser el Candy Crush una amenaza de terrorismo, pero me disculpé por la broma inadecuada después de que me lanzase una mirada penetrante.

–Buenas. –Llegó desde la cocina con una caja rectangular en las manos. Me dio un beso en la coronilla–. ¿Dónde guardas los destornilladores?

–¿Eh? –Me quité el abrigo y lo dejé en el pasamanos–. ¿Para qué necesitas un destornillador?

–Para la cámara de la puerta. –Sostuvo la caja en alto.

Fruncí el ceño. No le había pedido que instalara ninguna cámara en la puerta.

–No vivimos en el barrio más seguro de la ciudad, ¿no crees? En el curro alguien ha comentado que han aumentado los robos por la

zona. He hablado con un compañero de la brigada móvil y me ha dicho que estas cámaras ahuyentan de verdad a la gente. A las bandas profesionales no, pero sí a los ladrones de medio pelo que lo intentan sin más.

–¿La brigada móvil existe de verdad? Pensaba que era una invención de la tele o algo.

–Ay, cómo me gustaría ser tan inocente como tú. –Negó con la cabeza–. La brigada móvil investiga robos. Quiero asegurarme de que estás a salvo cuando no estoy aquí para vigilarte.

–Vale… –El verbo «vigilarte» me dio ganas de reírme. No necesitaba que nadie me vigilase. No era una niña pequeña ni una mascota. Me sonrió, expectante, como si quisiera que le acariciara la barriga y le dijese lo bueno que era.

–Pues eso.

–¿Qué?

–¿Dónde guardas los destornilladores? Ya la he instalado, solo me queda apretar los tornillos.

Negué con la cabeza.

–Te agradezco el detalle, pero creo que me pondría más nerviosa si se me iluminara el móvil con alertas cada vez que viniese el cartero. Me da que estaría más inquieta, no menos.

–Ya lo había pensado –dijo mientras se sacaba el móvil del bolsillo trasero–. Y por eso me he descargado la aplicación en el móvil, para que a ti no te moleste y yo pueda saber que estás a salvo.

–No soy uno de tus delincuentes de crimen organizado. No necesito que me espíes. –Se lo solté antes de poder evitarlo. Se le ensombreció el semblante y deseé retirar las palabras, como cuando pulsaba el botón de retroceder treinta segundos al no prestar atención a un pódcast–. A ver, que es muy amable por tu parte y tal, pero tampoco quiero que te moleste a ti.

Me pasó un mechón de pelo detrás de la oreja. El tirón que me pegó me dolió en la raíz. La inquietud que había sentido últimamente, la sensación de que debía mantener la calma, afloró en la superficie de mi piel y me puso el vello de punta.

–Quiero asegurarme de que estás a salvo.

–Estoy bien –repuse mientras pasaba por debajo de su brazo y me dirigía hacia la cocina. Cogí un vaso del armario y abrí el grifo. Puse un dedo bajo el chorro de agua hasta que salió helada.

–Pero no puedes afirmarlo con certeza, ¿a que no? –Me sobresalté al oír sus pasos siguiéndome hacia la cocina–. ¿Sabes cuántos bichos raros podría haber por ahí vigilándote? Trabajas con gente que no está bien. No me vas a decir que ninguno de tus clientes ha llegado a pensar en seguirte hasta casa.

Me quedé paralizada y observé cómo el agua se escapaba por el desagüe.

–Trabajas con gente que tiene problemas –añadió–. Y he presenciado demasiadas cosas, así que no soy ingenuo y sé de qué es capaz una persona, sobre todo si es inestable.

–No. –Me llené el vaso y cerré el grifo–. No es justo. –Tiempo atrás, él siempre elogiaba mi trabajo. Lo eché de menos. Me bebí el agua fría y me concentré en el líquido, que me empapó la lengua y me bajó por la garganta.

–Solo quiero cuidar de ti, nada más. –Sentí cómo se me acercaba y luego noté sus manos en los brazos, que me recorrieron de arriba abajo–. Es mi trabajo. Ha pasado a formar parte de mi ADN. Necesito saber que estás a salvo cuando no estoy contigo. –Me trazó círculos en la piel con los dedos y me apretó hasta inmovilizarme. Quise zafarme de él. El corazón me latía desbocado, pero era una reacción absurda. Era uno de los buenos. Solo pretendía cuidar de mí. No sabía la fuerza que tenía. No suponía ninguna amenaza para mí–. Te quiero –dijo–. Que estés a salvo es mi prioridad.

–Debajo de las escaleras –lo informé con una sonrisa–. Los destornilladores están en una caja de plástico rojo debajo de las escaleras.

Me soltó, pero, al escuchar cómo se iba por el pasillo y abría el armario de las escaleras, seguía notando la huella de sus dedos clavándoseme en la carne.

El ruido de su llave en la cerradura me tensó. Me removí en el sofá y me reprendí por ser tan idiota. Las discusiones que habíamos

tenido recientemente eran normales en una pareja. Era saludable tener conflictos…, siempre y cuando acabasen resolviéndose. El problema era que la resolución siempre parecía resumirse en pedirle yo disculpas a él.

–¿Qué tal el día? –me preguntó al entrar en el salón, frotándose las sienes con las manos.

–Bien, gracias. ¿El tuyo?

–Triste –replicó–. Interrogar día sí y día también a capullos que se creen más listos que tú y no poder estamparles la cabeza en la mesa es un reto del que preferiría prescindir. –Hablaba con tono lúgubre. Me lo imaginaba removiéndose ante la mesa de interrogatorios, desesperado por asestar un puñetazo al tío que tuviese delante. Demasiado fácilmente.

–Suena duro. –Esbocé una sonrisa de empatía y volví a observar la pantalla de mi móvil.

–¿Has hecho algo interesante hoy? –me preguntó.

No levanté la vista. No me gustaba mentirle a la cara, pero, la última vez que había quedado con Gaby, montó un numerito e insistió en que mi amiga intentaba ponerme en su contra, así que me resultaba más sencillo guardar silencio.

–No. He ganduleado por aquí.

Fue el silencio lo que me hizo levantar la cabeza. Lo vi cerniéndose sobre mí y, cuando lo miré a la cara, me observaba con sumo desprecio. Tragué saliva.

–¿Vas a llevarme presa? –le pregunté.

–Es probable –repuso con voz crispada–. Antes se pilla a un mentiroso que a un cojo. –Su deje amenazante me provocó escalofríos. Esperé. Al poco, suspiró y negó con la cabeza, cansado–. ¿Por qué tú, precisamente tú, decides mentirme?

Un regusto agrio me inundó la boca.

–No te he mentido. –Sabía que no servía de nada seguir con la farsa, pero una parte de mí estaba enfadada por que me estuviese desafiando. Era una mujer adulta. Podía entrar y salir de mi propia casa como me diera la real gana.

Se sacó el móvil del bolsillo y pulsó la pantalla con una uña.

–¿Seguro? –Me mostró la pantalla, donde se reproducía un vídeo en blanco y negro en el que yo subía las escaleras y abría la puerta de entrada–. A las cuatro y ocho minutos.

Me puse en pie con un arrebato de furia quemándome por dentro.

–¿Qué coño esperabas? Solo intento mantener la calma. No te caen bien mis amigas, ni siquiera te gusta que hable con mi madre, así que es más fácil callarme las cosas.

–No digas tonterías –rezongó–. Y ya sabes por qué no me gusta Gaby.

–Es mi mejor amiga.

–¡Y te consideras psicóloga! –se rio–. Por Dios, ¿cómo consigues conservar el curro? Es una mujer tóxica y no tienes ni idea.

–No lo es…

–Ha intentado separarnos desde el día que nos conocimos. –Extendió los brazos–. Es una zorra amargada y celosa que no soporta verte feliz.

–No es verdad.

No lo era, ¿no? De acuerdo, Gaby no era la fan número uno de nuestra relación y se había mostrado en contra de algunas cosas que hasta a mí me habían causado recelo. Por eso dejé de desahogarme con ella. Ojalá no le hubiera dicho a él lo que me comentó Gaby al principio, a lo mejor así no se habría puesto tan en su contra.

–O sea que hoy has quedado con Gaby, ¿no? –me preguntó hablando lento a propósito, sin apartar los ojos de los míos.

Estaba cansada. Quería aovillarme con un libro y luego irme a la cama. Tanto drama me superaba. Me pasaba el día con los nervios a flor de piel y era una situación extenuante.

–Sí. He quedado con Gaby para tomar un café. Lo siento, debería habértelo dicho. –Esperé que admitirlo y disculparme pusiera fin a la discusión.

–¿Con Gaby? –repitió.

Lo miré con los ojos entornados, confundida por la pregunta.

–Sí.

–¿Segura?

–¿Cómo?

–Bueno, ya que me mientes tan alegremente a la cara, ¿cómo sé que hoy has quedado con Gaby y no con un tío? –Arrugó el ceño y levantó las palmas para enfatizar el argumento.

–Pues claro que no he quedado con ningún tío. –Reprimí la indignación que me embargaba.

–Eso dices. –Se cernía sobre mí.

–Sí, eso digo, coño.

–Pero no me puedo fiar de tu palabra, ¿a que no? Tú misma acabas de demostrármelo.

Me levanté y decidí irme a mi habitación, pero él me sujetó el brazo y me retuvo.

–Me estás haciendo daño. –Jadeé con la respiración entrecortada. Me rodeaba la muñeca con una mano–. Suéltame. –Tiré del brazo, pero me lo apretó más aún. Me ardía la piel bajo sus dedos.

–¿Por qué debería creer a una mentirosa? –me escupió.

–¿Se puede saber qué te crees que estás haciendo? –Pasé los ojos de mi muñeca a su cara–. Suéltame. –Intenté liberar el brazo–. Quítame las manos de encima. –Me soltó de pronto y me tambaleé hacia atrás. Me caí, me golpeé la cabeza con el reposabrazos del sofá y me mordí la lengua con fuerza.

Me quedé tumbada de espaldas en el suelo, aturdida. Me pasé una mano por los labios y luego me observé la palma manchada de sangre.

–¡Madre de Dios! –Se arrodilló a mi lado–. ¿Estás bien? Madre de Dios, estás sangrando. Mierda, ¿te encuentras bien? –Las palabras brotaron de él al inclinarse sobre mí.

Me quedé paralizada por la conmoción. Me cogió en brazos y me meció mientras me daba un beso en la frente y luego en las mejillas húmedas. Cuando levanté la vista, vi que él también tenía la cara cubierta de mi sangre.

–Sabes que odio que me mientas. Lo siento. Me paso el día hablando con mentirosos, y es algo que me enerva –me dijo a toda prisa–. Y, si te digo la verdad, me recuerda a mi padre, que solía hacerle luz de gas a mi madre. No soporto pensar que somos como ellos. No soporto que me mientas. No volverás a mentirme, ¿verdad que no? Necesito poder confiar en ti. Eres lo que más me importa en este mundo, ya lo sabes. Todo esto no habría pasado si no me hubieses mentido. No volverás a hacerlo, ¿verdad? Te necesito. Te quiero. No puedo perderte.

Empezó a llorar, con el rostro demudado y mojado de lágrimas.

Negué con la cabeza. La sangre metálica se me acumulaba en la lengua hinchada. Abrí la boca para hablar, pero me detuve. ¿Qué iba a decirle? Él tenía razón. Le había mentido. Era yo quien había provocado la discusión. Y él tan solo me había hecho una pregunta sincera.

Me recosté en sus brazos. Cerré los ojos y sus sollozos confirmaron lo arrepentido que estaba. En realidad, yo también era culpable de lo ocurrido. Y me había golpeado la cabeza al caer. Él no me había empujado.

–Lo siento –le dije–. No volveré a mentirte.

Su respiración se relajó.

–¿Me lo prometes? –susurró, besándome con ternura en la frente.

–Te lo prometo.

Capítulo 37

–¿Me estás diciendo que la coerción y el comportamiento abusivo fue en aumento? –le pregunté cuando terminó de hablar.

Con un gimoteo, Laura asintió. Sujetaba la esquina del pañuelo entre los dedos y tiró del triángulo blanquecino. Había algo en sus acciones que me resultaba falso, pero no supe concretar qué era. Una vez más, pensé en todas las mujeres que se habían sentado delante de mí mientras desnudaban el alma y en cómo percibía sus emociones palpables en la estancia. Pero con Laura no sentía nada. Aunque intenté mostrar empatía, no encontré ni una pizca.

Estaba situada enfrente de ella, pero de reojo veía a Melanie. Se inclinó hacia delante, atenta.

–¿Era violento a menudo? –le pregunté.

–A menudo no –repuso Laura al tiempo que tiraba del pañuelo y desmenuzaba las fibras–. Era más bien que… no le gustaba que lo desafiara.

–¿Que lo desafiaras cómo?

–Por ejemplo, si le contestaba o hacía algo que no le gustaba.

–Parece una situación complicada por la que navegar. –Hablé con voz firme, pero seguía sin creer que me estuviera contando toda la verdad. Necesitaba saber qué sucedió aquella noche. Decidí ir a por todas–. ¿Acabó desembocando en algo crítico?

–Más o menos –repuso–. Fue la noche que descubrí algo.

El tiempo se alargó. Estaba convencida de que Laura disfrutaba al hacerme esperar.

–¿Qué descubriste? –le pregunté cuando ya no pude aguantarlo más–. ¿Qué pasó?

–Me dijo que trabajaba hasta tarde. –Se puso un trozo de pañuelo roto en el muslo y arrancó otro pedazo poco a poco–. Últimamente lo ha hecho mucho.

Vi cómo un retazo blanco le caía de los dedos hasta el suelo. Mi cerebro le gritó que siguiese hablando. Me quedé quieta y escuché.

–Pero encontré un recibo.

–¿Un recibo? –No puede evitarlo–. ¿Qué tipo de recibo?

–No me puedo creer que lo hubiese olvidado… Ni eso ni todo lo otro, las cosas que empezaron a pasar. Y cómo se comportaba conmigo.

–¿A qué te refieres en concreto?

Me pareció una manipulación, como si estuviera burlándose de mí. El reloj que estaba sobre la mesa marcaba el paso de los segundos. Quise chillarle que al cabo de veinticuatro horas se nos agotaría el tiempo, así que debía llegar al punto de decirme de una vez cómo la habían hallado cubierta de sangre de otra persona.

–A toda clase de cosas, en realidad. Al final, la situación se volvió más… perversa.

Quería detalles. Quería que me contara qué diantres pasaba.

–Háblame del recibo, Laura.

–Era de un restaurante –dijo con voz temblorosa–. Menudo tópico, ¿eh? Encontré la cuenta de un restaurante elegante en la cartera de mi novio. –Me miró a los ojos antes de añadir–: Fue entonces cuando tuve pruebas de que Daniel me estaba poniendo los cuernos.

Capítulo 38

El pasado

Seguramente pedir una segunda botella de vino en el restaurante fue excesivo, sobre todo por lo cara que era, pero no todos los días celebra una su cumpleaños. En el taxi de vuelta a casa, la vista se me emborronó un poco, con la concentración al treinta por ciento, y me sentí más liviana que en los últimos meses. Era ridículo lo orgullosa que estaba de mí misma por no haberme cargado la velada mencionando alguna de las cosas de las que según él siempre alardeo. Nos lo habíamos pasado bien, como en los viejos tiempos. Cuando volvimos a casa y cerramos la puerta, tampoco sentí los nervios que estaban siendo tan habituales ya.

Lo vi sentarse en el último escalón y desatarse los zapatos. Estaba guapísimo con traje. No le había dicho que la camarera lo había repasado porque sabía que el comentario lo irritaría. La chica lo había mirado de arriba abajo y presté atención por si él se mostraba igual de interesado. Pero no, no mucho. No lo suficiente como para iniciar una discusión. No la noche de mi cumpleaños.

–¿Una última copa? –me preguntó mientras se levantaba y se estiraba.

La camisa se le salió de los pantalones y dejó al descubierto el sendero de vello oscuro que le iba del ombligo al estrecho cinturón de piel. Esperé sentir el cosquilleo que me entraba antes de pensar que nos acostaríamos. Nada. Fue una decepción porque él seguro que quería acostarse conmigo esa noche. Su apetito sexual era más alto que el mío y hacía tiempo que había caído en la cuenta de que era más fácil cumplir y punto. No sabía a dónde se había ido mi libido y supe que era algo que lo fastidiaba, ya que pensaba que no

lo deseaba. No tenía ni idea de lo mucho que me esforzaba para demostrarle que sí.

–Venga –acepté–, ¿por qué no? ¿Qué te apetece?

Lo seguí hasta la cocina. Se sacó el móvil y la cartera del bolsillo y los dejó sobre la mesa antes de colgar la chaqueta en el respaldo de una silla y abrir el armario para girar botellas de alcohol y examinar las etiquetas.

De repente, le sonó el móvil. Miré la pantalla. Ponía «Solete». Me dio un vuelco el estómago. Quise cogerlo, pero se giró y se me adelantó.

–¿Quién es? –le pregunté, intentando hablar con voz neutral.

–Del curro –respondió, metiéndose el móvil en el bolsillo de los pantalones.

–Decía «Solete». –Arrastré la ese inicial.

Eligió una botella de Jack Daniel's y la dejó sobre la mesa.

–Es la vaca pesada del equipo forense.

Tragué saliva, de pronto incapaz de concentrarme.

–Me dijiste que se llamaba Paula. ¿Por qué te escribe a estas horas?

–Por Dios –exclamó–. ¿Llevas una lista con todas las mujeres que he mencionado? ¿No es un poco…? –Se llevó un dedo a la sien y lo giró dando vueltas–. Ya estamos otra vez. Te vas a cargar la noche de hoy por tus celos absurdos. –Cogió un vaso y cerró de golpe la puerta del armario antes de servirse una buena cantidad–. Es un apodo irónico, que lo sepas. Una coña. Quizá por eso no lo pillas. Podrías competir con la idiota de Paula en un concurso de amargadas, ¿sabes? Deberíais participar solo vosotras para saber quién es la más quejica del puto año. Yo apostaría por ti.

No me miró a los ojos al hablar. Cuando se giró hacia mí, supe que me estaba mintiendo. El móvil le sonó de nuevo.

–Voy al baño. A ver si cuando vuelva dejas de comportarte como una chiflada que sospecha de todo.

¿Quién anuncia que va al baño en su propia casa? Dijera lo que me dijera, supe que debía echarle un vistazo a su móvil. Era mi

cumpleaños, esa noche debería girar en torno a mí. Había hecho lo imposible por creerlo cuando en los últimos meses me había asegurado que se quedaba trabajando hasta tarde y por lo general ignoraba las llamadas y los mensajes, que siempre lo hacían salir del cuarto para responder. Pero esa noche debía ser especial.

Tenía treinta y pico. Siempre había pensado que a esas alturas sería madre de un par de niños, pero seguía esperando a que él encontrara un buen momento. En aquel preciso instante, supe que para él nunca habría un buen momento y la pérdida me perforó un agujero en el centro de mi ser. Al observar mi cocina impoluta, con las superficies brillantes como a él le gustaban tanto, supe que en las baldosas del suelo nunca habría juguetes de plástico desperdigados. Él no toleraría el desorden, la disrupción en su vida. No permitiría que nada lo hiciese bajar del escalafón más alto. Me di cuenta de que mi novio pasaría por encima de cualquier cosa y de cualquier persona para mantener su estatus de mandamás. Ya había pasado por encima de mí y me estaba pisando el cuello con el pie.

Eché un ojo hacia el pasillo y la vergüenza que me daba permitir que me tratase de esa manera hizo que me ardiera la cara. Su cartera estaba encima de la mesa, hinchada y cuadrada. Presté atención y, como no oí pasos, la cogí y abrí la sección donde guardaba los recibos. El primero era el de la cena de esa noche. El siguiente, de gasolina. Al oír un ruido, me quedé paralizada. Miré hacia el pasillo, pero no me llegaba nada más que su voz desde el cuarto de baño del piso de abajo, apenas audible. Estaba hablando con alguien por teléfono. Qué cabronazo. Saqué el siguiente recibo. Era la cuenta del mismo restaurante al que habíamos ido esa noche. Miré la fecha. Dos días antes. Cuando me dijo que se había quedado trabajando en un caso.

–¿Qué cojones crees que estás haciendo?

Su voz hizo que me diera un brinco el cerebro. Las terminaciones nerviosas me hormigueaban en todos y cada uno de los centímetros de mi piel. Sostuve el recibo con dedos temblorosos.

–¿De qué es este recibo?

Caminó hacia mí y me lo arrancó de la mano.

–¿Cómo te atreves a husmear en mi cartera?

–¿Con quién estabas hablando?

–No estaba hablando con nadie.

El desprecio con el que me respondía me hizo cuestionarme.

–Te he oído –dije.

Lo había oído. Estaba convencida.

–Creo que voy a tener que hablar con tu supervisor. –Se me acercó y bajó la voz–. Está claro que desvarías. Debe de ser peligroso en tu profesión, ¿no? Una psicóloga que ha perdido completamente la noción de la realidad. Joder, nunca habías caído tan bajo. –Se guardó el recibo en el compartimento y cerró la cartera a pocos centímetros de mi cara–. Creo que ha llegado la hora de que te disculpes, puta loca.

Fueron esas palabras las que pulsaron el interruptor. En mi cabeza se reprodujeron las de Chloe, una paciente a la que había tratado a principios de esa semana. Fue a Urgencias con quemaduras en las muñecas y en los tobillos, donde su marido la había atado al radiador de la cocina para pegarle con una cuchara de madera por sugerirle que cogiera él el kétchup de la nevera. Su hija adolescente la había desatado y Chloe había cogido el autobús hacia el hospital sin siquiera ponerse zapatos antes.

En el informe que había leído, ponía que su esposo se había presentado en el hospital gritando que era una puta loca. Según él, era una mentirosa. Era una puta loca sin más. Cuando la conocí, se pasó la mayor parte de la sesión explicándome en qué se había equivocado.

–Trabaja muchísimo –dijo mientras yo intentaba no contemplar las marcas de cuchara que lucía en la mejilla–. No es mucho pedir que tenga lista la cena cuando vuelva a casa, ¿no? No me habría pasado nada por ir a buscarle el kétchup. Soy una vaca vaga, ese es mi problema.

Pero ese no era su problema en absoluto. Su problema era que un maltratador se había introducido en su cabeza. Cuando la policía llegó, los agentes no pudieron ayudarla. No quiso denunciar, así que dijeron que estaban atados de manos. Incluso vi a uno de ellos

reprimiendo una carcajada por el símil. Se suponía que la gente como mi pareja protegía a mujeres vulnerables.

–Sal de esta casa –dije en un susurro.

–¿Otra vez con esas? –Curvó los labios–. ¿Vas a tener uno de tus berrinches? ¿Vas a tirar tus juguetes del cochecito porque se te ha metido una idea absurda en la mente? –Fue a coger el vaso, pero yo llegué antes que él. Lo levanté encima de mi cabeza y lo arrojé al suelo.

Él dio un paso atrás con un gritito.

–Te has vuelto loca –exclamó. Soltó una carcajada forzada–. Muy bien, me voy a ir media hora mientras tú limpias. –Me señaló con un dedo tan cerca que olí el ajo de las gambas que había pelado un rato antes–. Más te vale haber preparado una buena disculpa para cuando vuelva.

Cogió la chaqueta del respaldo de la silla y se fue por el pasillo hasta cruzar la puerta.

Cuando se cerró con un chasquido, una nueva energía me recorrió entera. No se me había ido la cabeza. Él intentaba que pensara eso. Y, para mi vergüenza, había caído en su trampa. Vi la trayectoria de nuestra relación con claridad por primera vez. Había usado una estratagema tan vieja como el maltrato. Primero me había conquistado con un amor intenso y deslumbrante y luego me había ido minando la moral, infiltrándose en mis pensamientos hasta que era su voz la que oía en mi mente, no la mía.

Pues se acabó.

Las palabras de todas las mujeres a las que había tratado con los años, y que habían padecido a manos de maltratadores, se reprodujeron en mi cerebro y comenzaron a chillar. Todo el dolor, todo el miedo y el sufrimiento. Las mentiras que se decían a sí mismas porque esos hombres les habían inoculado veneno en la cabeza, sustituyendo el lenguaje de ellas con el suyo propio para que se culparan a sí mismas y se disculpasen por haber provocado que les rompieran los huesos y les partieran los labios. Y pidieran perdón por ser unas frígidas mientras los cabrones las violaban una noche tras otra.

Ardía con una rabia furibunda por todas las veces que me había hecho creer que era tonta o que imaginaba cosas. Por todas las veces que me había tumbado en la cama mientras él me penetraba y emitía ruidos como si lo disfrutara, ignorando el escozor y el doloroso embate, y deseando que se corriera enseguida para poder dormir un poco.

Bajé la vista hasta los cristales rotos del suelo. La base del vaso seguía intacta y le sobresalía una esquirla. En esos instantes, me sentía de tal forma que, como él volviese a casa esperando una disculpa por mi parte, lo más probable era que terminase con ese pedazo de cristal clavado en el cuello.

Capítulo 39

–Creo que Daniel fue al Fulvia con otra mujer.

El fluorescente titiló de nuevo cuando Laura terminó de hablar. Todas levantamos la vista. El chisme zumbó hasta estabilizarse, arrojando su luz amarillenta y artificial sobre las tres. Yo estaba sentada, rígida e incrédula. No me podía creer lo que estaba oyendo. Era simplemente increíble. Miré a Melanie para comprobar que había oído lo mismo que yo, pero mi compañera pasaba la vista de Laura a mí con expresión indescifrable. Pero, claro, no había sido ella la que había ido al Fulvia con su marido la noche a la que se refería Laura. Yo sí.

–¿Cómo dices que se llamaba el restaurante? –le pregunté. No lo había oído mal, es que era incapaz de asimilarlo. No era una mera coincidencia. Era un ataque dirigido como un misil.

–Fulvia.

Me miró fijamente a los ojos. Me quedó clarísimo que Laura sabía que era el restaurante al que me había llevado Connor en mi cumpleaños. Fue la última noche que habíamos pasado juntos y, en cierto modo, la mujer que estaba sentada delante de mí estaba al corriente. Se me revolvieron las tripas. Laura lo sabía todo de mí, de Connor, y sabía dónde estaba él. Ya no había ninguna duda en mi cabeza.

–¿Encontraste la cuenta de dos personas que el 10 de marzo cenaron en un restaurante llamado Fulvia?

Laura asintió y jugueteó con los restos del pañuelo. Incluso ese gesto me resultaba artificioso, un forzado intento por aparentar nervios. Quería arrancárselo de las manos y soltarle que dejara ya el

numerito. No engañaba a nadie. Sin embargo, cuando miré a Melanie, supe que no era cierto. Con el labio inferior apresado entre los dientes y los ojos brillantes, estaba embelesada.

–Es un restaurante italiano muy bonito, aunque caro. ¿Lo conoces? –dijo Laura con tal calma que me entraron ganas de cogerla del cuello y estrangularla.

Bajé la vista a mis notas, fingiendo leer, pero las letras se emborronaron. Me clavé las uñas en las palmas. No iba a llorar enfrente de esa mujer. De esa «paciente», me recordé.

–Pues sí.

Cogí un pañuelo de la caja de la mesa y me soné la nariz, y al mismo tiempo me froté la comisura de los ojos. Estaba intentando ganar tiempo. Debía desentrañar el razonamiento de Laura y llegar a su objetivo. ¿Qué pretendía exactamente? No me cabía ninguna duda de que tramaba algo.

–No me puedo creer que llevase a otra mujer allí.

Parecía a punto de echarse a llorar de nuevo. Esa mujer debería ser actriz, no psicóloga. Ganaría un puñetero Óscar.

–¿Estás segura de que fue con otra mujer? –le pregunté, más por mí que por ella. A lo mejor Daniel había estado a unas cuantas mesas de Connor y de mí en una reunión de trabajo la mar de inocente. Pero sabía que no era el caso porque Daniel no existía. Daniel era Connor y ella era el demonio.

–No es el tipo de sitio al que va alguien para una reunión de trabajo, a no ser que quieras llevarte a tu compañero a la cama. Está lleno de velas y de iluminación tenue, ¿no?

La miré a los ojos. Me estaba observando. Mejor dicho, me estaba vigilando. Tenía los ojos azules clavados en mi rostro. Sentada delante de ella, me costaba creer que unos días antes me hubiese recordado tanto a Sarah. Ya no. Sarah era amable y simpática. Era cándida y confiada. Siempre me pregunté si, de haber sido menos propensa a ver lo mejor en las personas, habría reconocido las señales de maltrato a principios de su relación y seguiría viva. Pero soy psicóloga y me he formado para leer entre líneas, descifrar el lenguaje corporal y percibir las emociones de los

demás, y a mí me había embaucado un monstruo manipulador, así que ¿qué esperanza había para una confiada adolescente? La gente hábil y malvada consigue que veas lo que quieren que veas.

Laura era totalmente opuesta a Sarah. Era una mujer muy lista, desprendía astucia. Le brotaba incluso desde cada orificio. No me cupo ninguna duda de que todo lo que decía estaba planeado al milímetro para tener el máximo impacto en mí. Lo que no conseguía comprender era por qué. Fueran cuales fueran sus intenciones ocultas, debía admitir que su ardid estaba funcionando. No podía evitar imaginarme el rostro de Connor, sentado a la mesa delante de mí en el Fulvia, con los pómulos iluminados por las velas. Me llegaban el olor del pollo a la *cacciatore* que pidió la noche de mi cumpleaños y el sabor de la botella de *chianti* que compartimos.

El instinto me decía que debía poner fin a la sesión en aquel preciso instante para luego girarme hacia Melanie y explicarle todas y cada una de las airadas razones que me hacían estar convencida de que Laura había urdido una partida retorcida que jugar conmigo. Estaba segura de que había pedido que la tratara yo y me había traído hasta ese lugar dejado de la mano de Dios por un motivo perverso, y en el fondo sabía que estaba relacionado sí o sí con la desaparición de Connor. Porque mi marido había desaparecido, y esa realidad hizo que todas las células de mi cuerpo se pusieran a chillar de dolor.

Laura se recostó en una pose que interpreté como desafiante. «Mira lo relajada que estoy», decía su lenguaje corporal con petulancia mientras sus posibles motivaciones daban vueltas en mi cerebro. ¿Estaba involucrada en alguna especie de banda criminal que había secuestrado a Connor? ¿Jimmy Bray estaba detrás? Quizá fuese una especie de represalia por lo que creía que iba a hacer yo con su esposa y su hijo. Pareja por pareja. Me imaginé a Laura seduciendo a Connor, fingiendo iniciar una relación y luego atrayéndolo hasta la trampa planeada por Jimmy Bray desde la cárcel. Pero ¿qué sacaría Laura de todo eso? ¿Y por qué iban a encontrarla cubierta de la sangre de Connor? Contemplé la puerta cerrada con llave. Seguro que nadie aceptaría fingir un brote

psicótico y terminar encerrado en un sitio como ese ni por todo el oro del mundo, ¿no?

Con la vista de nuevo sobre la libreta, rechacé aquella posibilidad. Era absurda. Esas cosas solamente sucedían en las películas. La única explicación plausible era que Laura tuviese una apasionada aventura con Connor, que le hubiera hecho daño y luego me hubiese atraído hasta Heaton Place en una especie de horrible venganza por cómo la había tratado él. La idea de que era más que probable que Connor hubiera tratado mal a otra mujer me golpeó en el plexo solar. Era otra cosa que me había afectado de las historias de Laura: sus experiencias con el tal Daniel se parecían enormemente a las mías con Connor. En los últimos días, había llegado a comprender algo que sabía en el fondo, pero que llevaba años intentando evitar: Connor no era un buen marido. No era siquiera un buen hombre.

Cuando Laura apoyó la cabeza en el respaldo del sofá, noté su mirada fija en mí y supe que ella conocía la verdadera identidad de Connor. Y cómo era. Quizá me culpaba a mí o estaba resentida conmigo por no haberme enfrentado a él y haberle dejado pensar que tenía derecho a tratar a las mujeres como si fueran sus juguetes. Tal vez de eso se trataba: de venganza. En ese momento, era lo único que tenía algo de sentido.

Pero no tenía ninguna prueba de que hubiese conocido a mi marido. Y era lo que necesitaba, pruebas. Sin ellas, tan solo podía argüir una sucesión de extrañas consecuencias y un presentimiento que me calaba los huesos. Sabía –y sospechaba que Laura también– que, si empezaba a acusar a una paciente de jugar conmigo, sería yo la que terminaría siendo investigada. Sería mi carrera la que correría peligro. A lo mejor era lo que quería ella, pensé al verla hacer añicos el último trozo de pañuelo. A lo mejor quería destruir mi profesión. A lo mejor formaba parte de su plan. Pero ¿en qué la beneficiaría a ella?

Debía ser más inteligente que ella. No podía contarle ninguna otra sospecha a Melanie, ni a nadie, hasta que tuviera pruebas concretas de que Laura intentaba jugar conmigo. Estaba convencida

de que había sido ella la que me había cogido la tarjeta del dormitorio para dar la impresión de que yo no era de fiar. No sabía cómo había conseguido llevarse mis llaves, pero sí que sabía que mi móvil había desaparecido cuando Laura era la única presente en la sala.

Iba a empezar por ahí. Esa sería la prueba que necesitaba para demostrar lo que había comenzado a creer en el fondo de mi ser: que Laura le había hecho daño a Connor e intentaba destruirme.

Capítulo 40

Le pedí a Julie que se quedara en la sala mientras Melanie y Aidan acompañaban a Laura a su habitación después de la sesión.

–Tengo que pedirte un favor –le dije–. Ven y siéntate un momento.

Se acercó y tomó asiento con cautela en el sofá rosa que solía ocupar Laura. Noté que miraba hacia la esfera negra de la cámara y me pregunté si le preocupaba sobrepasar sus responsabilidades laborales. En ese caso, era improbable que aceptara lo que iba a pedirle.

–¿Qué pasa, cielo? –me dijo mientras jugueteaba con la coleta desgreñada en la que se recogía el pelo por encima de la zona al rape.

Al oír la amabilidad de su voz, tuve que tragarme las lágrimas. Necesitaba desesperadamente a una amiga. Necesitaba poder confiar en alguien, pero no podía arriesgarme a compartir lo que ocurría en mi cabeza hasta que tuviese pruebas tangibles.

–Me preocupa no estar llegando tan lejos con Laura como me gustaría. Solo nos queda la sesión de esta tarde y una más mañana por la mañana. –Sentía una presión en el pecho que era como si unas manos me estrujaran los pulmones–. Si para mañana no he podido ayudar a Laura a acceder a sus recuerdos, me preocupa que nunca vuelva a recordar lo que pasó. Alguien podría haber muerto y puede que nunca lleguemos a encontrar a esa persona. Incluso podría ser que fuese a juicio por un asesinato que no ha cometido. –Abrí muchísimo los ojos con expresión sincera–. Estoy devanándome los sesos buscando algo que lo impida.

Julie contempló de nuevo la cámara.

–Yo no soy psicóloga –repuso–. Ni siquiera estoy en la sala cuando estáis en terapia. No sé en qué te puedo ayudar. –Adelantó el labio inferior y sopló un poco para apartarse unos cuantos cabellos de la frente. Contuve la culpa que me inundaba por ponerla nerviosa.

–No te sientas obligada, por favor. –No sabía por qué se lo decía. Era imperativo que se sintiera obligada–. Lo que necesito es ayuda práctica.

–Ah. ¿Qué necesitas exactamente?

–¿Sabes dónde está la habitación de Laura?

Se removió en el borde del asiento y los pantalones de la bata crujieron sobre la tela sintética.

–Mmm, sí. Está en el mismo pasillo que nosotros.

–¿Duerme en los viejos barracones? –Un escalofrío me puso el vello de punta.

Julie asintió.

–¿No te comentó Melanie que a veces instalan a pacientes por allí cuando hay demasiados?

Tenía el vago recuerdo de que Melanie me informase de algo así, pero el hecho de que Laura hubiese estado tan cerca de mí mientras dormía me dejó un regusto amargo en la boca.

–¿Dónde exactamente?

–Es la última habitación antes del pasadizo de cristal.

El sudor se me acumulaba en las axilas. Había pasado por delante de su dormitorio al cruzar de un edificio al otro y no había tenido ni idea. Me incliné hacia delante y bajé la voz hasta hablar en susurros.

–¿Tienes una llave que dé acceso a las habitaciones de todos los pacientes?

–¿A las de todos?

Había llegado el momento de dejar de andarse con tiento.

–Necesito entrar en el cuarto de Laura. ¿Me puedes ayudar?

En el pasillo sonó un grito. Julie se puso en pie y corrió hacia la puerta. Arrimó la cara al cristal y cogió la llave con una mano cuando se alzó otro aullido. De repente, un golpe me sobresaltó. Ya estaba con los nervios a flor de piel, y los chillidos que le siguieron me perforaron los tímpanos y me rebanaron el cerebro. Julie abrió la puerta y parecía dispuesta a salir al pasillo cuando el martilleo se interrumpió de pronto. Alguien volvió a gritar, pero el ruido sonó amortiguado, como si alguien le hubiese tapado la boca a esa persona. Tuve que detener a mi cerebro para que no visualizara una mano cubriéndome los labios.

Boqueé en busca de aire, con inhalaciones demasiado superficiales como para satisfacer mi necesidad de oxígeno. Intenté bostezar para respirar hondo, pero se me atenazaron los pulmones. Mareada, vi cómo Julie asentía hacia alguien a quien no vi y regresaba al interior de la sala. El cerrojo se cerró y la cabeza me dio vueltas por el alivio. Me resultó desconcertante, ya que me moría por salir de aquel espantoso lugar.

–Creía que todos los equipos debían limitarse a sus propios pacientes –comenté al recordar otras ocasiones en las que Aidan y Julie no habían intervenido en incidentes que parecieron mayores.

–Como estamos solas aquí, tenía que asegurarme de que estuvieses a salvo –dijo–. Es mi trabajo.

Le sonreí.

–Gracias. –Quise añadir que me sentía mucho más amenazada por Laura que por los gritos que sonaban fuera de esa sala, pero no podía decírselo–. De verdad que agradezco tu ayuda.

–No hay de qué.

–Lo dicho, ¿podrías abrirme la puerta del cuarto de Laura? –le pregunté cuando volvió a sentarse.

–No creo que… –Julie frunció el ceño.

–Es importante –la interrumpí– para su tratamiento. En casos como este, el paciente a veces se miente a sí mismo tanto como nos miente a todos…

–¿Crees que Laura está mintiendo?

Estuve a punto de darme un bofetón por haberlo expresado de manera tan torpe. Formar frases coherentes empezaba a ser complicado, pero obligué a mi cerebro a concentrarse.

–No, mintiendo no, perdona. Lo que quiero decir que es que en algún lugar, quizá en el fondo de su subconsciente, sabe lo que ocurrió esa noche. Sabe de dónde salió esa sangre y sabe de quién era. –Me encogí al ver una repentina imagen del rostro afligido de Connor, con sangre manándole de una herida del pecho–. Si me han traído aquí, es para abrir su subconsciente y que pueda acceder a esos recuerdos. Pero se me está agotando el tiempo. Creo que no soportaría no haber hecho todo lo que estaba en mi mano para así asegurarme de que descubría la verdad. ¿Tú sí?

Julie negó con la cabeza, pero, por cómo curvaba la parte izquierda de los labios, advertí que no estaba convencida.

–¿Cómo te ayuda con eso entrar en su habitación?

Buena pregunta. Me inventé una respuesta.

–Porque a menudo, cuando una persona padece un trauma pero no lo procesa de forma consciente o verbal, su cerebro encuentra otros modos de sacarlo.

–Vale… –Frunció la nariz y supe que debía esforzarme más todavía.

–Por lo tanto, es posible que Laura esté usando otro medio para lidiar con lo que le ha pasado. –«O con lo que ha hecho», añadí para mis adentros–. A lo mejor ha dibujado algo, por ejemplo, o ha escrito notas o un diario o…

–¿Quieres entrar en su habitación para ver si hay pruebas? –Julie enarcó una ceja.

–Pruebas no –me apresuré a aclarar, desesperada por sonar convincente–. Cualquier cosa que pueda ayudar en su proceso terapéutico. Por culpa del tiempo que nos queda, es bastante urgente, ¿entiendes?

–Claro. –Julie asintió–. Es lógico.

–Estupendo.

–Pero no tengo llave de su cuarto.

–Vaya.

Me cayó el alma a los pies. Me había permitido albergar esperanzas durante unos instantes y la posibilidad comenzaba a esfumarse lentamente.

–Pero podría intentar conseguir una.

Estuve a punto de darle un beso en los morros.

–¿Tendrías que pedírsela a Melanie…? –le pregunté en voz baja y acelerada–. Es que… No es una práctica estándar. O sea, que no es inmoral ni nada, pero ya sabes que en este centro hay un montón de protocolos y se nos agota el tiempo. Si hay que pasar por todos los procesos para registrar una habitación…

–Pero no se trata de registrarla, ¿no?

–Exacto. –Cogí aire–. Solo quiero echar un rápido vistazo para ver si hay algo que pueda ayudarme a ayudar a Laura.

Julie apretó los labios, como si estuviera sopesando la viabilidad de mi sugerencia. Se me desbocó el pulso.

–Si les digo a los de la recepción que Melanie me ha dicho que tengo que acceder a todo el pasillo, quizá me den una llave sin tener que solicitarla formalmente.

–Me sería de gran ayuda –me animé–. ¿Estás dispuesta a intentarlo?

–Supongo que no haré daño a nadie intentándolo. Pero no puedo prometerte nada. Te llevaré hasta tu habitación y luego bajaré a preguntar. Si lo consigo, podrías entrar cuando baje a comer. ¿Te iría bien así?

–Sería maravilloso. Eres un ángel –dije sonriéndole.

Era justamente lo que necesitaba en esos momentos: un ángel de la guarda que me salvara del diablo y del infierno en el que se había convertido Heaton Place.

Capítulo 41

Cuando Julie y yo llegamos hasta mi habitación, me sentía un pelín más animada. Y menos impotente ahora que había urdido un plan.

–Gracias por aceptar ir a por la llave –dije–. Te lo agradezco de corazón.

Julie frunció los labios. Unas finas arrugas señalaban hacia su boca.

–Lo he pensado al venir hasta aquí y, lo siento, sé que te he dicho que lo haría, pero no sé si me puedo arriesgar a actuar a espaldas de Melanie así.

Me desinflé por completo.

–No se trata de actuar a espaldas de ella, se trata de… ayudar a Laura.

–No sé si los jefes lo verían así. Lo siento, Emma. Quiero ayudarte, pero necesito este trabajo. Mi hija Marnie se está formando para ser electricista y vivimos de mi salario, así que nos quedaríamos en una situación precaria si… No me puedo arriesgar a contravenir las reglas.

Aidan abrió la puerta de su habitación y salió al pasillo. Estiró los brazos detrás de la cabeza para presumir de músculos.

–¿Va todo bien?

Miré a Julie con rostro suplicante, pero me dedicó una sonrisa de disculpa, acercó la llave al cerrojo y me abrió la puerta.

–Lo siento, cielo. –También abrió la de su cuarto y se quedó en el umbral–. ¿A lo mejor te puede ayudar Aidan?

–¿Con qué?

El ordenanza se dirigió hacia mí, bajó los brazos, agitó los dedos y se crujió los nudillos. Obviamente, había visto demasiadas películas de gánsteres. Apestaba a cigarrillos y me pregunté dónde había encontrado un sitio para fumar en Heaton Place. Si fumaba en su habitación, no era un maniático de las normas, y eso podría beneficiarme.

–Entra –le indiqué. Tenía ganas de alejarme del pasillo, donde podía pasar y escucharnos más gente.

Miró a derecha y a izquierda antes de entrar en mi habitación conmigo y cerró la puerta tras de sí. Se acercó a la ventana, con paso confiado, como si fuera su propio cuarto. El aire frío me pareció una mano que me acariciaba la piel sin permiso y empecé a pensar que quizá había cometido un error al invitarlo a mi dormitorio. Su cuerpo fornido bloqueaba casi toda la luz que entraba por la ventana. Me daba la espalda en una postura desdeñosa a propósito. Hizo breves gestos y flexionó los músculos para demostrar que sus hombros llenaban la bata y que sus tríceps y bíceps sobresalían de las mangas cortas. El tatuaje de la calavera me miraba desde el costado. Me daba la sensación de que la llave de la boca sonreía cuando Aidan apretaba el puño.Giró la cabeza y me observó como quien no quiere la cosa.

–¿Con qué necesitas ayuda?

Estuve tentada a fingir que no era nada. El instinto me decía que no quería que ese tío se me acercara. Sin embargo, necesitaba entrar en la habitación de Laura.

–Esperaba que pudieras conseguirme una llave –respondí, irritada conmigo misma por no ser capaz de imprimir un tono autoritario a mi voz. Era la psicóloga principal del caso. Estaba al mando. Me miró de arriba abajo y me harté de su comportamiento masculino–. ¿Sabes qué? –dije. El pulso acelerado me dijo que podría estar en peligro de verdad–. Déjalo. Bajaré a la recepción y me encargaré yo misma.Dio media vuelta hacia mí.

–¿En la habitación de quién quieres entrar?

No me sentía a salvo. La adrenalina vibraba por mi cuerpo y me hacía temblar. Quería que saliese de mi cuarto.

–Da igual, en serio.

Echó a caminar hacia mí y tuve que reunir toda mi fuerza de voluntad para no retroceder.

–No te darán ninguna llave –dijo en voz baja y con deliberada lentitud–. No eres parte del personal permanente.

–A lo mejor me la dan cuando les explique para qué la quiero. –Ni yo me lo creía. Por cómo entornó los ojos, deduje que él tampoco.

–¿La habitación de quién?

Su aliento rancio me dio en la cara. Levanté la barbilla. Era unos cuantos centímetros más alta que él y era su jefa. A pesar de saberlo, desplacé un pie hacia atrás, más cerca de la puerta.

–Quiero ver si Laura ha dejado alguna pista de lo que hay en su subconsciente. Por eso necesito entrar en su habitación.

–Podría echarte una mano con eso –se ofreció Aidan, aproximándose más–. Podría conseguirte una llave.

Reculé, consciente de que la puerta estaba a unos centímetros tras de mí.

–Genial. ¿La podrás tener para cuando Laura baje a comer?

La voz me falló y delató lo incómoda que me ponía Aidan.

Se me acercó tanto que pude oler el hedor que desprendía, ligeramente disfrazado por un fuerte desodorante.

–¿Qué obtengo a cambio?

–¿Cómo? –Llegué al pomo de la puerta y lo apreté, pero la puerta ni se movió–. Apártate. Aléjate de mí ahora mismo. –Sentí una súbita presión en la vejiga. Visualicé una mancha oscura extendiéndose entre mis piernas–. Encima de la puerta hay una cámara –lo amenacé.

Levantó la vista y luego me miró a los ojos.

–No funciona –replicó–. Además, lo único que quiero es un favor por otro.

Tiré de nuevo del pomo de la puerta, cogí mi identificación e intenté arrancármela del cuello para ponerla sobre el sensor del cerrojo.

–Ah, venga ya –exclamó–. No te pongas así. Solo digo que podríamos echarnos una mano mutuamente. –Alzó una mano hasta mi cara y me quedé paralizada por el miedo. Me puso el dedo índice en el labio inferior y presionó hasta abrirme la boca, y luego me empezó a meter y a sacar el dedo–. ¿Ves? Eso está muy bien.

No podía moverme. Era tan consciente de tener su dedo rugoso en la boca y su uña rozándome la lengua que casi no me fijé en que con la otra mano me estaba desabrochando el pantalón de los vaqueros. El temor y la sorpresa me paralizaron cuando comprendí que me había metido la mano por dentro de la cintura del pantalón. Seguía sin poder moverme. Me sacó el dedo de la boca y me pasó la mano a la parte inferior de la cara mientras bajaba la vista hasta su otra mano. Torció los labios en una sonrisa horrible cuando oí cómo me bajaba la cremallera y empezaba a acariciarme la ropa interior.

Pensé en Sarah. Vi su cara cuando aquel cabronazo le puso las manos encima. Como si hubiera resucitado de repente, le pegué un fuerte mordisco en la carne de la palma. Soltó un grito y se apartó.

–Suéltame de una vez, joder –grité.

–Puta loca –gruñó–. Zorra chiflada.

Sacudí el pomo de la puerta y acerqué la tarjeta al cerrojo, desesperada.

–Apártate de mí –rugí, con la esperanza de que alguien me oyera en el pasillo–. En serio, no te me acerques. Te voy a denunciar. No te vas a salir con la tuya.

Tiré del pomo, pero la puerta no se movió. Empecé a llorar y los potentes sollozos me zarandearon el pecho. Empujé la puerta y golpeé la madera con el puño. Estampé la palma con tanta fuerza que me dolió como si me la hubieran azotado, pero seguí asestándole un golpe tras otro.

No acudió nadie. Aporreé la puerta con tanta violencia que pensé que me rompería los huesos de la mano. El pulso se me desbocó en los oídos cuando percibí el calor que irradiaba él, que cada vez estaba más y más cerca.

Capítulo 42

De repente, la puerta se abrió hacia dentro y me desestabilizó. Me tambaleé y noté las manos de Aidan en los brazos. Me zafé de él.

–Ni se te ocurra tocarme.

–¿Qué diantres ha sido ese ruido? –preguntó Julie desde la puerta.

En la vida había estado tan contenta de ver a alguien.

–Llama a los de Seguridad –dije con la respiración entrecortada. Me giré hacia Aidan–. Sal de mi habitación ahora mismo.

–¿Qué pasa? –Julie nos miró alternativamente con un pronunciado surco entre las cejas.

–Me ha atacado –exclamé–. Necesito denunciar un grave caso de acoso sexual. –No sé qué esperaba de Aidan, pero sin duda no era la breve y repugnante carcajada que profirió. Me giré para mirarlo a la cara. Estaba tan tranquilo. No parecía una persona a punto de ser arrestada, a punto de ver cómo perdía el trabajo y la reputación tan pronto como presentara la denuncia–. He dicho que te largues.

Levantó las manos y se dirigió hacia la puerta al tiempo que negaba con la cabeza.

–Vale, vale, pero los dos sabemos que no es lo que ha pasado. –Llegó hasta Julie y se giró hacia mí–. Ofrecer favores sexuales a cambio de la llave de la habitación de una paciente no quedará demasiado bien en tu currículum, ¿no crees?

–¿Cómo dices? –jadeé.

–Pues eso. –Se encogió de hombros–. Como se corra la voz de que intentabas encontrar la manera de entrar en el cuarto de Laura

y creías que podrías sobornarme así… –Cogió aire entre dientes–. No pinta bien la cosa.

Me giré hacia Julie.

–No es lo que ha pasado. Me ha atacado él –insistí, desesperada. Necesitaba mantener el control y gestionar lo ocurrido con más profesionalidad. Era menos probable que creyesen a una mujer histérica. Odiaba esa palabra, odiaba lo que significaba y lo que insinuaba, pero sabía que me describirían así, incluso en una institución como aquella–. Quiero hablar ahora mismo con uno de los directores del centro. Quiero llamar a la policía. –Seguía con los pantalones desabrochados–. Mira –dije, señalándome la cremallera abierta, con las mejillas al rojo vivo al verme las bragas negras de algodón–. Ha sido él.

Julie se quedó donde estaba, mirándonos con el ceño fruncido. Me dirigí hacia el pasillo, pero no se movieron. Me preparé para empujarlos. Si ella no hacía sonar la alarma y se ocupaba de que detuvieran a Aidan, lo haría yo.

–Julie –dijo Aidan con una curiosa suavidad en la voz–. Vamos, tú me conoces. Nunca haría algo así. No soy ese tipo de tíos. Me conoces.

–Un minuto. –Julie extendió el brazo hacia la puerta para impedir que me marchara–. Hablemos.

No me podía creer que me estuviera cerrando el paso.

–Mueve el brazo, por favor. –Todavía me temblaba la voz. Observé su brazo pálido y pecoso y deseé que lo bajara. No sabía cuántas ganas de luchar quedaban en mí.

–Sabes que no se lo haría nunca –canturreó Aidan, como si estuviera hablando con una amante, no con una compañera–. No lo necesito, ¿verdad que no?

–¿No lo necesitas? –Le escupí sus propias palabras–. Así se defienden todos los putos violadores. «Puedo acostarme con quien quiera, ¿para qué iba a forzar a una mujer?». –Me sentí más fuerte. Podía utilizar mi conocimiento sobre los maltratadores para defenderme–. La agresión sexual no gira solamente en torno al sexo, ¿sabes? Se trata de ejercer poder y control. No te gusta ser inferior

aquí, ¿a que no? –Lo miré a los ojos. El odio que desprendían los suyos me confirmó que estaba en lo cierto–. No te gusta que haya tantas mujeres ocupando puestos de mando.

–¿Crees que mandas algo aquí? –Se irguió cuan alto era. Vi un brillo intenso en sus ojos azules que hizo resurgir el miedo que sentía.

–Aidan –le espetó Julie–. No.

–No pienso permitir que diga esas cosas –replicó él, moviendo los dedos como si apartara un insulto–. ¿Quieres que Marnie me vea entre rejas por algo que no he hecho?

¿Marnie? Detecté indecisión en la cara de Julie.

Aidan siguió hablando en voz baja.

–Y entonces todo saldría a la luz, ¿verdad? Si me investigan a mí, tendría que contarlo todo. –Esperó unos instantes a que Julie bajara la vista al suelo–. ¿Cómo se sentiría Marnie al saber que su madre se estaba tirando a su novio? –Dio un paso hacia ella y Julie se encogió–. ¿Qué pensaría si supiera que te bajas las bragas y te abres de piernas cada vez que va a clase? Y que te mueres por que te coma el coño. –Se le acercó más aún y comenzó a susurrar, pero lo bastante alto como para que yo también lo oyese–. ¿Qué haría si me viese metiéndote los dedos en el vestuario o si supiese que me chupas la polla en el lavabo?

La bilis me inundó la boca. No me podía creer que no hubiera percibido esa dinámica entre ellos. Estaba claro que él ostentaba todo el poder en su relación. Se acostaba tanto con ella como con su hija y, por la cara que ponía Julie, estaba tan avergonzada como excitada. La electricidad chisporroteaba entre ambos. Sospeché que, si él le pidiera que le hiciese una mamada en ese instante, en el pasillo, delante de mí, ella lo haría.

Sexo y control. Eran dos cosas que iban de la mano y estaba presenciando un ejemplo aterrador.

–Julie –le dije–. Esto puede acabar. Podemos hacer que acabe.

Julie levantó la cabeza y me miró con una expresión que al principio no supe analizar, pero que al poco se convirtió en desdén y me provocó escalofríos por la columna.

–Y si no quiero que acabe, ¿qué? –me preguntó.

Capítulo 43

Aidan asomó la punta de la lengua entre los dientes al sonreírle a Julie.

–Ya sabía yo, qué guarrilla –dijo.

–Julie. –Busqué la voz tranquila que usaba en terapia a pesar de que me sentía de todo menos tranquila–. Esta dinámica no es sana, seguro que lo ves, ¿no?

–No me digas qué es sano y qué no –respondió, girándose hacia mí. Su aura maternal se había esfumado–. Tuve lo que para ti sería una relación sana con el padre de Marnie durante años y ¿sabes qué? Me aburría como una ostra. –Me miró de arriba abajo con la barbilla apoyada sobre el cuello–. Siento lástima por la gente como tú, personas santurronas de clase media con carrera, de moral criticona, y por vuestras «relaciones sanas». –Pasó los ojos hasta los bíceps de Aidan–. La posición del misionero con las luces apagadas, toda para vosotras. –Se volvió hacia mí–. ¿Alguna vez te has tirado a alguien a quien no deberías? ¿Sabes lo que se siente cuando te da por detrás un hombre veinte años más joven en un sitio donde os podrían pillar? –Vi un brillo malicioso en sus ojos–. Es una delicia.

–Entiendo la emoción del momento –repliqué–, pero te está chantajeando.

–No es ningún santo, eso ya lo sé, pero trabajo en el centro una semana sí y otra no, y el aburrimiento me daba dolores de cabeza. Y ahora… –Se encogió de hombros–. Ahora disfruto más de la vida.

–¿Disfrutas más de la vida? –Pasé la vista de uno al otro. Quería pegarle un puñetazo en la cara engreída de Aidan lo bastante fuerte como para que se cercenara la punta viscosa de la lengua.

–No me extraña que quisieras pillar cacho conmigo –dijo Aidan, pasándose las manos por el pelo, repeinado hacia atrás, y sonriéndome–. Pero, como ves, estoy muy ocupado.

Se colocó detrás de Julie, y me quedé paralizada por la incredulidad cuando le puso las manos por debajo de la bata y levantó la prenda para enseñarme la piel suave y pálida de su barriga y luego el encaje del sujetador. Me miró por encima del hombro de ella mientras le cogía los pechos con las manos y se los estrujaba, y acto seguido le metió los dedos por debajo del sostén y le frotó los pezones.

Aparté la vista, con el estómago revuelto ante aquel perturbador espectáculo, y entré en mi habitación. Cerré la puerta, y el golpetazo me devolvió los sentidos. ¿Qué narices podía hacer? Aidan no iba a admitir de ninguna manera que me hubiese agredido; y, si le contaba a Melanie el ataque y la relación de mierda que tenía con Julie, lo negarían y serían dos contra una. No tenía móvil con el que llamar a la policía. Estaba atrapada, sin nadie que pudiese ayudarme.

Oí un chasquido que se pareció al del cerrojo. Cuando levanté la cabeza, me dio un vuelco el estómago al ver la puerta abriéndose lentamente. Tenían acceso a mi cuarto. Podían entrar cuando les diera la gana.

–¡Largo! –grité–. Dejadme en paz.

–Ay, venga –dijo Aidan, llenando el umbral–. No te pongas así.

Corrí hasta la puerta y le di un empujón en el pecho con todas mis fuerzas. Siguió inmóvil y sonriendo.

–Vas a tener que esforzarte mucho más.

Julie estaba recostada en la pared del pasillo.

–Julie, por favor –le supliqué–. No me hagas esto. –De pronto, caí en la cuenta–. Fuiste tú, ¿verdad?

–¿El qué?

–Tú… –Toda la energía me abandonó–. Creí que era Laura la que jugaba conmigo, pero fuiste tú quien me robó las llaves, ¿verdad? ¿También me cogiste el móvil que me dio Melanie?

–¿Qué? –Aidan miró a Julie–. No hemos cogido ningún móvil.

Pusieron cara de confusión, pero no me los creí en ningún momento.

–¿Por qué? –añadí–. ¿Qué ganabais vosotros al hacerme pensar que me había vuelto loca?

–Te equivocas. –Julie dio un paso adelante–. No estamos jugando contigo. Solo queremos que nos dejen en paz para seguir con lo nuestro.

–Eso –terció Aidan–. No sé nada de ninguna llave ni de ningún móvil.

–No os creo –exclamé, con mil descargas eléctricas diminutas recorriéndome el cerebro. Era obvio que tenían acceso a mi habitación y siempre estaban junto a la sala de terapia, así que podrían haberme quitado el móvil, pero lo que más me inquietaba era todo lo que había dicho Laura–. Estáis todos compinchados –deduje.

–No sé a qué te refieres. Yo no soy ningún ladrón –afirmó Aidan, como si esa acusación lo ofendiera una barbaridad y se hubiese olvidado de que me había agredido y del numerito sexual que me habían obligado a presenciar unos minutos antes.

–Demostradlo –los desafié. Si pudiera entrar en la habitación de Laura y encontrar las pruebas que necesitaba, podría acudir a Melanie, explicarle las cosas rarísimas que estaban pasando y exigirle respuestas a Laura. Cuando estuviese a salvo en casa, ya llamaría a la policía, averiguaría lo que le había pasado a Connor en realidad y denunciaría la situación asquerosa y espantosa de Heaton Place–. Ayudadme a entrar en el cuarto de Laura para que vea si el móvil me lo cogió ella.

–A mí no me metas en estas tonterías –repuso Aidan, bostezando y apartándose.

–A lo mejor no se creen que me has agredido –dije–, pero, si te acuso de robar, no les quedará más remedio que registrar tu habitación. ¿Seguro que no guardas nada ahí que prefieras que la poli no vea? –Me estaba tirando un farol, pero después de ver la verdadera personalidad de Aidan, y lo embelesada que estaba Julie con él, sospechaba que los dos tenían más cosas que ocultar.

Aidan la miró a los ojos. Julie asintió y él retrocedió hasta el pasillo.

–Espéranos aquí –me indicó ella–. Iremos a buscar la llave. Pero solo porque no queremos relacionarnos con todas esas chorradas, no porque tengamos nada que esconder.

–Entendido –dije, en lugar de «mentirosos de mierda».

Abrí los puños cuando se dieron la vuelta y echaron a caminar por el pasillo, y a duras penas me fijé en el dolor de las marcas semicirculares que me había hecho en las palmas con las uñas.

Capítulo 44

Con manos temblorosas aún, apoyé la silla de la mesa contra el pomo de la puerta. Las dos personas que en teoría estaban a cargo de mi seguridad en el centro colaboraban con el enemigo. Estaba convencida. Aunque no se hubieran compinchado con Laura, uno era un agresor sexual y la otra, su cómplice. Había pasado de estar desesperada por salir de Heaton Place a sentir que corría un peligro inmediato si me quedaba una noche más.

Era inaceptable que las puertas no contaran con un pestillo doble que poder correr desde el interior. Me daba igual que a veces usaran esas habitaciones con pacientes; el personal debería sentirse a salvo. Por Dios, en ese centro todo el mundo era una amenaza. Había estado en lo cierto al sentirme vulnerable en ese cuarto, pensé mientras inmovilizaba la silla en su sitio. Había dormido al lado de un agresor y de una mujer a la que él controlaba completamente, y en el mismo pasillo en el que se alojaba una paciente que estaba decidida a hacerme daño.

Cuando estuve segura de que la puerta estaba lo más clavada posible, di vueltas por el dormitorio, más sola de lo que nunca me había sentido. Visualicé el rostro de Sarah. Mi hermana caía del puente, con la cara paralizada en un grito, la boca abierta y los ojos desorbitados por el terror. No pude dejar de imaginarme lo desesperada que tuvo que estar para suicidarse. No estuve allí para salvarla. Y en esos instantes no había nadie a quien pudiese recurrir yo. Me acerqué a la ventana y miré hacia el patio. El lado de los barracones de delante que había visto antes desde mi cuarto era ya solo escombros y más allá había una extensión de matorrales indistinguibles con una carretera estrecha que serpenteaba hacia el

horizonte. Me costaba creer que el día anterior la hubiese recorrido. Había ido a casa y luego, por inexplicable que resultase entonces, me había permitido regresar a Heaton Place. ¿Cómo había dejado que me llevasen de nuevo hasta el centro? Me había prestado voluntaria para descender al infierno otra vez.

El pomo de la puerta traqueteó. Al girarme, vi que las patas de la silla se clavaban en la moqueta. Alguien intentaba entrar.

–Emma. –Era la voz de Julie–. Déjame pasar.

–Por el amor de Dios –gruñí, con una oleada de rabia en el interior–. Deja de abrir mi puerta sin mi permiso. No volváis a hacerlo nunca más.

Tan pronto como hubiese entrado en la habitación de Laura y hubiera encontrado las pruebas que sin duda alguna hallaría allí, insistiría en que me liberasen del caso en el acto y en marcharme de Heaton Place para siempre. No pensaba pasar ni una noche más en un centro en el que había gente horrible que podía acceder a mi cuarto siempre que quisiera. Era un sitio inhumano.

La silla se quedó quieta.

–Tengo la llave que querías.

–¿Está Aidan ahí? –No quería volver a verle la cara, a no ser que fuese en un calabozo de la policía.

Oí susurros y luego una puerta que se abría y se cerraba.

–Ahora estoy sola.

Vacilante, aparté la silla y abrí la puerta. Julie se encontraba al otro lado, con una llave en la mano. Me la tendió y evitó mirarme a los ojos. Se la cogí y eché a caminar hacia el pasadizo de cristal, y me detuve ante la última puerta del pasillo.

–¿Es esta?

Julie asintió.

–¿Y seguro que no está dentro?

–No, ha ido a comer.

Ya no me fiaba lo más mínimo de ella, pero apoyé la llave sobre el panel metálico y esperé a que se accionara el cerrojo porque no sabía qué otra cosa podía hacer para obtener lo que deseaba.

Nerviosa, giré el pomo, consciente de la hipocresía de los pensamientos que había tenido minutos antes. Sin embargo, no era inhumano acceder al cuarto de una persona a la que estaban investigando por si había cometido un grave crimen. Era lógico, era un mal necesario.

Julie estaba detrás de mí. Me giré y levanté una mano.

–Quédate aquí –le ordené.

Dio un paso atrás sin dejar de evitarme la mirada.

–Como quieras.

El aura maternal se había esfumado por completo. ¿Había llegado a rodearla o yo misma lo había imaginado porque era lo que necesitaba a la desesperada? Recordé cómo se le había iluminado el rostro al mencionar a Marnie por primera vez. No, no me lo había imaginado, sino que coexistía con la parte de ella que ansiaba estímulos y atención, y estaba dispuesta a traicionar a su propia hija para conseguir una satisfacción sexual. La gente podía ser más de una cosa a la vez. Que me lo dijeran a mí, que vivía con Connor. Era el hombre encantador, cariñoso y atento del que me había enamorado. Y también era el hombre que… Me tragué los recuerdos. Independientemente de lo que hubiera pasado entre nosotros, necesitaba seguir en el presente y descubrir dónde se había metido. El resto podía esperar.

El olor a perfume empalagoso fue lo primero que detecté. Me acordé de que ya lo había olido antes, durante mis sesiones con Laura, pero no le había dado demasiada importancia. En su habitación era intenso, como si lo hubieran rociado segundos antes de que yo entrase. La botella roja con forma de corazón y tapón negro se encontraba en la mesita de noche. Era veneno.

Me quedé paralizada al oír a alguien caminando por el pasillo. Esa persona saludó a Julie y yo me erguí, con todos los músculos en tensión, a la espera de que Laura y Melanie abriesen la puerta de par en par y me encontrasen violando su intimidad. Transcurrieron varios segundos y la puerta siguió cerrada. No tenía ni idea de cuánto tardaría Laura y la adrenalina me impulsó a moverme deprisa. Abrí el armario, donde encontré jerséis grises en un estante

y un par de vaqueros en otra. Cogí unos pantalones y metí las manos en los bolsillos delanteros y luego en los traseros. Nada. Hice lo mismo con los otros y luego los plegué a toda prisa y los volví a dejar en el estante.

Sacudí los jerséis, pero no había nada ni dentro ni debajo de ellos. Miré en los rincones del armario antes de cerrarlo y pasar a la mesita de noche. Esperaba que el cajón estuviese cerrado con llave, pero se deslizó cuando tiré de la manecilla. Me martilleó el corazón en el pecho al echar un ojo en el interior, pero no vi más que un cepillo y unas cuantas gomas de pelo desperdigadas. Aparté el cepillo, frustrada por que el móvil no estuviese allí.

La habitación era tan austera como la mía. No había ningún escondrijo que resultase sospechoso a simple vista más allá del armario y la mesita. Me puse a cuatro patas en el suelo y miré debajo de la cama. La moqueta azul se extendía hasta la pared de la otra punta de la habitación.

Me levanté y fui hasta la ventana. Desde allí podía ver los restos de los barracones; la bola de demolición se alzaba a su lado a modo de amenaza. El campanario parecía mecerse, o quizá fuese yo. Me daba la impresión de que mis piernas eran el tallo de una flor marchita que ya no era lo bastante fuerte como para sostener el resto del cuerpo. Unos cuantos rayos de sol aparecieron detrás de la torre, como ojos brillantes que se asomaban de una madriguera. Me giré con hormigueos en los dedos para encontrar algo que me confirmara que no me había vuelto loca. En ese dormitorio, no había ningún sitio donde esconder nada. Si no hallaba ninguna prueba, ¿cómo podría demostrar lo que estaba haciéndome Laura y lo que le había hecho a Connor? Me dirigí al cuarto de baño y aparté la cortina de la ducha, pero dentro no había más que azulejos mohosos idénticos a los del cuarto que ocupaba yo. El plato de ducha estaba agrietado cerca de la pared. Junto al sucio desagüe había un cabello oscuro rizado, pero ya estaba.

Me giré hacia el váter y recordé una película en la que habían escondido un móvil en la cisterna, dentro de una bolsita de plástico. Oí un chirrido cuando levanté la tapa de porcelana y luego un

chasquido cuando la separé del resto de la estructura. El agua borboteaba y me entraron arcadas al tocar algo viscoso. Miré debajo de la tapa, dentro de la cisterna, pero tan solo había marcas marrones de agua y el metal y el plástico del mecanismo de la cadena. La solté sin importarme si la rompía. Se me agotaba el tiempo.

Me sequé las manos en los pantalones y registré histérica el baño en busca de algún otro escondrijo, pero únicamente había un lavabo con un cepillo de dientes y un tubo de dentífrico volcado. De vuelta en el dormitorio, me aproximé a la cama. Era mi última esperanza. Cogí la almohada y pasé los dedos por el extremo, desesperada por encontrar algo rectangular y duro. Era blanda, pero desgarré la funda de todos modos y metí la mano. Nada.

El aire me golpeó en la cara cuando retiré la manta. La levanté y la sacudí dando la espalda al sol, que entraba por la ventana como si fuera una linterna. Nada. Pasé una mano por el colchón. Era tan fino como el de mi cama, y supe que el móvil se vería enseguida si estuviese allí; como estaba histérica, empujé el colchón hacia la base de la estructura de la cama hasta que lo lancé al suelo, en la otra punta de la habitación.

Sin embargo, no había ningún móvil. Me levanté con la respiración entrecortada por el esfuerzo y por la esperanza, que se iba evaporando. Di un paso al lado para evaluar el desastre que había hecho y me llamó la atención algo pequeño situado en uno de los listones de madera. Al acercarme, el sol resplandeció en el objeto, que reflejó la luz. Parecía un anillo de plata.

Me agaché y lo cogí. Estaba frío. Me giré hacia la ventana y me puse el aro metálico en la palma. Se me desbocó el pulso al reconocer que era una alianza de boda, con un lado manchado de algo oscuro. Más hacia la ventana, con la mandíbula apretada por el miedo, lo sostuve entre el pulgar y el índice para ver la inscripción que ya sabía que figuraba en la cara interna del anillo.

Con un retumbo de corazón que resultaba ensordecedor, leí el grabado de la alianza de plata: «EB & CB».

Emma Best y Connor Best. Era la alianza de boda de mi marido. Y estaba manchada de sangre.

Capítulo 45

Me erguí, con las terminaciones nerviosas crepitando bajo mi piel, sujetando el anillo con el pulgar y el índice. El sol centelleó sobre la alianza de plata hasta que la giré para volver a contemplar la inscripción del interior y luego la mancha granate que se robaba el brillo. Abrí la boca, pero no me salió ningún sonido. Acababa de comprender qué significaba exactamente haber encontrado el anillo de boda de Connor.

El cerebro me presentó la imagen de la última vez que había cogido esa alianza con los dedos. Se me aceleró la respiración hasta componerse de rápidos sollozos al recordar ponérselo en el dedo anular de la mano izquierda en la oficina del Registro Civil el día de nuestra boda. Connor me había convencido de que lo más romántico era casarse en secreto y yo acepté, ignorando la certeza de que mi madre se sentiría dolida al saberse marginada y deleitándome con la cara de emoción que pusieron los dos estudiantes que encontramos en la calle y a quienes les pedimos que fueran los testigos. Quería a Connor, aunque ya por aquel entonces sabía que tenía defectos. ¿Acaso no todos tenemos alguno? Es lo que pensé. Nadie es perfecto.

Que yo supiera, mi marido no se había quitado el anillo desde ese día, pero lo había encontrado allí, en aquel centro infernal, escondido debajo del colchón de Laura. ¿Por qué? Me daba vueltas la cabeza. Rememoré lo que había leído en el dosier y cómo la habían encontrado. Nada tenía ningún sentido. Si Laura había matado a Connor y había movido el cadáver, seguro que se habría limpiado la sangre, ¿no? ¿Por qué iba a querer que la encontrasen si

sabía lo que supondría? Una vez más, ningún posible móvil me pareció coherente.

Me giré hacia la puerta y deseé desesperadamente que Julie fuera la mujer que pensé que era el día anterior. Necesitaba contarle a alguien las cosas extraordinarias que ocurrían en mi cerebro. Sobre todo, necesitaba llamar a la policía. No me podía imaginar cómo había logrado Laura ocultarles el anillo. Debían de haberla registrado cuando la encontraron, ¿no? De nada servía pensar en eso. Por espeluznante que fuese, el anillo era la prueba que necesitaba para demostrar que Laura le había hecho daño a Connor. Seguro que la policía tendría que obligarla a confesar dónde estaba mi marido, ¿verdad?

Con dedos temblorosos, sujeté el anillo con cuidado para no tocar la sangre. Mi mente discurría a demasiada velocidad, así que cerré los ojos e intenté concentrarme en un solo pensamiento. Ahora que tenía la prueba, podía enfrentarme a Laura y conseguir que confesara. Esa era mi intención. No me cabía ninguna duda de que su amnesia era una farsa. Estaba más convencida que nunca de que se acordaba de todo lo que había sucedido esa noche.

Corrí hasta la puerta y la abrí de golpe.

–Tengo que ir a ver a Laura ahora mismo.

Julie puso cara de asombro ante la vehemencia de mis palabras.

–Está…

–Me da igual lo que esté haciendo. Tengo que ir a verla ya.

Julie miró tras de mí y reparó en el desastre del cuarto. Frunció el ceño.

–¿Qué has hecho en su habitación?

Ya había echado a caminar en dirección al pasillo de cristal. Mis niveles de cortisol eran tan altos que pensé que podría cruzarlo volando, pero no. En el estómago noté el inicio de unas náuseas que me subieron por la garganta al cabo de un par de pasos. Un fuerte mareo me obligó a detenerme.

–¿Estás bien, cielo? –me preguntó Julie, poniéndome una mano en el brazo.

Me zafé de ella. Conmigo nada de apodos cariñosos. Esa mujer me daba asco. Abrí los ojos y vi que estaba delante del cristal, enfrente del campanario. Observé, un tanto revuelta, cómo la bola de demolición oscilaba e impactaba en el edificio. El chasquido de metal contra la piedra reverberó en mi cabeza cuando la torre se inclinó y se desplomó. Di un paso adelante, con la cara arrimada al frío cristal, y vi una nube de polvo gris alzarse como si fuera la escena de una explosión nuclear y luego asentarse. Ahogué un grito, incapaz de soportar el horror de lo que había en el suelo. La torre se había derrumbado encima del único camino que salía de Heaton Place. Si antes no había estado atrapada allí por las mentiras de Laura y por mi incomprensión, de pronto me mantenía atrapada en ese maldito centro una torre de piedra desplomada. Iba a confrontar a Laura y luego escalaría el montón de escombros si era necesario. Pensaba mover cada una de esas putas piedras con las manos si así conseguía huir de aquel infierno terrenal.

Aparté la vista, levanté un pie y le obligué que se moviera, pero las náuseas siguieron subiendo por mi esófago. Me incliné hacia delante y arrojé un líquido amarillo sobre el cristal esmerilado.

–Madre de Dios –exclamó Julie.

La ignoré y avancé a trompicones, con los ojos fijos en la sólida pared blanca que se elevaba más adelante. Me entraron nuevas arcadas antes de alcanzar el suelo de moqueta, pero seguí caminando y al poco me tambaleaba hacia las escaleras.

–¿Dónde está la cafetería de los pacientes? –dije mientras me limpiaba la bilis de la boca con el dorso de la mano y procuraba no manchar el anillo con mis fluidos.

–¿No crees que sería mejor que te…?

–Llévame hasta Laura ahora mismo –me giré– o te juro que no me hago responsable de mis actos.

Julie se encogió con un brillo de miedo en los ojos.

–Vale, vale. Por ahí.

Caminaba delante de mí, abriendo puertas, con la llave temblándole en los dedos. Me alegré de que estuviese asustada. Era la primera vez que me sentía al mando desde que había llegado a

Heaton Place. La seguí escaleras abajo y sentí cómo me regresaba la fuerza a las piernas y cómo se me erguía la columna con cada paso que daba.

Llegamos ante otra puerta y me quedé descolocada. Julie me había llevado hasta la cafetería habitual. Cuando abrió la puerta y vi el interior de la sala, todo el mundo se volvió hacia mí. Las conversaciones se interrumpieron y los cuchillos y los tenedores se detuvieron a medio camino de las bocas abiertas. Supuse que tenía pinta de estar chiflada. Me dio lo mismo. Evité mirar a todos a los ojos menos a Julie.

–¿Dónde está?

Me señaló la pequeña salita que nos habían asignado a nuestro equipo. Entorné los ojos y me pregunté por qué diablos una paciente comía con los trabajadores. En Heaton Place no había nada que tuviese sentido. Por lo menos me encontraba un paso más cerca de salir de allí de una santa vez. Eché a andar, con el anillo de metal caliente entre los dedos. Había llegado la hora de la verdad. Iba a enfrentarme a Laura y a conseguir que confesase. La farsa terminaba allí.

Me quedé junto a la puerta de la salita y me crucé de brazos cuando tres pares de ojos se giraron en mi dirección.

Capítulo 46

–Sé quién eres y lo que has hecho –le espeté a Laura con voz rota.

Verbalizarlo fue una liberación. El inicio del fin de esa pesadilla. En la cafetería hacía un calor horrible y toda la energía que había sentido al ir hacia allí se había esfumado con mi sudor.

Laura me miró desde la silla que solía ocupar yo. ¿Por qué estaba en mi asiento? La vi tranquila, casi preparada.

Me humedecí el labio suprior reseco.

–Sé que has utilizado el caso de los Bray para desestabilizarme y sé que estabas liada con mi marido. –Siguió con rostro impasible. ¿Por qué no contestaba? Levanté el anillo–. He encontrado esto debajo de tu colchón, así que no intentes negar nada. Es una prueba irrefutable. –Me estaba costando hablar. Respiraba de forma entrecortada y acelerada. Boqueé para coger aire–. Ha llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa, Laura. No tienes ningún tipo de amnesia, ¿verdad que no? No has sufrido ningún brote psicótico. Recuerdas todo lo que ocurrió esa noche y me has traído hasta aquí a propósito.

Todos los ojos estaban fijos en mí, pero nadie abrió la boca. Julie estaba detrás de mí, con las piernas separadas y los brazos cruzados. Miré por encima del hombro. La gente de la cafetería estaba inmóvil, observándome. Al girarme de nuevo hacia la mesa, el corazón se me desbocó en el pecho. ¿Por qué nadie decía nada?

–Admítelo –insistí, fulminando a Laura con la mirada.

Su serenidad me resultaba desconcertante. No comprendía por qué ni Melanie ni Aidan se habían puesto en pie ni miraban a Laura

con el mismo horror que yo. Siguieron sentados a la mesa, como si estuvieran presenciando la escena de una especie de teatro callejero oscuro.

Laura cogió aire lentamente.

–¿Qué es lo que quieres que admita, Emma? –me preguntó con voz totalmente inapropiada, calmada y medida.

¿No entendía lo serio que era aquello? Acababa de desmontar su juego. Se acabó.

Me puse el anillo de Connor en la palma y se lo enseñé.

–He encontrado la alianza de boda de Connor debajo de tu colchón. Es una prueba incuestionable.

–¿De qué? –Ladeó la cabeza y fue entonces cuando vi que llevaba un cordel azul igual que el mío.

Pasé la vista hasta Melanie y la miré con gesto suplicante, pero ella desplazaba los ojos entre Laura y yo. Formaba parte del público, no era la psicóloga supervisora cuya paciente había mentido durante el tratamiento y a la que yo había acusado de homicidio. Aidan me observaba fijamente con una sonrisa torcida. Más bilis me subió por la garganta.

–De asesinato –dije.

En lugar de la sorpresa que había anticipado, Laura se recostó en la silla y asintió. Las terminaciones nerviosas me provocaban cosquilleos en la piel. ¿Qué estaba pasando? El pánico me arrebató el aire de los pulmones. Observé los rostros de la mesa, que desprendían una calma más inquietante que el anillo ensangrentado que tenía en la mano.

–¿Qué pasa? –susurré.

Laura se giró hacia Melanie y asintió de nuevo.

Como si lo hubiese interpretado como una señal, Melanie se puso en pie.

–Estoy de acuerdo –le dijo a Laura antes de girarse hacia mí–. Creo que ha llegado la hora.

Capítulo 47

–¿La hora de qué? –Apoyé una mano en la pared para no perder el equilibrio. El yeso frío sostuvo mis dedos temblorosos.

Laura me contempló y en sus ojos vi algo parecido a la empatía. Que se guardase la empatía para sí misma. La vida tal como la conocía había llegado a su fin.

–De contarte la verdad –respondió.

–Ya sé la verdad –dije con voz demasiado aguda–. Le has hecho daño a Connor y…

–Yo no he matado a tu marido, Emma. –Laura negó lentamente con la cabeza–. Lo hiciste tú.

El ruido que hizo el anillo de Connor al tintinear sobre el suelo de linóleo después de caérseme de la mano sonó como un eco lejano.

–¿Qué? –me medio reí–. Eso es absurdo. –Parpadeé rápido e intenté reconducir aquella incomprensible situación–. Desvarías –dije, pasando la vista de Melanie a Laura, perpleja porque los ojos oscuros de Melanie estaban clavados en mí, no en ella–. Melanie –me obligué a bajar la voz–, está claro que Laura está teniendo un episodio psicótico. A lo mejor es el momento de valorar darle alguna medicación. Creo que necesita más que la vea un psiquiatra que un terapeuta. Yo he hecho todo lo que he podido, pero es obvio que es una mujer peligrosa, y debemos llamar a la policía para que venga de forma urgente. –Intenté hablar con deje autoritario, pero no lo conseguí–. Por favor. –No supe por qué se lo rogaba. ¿Qué estaba suplicando?, ¿que alguien aportara algo de lógica a todo aquello?

Nadie se movió. El mareo me volvió y me temblaron tanto las piernas que tuve que acercarme a la mesa y sentarme.

–Sé que es algo difícil de oír, Emma, pero necesito que me escuches.

Laura hablaba con voz amable. Se inclinó hacia mí. Me llegó el olor de su repugnante perfume. Era veneno.

¿Por qué nadie venía a sujetarla? Miré a Aidan, pero se recostaba en la silla, con los brazos cruzados y una expresión inexplicable de deleite en la cara.

–No sé qué es lo que crees que está pasando –le dije a Laura, sin haber podido controlar mi voz todavía–, pero eres una paciente de este centro y tengo pruebas de que has cometido un grave crimen, así que lo último que tengo que hacer es escucharte.

–Emma… –empezó a decir Melanie.

–No. –Levanté una mano para interrumpirla–. Hace días que debería habértelo comentado. Ojalá lo hubiese hecho, y ahora lo entenderías mejor. No comprendes lo que está ocurriendo. –Apoyé las manos en la mesa para erguirme en la silla–. La alianza de boda de Connor demuestra que… –El anillo ya no estaba en mis manos–. ¿Dónde está? –Me puse en pie y barrí el suelo con la mirada. No lo veía. Me puse a cuatro patas y examiné el sucio linóleo en busca de la única prueba sólida que tenía. Pasé los dedos por el zócalo con creciente pánico. ¿Dónde estaba el anillo?

–Emma, no hace falta que… –La voz de Laura sonaba empalagosa, como su perfume. Su tono también me revolvió las tripas.

–No –protesté mientras detenía la búsqueda–. No intentes fingir que eres inocente. Le has hecho daño a Connor y luego me has traído a mí aquí a propósito. –Las Crocs de Julie se apartaron cuando gateé en su dirección, buscando desesperadamente mi prueba–. Te has liado con mi marido –dije cada vez más histérica–. Y lo has matado y luego has pedido que me trajeran aquí para poder jugar a un juego de lo más retorcido.

Empujé la pata de una silla, preparada para pasar por debajo de la mesa.

–Emma, basta. –La voz de Melanie perforó la membrana de terror que me envolvía.

Me quedé quieta al comprender por primera vez lo que me había dicho Laura. Me senté sobre los talones y levanté la vista hacia ella.

–¿Y ahora estás diciendo que yo he matado a Connor? ¿Yo?

Los tres se pusieron de pie y me miraron desde arriba. A Laura le colgaba la tarjeta de identificación del cuello. Observé el rectángulo plastificado y leí: «Laura Winters, psicóloga sénior».

El miedo me atenazó la garganta. Me rodeé las rodillas con los brazos y me las estreché fuerte.

–No entiendo nada –musité.

–No pasa nada, Emma –me dijo Laura al tiempo que daba un paso hacia mí–. No te preocupes. Voy a explicártelo todo.

Capítulo 48

Me condujeron hasta la sala de terapia y no sé cómo acabé ocupando el sofá situado delante de la mesa. Laura se sentó a mi derecha y Melanie, detrás de la mesa, con el bolígrafo preparado.

Con los ojos anegados en lágrimas, vi la oreja de Aidan por la hoja de cristal de la puerta. Todo había recuperado el orden.

Pero no era verdad. Nada estaba como debería estar. Laura se inclinaba hacia delante, con los codos sobre las rodillas y el cordel azul colgándole del cuello, mofándose de mí, y yo me rodeé con fuerza las rodillas con los brazos, con las mejillas mojadas por el llanto. Laura llevaba el pelo suelto alrededor de los hombros. Yo lo llevaba recogido en una coleta que hacía que me ardiese la nuca por el calor. No recordaba habérmela hecho.

–Necesito que entiendas lo que está pasando, Emma –me dijo Laura con una voz afable que me asustó.

Negué con la cabeza y la enterré entre las rodillas. Era demasiado. Era una pesadilla. Con los ojos muy bien cerrados, me dije que me despertaría al cabo de un minuto en mi propia cama, con Connor tumbado a mi lado. Heaton Place, Melanie, Aidan y Julie, y sobre todo Laura, no serían más que las rebeldes creaciones de mi cerebro, una pesadilla vívida, espantosa y alucinatoria.

–Conoces el término «mentira terapéutica», ¿verdad, Emma? A veces se le llama «engaño terapéutico».

Sí que lo conocía, pero no contesté. Seguía fantaseando con la posibilidad de despertarme y expulsando la certeza de que no sucedería jamás.

Esperó unos instantes antes de proseguir:

–Cuando te trajeron a Heaton Place, enseguida nos dimos cuenta de que en ese momento no compartías la misma realidad que nosotros.

Porque nada de aquello era real, pensé. No podía ser. Si esa era la realidad, no quería compartirla. Quería volver a casa.

Hizo una nueva pausa y siguió hablando con voz lenta y cuidadosa.

–Después de mucha deliberación, decidimos probar un nuevo método de tratamiento con la esperanza de que te ayudase a recuperar los recuerdos que perdiste durante tu brote psicótico.

Alcé la cabeza. Era ridículo. Estaba llevando aquella farsa demasiado lejos.

–No –protesté–. No tiene ningún sentido. Soy psicóloga y me han traído aquí para tratarte. Por eso estoy aquí.

–Sé que es lo que te hemos hecho creer, pero lo siento, Emma, no estás aquí por eso. Te hemos engañado a propósito por motivos que creemos que son del interés de todos.

–No, no te creo. –Me sequé la cara con la manga del jersey y luego me obligué a mirarla a los ojos–. La psicóloga soy yo, y tú me estás mintiendo. –Hice señas hacia Melanie y luego hacia la puerta–. No sé cómo has conseguido que todos se pongan de tu parte, pero pronto se descubrirá el pastel. Seguro que lo sabes, ¿verdad? Seguro que sabes que no puedes seguir con este rollo. ¿Lo haces porque cometí un error? La investigación me exculpó. No fue culpa mía.

–No sé a qué te refieres, Emma. ¿Qué error?

–Claro que lo sabes. –Negué con la cabeza–. Sé que lo sabes. ¿Jimmy Bray está detrás de todo?

–Lo siento, Emma, pero no sé quién es Jimmy Bray.

–¡Mientes! –grité.

–Vale, intentemos verlo desde otra perspectiva. –Laura frunció los labios–. ¿Cómo llegaste aquí, Emma? –me preguntó. Se recostó y apoyó las manos en los muslos. Me fijé en que llevaba las uñas con una manicura perfecta. Observé las mías, y vi un caos irregular de cutículas mordidas y sangre.

–¿Qué quieres decir?

–¿Cómo llegaste a Heaton Place?

Hurgué en mi memoria, pero, más allá de volver el día anterior con Melanie en coche, no recordaba cómo había llegado la primera vez al centro.

–No me acuerdo, pero es porque estoy cansada. No he dormido bien desde que llegué. Sé que dejé el móvil en la recepción, pero no me acuerdo… –Tragué los mocos que se me habían acumulado en la garganta–. He estado ocupada, trabajando mucho. Trabajando en tu caso.

–¿No crees que desde que llegaste la situación ha sido un poco rara?

–Sí –le escupí–. Porque has urdido una especie de juego retorcido conmigo. Por eso estoy agotada. Por eso y por el hecho de que estoy preocupadísima por la desaparición de mi marido. Creo que todo eso es suficiente para explicar por qué no he podido dormir y por qué tengo la memoria tan borrosa.

Laura ladeó la cabeza, impávida ante mi estallido.

–Tu identificación, por ejemplo –me dijo–. ¿Te ha funcionado la llave alguna vez?

Observé el cordel azul que me colgaba inerte del cuello. Vi que la fotografía era diferente de la de Melanie y la de Laura. La mía se veía fatal. Como la de Melanie, la de Laura era estupenda y a todo color. Sonreía y llevaba una blusa de seda azul. Desde que llegué al centro, solo la había visto ponerse el mismo jersey azul y vaqueros.

–Cuando me lo robaste, lo podrías haber desactivado. Además, la lista de normas de mi habitación decía que el nuevo sistema daba problemas.

–¿No te pareció extraño? –Laura inclinó un poco más la cabeza–. En un centro de salud mental de alta seguridad como este, ¿crees que sería aceptable contar con un sistema de llaves de poca confianza?

–Hay muchas cosas en este sitio que me parecen extrañas –repliqué–. Era mi intención llegar al fondo de… de lo que sea que esté pasando y luego reunirme con los directores para hablar de

muchas cosas. –Volví a mirar hacia la puerta, y ver la oreja de Aidan no hizo sino incrementar mi creciente furia. Haría que lo arrestasen en cuanto la situación volviese a estar bajo mi control.

–¿Has llegado a ver a los directores? –me preguntó Laura.

–No –contesté–. Este caso está envuelto en secretismo. Melanie me comentó que podría montarse un buen circo en los medios de comunicación. –Me giré hacia ella, desesperada por que confirmase lo que le decía, pero se limitó a observar la mesa.

–Vale… –dijo Laura arrastrando las vocales como si estuviese meditando su siguiente movimiento–. Y tus pertenencias. ¿Dónde están?

–Pues… –Pensé en mi móvil, en mis llaves. Intenté recordar cuándo había llevado una bolsa que no fuera la de tela de Heaton Place. No conseguí acordarme. No podía argumentar mi defensa porque todo estaba mezclado en mi cabeza. Unas lágrimas ardientes de frustración me cayeron por las mejillas–. Gail tiene mi móvil. Está de vacaciones.

–Lo siento, Emma, de verdad que lo siento. Aquí no trabaja nadie que se llame Gail. Te quitaron el móvil cuando ingresaste en el centro. Tienes que entender que la mentira terapéutica pretendía ayudarte, pero entiendo que ahora debe de ser muy complicado oírlo y aceptarlo.

–No lo acepto. –Negué con la cabeza. No podía aceptarlo. De lo contrario, significaría que no había ido hasta allí por motivos profesionales, sino que era una paciente y lo peor de todo era que…–. Yo no le he hecho daño a mi marido. Nunca podría hacerle daño.

Laura se inclinó hacia delante en el sofá y se extrajo una bolsita de plástico del bolsillo trasero de los vaqueros.

–¿Puedes recordarlo, Emma? –me pidió, tendiéndome la bolsa para que la cogiera–. ¿Puedes intentar recordar cuándo fue la última vez que lo viste fuera de estas cuatro paredes?

El anillo de Connor centelleaba en el fondo de la bolsita. La cogí. El plástico se me escurría entre los dedos y, de repente, una imagen se encendió en mi cerebro. Estaba en mis manos, mojado,

resbaladizo y ensangrentado. Ahogué un grito. En mi mente vi la mano de Connor sobre las baldosas del suelo de nuestra cocina, con el anillo brillando bajo la luz que entraba por la ventana. Un líquido oscuro se arrastraba hacia sus dedos y me oí proferir el mismo grito estruendoso que estaba profiriendo en la sala de terapia.

Capítulo 49

–¡No! –chillé.

Salté del sofá y corrí hacia la puerta. La imagen de Connor, sin vida y sangrando, se me había quedado grabada a fuego en las retinas. Tenía que irme, alejarme de Laura y de la visión macabra que me había obligado a conjurar con sus mentiras. Era cosa suya. Ella había hecho que me lo imaginara.

La puerta se abrió cuando giré el pomo. Aidan dio un brinco delante de mí y extendió los brazos.

–Apártate de mí –grité–. No te atrevas a tocarme.

–Deja que se vaya –le indicó la voz de Laura tras de mí.

Aidan se puso las manos en las caderas y lo empujé de un codazo para ir hacia las escaleras. Oí sus pasos sobre la moqueta, me estaban siguiendo, pero no dejé de avanzar hasta la puerta a los pies de las escaleras. Con dedos temblorosos, intenté usar mi llave. No ocurrió nada.

–Abridle todas las puertas –ordenó Laura.

El hecho de que se hubiera hecho con el mando de la situación me llenó la cabeza de miedo. Regresó a mí la escena en la que estaba sentada en el coche de Melanie y vi a tres siluetas mirándome desde el puente de cristal. Laura seguía a Julie y a Aidan, ellos no la estaban vigilando. Ya entonces percibí que algo no iba bien. ¿Por qué no había hecho caso a mi instinto y me había quedado en casa cuando tuve ocasión?

Julie se puso delante de mí y pasó la llave por el sensor. Observé su pelo corto, su intento por aparentar juventud y seguir siendo

relevante, y sentí una nueva oleada de odio hacia esa mujer que traicionaba a otras mujeres.

Al oír el familiar clic del cerrojo al abrirse, me dio un vuelco el estómago. Seguí caminando, reprimiendo la tentación de propinarle una patada a Julie en la cara al avanzar delante de ella. Me la imaginé cayendo de espaldas y derribando a Aidan; él se estampaba contra Melanie y luego contra Laura, convirtiéndola en un montón de huesos rotos en el fondo de la montaña tóxica. La imagen me reconfortó no solo porque significaba el fin del tormento que me infligía Laura, sino porque, si era capaz de imaginarme eso, la clara visión del cuerpo de Connor también podría haber sido producto de mi imaginación.

Respiré hondo cuando llegué al pasadizo de cristal. Un hombre bajito con mono estaba en el medio, con un palo de fregona en las manos. Se apartó al vernos a mi séquito y a mí, con cara de espanto. Proseguí adelante, con el olor a lejía quemándome las fosas nasales y el tufo de mi vómito flotando todavía en el aire. Resbalé sobre el cristal mojado y estuve a punto de caer. Me imaginé golpeándome la cabeza con el suelo transparente y el patrón serpenteante que haría el cristal al resquebrajarse, donde los chasquidos se sucederían hasta que la superficie cediera por completo y todos nos precipitáramos hacia nuestra muerte.

«¿Lo ves? Tengo una imaginación muy visual», pensé. Era algo que me sucedía muy a menudo. Veía cosas mentalmente. La imagen que había visto de Connor no me convertía en una asesina.

La puerta de la habitación de Laura seguía abierta. El colchón estaba volcado en el suelo, con la esquina doblada sobre la base, como un cuerpo aferrándose a un salvavidas. La punzada que sentí al encontrar el anillo de Connor me penetró de nuevo. Seguí avanzando hasta dar con mi propio cuarto. Me detuve delante de la puerta e intenté recuperar el aliento. Miré atrás, hacia las siluetas que reducían el paso hasta frenar a mi espalda, y me situé en el umbral.

Una vez dentro, observé la habitación con suma atención por primera vez. Vi la ventana con la reja de seguridad, sin manecilla

que la abriese; me di cuenta de que la cama individual, la especie de mesita de noche y el estrecho armario se parecían al mobiliario de un hospital. Se me cayó el alma a los pies. Abrí la puerta del armario. Estaba vacío a excepción de un jersey limpio, un par de vaqueros idénticos a los que llevaba y unas cuantas prendas de ropa interior de sencillo algodón. Pasé a la mesa y a la silla. Allí no había nada que fuese mío. Entré en el cuarto de baño y descorrí la cortina de la ducha. En un estante pegado a la barra metálica de la lucha había jabón y una botellita de champú sin etiqueta. No eran la marca que usaba en casa.

En el lavabo, había un vaso de plástico con un cepillo de dientes pequeño. ¿Dónde estaba mi cepillo de dientes eléctrico, el que dejaba junto al de Connor en nuestro cuarto de baño? No era de esas personas que se olvidaban su cepillo al pasar la noche fuera de casa. Miré al espejo y vi que estaba hecho de metal reflectivo. Apenas reconocí el rostro pálido y distorsionado que me devolvía la mirada, no parecía yo.

Un temblor me nació en el fondo de mi ser y se propagó por todo mi cuerpo. Desesperadamente, intenté recordar la llamada o el correo electrónico que me pidió trasladarme a Heaton Place para tratar a Laura. No me acordaba de nada. El primer recuerdo que tenía era estar sentada en la sala de terapia, leyendo las notas de Laura. O lo que me habían dicho que eran las notas de Laura.

Regresé al dormitorio a trompicones. Laura estaba en el umbral, y Melanie, Aidan y Julie estaban en el pasillo, detrás de ella.

–No estamos en las habitaciones del personal, ¿verdad?

Laura negó con la cabeza.

–Es una celda –dije, inundada por el horror.

–Es la habitación de una paciente –me corrigió Laura con amabilidad.

–¿La paciente soy yo?

–Así es, Emma. Aidan y Julie se instalaron a lado y lado por motivos de seguridad. Por eso cuando salías de este cuarto nunca estabas a solas. Estás encerrada en Heaton Place porque hay sospechas de que asesinaste a tu marido. Cuando llegaste al centro,

hace tres semanas, estabas demasiado alterada como para enfrentarte a un juicio.

–¿Llevo tres semanas aquí?

–Sí –contestó Laura–. Los trabajadores han probado distintos métodos para ayudarte a recuperar la memoria antes de que yo sugiriera la mentira. Ya había trabajado con muchos pacientes con demencia. Reuní al equipo para probar la técnica de la mentira terapéutica. Queríamos destacar elementos de tu vida que pudieran activar recuerdos de lo que sucedió esa noche. Nos dieron seis días para trabajar contigo antes de que la fundación hospitalaria se viera obligada a admitir que tus recuerdos habían desaparecido para siempre y a permitir que el proceso legal tomara las riendas. Pero no han desaparecido, ¿verdad, Emma? Ahora te acuerdas, ¿sí?

La imagen de Connor tumbado en el suelo de nuestra cocina se iluminó de nuevo en mi mente, pero esa vez paladeé el sabor metálico de la sangre, y no se pareció en nada a las visiones que había tenido antes. Aquella era visceral. Aquella no era una imagen inventada en absoluto. Era un recuerdo, sólido y escalofriantemente real. La incredulidad me aflojó los labios. Me costó formar las palabras:

–Yo maté a Connor.

Laura dio un paso hacia mí.

–Perdona, Emma. ¿Podrías repetirlo?

–Es cierto, ¿no? –dije entre sollozos de horror–. Yo lo maté. Asesiné a Connor. –En mi cabeza aparecieron recuerdos de él cerniéndose sobre mí, sintiendo sus dedos aferrarme los brazos, sus babas cayéndome en las mejillas al gruñirme. El miedo incesante con el que había vivido durante años me dejó sin aliento. La certeza de que debí de llegar al límite y contraatacar me hizo caer de rodillas–. ¿Qué he hecho? Lo siento, lo siento mucho.

Laura extrajo un móvil del bolsillo y pulsó la pantalla. Habló por encima de mi llanto.

–¿Inspector Okoro? Sí. Ha llegado el momento. Emma está lúcida. Sabe lo que hizo.

Capítulo 50

Sábado

Estaba sentada ante la mesa de la sala de interrogatorios de la policía, delante del inspector Okoro y de una agente a la que me había presentado, pero cuyo nombre ya había olvidado. A mi derecha estaba una abogada de oficio y a mi izquierda, Laura. Me explicaron que esta permanecería durante el interrogatorio actuando como mi asistente social. Me alegré de que estuviera allí. Qué curioso lo rápido que cambian las cosas. Me llegaba el olor de su perfume, que me empezaba a resultar reconfortante.

El inspector Okoro me explicó el formato del interrogatorio, pero su voz de barítono sonaba como debajo del mar; la atravesé como si fuera de agua y quedó tras de mí. Mientras hablaba, vi cómo movía la mandíbula. La luz dura resaltaba las marcas de su piel, y me pregunté si de adolescente había padecido acné. Quizá por eso se había dejado esa perilla. Un cabello encarnado sobresalía hacia el final de la barba, un punto blanco que contrastaba con su piel oscura.

–¿Lo ha entendido, Emma? –dijo entre olas de ruido.

–¿Perdón?

–¿Ha entendido lo que acabo de explicarle?

Asentí. No era que sus palabras no tuvieran sentido, sino que no calaban en mi agotado cerebro. Estaba más cansada todavía que antes. Sospechaba que era por las pastillas que me había dado Laura cuando me desmoroné en Heaton Place. Me había tratado con amabilidad. Había intentado ayudarme desde el principio, por fin lo veía. Las dos sabíamos que no tenía permiso oficial para prescribir medicamentos, pero vio que me sumía en una agonía emocional y

secretamente me dio un leve calmante antes de que llegase el coche de policía, y otro antes del interrogatorio. Aunque no me pareció tan leve. Más bien como si estuviese sumergida en un líquido, como si flotase en una burbuja y todo lo del exterior debiera abrirse paso entre una sustancia viscosa para llegar hasta mí.

–Para la grabación, Emma, ¿podría confirmar que lo ha escuchado y entendido?

–Lo he entendido.

–Gracias. Sé que es duro para usted, Emma, pero necesito que me hable de Connor para así hacerme una idea de su relación antes de la noche en cuestión. ¿Podría hacerme ese favor, Emma?

Me tapé la boca cuando comenzaron los sollozos. Desde el instante en el que me había dado cuenta de que la imagen del cadáver de Connor era real, otras escenas empezaron a iluminarse en mi mente. Recuerdos horribles, de mí encogida en el rincón del salón mientras él me lanzaba insultos, de él cogiéndome por las muñecas y zarandeándome.

–Me parece que está alterada, Emma –dijo el inspector Okoro–. ¿Podría decirme qué es lo que hace que se sienta así?

Me aparté la mano de los labios, con un reguero de saliva en la palma, y estallé.

–Connor me maltrataba –anuncié con voz que en mi cabeza sonó muy fuerte–. Era coactivo y a veces violento. Controlaba dónde iba, con quién quedaba. Me distanció de mi familia y de mis amigos deliberada y metódicamente. Me intimidaba y me degradaba, y yo vivía en un miedo constante… –La certeza de que Connor se había infiltrado en mi mente y que me había infectado con su propia voz irrumpió entre la neblina de cansancio y medicamentos, e hizo mil añicos el concepto que tenía de mí misma–. Y no me di cuenta… realmente… hasta… –Las siguientes palabras se me atascaron en la boca. Aún me costaba creer lo que había hecho.

El inspector Okoro se pasó una mano por los labios y su barba emitió un ruido como de rasguño.

–¿Me está diciendo que no era consciente del maltrato que sufría?

Asentí. Comprendía la incredulidad que le teñía la voz. En su lugar, a mí también me resultaría difícil de creer.

–¿Me podría recordar a qué se dedica usted, Emma?

–No –protestó Laura con rotundidad–. No vaya por ahí. No tiene ningún derecho. –Al girarme, vi que estaba roja y cabreada–. Ese es el problema de los agentes de policía de este país –añadió–. Si tuviera la más remota idea de lo maliciosos que pueden llegar a ser los maltratadores, si supiera hasta qué punto contagian su lenguaje, incluso sus pensamientos, a la mente de sus víctimas, no usaría ese tono. –Resopló y se cruzó de brazos–. Si de mí dependiera, todos los agentes de policía deberían leer los artículos de Emma acerca del maltrato doméstico antes de ponerse a patrullar. A lo mejor Connor Best no estaría…

–Como ha comentado usted, Emma es una experta en el campo del maltrato en el hogar, así que comprenderá…

–Lo hábiles que son esos hombres. –Laura terminó la frase por él–. Si Emma ha sido una víctima, a pesar de su conocimiento y su área de experiencia, que Dios asista a las simples mortales. No me sorprende que estallara cuando cayó en la cuenta de lo que le había pasado. ¿A usted sí?

–¿Eso fue lo que pasó, Emma? –El inspector Okoro se giró hacia mí–. ¿Esa noche estalló?

Miré a Laura con los ojos llenos de lágrimas. Estaba muy agradecida por su intervención, pero sabía que ya no podía ayudarme. Ella no estuvo allí esa noche. Yo sí.

–Los recuerdos siguen estando fragmentados –empecé–, pero sí recuerdo arrodillarme sobre Connor…, sobre el cuerpo de Connor. Sé que estaba sangrando y que yo llevaba la ropa manchada de sangre.

El inspector metió una mano en la caja de plástico que se encontraba junto a su silla. Extrajo una bolsa con un cuchillo en el interior y la dejó en la mesa, entre ambos.

–¿Había visto antes este cuchillo?

Observé horrorizada el rojo oscuro que manchaba la hoja dentada. Asentí.

–Hable para la grabación, Emma, por favor.

–Sí –dije. El pulso me retumbaba en los oídos. La sensación de estar debajo del agua regresó a mí–. Es uno de los cuchillos del taco de nuestra cocina.

–¿Y podría decirme qué hizo con este cuchillo después de estallar?

–No lo sé. –Negué con la cabeza–. No me acuerdo.

–Yo creo que sí –murmuró el inspector Okoro.

–No –insistí–. Le prometo que no. Si no, se lo diría. Quiero ponerle fin a todo esto, pero no me acuerdo.

El inspector Okoro suspiró.

–Me gustaría creerla, Emma, pero por lo visto tiene usted una memoria bastante selectiva.

Levanté la vista, confundida.

–Me recuerda a la noche que fui a verla en su habitación de Heaton Place. Visité el centro porque me enteré de que había salido sin mi permiso. –Lanzó una mirada acusatoria a Laura antes de contemplarme a mí–. Le pregunté si se había pasado todo el día en el centro. Me dijo que sí. Cuando le pregunté si estaba segura –se sacó una libreta del bolsillo de la chaqueta–, me respondió: «Creo que recordaría haberme ido». –Cerró la libreta y apretó los labios–. A mí me parece… un tanto selectivo.

–Eso no fue… –Vacilé–. Le mentí porque no quería que Melanie se metiera en problemas.

–¿Recuerda haber limpiado sus huellas del mango del cuchillo?

–¿Qué? –Nadaba en contra de la corriente, arrastrada hacia una dirección que no podía controlar. No podía respirar–. No, no me acuerdo… –Boqueé. Me estaba ahogando.

–Es decir, que eso no lo recuerda, ¿no? –me preguntó con frialdad–. Disculpe, pero me parece ligeramente conveniente. Podría comprender que alguien estuviese tan traumatizado después de algo tan espantoso como apuñalar a su marido maltratador como para perder la memoria de inmediato –frunció los labios durante unos segundos–, pero que se detuviera el tiempo suficiente antes del brote psicótico para limpiar sus huellas del arma homicida… –Se

volvió a pasar una mano por la cara–. No, no parece verosímil, ¿no cree?

–No me acuerdo –repetí, pasando la vista de Laura a la abogada. La empatía que me mostraron ambas me confirmó que no podían ayudarme. Al observar el cuchillo manchado de sangre de Connor, comprendí que no merecía ninguna ayuda. Había matado a una persona. Era peor que el maltratador de Sarah. Ante la angustia que me provocó ese pensamiento, me entraron ganas de golpearme la cabeza hasta machacármela con la pared de la sala de interrogatorios. Me giré hacia el inspector Okoro–. Pero debí de hacerlo. Debí de apuñalar a Connor y luego debí de limpiar mis huellas del cuchillo. Es la única explicación. No me acuerdo, pero lo admito. Lo confieso.

Entre el latido que me palpitaba en los oídos y el mar de medicamentos, oí la voz del inspector Okoro:

–Emma Best, queda detenida por el asesinato de Connor Best.

A continuación, el ruido que hicieron las olas al romper en mi cabeza fue tan estrepitoso que desaparecí debajo del agua.

Capítulo 51

Dos semanas más tarde

Un golpeteo que sonaba cerca me despertó. Lentamente, giré la cabeza hacia la puerta abierta, donde alguien llamaba en el marco. Levanté los párpados a duras penas y ordené a los músculos del cuello que movieran mi pesado cráneo. El esfuerzo enorme que hice para concentrarme me granjeó la recompensa de ver a alguien conocido. Dejó de llamar con los nudillos sobre la madera. Hurgué en la neblina de mi cerebro para encontrar su nombre: Melanie.

–Emma –dijo.

Advertí dudas en su voz que sugerían una pregunta. ¿Estaba comprobando que fuese yo de verdad la que estaba sentada en esa silla impoluta? Era comprensible. Cuando me miré en el espejo por la mañana, yo tampoco reconocí mi rostro demacrado. Les pedí a mis mejillas que alzaran las comisuras de mis labios para formar una sonrisa.

–No responde demasiado –comentó el hombre enjuto que estaba a su lado–. No espere gran cosa.

Sentí un hormigueo de indignación. Si tuvieran alguna idea de lo mucho que costaba respirar, tragar y luchar contra las malditas imágenes de mi marido muerto que me asolaron el cerebro cuando Laura me contó la verdad, y que me habían torturado desde entonces, a lo mejor dejaban de esperar que encontrase la fuerza necesaria para hablar.

Melanie entró en la habitación con cautela. Su nerviosa entrada se pareció tanto a la de la primera vez que nos vimos en la sala de terapia que estuve a punto de gimotear. Qué equivocada había estado. Qué trastornada. Ya no me cabía ninguna duda de que

mucho antes de esa noche horrible lo había estado pasando muy mal. Harvey había intentado ayudarme y sugirió que a Connor y a mí podría irnos bien ir a terapia de pareja. No podía soportar enfrentarme a lo que se había convertido mi vida, así que cancelé mis sesiones de supervisión. Cuando Harvey fue a visitarme la semana anterior, me dijo que lamentaba no haber hecho más. Pero ¿qué podría haber hecho? Mi situación se había consolidado demasiado. Ya no era dueña de mí misma: era la marioneta de Connor.

Me relamí los labios resecos y me di cuenta de que probablemente parecía más enajenada ahora que llevaba el pelo sin lavar y tenía los ojos caídos, pero por lo menos sabía quién era y dónde estaba. Era una asesina y estaba en un hospital penitenciario psiquiátrico, donde debía estar.

–¿Te parece bien que me siente? –me preguntó Melanie con una mano sobre la cama. Como no le contesté, se sentó en el borde del colchón.

Barrió la habitación con la mirada y me pregunté qué opinaría de mi nuevo mundo. No distaba demasiado de mi cuarto de Heaton Place, con la cama individual estrecha y un armario casi vacío. La mesita de noche tenía incluso un vaso de plástico con agua. Aunque allí las enfermeras y los ordenanzas entraban y salían sin parar, y el ruido era igual que el de una colmena de abejas.

–He venido a… –Hizo una pausa. Esperé–. Quería explicarte por qué hicimos lo que hicimos. Supongo que quería que supieras que a mí nunca me pareció correcto. –Se pasó el dedo índice por encima de la piel irritada junto a la uña del pulgar–. O sea, fue un medio para llegar a un fin, pero… el proceso… –Se llevó el dedo a la boca y empezó a tirarse de la piel con los dientes.

–Háblame del proceso –dije con voz áspera por la falta de uso.

Me miró con los labios un tanto separados, como si un perro le hubiese hablado. Sinceramente, me había sorprendido. Era la frase más larga que había pronunciado desde que me llevaron hasta allí, pero una desconocida alarma creció en mi interior al verla en el umbral de mi habitación, y estaba intentando dominar el primer

atisbo de agudeza que me ofrecía el cerebro gelatinoso en varios días.

–Vale, muy bien. –Se secó el pulgar con los vaqueros–. A ver, sabes que llevabas tres semanas en Heaton Place y que ningún tratamiento funcionaba, ¿no?

Asentí. El esfuerzo de mover la cabeza me hizo querer cerrar los ojos y quedarme dormida. Me aferré a un pensamiento totalmente formado, que me decía que debía estar del todo despierta para oír lo que me iba a decir Melanie.

–Fue entonces cuando Laura nos propuso la idea de la mentira terapéutica. –Me examinó la cara, como si quisiera deducir si le estaba siguiendo el hilo. Me obligué a asentir de nuevo–. Era nueva en el centro. Antes había trabajado en residencias, donde usaba muy a menudo ese método. Cuando se enteró de tu caso, solicitó una reunión con Dirección y sugirió que intentásemos hacerte recordar presentándote elementos de tu vida anterior para… para estimular tu memoria.

Deslizó una mano por la sábana blanca y alisó las arrugas. Las dos observamos cómo movía la mano de un lado a otro.

–Si te soy sincera, no me sentí del todo cómoda con la idea. Supongo que por eso he venido, para intentar explicártelo. O quizá para justificármelo a mí misma. No sé. –Dejó la mano quieta. No levantó la vista de la cama–. En la atención geriátrica, la mentira terapéutica consiste más bien en retorcer la verdad para evitar que un paciente se altere porque no puede recordar o creer algo distinto. Lo que Laura propuso que probásemos contigo iba muchísimo más allá. Se trataba de crear una realidad alternativa. Por la investigación que he hecho, el tratamiento no debería consistir en engañar al paciente; en teoría, debería hacer que se sienta a salvo y seguro.

Mi cerebro regresó a Heaton Place. Lo último que me sentí allí fue a salvo y segura.

–Total, que la policía quería respuestas, así que los directores aceptaron que Laura trabajara contigo durante una semana. Ella reunió al equipo y nos contó el plan. Me alegré de que se ofreciera a hacerse pasar por la paciente. Yo no me habría sentido a gusto con

ese papel. –Me miró a los ojos antes de observarse nuevamente la mano–. Pero al final me dio la impresión de que debía mentir más que ella. Empecé a cuestionarme si era un método ético… La situación llegó a un punto crítico antes de que te llevase hasta tu casa. Laura y yo discutimos, pero me convenció de que era por tu propio bien, así que le seguí la corriente.

El recuerdo de Melanie sentada en la silla de Connor mientras yo le suplicaba que llamase a los hospitales me llenó los ojos de lágrimas. Permití que cayeran por mis mejillas.

Cuando me miró, arrugó el semblante. Fue hasta el pequeño cuarto de baño y regresó con un rollo de papel higiénico, que me tendió sin mirarme a los ojos.

–Lo siento, Emma. Probablemente no debería decirlo, pero no me pareció correcto llevarte al sitio donde… –Negó con la cabeza–. Pero Laura dijo que el inspector Okoro lo había aprobado, y como era mi jefa… –Suspiró–. Ahora sé que él no había dado el visto bueno. Debería habérmelo imaginado. A fin de cuentas, era la escena de un crimen. Por lo visto, a tu madre le permitieron limpiar la casa después de que terminara el equipo forense. No sé ni si Laura lo comprobó. Imagínate que… –Negó con la cabeza–. Perdona. Supongo que todo habría salido a la luz si se hubiese celebrado un juicio y Laura se habría metido en problemas, pero como confesaste…

Sostuve el áspero papel en el regazo, pero dejé que las lágrimas me cayesen sobre el dorso de la mano. Se quedaron unos segundos sobre mi piel antes de deslizarse en regueros irregulares hasta empapar mi pantalón de chándal.

–Ay, perdóname. He sido muy insensible –se disculpó–. En realidad, no sé para qué he venido. –Se frotó la nariz con la palma y luego se sujetó las manos en el regazo. Sus movimientos me resultaban familiares, reconfortantes incluso. Me di cuenta de que era lo más parecido que tenía a una amiga–. Siento mucho haber formado parte de algo poco ético. –Se le quebró la voz–. He dejado Heaton Place –me anunció–. Ahora trabajo en Bethlem. –Me miró brevemente a los ojos–. Quería que lo supieras. –Volvió a observar la

habitación–. ¿Puedo hacer algo por ti? ¿Quieres que te vaya a buscar algo para que estés más cómoda?

Advertí que había dicho lo que había ido a decir, y su desesperación por marcharse provocó más cascadas de lágrimas por mis mejillas. Negué con la cabeza y me obligué a responder.

–No. Pero gracias.

La suela de sus botas repiqueteó en el suelo cuando se levantó. Hizo una pausa y me miró desde arriba con rostro sincero.

–Ojalá hubiese terminado de otra manera. –Tragó saliva–. Cuando estuvimos en tu cocina, deseé que recordaras lo que había pasado. Durante todo el tiempo que pasamos ahí, esperé que algo hiciera clic, que algo volviera a tu mente, que recordases ver a alguien escabulléndose… o… –Me puso una mano caliente en el hombro–. Siento que hayas pasado por lo que has pasado, Emma. Siento que la cosa haya acabado así.

Me quedé sentada, paralizada en la silla, con el ruido de sus pasos al alejarse amortiguado por el ruido que hizo mi corazón al estamparse de pronto contra mis costillas. Clic. Melanie esperó que algo hiciera clic. Regresé a mi casa esa noche. Fue tan vívido como si estuviera sucediendo en ese preciso instante. Había abierto la puerta de entrada y todo estaba en silencio. Noté la llave en los dedos y la sensación de que el aire estaba demasiado quieto. Oí el golpe seco que sonó en el suelo del recibidor cuando solté el bolso y grité el nombre de Connor. No obtuve ninguna respuesta.

Y fue entonces cuando lo oí: el ruido que hacía la puerta trasera al cerrarse. Recordé lúcidamente que pensé que Connor había ido a sacar la basura. Recuerdo pensar que los milagros existen, porque él nunca se ofrecía a sacar la basura.

Oí sin lugar a duda el clic de la puerta trasera, pero no fue Connor. No podía ser él, ya que, cuando fui a la cocina, me lo encontré tumbado sobre las baldosas en un charco de sangre. Lo recordé todo con suma claridad: mi grito de angustia, el dolor al caerme de rodillas, el tacto de su piel todavía caliente bajo los dedos al buscarle el pulso.

Y el clic de la puerta trasera al cerrarse.

–¡Melanie! –Salté de la silla–. Melanie, he recordado una cosa. –Corrí hasta el pasillo y crucé las puertas abiertas–. ¡Melanie! –grité, dejando atrás manos que intentaban atraparme–. ¡Había otra persona allí! –chillé mientras unos dedos me aferraban los hombros–. No fui yo. –Me zafé, pero más manos me cogieron. Me costaba gritar por encima del alboroto, y los brazos que me rodearon el torso me constriñeron los pulmones–. ¡Yo no lo maté! –aullé–. No fui yo.

El ruido que me envolvía era demasiado estruendoso. Ahogué un grito al notar un doloroso pinchazo en el brazo. A continuación, el mundo se desvaneció y todo se volvió negro.

Epílogo

Laura

Si me hubiera alejado cuando descubrí que Connor estaba casado, nada de esto habría pasado. Pero no me alejé, y es algo que no puedo cambiar. No tienes ni idea de lo mucho que me gustaría poder cambiarlo.

Escribo este texto para sacármelo de la cabeza, como si fuera una confesión, supongo, aunque no espero que nadie me perdone. Hay cosas imperdonables, ¿verdad? Luego lo quemaré, pero espero que ponerlo por escrito me ayude a pasar página.

Lo primero que necesito decir es que Connor insistió en que su matrimonio estaba acabado…, pero era difícil. Me juró que él y yo estábamos destinados a estar juntos el resto de nuestras vidas y, en cuanto pudiese librarse de su complicada mujer, lo estaríamos. Tonta de mí, me lo creí.

Ahora me avergüenza no haber reconocido las señales de advertencia el día que lo conocí en el bar. Había claras líneas rojas: amor explosivo, atención vigilante, confesión de vulnerabilidades. Incluso me tragué las chorradas de su padre maltratador. El muy cabrón me pescó y recogió el sedal hasta atraerme. Es como si hubiese escrito un manual de instrucciones para hacer que una mujer fuese una cautiva emocional. Quizá hizo uno de esos cursos de Andrew Tate que he leído en los periódicos.

Cuando me di cuenta del tipo de hombre que era en realidad, mi primer pensamiento fue que debía de haber padecido algún trauma de infancia para acabar siendo como era. Pero caí en la trampa ancestral, como si fuera una tonta. No debería culpar a su infancia. La verdad pura y dura era que Connor era un capullo maltratador y

egocéntrico por culpa de su arrogancia y de sus desproporcionados aires de grandeza. Sus padres liverpulianos de clase trabajadora no encajaban con la imagen que él tenía de sí mismo como un oficial de contraterrorismo de altos vuelos, así que los dejó aparcados junto a cualquier otra verdad que no se correspondiera con su supuesta identidad o con el trato que merecía recibir de la gente.

Me siento fatal por que el artículo de Emma, que se publicó poco antes del «incidente», me hiciera abrir los ojos al hecho de que los cambios menores del comportamiento de él eran, de hecho, pistas de su verdadera personalidad. Cuando leí en el texto hasta qué punto los maltratadores miman a sus víctimas, me di cuenta de que yo era la nueva víctima de Connor. Ya me había hecho creer que no podía vivir sin él. Incluso llegué al punto de empezar a justificar sus acciones para mis adentros con su propio lenguaje y a creer que era la culpable de la temperatura de nuestra relación; si algo se torcía, era yo quien debía disculparse y arreglarlo.

Es muy injusto que Emma me quitara la venda con la relación disfuncional que tenía yo con su marido a pesar de que ella seguía inmersa en su propio matrimonio abusivo. Connor se había esforzado tanto con Emma que esta no tenía ni idea de que la había embaucado hasta introducirse años antes en su cerebro, y que desde entonces la había estado controlando como un puto marionetista. Ahora ya lo sabe. Es una pena que no pueda usar lo que ha aprendido para ayudar a ninguna otra mujer. Cuando se haya recuperado, espero que escriba el libro que planeaba escribir.

El día que caí en la cuenta de que estaba siendo manipulada, repasé mi relación con Connor y comprendí que me había engañado tan claramente como si estuviese viendo cómo le ocurre a otra persona. Esa noche, fui a su casa para decirle que se acabó. De ninguna manera tenía pensado matarlo. Juro por mi vida que solo quería recuperar algo de poder. Quería que se sintiera expuesto, que supiera que alguien veía más allá de la fachada que se había construido con esmero. Quería que supiese que por una vez había perdido el control. Lo que le sucedió a Connor fue un error terrible, a

diferencia de todo lo que hizo él. Si había alguien que actuaba de forma premeditada, ese era él.

Quise pillarlo por sorpresa antes de confrontarlo, así que me dirigí a la parte trasera de su casa y llamé a la ventana de la cocina. Estaba sentado a la mesa, mirando el móvil. Cuando me vio, su expresión irradió incredulidad y al poco se volvió siniestra, pero abrió la puerta y entré y le solté todo lo que había planeado. Él jamás aceptaba ningún tipo de culpabilidad, por lo que intentó tergiversar mis palabras para librarse y decirme que lo había malinterpretado. Como no lo escuché, empezó a gritar y a insultarme. Debería haberlo previsto, pero no fue así.

Cometí el error de responderle a gritos. Fue entonces cuando me cogió la camiseta. Me arrimó tanto a su cuerpo que noté el calor de su aliento en la cara. Recuerdo sus babas aterrizando sobre mis labios mientras me gruñía y me amenazaba. Me aterrorizó. Temí por mi vida.

Cuando me soltó, caí hacia atrás y me golpeé la espalda con la esquina del fregadero. El resto está un tanto borroso. En eso conecto con Emma. Sé que debí de coger un cuchillo del taco de la encimera, pero no recuerdo nada con claridad hasta que oí la llave de Emma en la cerradura de la puerta delantera.

Me quedé aturdida después de lo que había… pasado. Enseguida limpié mis huellas del cuchillo y lo lancé al suelo al oír la llave. Luego salí por la puerta trasera mientras ella saludaba a voz en grito desde el pasillo y comprobé que el cerrojo se cerraba tras de mí. Me dio la impresión de que sonaba potente como un disparo y me espantó que ella lo hubiese oído, pero cuando llegó la policía yo hacía rato que me había ido, y no tuvieron motivos para buscar a nadie. Tenían un cadáver, una sospechosa y un arma homicida. Y la única testigo con vida era incapaz de recordar nada.

Cuando me enteré de que Emma había padecido un brote psicótico y que había ingresado en el centro en el que hacía poco había empezado a trabajar yo para que la estabilizaran lo suficiente como para soportar un juicio, entré en pánico. Si se acordaba de que era inocente, una investigación sacaría a la luz mi relación con

Connor. Debía pensar a toda prisa. Fue entonces cuando se me ocurrió el plan de la mentira terapéutica. No tenía ni idea de si funcionaría, pero no me imaginaba ninguna otra salida. Tenía una buena reputación gracias a la terapia que había hecho con pacientes geriátricos, y nada de lo que habían intentado había funcionado, así que convencí a los directores de que podría ayudarla a recuperar la memoria. Mientras tanto, urdí un plan a la desesperada para recrear recuerdos que fueran a condenarla a ella. Sé que suena muy cruel. Ojalá hubiese habido alguna otra opción. Otra que no fuese la evidente, quiero decir.

Al explicar que el método se usaba en general para calmar la vida de las personas con amnesia y que no lo había probado con pacientes que experimentaban una amnesia traumática, también prometí que los mandamases se llevarían todas las medallas si funcionaba. Como predecí, esa afirmación bastó para que me dieran carta blanca. Me pone enferma pensar en los capullos engreídos de Dirección, que se dan palmadas en la espalda unos a otros mientras Emma languidece en un ala psiquiátrica.

Cuando me dieron el visto bueno, los engaños empezaron a acumularse hasta formar una montaña que pensé que me aplastaría. Reuní al grupo reducido: a Melanie, mi psicóloga júnior, y a Julie y Aidan, los dos ordenanzas. Me sentía tan incómoda con las mentiras como ellos, así que me ofrecí a representar el papel de paciente para evitar que Melanie tuviese que comprometerse más de lo necesario. No les conté que utilizaría sucesos reales de la vida de Emma que había llegado a conocer a través de Connor. Creyeron que había hecho un montón de investigación. Y así era. Además, debía ir con pies de plomo. Las dos nos jugábamos mucho.

Estuve a punto de confesar el día que Emma y Melanie salieron del centro para ir a la casa de ella. Mentí acerca de la autorización de la policía, pero se me agotaba el tiempo y la presión era insoportable. Cuando Melanie me dijo que no se sentía cómoda llamándome a mí en lugar de al despacho de Connor en la policía metropolitana, procuré convencerla de que no era inmoral. Las dos sabíamos que lo era. Fue definitivo comentar como quien no quiere

la cosa que sería yo quien le escribiría una carta de recomendación para el nuevo puesto en Bethlem. Después de esa conversación, me quedé tan asqueada conmigo misma que vomité y todo. Había chantajeado a una compañera. No me reconocía.

Melanie es una buena persona, pero Julie tiene un lado oscuro. Tan solo tuve que insinuar que estaba al corriente de la supuesta relación que mantenía con el asqueroso de Aidan para que obedeciera mis instrucciones sin dudarlo. Por aquel entonces, yo ya no podía dormir. Me pasaba todas las noches en vela, odiándome y planeando los siguientes movimientos al mismo tiempo. Me percaté de que era muy conveniente que Julie ocupase la habitación de al lado de Emma, porque así podía oír cuándo se daba una ducha y entrar para robarle la llave. Me sentí fatal por hacer que Emma dudara de sí misma, pero era la única manera que se me ocurrió para que pensara que quizá había hecho algo tan espantoso como… como apuñalar a alguien. Connor le había espetado tantas veces que estaba loca que Emma llegó a creer las cosas inexplicables que le sucedían. A pesar de negárselo, claro que estaba al corriente del caso de los Bray, y supuse que cometer un error como ese le habría minado la confianza en sí misma más si cabe. Aproveché esa información para añadir una nueva capa de confusión e inseguridad.

Dejar la alianza de boda debajo del colchón fue un golpe bajo. Fingí pelearme con la moralidad de colocar pruebas, pero dejé que Julie me convenciera de que no era más que un simple recordatorio o algo parecido. Sospechaba que, cuando Emma acusara a Aidan de agresión, Julie haría cualquier cosa para desacreditarla y quitársela de encima. Sabía que el inspector Okoro no nos daría el anillo auténtico de Connor, pero, para mi eterna vergüenza, Connor siempre se lo quitaba antes de que nos acostáramos, y un día lo examiné cuando se quedó dormido y vi la inscripción. En ese momento, se me revolvieron las entrañas por la envidia. Ahora cambiaría la culpa que me inunda por ese sentimiento en un abrir y cerrar de ojos. Compré un anillo de plata barato, pedí que lo grabaran con sus iniciales y lo manché con sangre de mentira. Julie no llegó a preguntarse cómo podía conocer yo la inscripción.

Cuando todo se calme, me aseguraré de que se investiga como Dios manda la acusación de Emma contra Aidan. No merecía que ese idiota la atacase. No merecía nada de lo ocurrido. Pero, claro, yo tampoco.

Lo más raro de todo es que me gustaría poder hablar con Emma de lo sucedido. En otras circunstancias, habría sido un caso práctico brillante: examinar cómo dos psicólogas fueron víctimas de un mismo hombre y en qué desembocó.

Melanie ya ha empezado en el nuevo puesto, y estoy pensando en buscar otro también. Puede que mi experiencia sirva de ayuda para ayudar a víctimas de maltrato doméstico. Si retomo la gran labor de Emma, quizá sirva para resarcirme un poco. Es una tragedia que su prometedora carrera se viese interrumpida tan pronto. Si sigo donde ella lo dejó, será el homenaje que le haré en silencio.

Y podría ayudar a muchas mujeres. A víctimas que han sido el blanco de maltratadores. A víctimas como nosotras.

Agradecimientos

En primer lugar, quiero darle las gracias a Lucy Dauman, mi maravillosa editora, cuya maestría, opinión y entusiasmo hacia *La paciente del ala 9* me animó a hacer el mejor libro que podía llegar a ser. Gracias a mi brillante editora, Sophie Wilson, por empujarme hasta la línea de meta con la encantadora y siempre útil Isabel Martin. Vosotras tres, junto al fantástico equipo de Headline, habéis logrado que la publicación de esta novela sea una aventura sumamente placentera.

A mi agente Laura Williams, gracias por las rondas y más rondas de edición temprana y por asegurarte de que siempre estoy presente. Me escuchas, me aconsejas y actúas, y saber que siempre me cubres las espaldas hace que esta montaña rusa sea mucho más llevadera. No hay nadie más con quien prefiera beber un buen *old fashioned*.

A mis lectoras beta: Emma Warburton, Heather Moore, Suzy Oldfield, Hannah Maynard-Slade y Aine Loughrey. No sé qué haría sin vuestra sabiduría. Gracias.

Les estoy eternamente agradecida a Suki Greaves por contestar a mis preguntas sobre algunos de los trastornos de salud mental incluidos en el libro y a Bev Thomas por ayudarme a analizar concienzudamente puntos débiles de la trama.

Los lectores y los blogueros hacen que la comunidad literaria cibernética sea un lugar maravilloso en el que estar. Gracias en especial a los administradores de The Bookload, de The Fiction Café Book Club y de Fiction Addicts (SDBC) por su generoso apoyo.

A mis padres y a mis viejos amigos, que siempre están ahí, en las duras y en las maduras: Jodi, Julie, Tracy, Katherine, Claire, Sam y Si, gracias por ser mis cimientos. Mis brillantes compis de escritura se han convertido en las paredes de mi casa, me apoyan sin fin y siempre están ahí para echarme una mano cuando las cosas se tuercen un poco.

Siguiendo con la metáfora de la casa, la terminaré con mi familia: John, Eva e Isla. Sois los que me protegéis de la lluvia e impedís que se escape el calor. Sois mi hogar.

Espero que hayas disfrutado de *La paciente del ala 9*. Si es así, valora la posibilidad de dejar una breve crítica, por favor. Las leo y las aprecio todas, y las críticas ayudan a que otros lectores descubran a nuevos autores, ¡y eso es algo por lo que todos estamos siempre muy agradecidos!

Índice

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24

Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Epílogo

Agradecimientos